

BEL AMI

Guy de Maupassant

PARTE I

I

Cuando la dependienta le entregó la vuelta de sus cinco francos, George Duroy salió del restaurante.

Presumido por naturaleza y por petulante reminiscencia de su época como suboficial, hinchó el pecho, se atusó el bigote con un gesto marcial que le era característico y arrojó sobre los comensales que llegaban con retraso una mirada rápida y circunspecta, una de esas miradas de gavilán que todo lo abarca y penetra.

A su paso, las mujeres levantaron la cabeza. Eran tres obrerillas, una profesora de música, de cierta edad, reñida con el peine, desaliñada, que solía llevar su sombrero polvoriento y un vestido hecho a zurcidos; finalmente dos señoras de medio pelo, con sus correspondientes maridos, todos ellos parroquianos asiduos de aquel bodegón con cubiertos a precio fijo.

Ya en la acera, Duroy permaneció un momento inmóvil, como si se preguntase qué haría. Era el 29 de junio, y, para terminar el mes, le quedaban en el bolsillo tres francos y cuarenta céntimos, lo cual valía por dos almuerzos, sin las respectivas comidas, o bien por dos comidas sin los almuerzos correspondientes, a elegir. Pensó que si las refacciones matinales le suponían un gasto de un franco y diez céntimos, en lugar del uno cincuenta que le costarían las colaciones vespertinas, aún podía disponer, si se contentaba con los almuerzos, de su superávit de un franco y veinte céntimos, lo que suponía dos bocadillos de salchichón y el supremo placer de sus noches. Y echó calle de Notre Dame de Lorette abajo.

Andaba como cuando vestía el uniforme de húsar: abombado el pecho, las piernas ligeramente arqueadas, como si se acabase de desmontar del caballo, avanzaba brutalmente, empujando con sus hombros los hombros ajenas, abriéndose paso entre la gente para no desviarse de su camino. Llevaba la chistera ligeramente inclinada hacia la izquierda y taconeaba fuerte. Parecía desafiar a alguien: a los transeúntes, a las casas, a la ciudad entera, por prurito de soldado se marchó en traje de paisano.

Aunque vestía un terno de sesenta francos, comprado en su bazar de ropas hechas, conservaba cierta elegancia un poco llamativa y vulgar, pero innegable. Alto, bien formado, rubio, de un rubio castaño ligeramente rojizo; bermejo el bigote, por donde el labio simulaba deshacerse en espuma; los ojos, de un azul claro, agujerados por pequeñas pupilas; el pelo, naturalmente ondulado, partido en dos por la raya en medio, diríase el vivo retrato de un calavera de novelón..

Era una de esas noches de verano en que el aire falta en París. La ciudad, ardiente como una estufa, parecía sudar en el sofocante ambiente nocturno. Por las graníticas bocas de los sumideros se escapaba su pestífero aliento, y a través de sus bajas ventanas las cocinas de los sótanos arrojaban a la calle inmundas miasmas de agua de fregar y sobras de guisados.

Los porteros, en mangas de camisa y a horcajadas sobre sillas de mimbre, echaban un cigarrillo ante las puertas cocheras, y contemplaban el perezoso desfile de viandantes que, con el sombrero en la mano, se enjugaban las sudorosas frentes.

Cuando George Duroy llegó al bulevar, se detuvo de nuevo, indeciso, sobre lo que había de hacer. Ahora le apetecía ganar los Campos Elíseos y la avenida del Bosque de

Bolonia para disfrutar, bajo los árboles, de un poco de aire fresco; pero, al mismo tiempo, lo acuciaba otro deseo: el de tropezar con alguna aventura galante.

¿Cómo sobrevendría? George no podía imaginarlo, pero desde hacía tres meses la esperaba a diario, noche tras noche. Entre tanto, y gracias a su agradable rostro y a sus modales seductores, disfrutaba de algún amor pasajero, pero siempre esperando algo más y mejor.

Con la bolsa vacía y la sangre hirviéndole en las venas, se encandilaba al contacto de las trotacalles que, en las esquinas, musitaban: “¿Quieres venir un ratito, guapo?” Pero, como no podía pagarles, tampoco se atrevía a aceptar su invitación. Y seguía esperando otra cosa, otras caricias menos fáciles.

Le gustaban, con todo, los parajes donde hormigueaban las mujeres públicas, sus bailes, sus cafés, sus calles predilectas. Le gustaba codearse con ellas, hablarles, tutearles, en resumen, cerca de ellas. Eran, a la postre, mujeres, mujeres de amor. George no las despreciaba, ni mucho menos, con ese desprecio característico de los hombres de orden.

Retrocedió hacia la Madeleine y se unió a la multitud, que en oleadas discurría, abrumada por el calor. Las terrazas de los cafés, llenas de parroquianos, invadían las aceras, donde, como en iluminado escaparate, se exhibía muchedumbre de bebedores. Ante ellos, y en mesitas rectangulares o redondos veladores, se veían copas que contenían líquidos rojos, amarillos, verdes, oscuros, de todos los matices, y en el seno de las garrafas brillaban gruesas y transparentes barras de hielo, que refrescarían el agua, pura y clara como ellos.

Duroy había moderado su paso, y el deseo de beber le secaba la garganta.

Una sed ardiente, una sed de noche de verano, se había apoderado de él y le hacía imaginar la deliciosa sensación de las bebidas frías al remojar la garganta. Pero si se decidía a echarse al colete, aunque no fuese más que un par de cañas en toda la noche, ¡adiós la frugal cena del día siguiente! Conocía demasiado las gazuzas de fines de mes.

–Es necesario – se dijo – aguardar hasta las diez, y entonces podré tomar mi caña en el Americano. ¡Por vida de...! El caso es que tengo una sed rabiosa.

Y contemplaba a los bebedores que rodeaban las mesas y podían satisfacer la sed cuanto les viniese en gana. Pasaba entre los cafés con aire fanfarrón y provocativo, y de una sola ojeada calculaba, por el aspecto y la indumentaria de cada cual, lo que pudiera llevar en el bolsillo, lo invadía una cólera sorda contra aquella multitud tranquilamente sentada. Si se registrases sus bolsillos, se hallarían en ellos monedas de oro, de plata, de cobre. Por término medio, cada uno de aquellos sujetos tendría, al menos, dos luises; el número de aquéllos no bajaría de un centenar, y cien veces dos luises hacen cuatro mil francos. Sin dejar de pavonearse graciosamente, George rezongaba: “¡Los muy cerdos! Si hubiese podido encontrarme a solas con uno de ellos, en una tenebrosa esquina, a fe mía que le hubiera retorcido el pescuezo sin el menor escrúpulo, ni más ni menos que, en días de maniobras, lo hiciese con el avío de los aldeanos.”

Y evocaba sus dos años de África y cómo, en las avanzadillas del Sur, esquilmba a los árabes. Una sonrisa alegre y cruel a un tiempo se dibujada en sus labios al recordar cierta escapada que había costado la vida a tres hombres de la tribu Oc Guad-ad-Alan, y que les habían valido a él y a sus camaradas veinte gallinas, dos carneros y buena cantidad de oro, con lo que tuvieron risa para medio año.

Jamás se pudo hallar a los culpables, bien que tampoco se les buscara mucho, ya que el árabe era considerado como presa natural de soldado.

En París era otra cosa lindamente, sable al cinto y revolver en mano, fuera del alcance de la justicia civil, en plena libertad. Le agitaban el corazón todos los sentimientos del suboficial que opera en país conquistado. Echaba, sí, de menos

aquellos dos años del desierto. ¡Qué lástima no haber seguido allí! En fin, ¡qué remedio! Había esperado pasarlo mejor a la vuelta, y ahora... “¡Ay, sí! ¡Me he lucido ahora!”.

Y, entre tanto, chascaba la lengua contra el paladar, como si quisiera convencerse de los seco que éste se hallaba.

En torno suyo circulaba extenuada y lenta multitud. Duroy seguía diciéndose: “¡Hatajo de bestias! Todos esos imbéciles llevarán cuartos en el bolsillo del chaleco” Y empujaba a los transeúntes mientras silbaba alegres cancioncillas. Los hombres se volvían hacia él, airados, y las mujeres refunfuñaban “Pero ¡qué animal es ese tío!”.

Dejó atrás el Vaudevil, y se detuvo frente al café Americano, preguntándose si tomaría ya su caña; a tal punto lo atormentaba la sed. Antes de decidirse, consultó los iluminados relojes de la calzada. Eran las nueve y cuarto. Se conocía bien; apenas tuviera ante sí el vaso rebosante de cerveza, se lo echaría, de un trago, entre pecho y espalda. Y en tal caso, ¿qué hacer hasta las once?

“Iré hasta la Madeleine – pensó – y volveré despacio”.

En la esquina de la plaza de la Opera se cruzó con un hombre gordo, a quién recordaba vagamente haber visto en alguna parte.

Echó tras él, en tanto registraba la memoria, y se repetía, a media voz: “¿Dónde diablos he conocido yo a este tipo?”

Y seguía buceando en sus recuerdos sin conseguir identificado. De pronto, y por un singular fenómeno mnemotécnico, imaginó a aquel mismo personaje, menos gordo, más joven, con uniforme de húsar. Ya en voz alto, exclamó:

– ¡Caramba, si es Forestier!

Y apresurando el paso, se acercó al transeúnte y le dio un golpecito en el hombro. Se volvió el otro, miró a George y dijo:

–¿Qué quiere usted de mí, caballero?

Duroy se echó a reír.

–¿No me reconoces?– preguntó.

– No.

– George Duroy, del sexto de húsares.

Forestier le tendió ambas manos.

–¡Ah, querido! ¿Qué tal te va?

– Muy bien, ¿y a tí?

–¡Oh! A mí, no tanto. Figúrate que tengo los pulmones hechos migas. De cada doce meses me paso seis tosiendo, gracias a una bronquitis que pesqué en Bougival, cuando volvía Paris, hace cuatro años.

–¡Pues cualquiera lo diría! Tienes un magnífico aspecto.

Y Forestier, tomando del brazo a su antiguo camarada, le habló de su enfermedad, le contó con detalle, las consultas, las opiniones, los consejos de los médicos, así como lo difícil que le era seguir en su posición un tratamiento. Le habían prescrito que pasara el invierno en el Mediodía; pero ¿cómo? Se había casado y había alcanzado en el periodismo un buen puesto.

–Dirijo la sección política de *La Vie Française* –añadió–. Redacto las sesiones del Senado en *Salut* y, de cuando en cuando, escribo crónicas literarias para *La Planète*. Como verás, me voy abriendo camino.

Duroy le miraba, sorprendido. Había cambado mucho; estaba ya madurito. Tenía un aire, un continente, una facha de hombre reposada, seguro de si mismo y el vientre propio de quien come bien. Antaño era delgado, menudo, ágil, aturdido, pendenciero, escandaloso, exaltado. En tres años París lo había transformado por completo y hecho de él un hombre gordo y formal, con algunas canas en las sienas, siquiera no tuviese más de veintisiete años-

–¿Adónde vas? – preguntó.

–A ninguna parte – replicó Duroy –. Daba una vuelta antes de volver a casa.

–Entonces, ¿quieres acompañarme a *La Vie Française*, en donde tengo que corregir unas pruebas? Después nos iremos a tomar una caña. ¿Qué te parece?

–Vamos.

Y echaron a andar cogidos del brazo, con la sencilla familiaridad que subsiste siempre entre quienes han sido compañeros de estudios o de armas.

–¿Qué haces en París? –dijo Forestier.

Duroy se encogió de hombros.

–Morirme de hambre –repuso–. Cuando cumplí más años de servicio, quise venir aquí a hacer fortuna o, si he de serte franco, por vivir en París. Desde hace seis meses estoy empleado en las oficinas de los ferrocarriles del Norte, con mil quinientos francos al año. Ni más ni menos.

–¡Caramba! No es gran cosa –murmuró Forestier.

–Desde luego. Pero ¿qué quieres que haga? Vivo solo, no conozco a nadie ni tengo quien me recomiende. No es voluntad la que me falta, sino medios.

Su compinche lo miró de arriba abajo, como hombre experto que juzga a otro de una ojeada. Luego exclamó en tono convencido:

–Mira, muchacho: en este mundo todo depende de saber dominar la situación. Un hombre un poco astuto puede llegar a ministro antes que a jefe de negociado. Hay que imponerse, no pedir. Pero, ¿cómo diablos no has conseguido cosa mejor que ese destinillo en el Norte?

Duroy replicó:

–He buscado por todas partes algo mejor, pero nada he conseguido. Sin embargo, ahora tengo algo a la vista: me ofrecen una plaza de profesor de equitación en el picadero Pellerín. Allí tendré, por los menos, tres mil francos.

Forestier se paró en seco.

–No hagas eso. Aun en el caso en que te dieran diez mil francos, sería una estupidez. Te cerrarías de golpe las puertas del porvenir. En tu oficina, siquiera, estás agazapado; nadie te conoce; puedes salir de allí si te encuentras con fuerzas para ello y hacer carrera. Pero una vez metido a maestro de equitación, todo habrá acabado para tí. Sería como si te colocases de maestresala en una casa donde comiese todo París. Cuando hayas enseñado a montar a caballo a los hombres de buena sociedad o a sus hijos, ya no podrías considerarte como a un igual.

Calló, reflexionó unos instantes, y, al fin, preguntó:

–¿Tienes el título de bachiller?

–No; me suspendieron dos veces.

–Eso no importa, con tal que hayas cursado todos los años del Bachillerato. Si delante de tí se hablase de Cicerón o de Tiberio, ¿sabrías, sobre poco más o menos, de quién se trataba?

–Sí, sobre poco más o menos.

–Bien. Nadie sabe más, salvo una veintena de imbéciles que no sirven para otra cosa- ¡Bah! No es difícil pasar por fuerte en la materia. La cuestión está en no dejarse pillar en flagrante delito de ignorancia. Se las va uno arreglando, se esquivan la dificultad, se sorteas el obstáculo y se sale del paso con un diccionario. La mayoría de los hombres son más brutos que un cerrojo y más ignorantes que las carpas.

Hablaba animadamente, con la seguridad de quien conoce bien la vida y contemplaba, sonriente, el desfile de la multitud. Pero de pronto, un golpe de tos le obligó a hacer una pausa.

Una vez pasado el acceso, prosiguió con desánimo:

—¿Has visto cosa más fastidiosa? No encuentro modo de quitarme de encima esta bronquitis. Y eso que estamos en pleno verano. ¡Oh! Este invierno me iré a Menton a ver si me curo de una vez. La salud ante todo.

Llegaron al bulevar Pisonière y se detuvieron ante una puerta con grandes vidrieras, a las cuales estaba pegado un periódico, de tal modo que mostraba todas sus planas. Tres personas se habían parado a leerlo, y con grandes letras que, delineadas por el gas, parecían de fuego, leían esta muestra: *La Vie Française*.

Los transeúntes pasaban, de súbito, bañados en la claridad que arrojaban aquellas tres palabras relumbrantes y se mostraban a plena luz, visibles y distintos como a la del día. Luego volvían a hundirse en la sombra.

Forestier empujó aquella puerta, y dijo:

—Pasa.

Duroy entró y subió una escalera a un tiempo lujosa y sucia, que se veía desde la calle. Llegó a una antesala, en la que había dos ordenanzas, que saludaron a su acompañante, y, al fin, se detuvo en una especie de sala de espera, de pretenciosa apariencia, tapizada de pana de un verde sucio, salpicado acá y allá de manchas, agujerada en algunos sitios, como si la hubiesen roídos los ratones.

—Siéntate —dijo Forestier— ;espérame unos minutos.

Y desapareció por una de las tres puertas que daban al gabinete.

Flotaba allí un olor extraño, particular, indefinible: el olor de las redacciones. Duroy permanecía inmóvil, un poco intimidado y, sobre todo, sorprendido. De cuando en cuando, algunos hombres entraban corriendo por una puerta y salían por otra, sin darle apenas tiempo a mirarlos.

Unas veces eran muchachos, casi niños, que parecían muy atareados y llevaban en la mano una hoja de papel que se agitaba al impulso de su carrera; otras, obreros de la imprenta, cuyas blusas de mahón, manchadas de tinta, dejaban ver la camisa impecablemente blanca, y los pantalones de paño, dignos de cualquier hombre bien vestido; llevaban cuidadosamente unas tiras de papel impreso: eran galeradas, todavía frescas y húmedas.

En ocasiones entraba algún pollo, vestido con afectada elegancia, muy ceñido el talle por la levita, la pierna exageradamente dibujada por la ajustadísima tela y los pies oprimidos por zapatos harto puntiagudos. Era un revistero de salones, que volvía de cualquier sarao.

Llegaron también unos tipos graves, imponentes, con sombreros de copa, de alas planas, como si quisieran así distinguirse del resto de los mortales.

Reapareció Forestier del brazo de un hombre alto, flaco, de treinta a cuarenta años, con frac negro y corbata blanca. Era muy moreno y usaba bigote de sortijilla, con guías muy afiladas. Tenía aire insolente y parecía muy satisfecho de si mismo.

—Adiós, querido maestro —le dijo Forestier.

El otro le apretó una mano.

—Hasta la vista, querido —repuso, y descendió la escalera silboteando y con el bastón bajo el brazo.

—¿Quién es ése? —preguntó Duroy.

—Es Jacques Rival, ¿sabes? El famoso cronista y espadachín. Ha venido a corregir sus pruebas, Garín, Montel y él son los tres primeros cronistas que tenemos en París, por el ingenio con que comentan la actualidad. Rival gana aquí treinta mil francos al año por tan sólo dos artículos semanales.

Cuando ya se marchaban, se cruzaron con un hombrecillo gordo. Subía la escalera jadeando y sucio y con el pelo muy largo.

Forestier le saludó con respeto, y luego dijo:

–Es Norbert de Varenne, el poeta, el autor de *Soles muertas*, una firma de las que también se cotizan. Por cada cuento que publica cobra trescientos francos, y cuenta que los más largos no pasan de cien líneas. Pero entremos en el Napolitano. Me muero de sed.

Cuando estuvieron sentados ante la mesa del café, Forestier, gritó:

–¡Dos cañas! – y bebió la suya de un trago, en tanto que Duroy bebía la cerveza a sorbos lentos, saboreándola, paladeándola, como algo precioso y raro.

Su compañero, silencioso, parecía reflexionar. De pronto preguntó:

–¿Por qué no intentas hacerte periodista?

–Duroy le miró, sorprendido. Al fin dijo:

–Pero es que... yo en mi vida he escrito nada.

–¡Bah! Todo es probar. Por algo se empieza. Yo podría encargarte algunas informaciones, encomendarte ciertas diligencias, enviarte a determinadas visitas. Para empezar tendrías doscientos cincuenta francos y los gastos de coche pagados. ¿Quieres que hable de tí al director?

–Sí, hombre; claro que quiero.

–Entonces vamos a hacer una cosa. Vente mañana a comer conmigo. No tendré más que cinco o seis invitados: el propietario de periódico, señor Walter; su señora, Jacques Rival y Norbert de Varenne, a quienes acabas de ver, más una amiga de mi mujer. ¿Conforme?

Duroy vacilaba, perplejo, con el rostro enrojecido por la vergüenza; murmuró al fin:

–El caso es que... no estoy bien de ropa.

Forestier se quedó estupefacto.

–¿No tienes frac? –preguntó –¡Demonio! Una cosa tan indispensable. En París es preferible no tener cama a no tener frac.

Luego, con un súbito ademán, registró el bolsillo del chaleco, sacó unas cuantas monedas de oro, separó dos luses y los puso en la mesa delante de su antiguo camarada, diciendo con tono cordial y confianzudo:

–Ya me los devolverás cuando puedas. Alquila o compara a plazos, dejando una señal, la ropa que te haga falta. En fin, arréglatelas como puedas, pero ven a comer a casa mañana, a las siete y media. Vivo en la calle de Fontaine, diecisiete.

Duroy, turbado, tomó el dinero, balbuciendo:

–Eres demasiado amable... Te lo agradezco mucho. Puedes estar seguro de que nunca lo olvidaré.

Forestier lo interrumpió:

–Vamos, ya está bien. Otra caña, ¿eh?

Y volvió a gritar:

–¡Camarero! ¡Dos cañas!

Cuando las hubieron bebido, el periodista preguntó:

–¿Quieres que matemos una hora dando un paseo?

–Sí, por cierto.

Volvieron hacia la Madeleine.

–¿Qué mejor cosa podríamos hacer? – preguntó Forestier–. Hay quien supone que el que deambula por París va siempre a alguna parte; cuando por la noche quiero pasear un rato, nunca sé adónde ir. Una vuelta por el Bosque no es divertida sino con una mujer, y, la verdad, no siempre la tiene uno a mano. Debería haber aquí un jardín veraniego, algo así como el parque Monceau, abierto toda la noche, donde se pudiera oír buena música, refrescando bajo los árboles. No sería precisamente un centro de placer, sino un sitio donde ver y ser visto. La entrada no sería demasiado cara, para atraer a las

mujeres guapas. Podría uno pasear por los senderos bien enarenados e iluminados por la luz eléctrica, o sentarse cuando le viniera en gana, para oír la música, de cerca y de lejos. Algo parecido a esto tuvimos hace tiempo en Mussard, pero con mucho bailoteo y danzas populares, no demasiado grande, ni demasiado frondoso, ni demasiado umbroso. Si, noto la falta de un bonito jardín: sería encantador... ¿Adónde vamos?

Duroy, perplejo, no sabía que decir. Por fin, se decidió:

–No conozco las Folies Bergère. De buena gana les daría un vistazo.

Su compañero exclamó:

–¿Las Folie Bergère, demonio? Nos asaremos allí como en un horno. En fin, vamos. Aquello siempre es divertido.

Y ambos giraron sobre sus talones para ganar la calle del Faubourg Montmartre.

La iluminada fachada del local proyectaba un gran resplandor sobre las cuatro calles que ante ella confluyen. Una larga fila de coches esperaba la salida del público.

Forestier entró. Duroy lo detuvo.

–Nos hemos olvidado de pasar por la taquilla.

El periodista replicó, dándose importancia:

–Conmigo no se paga.

Cuando pasó ante los revisores de billetes, éstos lo saludaron. Eran tres, y el que estaba en medio, le tendió la mano. El periodista preguntó:

–¿Hay algún palco que esté bien?

–Pues no faltaba más, señor Forestier.

Tomó éste el boleto que el empleado le alargaba y empujó la acolchonada puerta, cuyos batientes estaban forrados de cuero, y ambos se encontraron en la sala.

El humo del tabaco velaba un poco, como ligera niebla, las zonas más distantes, el escenario y el lado opuesto del teatro. Y exhalada por multitud de fumadores, aquella leve bruma ascendía, sin tregua, en delgadas espirales blanquecinas, se acomodaba en el lecho y formaba, bajo la amplia bóveda, alrededor de la araña central y por encima del anfiteatro lleno de espectadores, una densa humareda.

En la espaciosa galería que, desde la entrada, conducía al circular paseo, donde abigarrada chusma de rameras se agitaban entre la oscura masa de los hombres, un grupo de mujeres fondonas y marchitas esperaban que alguno se acercase para ofrecerle su mercancía de bebidas y amor. Tras ellas, grandes espejos reflejaban sus espaldas y los rostros de los parroquianos.

Forestier se abrió paso entre la gente y avanzó con decisión, como quien tiene derecho a ciertas consideraciones.

Se acercó a una acomodadora y le preguntó:

–¿El palco diecisiete?

–Por aquí, caballero.

Y los metió en una especie de cajón de madera tapizada de rojo, y en el que cuatro sillas del mismo color se hallaban tan próximas entre sí, que apenas dejaban hueco para pasar. Ambos amigos se sentaron. A derecha e izquierda, y siguiendo una línea curva cuyos extremos tocaban en uno y otro lado de la escena, se veían una serie de cajas semejantes, ocupadas, asimismo, por sujetos sentados, y de los que únicamente se divisaban la cabeza y el pecho.

En el escenario, tres hombres que vestían ajustados trajes de mallas; alto uno, de mediana estatura otro y el tercero bajito, realizaban ejercicios en un trapecio.

El alto avanzaba a saltitos, y sonriendo, saludaba con la mano como si echara besos al público.

Bajo las mallas se dibujaban, musculosos, los brazos y las piernas. Sacaba el pecho, sin duda pare disimular la línea, demasiado valiente, del estómago. La raya que,

justamente en medio del cráneo, le dividía los cabellos en dos partes iguales, le daba cierto aire de oficial de peluquero. Alcanzaba el trapecio de un brinco y, colgándose de él con ambas manos, giraba el torso, como una rueda en marcha vertiginosa, o bien, con los brazos rígidos y estirando el cuerpo se mantenía horizontalmente en el vacío, sosteniéndose únicamente a fuerza de puños, en las paralelas.

Saltaba por fin a tierra, saludaba y sonreía de nuevo, y se pegaba a la decoración, teniendo buen cuidado de lucir la musculatura de sus piernas.

El segundo, menos alto y más rechoncho, saltaba, a su vez, y hacía análogos ejercicios.

Pero Duroy apenas se ocupaba del espectáculo, y con la cabeza vuelta hacia atrás, miraba a las localidades de paseo, donde se amontonaban hombres y prostitutas.

Forestier le dijo:

—Mira a las butacas de orquesta: no hay más que honrados padres de familia, con sus mujeres y sus chicos, que alargan la cabeza con gesto estúpido, para ver mejor. En los palcos, señoritos juerguistas, tal cual artista, muchachas alegres, y detrás de nosotros, el más pintoresco revoltijo que puede darse en París. ¿Quiénes son esos hombres? Obsérvalos bien. Hay de todo, de todas las profesiones, de todas las clases sociales; pero el vicio es la nota dominante. Ahí tienes empleados de Banca, funcionarios públicos, dependientes de almacén, periodistas, chulos, militares vestidos de paisano, gomosos de frac que acaban de comer en el *cabaret* o salen de la Opera y se dan una vuelta por aquí antes de ir a los Italianos, y, por contra, una porción de hombres que escapan a todo análisis. En cuanto a las mujeres, no las hay más que de una casta: la que cena en el Americano y la ninfa de dos luises, que acecha al forastero dispuesto a gastárselos y avisa a sus clientes fijos cuando está libre. Son puntos fijos desde hace años. Vienen todas las noches y acaparan los mismos sitios, salvo cuando van a pasar un temporadita higiénica en San Lázaro o en Lourcine.

Duroy no le escuchaba ya. Una de aquellas mujeres, acercándose a su palco, lo miraba fijamente. Era gruesa, morena, aunque los polvos daban a su cutis un tinte blancuzco; los ojos, negros alargados y sombreados por el lápiz, estaban enmarcados por cejas enormes y amañadas; su pecho, demasiado robusto, henchía la oscura seda de su vestido, y sus pintados labios, rojos como una herida, le daban un no sé qué de bestial, de ardiente, de excesivo y que, con todo, encendía el deseo.

Con un movimiento de cabeza, llamó a una de sus amigas que por allí pasaba —una pelirroja, asimismo metida en carnes y que dijo en voz suficientemente alta para se oída:

—Mira que guapo mozo. Si quiere algo de mí por diez luises, cierto que no he de desairarle.

Forestier se volvió, sonriente, hacia su amigo y le dio unos golpecitos en el muslo.

—Eso va para tí —le dijo— Veo que tienes mucho partido. Mi enhorabuena.

Duroy había enrojecido. Con un movimiento maquinal, tanteó las dos monedas de oro que llevaba en el bolsillo del chaleco.

Había bajado el telón y la orquesta tocaba un vals.

Duroy dijo:

—Si diésemos una vuelta por la galería...

—Como quieras.

Salieron y se vieron arrastrados por la corriente de paseantes. Apretujados, empujados, aplastados, enviados como pelotas, de una a otra parte, sólo veían ante sí un bosque de sombreros. Y las busconas, de dos en dos, desfilaban ante aquella multitud de hombres y la atravesaban fácilmente, deslizándose entre codos, pechos y espaldas como si estuviesen en su casa, tan a gusto como pez en el agua al través de aquel islote masculino.

Duroy se dejaba llevar, embriagándose con aquella atmósfera, viciada por el tabaco, el olor a humanidad y los perfumes de las pelanduscas. Pero Forestier sudaba, resoplaba, tosía.

–Vamos al jardín –dijo.

Y torciendo a la izquierda, salieron a una especie de jardín cubierto, y que dos fuentes, tan grandes como de mal gusto, refrescaban. Bajo los tejos y las tuyas, grupos de hombres y mujeres bebían en torno a veladores de cinc.

–Otra caña, ¿hace? –preguntó Forestier.

–Sí, sí, con mucho gusto.

Se sentaron de cara a la gente que paseaba. De cuando en cuando, alguna trotacalles de detenía, y con trivial sonrisa, preguntaba:

–¿Me convida usted a algo, caballero?

Y como Forestier le replicase: “A un vaso de agua de la fuente”, ella se alejaba, murmurando: “¡Vete a paseo, mamarracho!”

Pero la garrida morena que momentos antes se había acercado al palco de los dos camaradas reapareció. Andaba arrogantemente del brazo de la opulenta rubia. Formaban, en verdad, una hermosa pareja de mujeres bien formadas.

La morena sonrió al divisar a Duroy, como si los ojos de ambos se hubiesen dicho ya cosas íntimas y secretas. Tomó luego una silla y se sentó frente a él, haciendo sentar igualmente a su amiga, y después pidió con voz clara:

–¡Camarero! ¡Dos granadinas!

Forestier, sorprendido, exclamó:

–La verdad es que eres fresca, chica.

Ella replicó:

–Es que tu amigo me seduce. Es lo que se llama un real mozo. Me temo que haría por él locuras.

Duroy, azorado, no sabía qué decir. Se retorció el rizado bigote, con necia sonrisa. Llegó el camarero con los refrescos que las mujeres bebieron de un solo trago. Después, ambas se levantaron. La morena saludó con un leve y amistoso movimiento de cabeza, y golpeando ligeramente con su abanico el brazo de Duroy, le dijo:

–Gracias, pichón. No eres muy hablador que digamos.

Y las dos se alejaron, moviendo mucho las caderas.

Forestier se echó a reír y dijo:

–Oye, camastrón: ¿sabes que tienes verdadero cartel con las mujeres? Hay que aprovecharlo, porque eso puede llevarte lejos. – Calló un segundo, y prosiguió en el tono ensimismado de las personas que piensan en voz alta –: Ellas son, todavía, quienes nos hacen llegar en seguida.

Y como Duroy sonriese, siempre sin responder, le preguntó:

–¿Tú te quedas? Yo me voy a casa. Por hoy ya es bastante.

Duroy murmuró:

–Sí, me quedo un rato. Aun es temprano.

Forestier se levantó.

–Bueno; estamos conformes; adiós. Hasta mañana. No se te olvide: calle de Fontaine, diecisiete, a las siete y media.

–No tengas cuidado. Hasta mañana. Gracias.

Se estrecharon las manos, y el periodista se marchó.

En cuanto hubo desaparecido, Duroy se sintió libre, y, de nuevo, palpó alegremente las dos monedas de oro que tenía en el bolsillo. Se levantó luego, y echó a andar entre la multitud, que sus ojos registraban.

Pronto vio a las dos mujeres, la rubia y la morena, que avanzaban con su peculiar altivez mendicante a través del enjambre de hombres.

George se encaminó directamente hacia ellas; pero cuando estuvo cerca no se atrevió a dar un paso más.

La morena le dijo:

–¿Todavía no has encontrado la lengua?

Duroy balbució:

–¡Pardiez!...

Y no encontró palabras que añadir a ésta.

Los tres permanecieron en pie, quietos, entorpeciendo la circulación, mientras la gente formaba remolinos en torno suyo.

De pronto, ella preguntó:

–¿Quieres venir a mi casa?

Y él, estremeciéndose de deseo, contestó bruscamente:

–Sí, pero no tengo más que un luis en el bolsillo.

Sonrió la mujer con indiferencia.

–Es lo mismo –dijo.

Y le tomó del brazo, en señal de posesión.

Cuando salían de allí, George Duroy pensaba que con los veinte francos restantes le sería fácil alquilar un traje de etiqueta que necesitaba para el día siguiente.

II

¿El señor Forestier, por favor?

–Tercero izquierda.

El portero había contestado con amabilidad, que revelaba cierta consideración por el inquilino. George Duroy subió la escalera.

Iba un poco preocupado, encogido, molesto. Vestía el frac por primera vez en su vida, y el conjunto de su indumento le causaba cierta inquietud. En todo hallaba algún defecto: en los escaupines no muy relucientes, aunque sí de fina piel, porque presumía de calzar bien; en la camisa, de cuatro francos cincuenta céntimos, que aquella misma mañana había comprado en los almacenes del Louvre, y cuya pechera, demasiado sutil, comenzaba ya a arrugarse. Sus demás camisas, las de diario, estaban ya tan estropeadas que ni siquiera había podido utilizar las que se hallaban menos malas.

El pantalón, demasiado largo, se ajustaba mal a la pierna y hacía arrugas en la pantorrilla, lo que le daba esa apariencia de cosa usada que suelen tomar las prendas de alquiler sobre las carnes que ocasionalmente cubren. El frac era lo único que podía pasar, pues había conseguido encontrar uno a su medida, poco más o menos.

Subía los peldaños lentamente; el corazón le saltaba en el pecho; iba lleno de ansiedad y le hostigaba, sobre todo, el temor de hacer el ridículo. De pronto, se halló ante un caballero vestido de etiqueta, que lo miraba fijamente. Tan cerca se hallaban el uno del otro, que Duroy retrocedió un paso y se quedó, al fin, estupefacto: era él, él mismo, reflejado por un gran espejo vertical, que en el descansillo del primer piso copiaba la perspectiva de la galería. Al hallarse mejor de lo que creyera, se estremeció de júbilo.

Como en su casa no tenía otro espejo sino el de mano que usaba para afeitarse, no había podido contemplarse de cuerpo entero, y una incompleta visión de su improvisada vestimenta había hecho exagerar sus imperfecciones. La idea de parecer grotesco le volvía loco.

Mas he aquí que, al verse de pronto en el espejo, se había tomado a sí mismo por otro, por un hombre de mundo, que le había parecido muy bien, muy *chic* al primer golpe de vista. Y ahora, al mirarse con más cuidadosa atención, reconocía que, en realidad, el conjunto no dejaba nada que desear.

Entonces se estudió a sí mismo como pudiera hacerlo un actor que aprendiese su papel. Sonrió, se tendió la mano, expresó por medio de gestos variados sentimientos: el asombro, el placer, la aprobación, y graduó la sonrisa y la intención de la mirada para mostrarse galante con las damas y hacerles comprender que las admiraba y las deseaba.

En esto, se abrió una puerta en la escalera. Duroy tuvo miedo de ser sorprendido y comenzó a subir de nuevo, muy de prisa, y con el temor de que algún invitado de su amigo le hubiese visto hacer aspavientos.

Al llegar al segundo piso, vio otro espejo y se encontró verdaderamente elegante. Andaba con gallardía. Una inmoderada confianza en sí mismo se apoderó de su alma. Triunfaría, sí, por su figura, por su deseo de llegar, por la resolución que advertía en sí y por la independencia de su carácter. Sentía deseos de correr, de saltar, mientras ganaba el último piso. Se detuvo de nuevo, ante un tercer espejo, se retorció el bigote con ademán que le era familiar, se quitó el sombrero para arreglarse el pelo y murmuró a media voz, como solía: «¡Excelente invento, a fe mía.» Y tocó el timbre.

Casi al momento se abrió la puerta, y George se vio ante un criado vestido de frac negro, muy serio, completamente afeitado, y de tan impecable aspecto que Duroy se turbó de nuevo, sin que se le alcanzase de dónde provenía aquella impresión, acaso de una inconsciente comparación entre el corte de los respectivos trajes. El lacayo, que

calzaba zapatos de charol, preguntó, mientras cogía el sobretodo que Duroy llevaba al brazo por miedo de que se viesan las manchas:

—¿A quién debo anunciar?

Y levantando una cortina, lanzó el nombre al salón, donde lo invitó a entrar.

Pero Duroy perdió de pronto su aplomo y sintió que el temor lo paralizaba y hacía jadear. Iba, por fin, a entrar en la existencia que tanto había esperado, con que tanto había soñado. Avanzó, a pesar de todo. Una mujer joven, rubia, lo esperaba en pie y completamente sola en una pieza, muy bien iluminada y llena de plantas, como una estufa.

Se detuvo en seco, desconcertado por completo. ¿Quién era aquella señora que le sonreía? Al fin se acordó de que Forestier era casado. Y la idea de que aquella linda rubia debía ser la esposa de su amigo, acabó de deslumbrarle.

—Señora —balbució—, soy...

Ella le tendió la mano.

—Ya lo sé, caballero. Charles me ha contado su encuentro de anoche, y celebro mucho que mi marido haya tenido la buena ocurrencia de invitarle a cenar hoy con nosotros.

Duroy enrojeció hasta las orejas, sin saber que decir. Se sentía examinado, inspeccionado de pies a cabeza, valorado, juzgado, en fin.

Hubiera querido excusarse, inventar alguna razón que explicase los descuidos de su atavío, pero no encontró ninguna, y no se atrevió a tocar este delicado asunto.

Se sentó en el sillón que la dama le ofrecía, y cuando sintió que a su peso cedía el muelle y suave terciopelo del asiento, cuando hundido y apoyado en él, ceñido por aquel muelle acariciador, cuyo respaldo y brazos lo sostenían delicadamente, le pareció que estaba en una nueva y encantadora vida, que tomaba posesión de algo deliciosos, que había llegado a ser alguien, en fin, que estaba a salvo, y miró a la señora de Forestier, que no le quitaba ojo.

Llevaba un vestido de cachemira azul pálido, que delineaba perfectamente su esbelto talle y su opulento pecho.

Brazos y cuello surgían, desnudos, entre espumas de blanco encaje que guarnecía el corpiño y las breves mangas. Los cabellos, que se encoquetaban sobre la frente, se rizaban levemente en la nuca y formaban como una nube de rubio césped.

Su mirada, que sin saber por qué le recordó la de la buscona de Folies-Bergère, tranquilizó a Duroy. Los ojos de la dama eran grises, de un gris azulado, que le daban extrema expresión, la nariz fina; los labios, gruesos; la barbilla, un tanto carnosa, componían un conjunto irregular y seductor, lleno de encanto y picardía. Era uno de esos rostros de mujer en que cada facción tiene una gracia peculiar, cierta significación, y en que cada gesto declara u oculta alguna intención.

Al cabo de breve silencio, preguntó la señora:

—¿Lleva usted mucho tiempo en París?

Duroy, recobrándose poco a poco, respondió lentamente.

—Solo unos meses, señora. Soy empleado de ferrocarriles, pero Forestier me ha hecho concebir la esperanza de ingresar en el periodismo.

Se acentuó en ella la benevolencia de la sonrisa, y, bajando la voz, murmuró:

—Ya sé, ya...

Sonó de nuevo el timbre. El criado anunció:

—La señora de Marelle.

Era una mujer menuda y morena, una morenita, como suele decirse.

Entró con aire avisado. Llevaba un vestido oscuro, que dibujaba y cómo modelaba de pies a cabeza el cuerpo.

Una rosa encarnada, prendida en la negra cabellera, solicitaba vivamente la mirada y parecía realzar el semblante, acentuar su especial carácter y darle la animación que le faltaba.

Le seguía una muchachita todavía de corto. La señora Forestier se adelantó a recibirlas.

–Buenas tardes, Clotilde.

–Buenas tarde, Madeleine.

Se besaron ambas. Después, la niña ofreció su frente con el aplomo de una persona mayor, y dijo:

–Buenas tardes, prima.

La señora Forestier la besó también. Luego hizo las presentaciones.

–El Sr. George Duroy, buen camarada de Charles. la señora de Marelle, mi amiga y algo pariente.

Y añadió:

–Aquí, ¿sabe usted?, estamos en confianza. Nada de cumplidos ni etiquetas, ¿comprende?

El joven se inclinó.

Se abrió otra vez la puerta y entró un caballero bajito, gordo, rechoncho, que llevaba del brazo a una hermosa y arrogante mujer, más alta que él, mucho más joven, de modales distinguidos y grave continente. Era el señor Walter, diputado, financiero, negociante, hombre rico, judío y meridional, director de *La Vie Française*, y su mujer, hija de un banquero que se apellidaba Basile-Ravalau.

Uno tras otro, llegaron Jacques Rival, muy elegante, y Norbert de Varenne, con el cuello del frac muy reluciente por el roce con los largos cabellos, que le llegaban hasta los hombros y los sembraban de blancas motas de caspa. La corbata, mal anudada, no delataba ciertamente que la estrenase aquel día. Avanzó haciendo carantoñas de viejo presumido, y cogiendo la mano de la señora de Forestier le besó la muñeca. A causa del movimiento que hizo al inclinarse, su larga pelambreira se derramó, como una cascada de agua, sobre el desnudo brazo de la joven señora.

Forestier llegó, a su vez, excusándose por su retraso. La cuestión Morel le había retenido en el periódico. El señor Morel, diputado radical, acaba de dirigir una interpelación al Ministerio sobre la petición de un crédito para la colonización de Argelia.

El criado anunció:

–La señora está servida.

Pasaron todos al comedor. A Duroy lo sentaron entre la señora de Marelle y su hija. Se sentía otra vez cohibido, temeroso de cometer algún error en el manejo del tenedor, la cuchara y los vasos. De éstos había cuatro, uno de ellos ligeramente azul. ¿Qué diablos podría beberse en él?

Se comió la sopa en silencio. Al fin, Norbert de Varenne preguntó:

–¿Han leído ustedes el proceso de Cauchier? Es curioso.

Se discutió aquel caso de adulterio complicado con chantaje. No se habló como se habla de estas cosas en el seno del hogar siguiendo los relatos de los periódicos, sino como se habla de una enfermedad entre médicos o de legumbres entre fruteros. Nadie se indignaba, nadie se asombraba ante aquellos hechos. Se buscaban sus causas profundas secretas, con curiosidad profesional e indiferencia absoluta por el crimen en si. Trataban de explicarse claramente el origen de los actos, de determinar los fenómenos cerebrales que habían engendrado el drama, resultado científico de un particular estado de ánimo. También las mujeres se entusiasmaban con esta labor indagadora. Se pasó también revista a otros sucesos recientes, se los examinó y comentó, se les dio mil vueltas para

ver todas sus caras, con ese golpe de vista y esa manera especial de los traficantes en noticias, de los que expenden o despachan por líneas la comedia humana, cómo se examinan, revuelven y pesan en el comercio los objetos que se van a entregar al público.

Se habló luego de un duelo. Jacques Rival tomó la palabra. Aquello le pertenecía. Nadie como él podía tratar aquel asunto.

Duroy no se atrevió a chistar. A veces miraba a su vecina, cuyo cuello, bien llenito, le gustaba. Un diamante, engarzado en un hilo de oro, pendía del lóbulo de la oreja como una gota de agua que se deslizase por la carne. De cuando en cuando, la señora hacía una observación que revelaba su ingenio picante, gracioso, improvisador; un ingenio de chicuela experta que ve las cosas sin prejuicios y las juzga con benévolo escepticismo.

En vano buscaba Duroy alguna galantería que dirigirle; no hallando ninguna, se dedicó a la hija; le llenaba el vaso, le hacía plato, la servía, en fin. La chiquilla, más seria que su madre, daba las gracias con voz grave, saludaba con breves movimientos de cabeza.

—Es usted muy amable, caballero.

Y escuchaba a las personas mayores con gestecillo reflexivo.

La comida estaba muy bien y encantó a todos. El señor Walter devoraba como un ogro, sin hablar palabra, y, a través de las lentes, dirigía miradas oblicuas a los manjares que le presentaban. Norbert de Varenne, que estaba frente a él, dejaba caer gotas de sudor sobre la pechera de la camisa.

Forestier, ya sonriente, ya serio, lo vigilaba todo y cambiaba con su mujer miradas de inteligencia, a la manera de esas comadres que realizan juntas una misma tarea y comprueban que todo marcha a la medida de sus deseos.

Los rostros iban enrojeciendo y las voces crecían. A cada instante, los criados murmuraban a los oídos de los invitados:

—¿Corton? ¿Château-Laroze?

Duroy había hallado el Corton muy de su gusto, y dejaba que le llenasen la copa. Una deliciosa alegría se iba despertando en él. Era una alegría cálida que le subía desde el vientre hasta la cabeza, le corría por los miembros y le penetraba por entero. Se sentía invadido por un bienestar completo, un bienestar de la vida y del pensamiento, del cuerpo y del alma. Y le acometió un deseo invencible de hablar, de hacerse notar, de ser escuchado, estimado como esos hombres cuyas menores expresiones se saborean con delectación.

Pero la conversación que había ido encadenando ideas, saltando de tema en tema en virtud de una sola palabra, de una nadería, después de haber recorrido los acontecimientos del día y tocado, de paso, mis asuntos, volvió sobre la importante interpelación del señor Morel acerca de la política colonial de Argelia.

Entre dos platos, el señor Walter dijo algunas chuscadas, porque era por naturaleza escéptico y grosero. Forestier adelantó su artículo del día siguiente. Jacques Rival reclamó un Gobierno militar, con concesiones de tierra a cuantos oficiales contaban más de treinta años de servicios en las colonias.

—De este modo— decía— se crearía una colectividad enérgica, de antiguo conocedora y amante del país, así como de su lengua y de esas graves cuestiones locales contra las que se estrellan los recién llegados.

Norbert de Varenne le interrumpió:

—Sí... Lo sabrán todo, excepto la agricultura. Hablarán el árabe, pero ignorarán como se transplanta la remolacha y cómo se siembra el trigo. Estarán fuertes en esgrima, pero débiles en abonos. Será preciso, por el contrario, abrir con generosidad

aquel país virgen a todo el mundo. Los hombres inteligentes podrán hacerse allí una posición. Los demás sucumbirán. Tal es la ley social.

Siguió un breve silencio. Todos sonreían.

George Duroy abrió la boca y, sorprendido de su propia voz, como si jamás se hubiese oído a sí mismo, dijo:

–Lo que allí falta es la tierra. Las propiedades verdaderamente fértiles cuestan tan caras como en Francia, y son adquiridas por parisinos ricos, que quieren colocar bien sus fondos. Los verdaderos colonos, los pobres, los que emigran en busca del pan que no tienen, son relegados al desierto, donde nada se produce, por falta de agua.

Todo el mundo le miraba, y él se sentía enrojecer. Walter le preguntó:

–¿Conoce usted Argelia, caballero?

–Sí, señor –respondió George–. He estado allí veintidós meses, y he vivido en las tres provincias.

Bruscamente, olvidando la cuestión Morel, Norbert de Varenne le interrogó sobre un detalle de aquellas costumbres de que le había hablado un oficial. Se trataba del Mzab, esa extraña y diminuta República árabe, brotaba en el centro del Sahara, lo más árido y cruel de aquella ardiente región.

Duroy había visitado dos veces el Mazab y narró las costumbres de tan singular país, donde cada gota de agua tiene precio de oro, todos los habitantes están obligados a prestar servicios públicos y la probidad comercial se lleva más lejos que en los pueblos civilizados.

Hablaba con cierta verbosidad parlanchina, animado por el vino y el deseo de agradar. Contó anécdotas de cuartel, rasgos de la vida árabe, aventuras de guerra. Halló, incluso, palabras de color apropiado para describir aquellas comarcas bajo la llama devoradora del sol.

Las mujeres tenían los ojos clavados en él. La señora de Walter dijo con voz pausada:

–Con sus recuerdos podría usted escribir una encantadora serie de artículos.

Al oírla, Walter miró al joven por encima de los lentes, como hacía siempre que quería ver bien algún rostro. En cambio, los platos los miraba por debajo de los cristales.

Forestier cogió la ocasión por los pelos.

–Mi querido jefe–dijo–, acabo de hablarle a usted de George Duroy y de pedirle que lo designe para ayudarme en la información política. Desde que nos dejó Marambot no tengo a nadie que vaya a buscar las noticias urgentes y confidenciales, y el periódico se resiente de ello.

El viejo Walter se puso serio y se afianzó bien los lentes para mirar cara a cara a Duroy. Al fin dijo:

–El señor Duroy tiene, ciertamente, un talento original. Si mañana, a las tres, quiere venir a hablar conmigo, arreglaremos definitivamente este asunto.

Y, tras breve silencio, prosiguió, volviéndose hacia el joven.

–Por lo pronto, háganos unos cuantos artículos, una especie de fantasía sobre el tema de Argelia. Mezcle usted sus recuerdos personales con la cuestión colonial. Esto es de actualidad, de palpitante actualidad, y estoy seguro de que gustará mucho a nuestros lectores. Pero dése prisa. Necesito el primer artículo para mañana o pasado, para que coincida con el debate sobre este asunto en la Cámara, a fin de atraernos público.

La señora de Walter dijo, con la expresión a un tiempo graciosa y grave que ponía en todo, y que daba cierto aire de favor a sus palabras.

–Tiene usted un verdadero título: *Recuerdos de un oficial de Cazadores en Africa*, ¿verdad Norbert?

El veterano poeta, que sólo tardíamente había conocido la fama, detestaba y temía a los recién llegados.

–Sí, precioso– respondió secamente–, a condición de que la tal serie dé la nota debida. Ahí está la dificultad: en dar la nota justa, lo que en música se llama el tono.

La señora Forestier envolvió a Duroy en una mirada protectora y risueña de mujer experta, que parecía querer decir: «Tú llegarás». La señora de Marelle se había vuelto varias veces hacia el joven, y el diamante temblaba sin tregua en su oreja, como si la gota de agua fuese a desprenderse y caer.

En cuanto a la niña, permanecía inmóvil y grave, con la cabeza inclinada sobre el plato.

Pero ya el criado recorría la mesa, vertiendo en las copas azules vino de Johannisberg, y Forestier, saludando a Walter, brindaba:

–Porque *la Vie Française* alcance larga y próspera vida.

Todos se volvieron hacia el propietario del periódico, que sonreía. Duroy, ebrio de triunfo, vació de un trago su copa. Le parecía que lo mismo hubiera vaciado un barril entero, o se hubiese comido un buey y estrangulado a un león. Sentía un vigor sobrehumano, así en el alma como en el cuerpo; una resolución invencible y una infinita esperanza. Estaba, al fin, en su casa, entre los suyos. Acababa de tomar posesión de ella, de conquistar un puesto. Su mirada se posó en los rostros que le rodeaban con una seguridad en sí mismo nueva en él, y, por primera vez, se atrevió a dirigir la palabra a su vecina:

–Señora, lleva usted los pendientes más bonitos que he visto en mi vida.

La dama se volvió hacia él, sonriendo.

–Ha sido idea mía ésta de los diamantes prendidos sencillamente a un hilo de oro. Parecen gotas de rocío, ¿verdad?

Duroy murmuró, asustado de su audacia y temeroso de decir una tontería:

–Son encantadores... Pero el estuche da más valor a la alhaja.

Ella le dio las gracias con una mirada, una de esas claras miradas de mujer que llegan hasta el corazón.

Y como en aquel momento volviera Duroy la cabeza, sus ojos tropezaron de nuevo con los de la señora Forestier, siempre benévola, pero en los que ahora creyó ver una alegría más viva, una expresión maliciosa y alentadora.

Entre tanto, los hombres hablaban todos al mismo tiempo y a gritos. Con animados gestos, discutían el gran proyecto de ferrocarril metropolitano. El tema no estuvo agotado hasta una vez terminados los postres, pues cada cual tenía una porción de cosas que decir acerca de la lentitud de los medios de comunicación en el interior de París, los inconvenientes de los tranvías, las molestias de los ómnibus y la grosería de los cocheros de punto.

Salieron después del comedor para tomar el café. Duroy, por bromear, ofreció el brazo a la niña. Esta le dio las gracias gravemente y se empinó para poder alcanzar con la mano el codo de su vecino.

Al entrar en el salón, George tuvo otra vez la sensación de entrar en un invernadero. Grandes palmeras abrían sus elegantes hojas en los cuatro rincones de la estancia, ascendían hasta el techo y luego se alargaban en graciosos surtidores de agua.

A ambos lados de la chimenea, dos cauchos de tronco cilíndrico, como columnas, alzaban sus largas hojas de un verde oscuro, y sobre el piano, dos arbustos desconocidos, de forma circular y cubiertos de flores, de color rosa las del uno y blanco las del otro, tenían apariencia de plantas artificiales, inverosímiles, demasiado bellas para ser verdaderas.

El aire era fresco, penetrado de un vago y suave perfume, al que no se podía definir ni dar nombre alguno.

El joven, ya más dueño de sí, contemplaba atentamente el aposento. No era grande; nada, fuera de los arbustos, atraía en él la mirada; ningún color sorprendía por lo vivo de sus tonos, pero allí se sentía uno a gusto, tranquilo, sosegado. Aquella atmósfera envolvía dulcemente, agradaba, ponía en torno al cuerpo algo así como una caricia.

Las paredes estaban tapizadas en tela antigua, de color violeta, sembrada de florecitas amarillas, tamañas como moscas. Ocultaban las puertas cortinas de un paño azul grisáceo, como el de los uniformes militares, bordado de claveles de seda roja. Y los asientos de todos los tamaños y formas, meridianas, sillones enormes o minúsculos, *poufs* y taburetes, esparcidos por la habitación, estaban forradas en tela Luís XVI o de bello terciopelo de Utrecht con dibujos granates sobre fondo crema.

—¿Una tacita de café, señor Duroy?

La señora Forestier le tendía en un plato una llena, con aquella amistosa sonrisa que nunca se separaba de sus labios.

—Sí, señora; muchas gracias.

Tomó él la taza, y mientras se inclinaba, muy apurado, para coger con las pinzas de plata un terrón del azucarero que llevaba la niña, la joven dueña de la casa le dijo a media voz:

—Haga usted la corte a la señora de Walter.

Y se alejó antes que él pudiera responder palabra.

George comenzó por tomarse el café, porque temía derramarlo sobre la alfombra. Después, ya más tranquilo, buscó medio de acercarse a la mujer de su nuevo director y de entablar conversación con ella.

De pronto, advirtió que la dama tenía una taza vacía en la mano y que, como quiera que no tuviese cerca una mesa donde dejarla no sabía que hacer con ella. Se adelantó:

—Permítame usted, señora.

—Gracias, caballero.

Se llevó la taza y volvió a poco.

—Si supiera usted, señora, qué buenos ratos me ha hecho pasar *La Vie Française*, allá en el desierto... Verdaderamente es el único periódico que se puede leer lejos de Francia, porque es más literario, más espiritual y menos aburrido que los demás. En sus páginas encuentra uno siempre lo que busca.

Sonrió ella con amable indiferencia, y respondió gravemente:

—El señor Walter ha creado un tipo de periódico que indudablemente responde a una nueva necesidad.

Comenzaron a hablar. Duroy tenía una conversación fácil, trivial, una voz agradable, mucha gracia en los ojos y, sobre todo, una seducción irresistible en el bigote, pues se alborotaba, se encrespaba, se rizaba sobre el labio: lindo bigote, de un rubio rojizo que empalidecía un poco en las rizadas guías.

Hablaron de París, de sus alrededores, de las orillas del Sena, de los balnearios y de los placeres estivales, de todas las cosas, en resumen, corrientes y molientes, sobre las que se puede discurrir indefinidamente sin fatigar la inteligencia.

Al fin, y como Norbert de Varenne se acercase con una copa de licor en la mano, Duroy se alejó discretamente.

La señora de Marelle, que acaba de hablar con la de Forestier, le llamó:

—De modo, caballero —dijo—, que quiere usted tantear el periodismo, ¿eh?

Duroy asintió.

Entonces él habló de sus proyectos en términos vagos. Luego recommenzó con ella la conversación que había tenido con la señora de Walter; pero como el joven dominase ya mejor el tema, se lució más, repitiendo, como de su propia cosecha, mucho de lo que acababa de oír. A cada momento clavaba los ojos en los de su interlocutora, como para dar más profundo sentido a lo que decía.

Ella, a su vez, le contó algunas anécdotas, con la viveza de ingenio de la mujer que se tiene por espiritual y quiere ser siempre intencionada; y, tomándose confianza, le ponía la mano en el brazo, bajaba la voz para decirle naderías, que así cobraban tono de intimidad. Duroy se exaltaba interiormente al roce con aquella joven, que así se ocupaba de él. Hubiese querido tener ocasión inmediata de sacrificarse por ella, de salvarla, de demostrarle lo que valía, y la lentitud de sus respuestas revelaba la preocupación de su pensamiento.

Pero, de pronto, sin razón que lo justificase, la señora de Marelle grito:

—¡Laurine!

La niña se acercó inmediatamente.

—Siéntate, hija mía. Así, al lado de la ventana, tendrás frío.

A Duroy le entraron unas ganas locas de besar a la pequeña, como si algo de ese beso hubiese de volver a la madre.

Con tono galante y paternal, preguntó:

—¿Me permite usted que le dé un beso, señorita?

La chiquilla alzó los ojos hacia él con aire sorprendido. La señora de Marelle dijo riendo:

—Respóndele: «Con mucho gusto, caballero, por hoy. Pero no vaya usted a pedirme lo mismo todos los días».

Duroy, sentándose al momento, sentó sobre sus rodillas a Laurine y rozó con los labios los finos y ondulados cabellos de la criatura.

La madre dijo, sorprendida:

—¡Caramba! No se ha escapado. Es verdaderamente asombroso. Esta chiquilla no se deja besar más que por mujeres. Es usted verdaderamente irresistible, señor Duroy.

George enrojeció, sin responder, y con ligero movimiento columpió sobre su pierna a la niña.

La señora Forestier se acercó y lanzó un grito de sorpresa.

—¡Toma! ¡Mirad a Laurine domesticada! ¡Qué milagro!

Jacques Rival se acercó, a su vez, con el cigarro en la boca, y Duroy se levantó para marcharse por miedo de malograr con alguna palabra inoportuna, la tarea realizada, la iniciada obra de conquista.

Se levantó, tomó y oprimió dulcemente las manitas que las mujeres le tendían, luego estrechó con fuerza las manos de los hombres. Advirtió que la de Jacques Rival estaba seca y cálida, al responder cordialmente a su presión; la de Norbert de Varenne, húmeda y fría se escapaba, resbaladiza, entre los dedos; la del viejo Walter, húmeda y fofa, no tenía energía ni expresión; la de Forestier era grande y tibia. Su amigo le dijo a media voz:

—Mañana, a las tres, no lo olvides.

—¡Oh, no! Descuida.

Cuando se vio en la escalera, sintió deseos de bajarla corriendo tan vehemente era su alegría. Comenzó, pues, a saltar de dos en dos los peldaños; pero al llegar frente al gran espejo del segundo piso, vio a un señor que, brincando, le salía al encuentro, y se detuvo, avergonzado, como si le hubiesen pillado en falta.

Después se contempló por largo espacio, maravillado de ser, en verdad, tan guapo mozo; se sonrió complacido, y, finalmente, despidiéndose de su propia imagen, se saludó por tres veces, ceremoniosamente, como se saluda a los grandes personajes.

III

Cuando George Duroy se vio de nuevo en la calle, vaciló acerca de lo que haría.

Tenía ganas de correr, de soñar, de precederse a sí mismo, imaginando el porvenir y respirando el aire suave de la noche. Pero el pensamiento de la serie de artículos solicitada por el viejo Walter le perseguía, y decidió volver a casa para ponerse a trabajar.

Regresó a buen paso, ganó el bulevar exterior, y lo siguió hasta la calle de Borusault, donde vivía. Su casa, de seis pisos, estaba poblada por veinte modestos hogares obreros y mesócratas, y al subir la escalera, alumbrándose con cerillas que iluminaban los sucios peldaños, donde se amontonaban papeles rotos, colillas y desperdicios de cocina, experimentó una descorazonada sensación de disgusto y ansiosa impaciencia por salir de allí y alojarse, como los ricos, en viviendas limpias. Un olor indefinible a guisotes, a comida, a humanidad, un olor de grasa estancada, a viejas paredes que ninguna corriente de aire podía traspasar, lo invadió de pies a cabeza.

La habitación del joven estaba en el quinto piso, y se asomaba, como sobre un insondable abismo, sobre la inmensa trinchera del ferrocarril del Oeste, justamente a la salida del túnel, cerca de la estación de Batignolles. Duroy abrió la ventana y se acodó en el alfeizar de latón enmohecido.

A sus pies, en el fondo del sombrío agujero, se veían tres señales rojas, que semejaban grandes ojos de extraños animales. Más lejos se veían otros, y otros más lejos todavía. Prolongados silbidos atravesaban, a cada instante, la noche: unos próximos, apenas perceptibles; otros y otros procedentes del lado de Assieres. Tenían modulaciones como si fuesen voces que llamasen. Uno de ellos se aproximaba, lanzando un grito lastimero, que crecía de segundo en segundo, y pronto apareció una enorme luz amarilla que corría entre gran estrépito. Y Duroy vio como el largo rosario de vagones se hundía en el túnel. Al fin se dijo: «¡Ea, a trabajar!» Puso la lámpara sobre la mesa; pero en el momento de ponerse a escribir, advirtió que no tenía más que algunos pliegos de papel de cartas. ¿Qué hacer? Los utilizaría abriéndolos en toda su extensión. Mojó la pluma en el tintero, y con su más bella letra escribió a la cabeza.

Recuerdos de un oficial de Cazadores en África

Después se puso a buscar la primera frase. Tenía la frente apoyada en la mano, los ojos fijos en el blanco rectángulo desplegado ante él.

¿Qué iba a decir? No recordaba nada de cuanto acababa de contar: ni una anécdota, ni un hecho. Nada absolutamente. De pronto pensó: «Debo comenzar por mi partida». Y escribió «Era el dieciocho de mayo de mil ochocientos setenta y cuatro. Francia agotada, se reponía de las catástrofes del año terrible.»

Aquí se detuvo sin saber cómo contar lo que seguía: el embarque, el viaje, las primeras impresiones...

Después de un minuto de reflexión, se decidió a dejar para el día siguiente la cuartilla preliminar y hacer, de momento, una descripción de Argel.

Y trazó sobre el papel: «Argel es una ciudad completamente blanca», y no acertaba a decir otra cosa. En su recuerdo veía a la linda y clara ciudad despeñándose en el mar, como una cascada de casitas chatas, desde lo alto de la montaña; pero no encontraba una sola palabra con que expresar lo que había visto, lo que había sentido.

Tras un gran esfuerzo, añadió: «Está habitada, en parte, por árabes». Después arrojó la pluma sobre la mesa, y se levantó.

Sobre su angosta cama de hierro, donde se advertía la huella de su cuerpo, vio tiradas de cualquier modo sus ropas de diario, vacías, fatigadas, lacias, feas, como harapos de la Morgue. Y sobre un silla de paja, su sombrero de copa, su único sombrero, que parecía puesto allí para recibir las limosnas.

Las paredes, cubiertas de papel gris con ramos azules, tenían tantas manchas como flores; manchas antiguas, sospechosas, cuya naturaleza nadie hubiese podido definir, pues lo mismo podían ser de bichos aplastados como de aceite, huellas de dedos untados de pomadas o parchazos de agua y jabón que, al lavarse alguien, saltaran de la palangana. Todo aquello olía a miseria, a la vergonzosa miseria de los pisos baratos de París. En su exasperación, se sublevaba contra la pobreza de aquella vida. Se dijo que era preciso salir de allí inmediatamente, que desde el día siguiente había que romper con aquella menesterosa existencia.

Presa de súbito y ardiente afán de trabajar, se sentó de nuevo a la mesa y se puso otra vez a buscar las frases más propicias para escribir la fisonomía extraña y encantadora de Argel, esa antesala del África de los árabes nómadas y de los negros desconocidos, el África inexplorada y tentadora, cuya fama inverosímil, y que parece creada para poblar cuentos de hadas, vemos a veces en los jardines públicos: avestruces que son como extravagantes y gigantescas gallinas, gacelas que semejan cabras divinas, sorprendentes y gigantescas jirafas, graves camellos, hipopótamos monstruosos, informes rinocerontes y gorilas, esos espantosos hermanos del hombre.

Sentía que le acudían vagos pensamientos. Tal vez los hubiera expuesto verbalmente, pero no podía formularlos por escrito. Su impotencia lo enfebrecía. Se levantó otra vez, con las manos húmedas de sudor y la sangre agolpada en las sienes.

Como sus ojos se fijasen en la cuenta de la lavandería, que la portera le había dejado allí aquella misma tarde, se apoderó de él un acceso de terrible desesperación. Toda su alegría desapareció en un segundo, y con ella su confianza en sí mismo y en su porvenir. Aquello había acabado. Todo había terminado. Y se sintió vacío, incapaz, inútil...

Y volvió a acodarse en la ventana en el preciso momento en que un tren salía del túnel, con repentino y horrísono estruendo. Iba allá lejos, a través de los campos y de las llanuras, hacia el mar. Y el recuerdo de sus padres penetró el corazón de Duroy.

El convoy iba a pasar cerca de ellos, a unas leguas nada más de su casa, de aquella casita que el evocaba ahora, y que, desde lo alto de la costa, dominaba a Ruán y el inmenso valle del Sena, a la entrada de la aldea de Cantelén.

Los padres de Duroy tenían un caserío o ventorrillo, Bella Vista, adonde las familias comarcanas iban a comer los domingos. Quisieron hacer de su hijo un señorito, y con ese propósito lo enviaron al colegio. Terminados sus primeros estudios e interrumpidos los de Bachillerato, ingresó en el ejército, con el propósito de llegar a oficial, a coronel, a general. Pero disgustado de la vida militar mucho antes de cumplir los cinco años de servicio, había soñado con hacer fortuna en París.

Y a París había venido, una vez terminado su compromiso, a pesar de las súplicas de su padre y de su madre que, disipados ya sus sueños, sólo deseaban ahora tenerlo junto a sí. Él, por su parte, confiaba en el porvenir. Entreveía el triunfo, en virtud de acontecimientos, todavía confusos en su mente, pero que él sabría, a buen seguro, provocar y aprovechar.

En su regimiento había alcanzado algunos éxitos de guarnición, con pobres y fáciles mujeres, y aun cierto género de aventuras en un medio social más elevado. Había, incluso, seducido a la hija de un preceptor, que quiso dejarlo todo por seguirlo, y a la mujer de un abogado, que intentó ahogarse, desesperada ante su abandono.

Sus camaradas decían de él: «Es un pillín y un vivo; es un fresco que siempre sabrá salir del paso». Y él, en efecto, se había propuesto ser un pillín, un vivo, un fresco.

Su primitiva conciencia de normando, embotada por las prácticas diarias de la vida cuartelaria, relajada por el ejemplo de los merodeos de África, de los negocios ilícitos, de combinaciones sospechosas; fustigada, además, por las ideas sobre el honor que circulan en el ejército, por las bravatas militares, los sentimientos patrióticos y las historias de grandezas que se cuentan entre suboficiales, así como por la gloria del oficio, se había convertido en una caja de triple fondo, donde se encontraba de todo.

Pero el deseo de llegar le animaba completamente.

Como todas las noches, y sin darse cuenta, soñaba despierto. Imaginaba una magnífica aventura de amor que, de una vez, lo llevaría a la realización de sus esperanzas. Se veía ya casado con la hija de un banquero o de un gran personaje, a la que avía conocido en la calle y conquistado con una sola mirada.

El silbido de una locomotora que salía del túnel, sola, como un gran conejo de su madriguera, y a todo vapor corría sobre los carriles en busca del depósito de máquinas, le hizo volver a la realidad.

Tranquilizado de nuevo por la confusa esperanza que seguía alentando en su pecho, lanzó, al azar, un beso a la noche, un beso de amor a la mujer esperada, un beso de deseo a la mujer apetecida. Después, cerró la ventana, murmurando:

—¡Bah! Mañana estaré en mejor disposición. Hoy no tengo la cabeza despejada y hasta me parece que estoy un poco bebido. En estas condiciones no hay quien pueda trabajar.

Se metió en la cama, apagó la luz y a los pocos momentos quedó dormido.

Se despertó temprano, como se despierta uno los días de viva esperanza o de preocupación, saltó de lecho y fue a abrir la ventana para beberse una buena taza de aire fresco, como él decía.

Enfrente y al otro lado de la trinchera del ferrocarril, las casas de la calle de Roma resplandecían a la luz del sol naciente, y parecían pintadas con la blanca claridad. Allá lejos, a la derecha, se veían las cuestas de Argenteuil, las alturas de Signois y los molinos de Orgemont, envueltos en una bruma blanquecina y ligera, como un velo flotante y transparente que alguien hubiese echado sobre el horizonte.

Duroy permaneció algunos minutos contemplando la campiña lejana, y murmuró:

—¡Que bien se pasaría por ahí un día como el de hoy!

Pero luego pensó que había que ponerse a trabajar en seguida, así como enviar, mediante un franco de propina, al chico de la portera que avisase en la oficina que se hallaba enfermo.

Se sentó ante la mesa, mojó la pluma en el tintero, apoyó la frente en la mano y buscó ideas. Todo fue inútil. Ninguna le acudía.

No se desalentó, sin embargo.

«¡Bah! —pensó—. Es la falta de costumbre. Todo se reduce a aprender un oficio como otro cualquiera. Voy a buscar a Forestier, que en diez minutos me pondrá el artículo en marcha.»

Se vistió.

Cuando estuvo en la calle, juzgó que era demasiado temprano para ir a casa de su amigo, que debía de levantarse tarde. Dio pues un paseo, muy despacito, a la sombra de los árboles del bulevar exterior.

No eran todavía las nueve cuando entró en la calle de Monceau, recién regada. Se sentó en un banco y comenzó a soñar. Un joven muy elegante iba y venía delante de él. Esperaba a una mujer, sin duda.

Apareció ella, al fin, envuelto el rostro en un velo y con paso rápido. Tras un breve apretón de manos cogió al hombre de un brazo y ambos se alejaron.

Un tumultuoso deseo de amor, una necesidad de amores distinguidos, perfumados, delicados, invadió el corazón de Duroy. Se levantó y reanudó su paseo, pensando en Forestier. ¡Ese sí que tenía suerte!

Llegó al portal en el preciso momento en que su amigo salía.

—¡Tú, aquí! ¿Qué diablos quieres a estas horas?

Duroy, cortado al encontrarle cuando se marchaba, balbució.

—Es que..., es que... no consigo escribir el artículo, ¿sabes?, el artículo que el señor Walter me ha encargado sobre Argelia. Nada tiene de extraño, dado que nunca he escrito nada. Para esto, como para todo, hace falta práctica. Pronto la alcanzaré, seguro estoy de ello; más, para empezar, no sé cómo arreglármelas. Ideas no me faltan, tengo las necesarias; pero no acierto a expresarlas.

Se detuvo, un poco vacilante. Forestier sonreía con malicia.

—Ya sé yo lo que es eso —dijo.

Duroy prosiguió:

—Sí, esto debe de ocurrirle a todo el mundo, al empezar. Pues bien, y venía..., yo venía a pedirte que me tiendas una mano. En diez minutos me pondrás al corriente y me enseñarás el aire que hay que darle a esto. Me darás una buena lección de estilo. En cambio, sin tí, no podré salir del apuro.

Forestier seguía sonriendo alegremente. Dio a su antiguo camarada unos golpecitos en el brazo y le dijo:

—Vete a ver a mi mujer; ella te arreglará el asunto tan bien como yo. Yo mismo le he enseñado el oficio. Por mi parte, esta mañana no tengo tiempo de ayudarte; si no, lo haría con mucho gusto.

Duroy, cohibido de pronto, vacilaba, no se atrevía:

—Pero esta no es hora de visitar a una señora...

—Sí, ya está levantada. La encontrarás en mi despacho, poniendo en orden unas notas para mí. Anda, sube.

Duroy se resistía a subir.

—No... no estará visible —dijo.

Forestier le cogió por los hombros, le hizo girar sobre los talones y le empujó hacia la escalera.

—Anda, anda, pedazo de tonto. Haz lo que te digo, no creo que me vayas a hacer subir tres pisos para presentarte y explicar tu caso. Sube de una vez.

Al fin Duroy se decidió:

—Gracias, ya voy; le diré que tú me has obligado, lo que se dice obligado a venir a verla.

—¡Oh, no te comerá! Puedes estar tranquilo. Y, sobre todo, no olvides que a las tres...

—¡Oh! No tengas cuidado.

Forestier se marchó, con su aire apresurado de siempre, y Duroy comenzó a subir la escalera, lentamente, peldaño a peldaño, pensando qué diría y preocupado por la acogida que le dispensarían.

El criado fue a abrirle. Llevaba un delantal azul y tenía una escoba en la mano.

—El señor ha salido —dijo, si esperar a que le preguntase.

Duroy insistió:

—Pregunte a la señora si puede recibirme, y dígame que vengo de parte de su marido, con quien me he encontrado en la calle.

Y esperó. El hombre volvió, abrió una puerta a la derecha y dijo:

– La señora le espera.

Estaba sentada en un sillón de despacho, en una pieza pequeña, cuyas paredes desaparecían totalmente tras las bien ordenadas hileras de libros que ocupaban varias estanterías de madera negra. Las encuadernaciones, en todos los tonos: rojo, amarillo, verde, violeta y azul ponían una nota cálida y alegre en aquel monótono alineamiento de libros.

La señora se volvió, siempre sonriente, a su visitante y le tendió la mano, dejando ver el brazo desnudo a través de la amplia abertura de la manga.

–¿Ya por aquí? –dijo; y en seguida añadió –: No es un reproche, sino una simple pregunta.

–¡Oh, señora! –balbució él–. Yo no quería subir, pero su marido, que me encontró al salir, me ha obligado. Estoy tan confuso que no me atrevo a decir lo que me trae.

Ella le indicó una silla y dijo:

–Siéntese y hable.

Tenía entre los dedos una pluma de ave, que volteaba ágilmente, y ante sí una gran hoja de papel, escrita hasta la mitad. La llegada del joven había interrumpido, sin duda, su tarea.

Sentada ante la mesa de trabajo, parecía hallarse tan a gusto como en su salón, dedicada a sus ordinarias ocupaciones. Un ligero perfume se escapaba del peinador, el fresco perfume del tocado reciente. Y Duroy trataba de adivinar, creyendo ver el cuerpo joven y traslúcido, lleno y cálido, dulcemente envuelto en la suave tela.

Como el joven no hablase, la dama continuó:

–Vamos, dígame: ¿de qué se trata?

Duroy murmuró, vacilante:

–Verá usted... Pero no me atrevo, verdaderamente... En fin, ello es que anoche, hasta muy tarde, y esta mañana, desde muy temprano, he estado trabajando en ese artículo sobre Argelia que me ha encargado el señor Walter... Mas no he conseguido nada. He roto todos mis borradores... No estoy acostumbrado a este género de trabajo y venía a pedir a Forestier su ayuda por una sola vez...

Ella le interrumpió, riéndose con toda su alma, muy divertida, contenta y halagada.

–¿Forestier le ha dicho que venga a buscarme? Tiene gracia...

–Sí, señora. Me ha dicho que usted me sacaría del apuro mejor que él. Pero yo no me atrevía... no quería... ¿Comprende?

Ella se levantó.

–Va a ser, señor Duroy, una delicia colaborar así. Estoy encantada de su ocurrencia. Ea, siéntese ahí, en mi sitio, porque en el periódico conocen mi letra. Y ahora, vamos a hacer entre los dos un artículo; pero no así como se quiera; un artículo que llame la atención.

Duroy se sentó, cogió una pluma, puso ante sí una cuartilla y esperó.

La señora de Forestier contemplaba estos preparativos. Después, tomó un cigarrillo de la chimenea, y lo encendió.

–No puedo trabajar sin fumar –dijo–. Vamos a ver, ¿qué quiere usted contar?

George, asombrado, alzó hacia ella la cabeza.

–Pues no lo sé. Precisamente por eso he venido a verla.

Ella repuso:

–Beno, ya arreglaremos eso. Yo haré la salsa. Pero me hace falta antes la carne.

El seguía indeciso. Al fin dijo, dudando:

–Quisiera relatar mi viaje desde el principio.

Entonces ella se sentó frente a él, al otro lado de la mesa, y dijo, mirándole a los ojos:

–Bien; pues empiece por contármelo a mí, a mí solita, ¿sabe?, despacito, sin olvidar nada, y yo recogeré lo que pueda aprovecharse.

Mas como no supiese por dónde empezar, ella empezó a interrogarle, como pudiera hacerlo un confesor, haciéndole preguntas concretas, interpeleándole sobre detalles olvidados, personajes con quienes se encontrara y rostros apenas vistos al paso.

Cuando le hubo hecho hablar durante un cuarto de hora, le interrumpió de pronto.

–Ahora –dijo– vamos a empezar. Por lo pronto supondremos que dirige usted sus impresiones a un amigo, lo que le permitirá expresarse con mayor desenfado, hacer observaciones de todo género, ser natural y ocurrente, si podemos. Escriba: «Mi querido Henri: ¿No querías saber cómo es Argelia? Pues vas a saberlo, en efecto. No teniendo nada que hacer en la casita de adobes que me sirve de albergue, voy a enviarte una especie de diario de mi vida, día por día, hora por hora. A veces, tendrá quizás colores demasiado vivos. Pero nadie te obliga a enseñárselo a las señoras de tu amistad...»

La de Forestier se interrumpió para encender de nuevo el cigarrillo, que se había apagado, y, en seguida, el leve rasgueo de la pluma de ave sobre el papel cesó también.

–Continuemos –dijo.

«Argelia es un gran país francés fronterizo, de esos grandes países desconocidos que se llaman el desierto, el Sahara, el África Central, etc.

» Argel es la puerta, la puerta blanca y encantadora de esa extraña región.

» Pero hay que ir allá, cosa que no es para todos. Soy, como sabes, un buen desbravador de caballos y domo el del coronel. Pero no se puede ser excelente jinete y mal marino. Tal es mi caso. ¿Te acuerdas del mayor Simbretas, al que llamábamos el *Doctor Iperacuana*? Cuando nos creíamos en estado a propósito para poder pasar veinticuatro horas en la enfermería, ¡oh, bendito vasito!, íbamos a su consulta. Solía estar sentado en su sillón, con los rollizos muslos ceñidos por el rojo pantalón y las manos en las rodillas, los brazos en arco y los codos en el aire. Revolvía los ojazos de loto, mordisqueando el blanco bigote. ¿Recuerdas sus partes facultativos?: «Este soldado padece trastornos gástricos. Adminístresele vomitivo número tres, según mi receta, y déjesele descansar doce horas. Con esto curará.»

» Aquel vomitivo era estupendo, estupendo e irresistible. Se lo tragaba uno, porque no había otro remedio. Luego, cuando había uno pasado por la receta del *Doctor Ipercacuana*, podía disfrutar de doce horas de bien ganado reposo.

» Pues bien, querido: para llegar a África, es preciso sufrir, durante cuarenta horas, otra especie de vomitivo irresistible, según la receta de la Compañía Trasatlántica.»

La señora Forestier se frotaba las manos, muy satisfecha de su ocurrencia.

Se levantó y se puso a pasear, después de haber encendido otro cigarrillo. Dictaba, arrojando leves columnas de humo que, al principio, salían rectas del redondo agujerito que formaban sus labios, después se alargaban, se desvanecían, dejando suspender en el espacio unas líneas grises, una especie de bruma transparente, un vapor parecido a los hilos que tejen las arañas. A veces, con una sacudida de la mano abierta, borraba estas huellas ligeras y persistentes. Otras, las cortaba con un movimiento tajante del dedo índice, y contemplaba, con grave atención, cómo las dos vedijas de imperceptible vapor desaparecían lentamente.

Y Duroy, con los ojos alzados hacia ella, seguía todos sus gestos, todas sus actitudes, todos los movimientos de su cuerpo y de su rostro, ocupados en ese vago pasatiempo que no ocupaba su pensamiento.

Imaginaba ahora la señora Forestier las peripecias del camino, trazaba retratos de unos compañeros de viaje que ella misma inventaba, y esbozaba una aventura de amor con la mujer de un capitán que iba a reunirse con su marido.

Después, sentada de nuevo, interrogó a Duroy sobre la topografía argelina, que ella ignoraba por completo, y en diez minutos supo tanto como él, y trazó un verdadero capítulo de geografía política y colonial para poner al lector al corriente y prepararlo para las graves cuestiones que se afrontarían en los artículos siguientes.

Después continuó con una excursión por la provincia de Orán, excursión en que predominaba la fantasía, y en que se trataba, especialmente, de las mujeres del país, así de las moras, como de las judías y las españolas.

–Esto es lo que interesa a la gente –dijo la dama.

Terminó con una excursión a Saida, al pie de altas mesetas, y el relato de una linda intriguilla de amor entre el suboficial George Duroy y una obrera española, de las manufacturas de Ain-el-Hadjar. Narraba las citas nocturnas en la montaña pedregosa y pelada, mientras los chacales, las hienas y los perros árabes gritaban, aullaban y ladraban en medio de las rocas.

–Se continuará mañana –dijo ella alegremente, y levantándose de nuevo-- Así es cómo se hace un artículo, querido señor. Firme, hágame el favor.

George vacilaba.

–Firme, le digo.

Entonces, él se echó a reír, y escribió al pie de la cuartilla:

«*George Duroy*»

Ella seguía fumando y paseando, y él continuaba mirándola, sin encontrar palabras con que manifestarle su agradecimiento, contento de hallarse cerca de ella, penetrado de gratitud y del bienestar sensual que esta naciente intimidad le procuraba. Le parecía que todo lo que le rodeaba formaba parte de ella, todo, hasta la muralla de libros. Las sillas, los muebles, el aire donde flotaba el olor del tabaco, tenían algo de particular, de bueno, de dulce, de encantador, que venía de ella.

De pronto la dama preguntó:

–¿Qué le parece mi amiga, la señora de Marelle?

La pregunta le cogió de sorpresa. Luego contestó, vacilando:

–Pues... me parece.... me parece muy seductora.

–¿Verdad que sí?

–Sí, por cierto.

Le dieron ganas de añadir: «Aunque no tanto como usted». Pero no se atrevió.

Ella continuó:

–¡Y si supiese usted qué ingeniosa es, qué original, qué inteligente! Es una bohemia, lo que se dice una bohemia. Por eso no la quiere su marido. No ve más que los defectos, sin apreciar las cualidades.

Duroy quedó estupefacto al saber que la señora de Marelle estaba casada. Nada más natural, sin embargo.

–¿De modo –preguntó– que es casada? ¿Y a qué se dedica su marido?

La señora Forestier se encogió casi imperceptiblemente de hombros y contrajo las cejas, con un solo movimiento lleno de recóndita intención.

–Es inspector de los ferrocarriles del Norte. Sólo pasa un mes en París. Es lo que su mujer llama «el servicio obligatorio», o «la semana de guardia», o, todavía, «la semana santa». Cuando la conozca usted mejor verá que fina y graciosa es. Vaya a verla un día de éstos.

Duroy no pensaba en marcharse. Le parecía que se iba a quedar allí para siempre, que estaba en su casa.

Pero la puerta se abrió de pronto, y un caballero alto, a quién nadie había anunciado, entró.

Al ver allí un hombre se detuvo. La señora Forestier parecía un poco azorada. Pero fue cosa de un segundo. Luego, en tono natural, si bien el rosa de los hombros se le subió un poco al rostro, dijo:

–Pero entre usted, querido. Tengo el gusto de presentarle a un buen camarada de Charles, el señor George Duroy, futuro periodista.

Luego, con diferente acento, anunció:

–El mejor y el más íntimo de nuestros amigos, el conde de Vaudrec.

Los dos hombres se saludaron, mirándose al fondo de los ojos, e inmediatamente Duroy hizo ademán de retirarse.

Nadie lo retuvo. Balbució algunas palabras de gratitud, estrechó la mano que le tendía su joven amiga, se inclinó otra vez ante el recién llegado, cuyo rostro conservaba la expresión fría y seria que conviene aun hombre de mundo y salió en seguida, turbado como si hubiese cometido una tontería.

Al verse de nuevo en la calle, se sintió entristecido, molesto, obsesionado por la oscura sensación de un disgusto oculto. Se preguntaba el motivo de aquella súbita melancolía y no lo encontraba. Pero el severo rostro del conde de Vaudrec, ya un poco viejo, con los cabellos grises y el aspecto tranquilo e insolente de un particular muy rico y seguro de sí mismo, no se apartaba de su memoria.

Advirtió que la llegada de aquel desconocido, al romper el encanto del coloquio frente a frente a que su corazón ya se iba acostumbrando, le causó esa impresión de frialdad y desesperanza que una palabra oída al azar, una miseria entrevista, la menor cosa, en fin, basta a veces para producirnos, y le pareció también que aquel hombre, sin que él alcanzara a adivinar por qué, había quedado, a su vez, disgustado de su presencia allí.

Nada tenía que hacer hasta las tres, y aún no era mediodía. Le quedaban en el bolsillo seis francos y se fue a almorzar a Duval. Luego estuvo paseando por los bulevares, y al dar las tres subía la escalera-anuncio de *La Vie Française*.

Varios ordenanzas, sentados en un banco y cruzados de brazos, esperaban que se les llamase, en tanto que, tras una especie de pulpillo o tribuna profesional, clasificaban la correspondencia que acababa de llegar. La *mise en scene* estaba perfectamente calculada para causar efecto en los visitantes. Todo el mundo tenía la traza, el aspecto, la dignidad y la elegancia que convienen en el vestíbulo de un periódico de gran circulación.

Duroy preguntó:

–¿El señor Walter, por favor?

–El señor director –repuso el conserje– está ahora en una conferencia. Si quiere, puede usted pasar y descansar –añadió indicándole la sala de visitas, que ya estaba llena de gente.

Se veían allí caballeros graves, importantes, condecorados, y hombres mal vestidos, con la camisa oculta por la levita abrochada hasta el cuello y llena de manchas, que recordaban los perfiles de los continentes sobre los mares en los mapas. Tres mujeres se mezclaban con aquella gente. Una de ellas era bonita, risueña, e iba muy peripuesta; tenía aire de cocota. Su vecina, de gesto trágico y arrugado semblante, vestía con cierta severidad presuntuosa y tenía ese no sé qué de ajado, de artificioso, que distingue, en general, a las actrices viejas: una especie de falsa juventud que se evapora, como un perfume marchito.

La tercera de aquellas mujeres, de luto, se agazapaba en un rincón. Parecía una viuda inconsolable. Duroy supuso que iría a pedir algún socorro.

Pasaron veinte minutos sin que llamasen a nadie.

Al fin, Duroy tomó una resolución súbita, y volviéndose hacia el conserje, le dijo:

–El señor Walter me tenía citado para las tres. En todo caso, ¿quiere usted ver si está mi amigo, el señor Forestier?

Le hicieron recorrer un largo pasillo, que lo condujo a una espaciosa sala, donde cuatro señores escribían, en torno a una mesa forrada de verde.

Forestier, en pie ante la chimenea, fumaba un cigarrillo y jugaba al *bilboquet*. Era muy diestro en este pasatiempo, y, vez tras vez, ensartaba el enorme boliche de boj amarillo en la varilla de madera. Contaba en voz alta: «Veintidós, veintitrés, veinticuatro, veinticinco...»

Duroy dijo: «Veintiséis», y su amigo alzó los ojos, sin interrumpir el acompasado movimiento del brazo.

–¡Caramba, tú por aquí! –dijo–. Ayer hice ciento y siete tantos seguidos. Únicamente *Saint-Potin* me gana aquí. ¿Has visto al jefe? No no hay nada más divertido que ver a ese viejo papanatas de Norbert jugar al *bilboquet*. Abre una boca tamaña como si fuese a tragarse la bola.

Uno de los redactores se volvió hacia él:

–Oye, Forestier, yo sé quién vende un *bilboquet* soberbio, de madera de las islas. Ha pertenecido, según dicen, a la reina de España, y piden por él sesenta francos. No me parece caro.

Forestier preguntó:

–¿Dónde está esa alhaja?

Y como le hubiese fallado el trigésimo séptimo tanto, abrió un armario, donde Duroy divisó una veintena de *bilboquets* soberbios, alineados y numerados como piezas de una colección. Después de haber colocado el suyo en el lugar que le correspondía, repitió:

–¿Dónde está esa alhaja?

–Lo tiene un revendedor de billetes del Vaudeville. Mañana te lo traeré, si quieres.

–Conformes. Si está verdaderamente bien, me quedaré con él. Nunca tiene uno demasiados *bilboquets*.

Volviéndose después hacia Duroy, le dijo:

–Ven conmigo. Voy a llevarte al despacho del director. De lo contrario, te estarás aquí de plantón hasta las siete.

Ambos atravesaron la sala de visitas, donde las mismas personas ocupaban los mismos lugares. En cuanto vieron a Forestier, la joven alegre y la vieja actriz se levantaron vivamente y fueron hacia él.

El periodista las condujo, una tras otra, al hueco de la ventana. Aunque tuvieron la precaución de hablar en voz baja, Duroy pudo observar que su amigo tuteaba a las dos.

Después de empujar otras dos puertas acolchadas, llegaron al despacho del director.

La conferencia que éste celebraba desde hacía una hora, sobre poco más o menos, consistía en una partida de *ecarté* con algunos de aquellos señores de sombrero de alta plana que allí mismo había visto Duroy la víspera.

El señor Walter llevaba el juego con atención concentrada, en tanto que su adversario echaba las leves cartulinas, coloreadas y las levantaba, las manejaba, en fin, con una ligereza, una destreza y una gracia de jugador avezado. Norbert de Varenne, sentado en el sillón del director escribía un artículo, Jacques Rival, tumbado cuan largo era en un diván, con los ojos cerrados, fumaba un cigarrillo.

Olía allí a habitación cerrada, a muebles de cuero, a tabaco y a imprenta. Era ese olor particular de las redacciones, que todos los periodistas conocen.

Sobre la mesa, de madera negra con incrustaciones de bronce, yacía un inverosímil montón de papeles, cartas, mapas, periódicos y revistas, facturas de proveedores, impresos de toda especie.

Forestier estrechó la mano de los mirones que estaban en pie, detrás de los jugadores, y, sin decir palabra, siguió con los ojos la partida. Por una vez que Walter la hubo ganado, le dijo:

–Aquí está el amigo Duroy.

Con brusco gesto, el director miró al joven por encima de las lentes. Luego, le preguntó:

–¿Me trae el artículo? Nos vendrá muy bien hoy, para publicarlo al mismo tiempo que la interpelación Morel.

Duroy sacó del bolsillo las cuartillas, en cuatro dobleces.

–Aquí lo tiene, señor.

El jefe, encantado, dijo sonriendo:

–Muy bien. Veo que tiene usted palabra. Tendrá que darle una ojeada a las cuartillas, Forestier.

Pero Forestier se apresuró a responder:

– No vale la pena. He hecho la crónica con él, para enseñarle el oficio. Está muy bien.

Y el director, que recogía en aquel momento los naipes que le alargaba un señor alto y flaco, diputado del centro izquierda, añadió con indiferencia:

– Perfectamente.

Pero Forestier no le dejó comenzar la nueva partida y le dijo al oído:

– Ya sabe usted que me había prometido contratar a Duroy para reemplazar a Marambot. ¿Quiere que se haga en las mismas condiciones?

– Sí, eso es.

Y el periodista, cogiendo del brazo a su amigo, se lo llevó, en tanto que Walter volvía a su juego.

Norbert de Varenne no había levantado la cabeza. Parecía no haber visto o reconocido a Duroy. Jacques Rival, en cambio, le había estrechado la mano con el vigor expresivo y deliberado de un buen camarada, con quien se puede contar en caso necesario.

Atravesaron de nuevo la sala de visitas, y todo el mundo alzó los ojos. Forestier, entonces, dirigiéndose a la más joven de las mujeres, dijo en voz suficientemente alta para que todos le oyesen:

– El director va a recibirlas en seguida. En estos momentos está conferenciando con dos miembros de la Comisión de Presupuestos.

Y salió muy de prisa, dándose importancia, como si fuera a redactar una noticia de la mayor gravedad.

En cuanto estuvieron de nuevo en la Redacción, Forestier volvió a coger el *bilboquet* y poniéndose a jugar de nuevo, dijo a Duroy, sin dejar de contar los tantos:

– Escucha: vendrás todos los días a las tres, y yo te diré las diligencias y visitas que tienes que hacer, ya sea por la tarde, bien por la mañana, «uno». Por lo pronto, voy a darte una carta de presentación para el jefe del primer negociado de la Prefectura de Policía, «dos», que te pondrá en relación con uno de sus funcionarios, y tú te las arreglarás con él de modo que te dé todas las noticias importantes, «tres», de la Prefectura. Las noticias oficiales o semioficiales, se entiende. Para más detalles, te dirigirás a *Saint-Potin*, que es el que aquí lleva eso, «cuatro». Lo verás en seguida, o

mañana. Será preciso, sobre todo que, te acostumbres a meter los dedos en la boca de las personas a quienes te envíe a ver, «cinco», y que entres en todas partes, a pesar de las puertas cerradas, «seis». Por todo esto cobrarás doscientos francos mensuales, más diez céntimos la línea por los ecos interesantes de tu cosecha, «siete», más otros diez céntimos la línea por los artículos que se te encarguen sobre diversos asuntos «ocho».

Calló para atender cínicamente a su juego. Continuó contando lentamente: «Nueve, diez, once, doce, trece...» Marcó el decimocuarto tanto.

—¡Voto a...!—exclamó—. ¡Maldito trece! Siempre me trae desgracia. Moriré en trece.

Uno de los redactores, que había terminado su trabajo, cogió a su vez, un *bilboquet* del armario. Era un hombre muy bajito, de aspecto aniñado, a pesar de tener sus buenos treinta y cinco años.

Y habiendo entrado algunos periodistas más, fueron, uno tras otro, a buscar el juguete que les pertenecía. Pronto se reunieron seis, que, alineados, con la espalda apoyada en la pared, lanzaban a lo alto, con movimientos semejantes y regulares, las bolas rojas, amarillas o negras, según la naturaleza de la madera. Entablada la lucha, los dos redactores que todavía continuaban trabajando se levantaron para ejercer de jueces.

Forestier ganó por once puntos. Entonces el hombrecillo de aspecto aniñado, que había predido, llamó a un ordenanza, y gritó:

—Nueve cañas.

Y todos se pusieron a jugar de nuevo, mientras llegase el refresco.

Duoy bebió un vaso de cerveza con sus nuevos compañeros. Después preguntó a su amigo:

—¿Qué quieres que haga?

El otro replicó:

—Hoy no tengo nada para ti. Puedes irte si quieres.

— Y... nuestro..., nuestro artículo, ¿saldrá en este número?

—Sí; pero no te preocupes. Yo corregiré las pruebas. Haz la continuación para mañana, y ven a las tres, como hoy.

Y Duoy, después de haber estrechado varias manos sin conocer siquiera los nombres de sus poseedores, bajó la escalera con el corazón gozoso y el ánimo ligero.

IV

George Duroy durmió mal, tanto le aguijoneaba el deseo de ver impreso su artículo. Se levantó al romper el día y se echó a la calle mucho antes que los repartidores corriesen con los paquetes de periódicos de quiosco en quiosco.

Se encaminó hacia la estación de San Lázaro, pues bien sabía que *La Vie Française* llegaba allí antes que a su barrio. Como aún era muy temprano, dio unos paseos por la acera.

Vio a un vendedor de periódicos que abría su puesto, y en seguida llegó un hombre que llevaba en la cabeza un gran montón de pliegos de papel impreso. George se precipitó hacia ellos: eran *Le Figaro*, el *Gil Blas*, *Le Gaulois* y otros dos o tres diarios de la mañana; pero *La Vie Française* no estaba.

Un temor le asaltó: «Si hubiesen dejado para el día siguiente los *Recuerdos de un suboficial de Cazadores en África*, o si, por cualquier otra cosa, no le hubiesen gustado a última hora a papá Walter...»

Y volviendo al quiosco, advirtió que ya vendían el periódico, sin que él lo hubiese visto llegar. Se abalanzó sobre un número, lo desplegó, después de haber arrojado las tres perras chicas al vendedor, recorrió los títulos de la primera plana. Nada... El corazón le latía fuertemente. Volvió la hoja y se emocionó mucho al leer en la última columna y en gruesos caracteres: «George Duroy.» ¡Allí estaba! ¡Qué alegría!

Echó a andar, sin pensar en nada, con el periódico en la mano y el sombrero ladeado. Le daban ganas de detener a los transeúntes para decirles: «¡Compre usted esto, compre usted esto! ¡Trae un artículo mío!» Hubiera querido poder gritar a todo pulmón, como algunos vendedores de los periódicos de la tarde en los bulevares: «¡Lea usted *La Vie Française*, con el artículo de George Duroy “Recuerdos de un suboficial de Cazadores en África!”»

De pronto, le acometió el deseo de leer él mismo aquel artículo; de leerlo en un lugar público, en un café, a la vista de todos. Buscó un establecimiento en que ya hubiese gente y tuvo que andar bastante. Al fin, se sentó en un despacho de bebidas, donde ya estaban instalados varios consumidores, y pidió: «¡Un ron!», como hubiese podido pedir un ajeno, sin tener en cuenta la hora. Luego llamó:

–¡Mozo! Tráigame *La Vie Française*.

Acudió un hombre con delantal blanco.

–No lo tenemos, caballero –repuso–. Sólo recibimos *Le Rappel*, *Le Siècle*, *La Lanterne*, *Le Petit Parisien*.

Duroy, furioso e indignado, dijo:

–¡Pues sí que está esto bien! Vamos, vaya a comprarlo.

El mozo fue corriendo, en efecto, y se lo llevó. Duroy se puso a leer su artículo. De cuando en cuando decía en voz alta: «¡Muy bien, muy bien!» para atraer la atención de sus vecinos e inspirarles el deseo de saber qué era aquello. Por fin, dejó el diario sobre la mesa, y se levantó.

El dueño, que observó esto, le llamó:

–¡Caballero, caballero! Se deja usted el periódico.

Duroy respondió:

–Se lo regalo. Ya lo he leído. Por cierto que hoy trae una cosa muy interesante. Le recomiendo que la lea.

No dijo cuál, pero al marcharse vio que uno de sus vecinos de mesa cogía el periódico de donde él lo había dejado.

«¿Qué haré ahora?», pensó. Y se determinó a ir a su oficina para cobrar la mensualidad y presentar su dimisión. Se estremecía de placer al pensar en la cara que

pondrían su jefe y sus compañeros. La idea de la estupefacción del jefe le seducía sobre todo.

Andaba despacio, a fin de no llegar antes de las nueve y media, ya que la caja no se abría hasta las diez.

Su oficina estaba en una habitación grande y oscura, donde, en invierno, había que tener encendido el gas casi todo el día. Daba a un patio estrecho y tenía enfrente otros despachos. En el suyo eran diez empleados, más un subjefe, que trabajaba en un rincón, detrás de un biombo..

Duroy fue, ante todo, por sus ciento dieciocho francos con veinticinco céntimos, que encerrados en un sobre amarillo guardaba en el cajón de su mesa el funcionario habilitado. Después entró con aire triunfal en la vasta sala donde había pasado tantas jornadas.

Apenas le vio el subjefe, señor Potel, le llamó:

—¡Ah! ¿Es usted, señor Duroy? El jefe ha preguntado ya varias veces por usted: ya sabe que no tolera que se esté enfermo dos días seguidos sin certificado facultativo.

Duroy, que estaba en pie, en medio de la oficina, preparando el efecto que se proponía conseguir, dijo en voz alta.

—¡A mí eso me importa un comino!

Entre los empleados se produjo un movimiento de estupor, y la cabeza del señor Potel apareció, con expresión de terror, por encima del biombo que lo encerraba como un cajón. Se parapetaba allí por temor a las corrientes de aire, porque era reumático. Había hecho, eso sí, dos agujeritos e el papel para vigilar a sus subordinados.

—¿Ha dicho usted...?

—He dicho que todo eso me importa un comino. No he venido más que para presentar mi dimisión. He entrado como redactor en *La Vie Française*, con quinientos francos mensuales de sueldo, más los artículos a tanto la línea. Hoy mismo he publicado el primero.

Se había prometido hacer más duradero su placer administrándolo poco a poco, pero no había podido resistir a la tentación de soltarlo todo de un golpe. Por lo demás, el efecto fue completo. Nadie dijo palabra.

Duroy anunció:

—Voy a decírselo al señor Perthuis, y después volveré a despedirme de ustedes.

Y salió en busca del jefe, que, al verle, exclamó:

—¡Ah, al fin aparece usted! Ya sabe que no quiero...

El empleado le atajó:

—No hay que gritar de ese modo.

El señor Perthuis, gordo y rojo como cresta de gallo, se quedó sin resuello; tal fue su sorpresa.

Duroy continuó:

—Ya estoy harto de su covachuela. Esta mañana he comenzado mi carrera periodística, donde se me ofrece una bonita posición. Tengo el gusto de despedirme de usted.

Y salió.

Estaba vengado.

Fue, en efecto, a estrechar las manos de sus antiguos compañeros, que apenas se atrevían a hablar, por miedo a comprometerse, pues, por haber quedado la puerta abierta habían oído la conversación de Duroy con el jefe.

El joven se encontró de nuevo en la calle con su sueldo en el bolsillo. Se pagó un succulento almuerzo en un restaurante económico que conocía. Compró otra vez, y la dejó también sobre la mesa, *La Vie Française*, y después recorrió varias tiendas para

hacer algunas compras, sin más objeto que decir su nombre: *George Duroy*, y a añadir: «Soy el redactor de *La Vie Française*». Indicaba la calle y el número, y tenía buen cuidado de advertir: «Déjenselo a la portera.»

Como aún tenía tiempo por delante, entró en una litografía, donde se hacían tarjetas «al minuto», delante del público, y encargó un centenar, en las que constaba, bajo su nombre, su nueva condición.

Luego fue al periódico.

Forestier le recibió un poco estirado, como se recibe a un inferior.

–¡Ah, ya estás aquí! –le dijo–. Muy bien. Precisamente tengo varias cosas para ti. Aguarda diez minutos. Ante todo, voy a terminar mi tarea.

Y siguió escribiendo una carta que tenía empezada.

En el otro extremo de la mesa, un hombrecito muy pálido, abotargado, muy gordo, calvo, con el cráneo blanco y lustroso, escribía, metiendo la nariz en el papel, a causa de su exagerada miopía.

Forestier le preguntó:

–Oye, *Saint-Potin*: ¿a qué hora vas a hacer esas entrevistas?

–A las cuatro.

–Llevarás contigo al joven Duroy, aquí presente, y le revelarás los arcanos del oficio.

–De acuerdo.

Después, volviéndose hacia su amigo, Forestier le preguntó:

–¿Has traído la continuación de lo de Argelia? El principio publicado hoy ha gustado mucho.

Duroy, cortado, balbució:

–No. Creía que me quedaría tiempo esta tarde. He tenido un montón de cosas que hacer... y no he podido.

Forestier se encogió de hombros, con mal humor, y dijo:

–Si no cumples mejor que en esta ocasión, te juegas tu porvenir. Papá Walter contaba con tu trabajo para hoy. Voy a decirle que mañana será otro día. Si crees que te van a pagar por no hacer nada, te equivocas.

Al cabo de un momento de silencio, añadió:

–Hay que batir el cobre, ¡qué diablo!

Saint-Potin se levantó.

–Estoy dispuesto –dijo.

Entonces Forestier, dirigiéndose a su sillón, tomó un aire casi solemne para dar sus instrucciones. Dirigiéndose a Duroy, continuó hablando gravemente:

–Escucha. Desde hace dos días están en París el general chino Li-Tang-Foo, que se hospeda en el hotel Continental, y el rajá Tapasahib Ramaderno, que está en el Bristol. Iréis a entrevistarlos con ellos.

Y volviéndose hacia *Saint-Potin*, añadió:

–No olvides los principales puntos que te he indicado. Pregunta al general y al rajá su opinión sobre los manejos de Inglaterra en el Extremo Oriente, sus ideas acerca de los sistemas británicos de colonización y dominación, sus esperanzas relativas a la intervención de Europa, de Francia sobre todo, en sus asuntos...

Calló, y después agregó, encarándose con los dos.

–Será sin duda muy interesante para nuestros lectores conocer al mismo tiempo lo que se piensa en China y en la India sobre estas cuestiones, que tanto apasionan la opinión en estos momentos.

Y volviéndose de nuevo a Duroy, le dijo:

–Observa cómo trabaja *Saint-Potin*. Es un excelente reportero. Fíjate en las trampas para obligar a un hombre a decir todo lo que sabe en cinco minutos.

Dicho esto, se puso a escribir gravemente, con el claro propósito de establecer las distancias y señalar su puesto a su antiguo camarada y nuevo colega.

Cuando hubieron franqueado la puerta, *Saint-Potin* se echó a reír y dijo a Duroy:

– ¡Buen fabricante de noticias! Las fabrica para nosotros mismos. Se diría que nos toma por sus lectores.

Bajaron por el bulevar, y el reportero preguntó:

–¿Quiere usted que bebamos algo?

–Con mucho gusto... Hace calor.

Entraron en un café y se hicieron servir dos refrescos. *Saint-Potin* tomó la palabra. Habló de todo el mundo y del periódico con un lujo de detalles realmente asombroso.

–¿El propietario? Un verdadero judío. Y los judíos, ya lo sabe usted, no cambiarán jamás– y citó casos sorprendentes de avaricia, de esa avaricia peculiar de los hijos de Israel, que consiste en ahorrar diez céntimos, en sisas de cocineras, en regateos vergonzosos, en toda una manera de ser usurero y prestamista–. Un tipo que no cree en nada y pasa por encima de todo el mundo; su periódico, que es oficioso, católico, liberal, republicano, tarta de crema, no ha sido fundado sino para servir de tapadera a jugadas de bolsa y a empresas de toda especie. Por eso es muy fuerte y gana millones por medio de Sociedades que no tienen cuatro francos de capital.

Saint-Potin llamaba siempre a Duroy «mi querido amigo».

–Ese granuja –continuó– tiene cosas dignas de un personaje de Balzac. Figúrese usted que la otra tarde estaba yo en su despacho, con esa estantigua de Norbert y ese Don Quijote de Rival, cuando entró Montelín, nuestro administrador, con su cartera de tafilete bajo el brazo, esa cartera que todo París conoce. Walter levantó la cabeza y le preguntó: «¿Qué hay de nuevo?» Montelín respondió ingenuamente: «Acabo de pagar los dieciséis mil francos de papel que debíamos.» El amo pegó un brinco, un brinco asombroso. «¿Qué dice usted?» «Que acabo de pagar al señor Privas.» «Pero ¿está usted loco?» «¿Por qué?» «Porque... porque..., porque...» Walter se quitó los lentes, los limpió, sonrió luego, con esa sonrisa suya que va de oreja a oreja y anuncia que va a decir algo con mala intención o alguna atrocidad, y con acento burlón y convencido a un tiempo, continuó: «¿Por qué? Porque podíamos haber conseguido una rebaja de cuatro o cinco mil francos.» «Pero, señor, si todas las cuentas estaban en regla, comprobadas por mí y aprobadas por usted.» Entonces el amo se puso otra vez serio, y exclamó: «Es usted el hombre más ingenuo que he conocido. Ha de saber usted, señor Montelín, que hay que acumular deudas para llegar a una transacción.»

Y *Saint-Potin* añadió, moviendo la cabeza, con gesto de hombre experimentado:

–¿Qué?... ¿No es esto Balzac puro?

Duroy no había leído a Balzac, pero respondió muy convencido:

–Ya lo reo.

Habló luego el periodista de la señora de Walter, tonta de capirote; de Norbert de Varenne, un viejo fracasado; de Jacques Rival, Fervacques redivivo¹. Al fin le llegó el turno a Forestier.

–En cuanto a éste –dijo–, ha tenido la suerte de casarse con su mujer. Esto es todo.

Duroy preguntó:

¹ Guillaume de Hauttner, marqués de Fervacques y mariscal de Francia (1538-1613), fue un bravo capitán como gentil cortesano. A esta última circunstancia alude, sin duda, *Saint-Potin* al compararlo con el elegante cronista de *La Vie Française*.

—¿Qué es, en resumidas cuentas, su mujer?—¡Oh! Una taimadilla. Una mosquita muerta. Es la querida de ese camastrón de Vaudrec, el conde Vaudrec, que la ha dotado y casado.

Duroy tuvo una repentina sensación de frío, una especie de crispamiento nervioso, una necesidad de insultar y abofetear a aquel charlatán. Pero se contuvo rápidamente, y preguntó:

—Se llama usted *Saint-Potin*, ¿no es así?

El otro respondió sencillamente:

—No; me llamo Thomas, pero en el periódico me han puesto el mote de Saint-Potin².

Duroy pagó lo que habían tomado, y continuó:

—Ya debe de ser hora de que vayamos a visitar a esos señores.

Saint-Potin se echó a reír.

—Es usted todavía un poco ingenuo —afirmó—. ¿De veras cree que voy a ir a preguntar nada a ese chino ni a ese indio de lo que piensan de Inglaterra? ¡Como si no supiera mejor que ellos lo que tienen que pensar para los lectores de *La Vie Française*! Ya le he hecho quinientas *interviews* a otros tantos chinos, persas, indios, chilenos, japoneses, y otros tales. Todos dicen lo mismo. No tengo más que coger mi último artículo y copiarlo con puntos y comas. No hay más que cambiar la cara, el nombre, los títulos, la edad, el séquito. ¡Oh! En esto no hay que equivocarse, porque en seguida me lo echarían en cara *Le Figaro* o *Le Gaulois*. Pero sobre este punto, el conserje del hotel Bristol y del Continental me informará cinco minutos. Iremos a pie hacia allí, fumando un cigarro. Total: cinco francos de coche a cuenta del periódico. Así, mi querido amigo, es como se las arregla un hombre práctico.

—Así da gusto ser reportero —dijo Duroy.

El periodista respondió ingenuamente:

—Sí; pero nada produce tanto como los *ecos*, que a menudo son reclamos disfrazados.

Se habían levantado y seguían por el bulevar hacia la Madeleine. De pronto, *Saint-Potin* dijo a su compañero:

—Si usted tiene algo que hacer, puede marcharse. Por el momento no le necesito.

Duroy le estrechó la mano y se fue.

La consideración de que aquella tarde tenía que escribir un artículo lo abrumaba, y se puso a pensar en él. Recogió sus ideas, sus reflexiones, sus juicios, recordó anécdotas, todo eso sin dejar de andar, y así llegó hasta el final de la avenida de los Campos Eliseos, donde solo se veían escasos transeúntes. El calor dejaba a París desierto.

Luego que hubo cenado en una taberna del Arco de la Estrella, volvió lentamente a su casa por los bulevares exteriores y se sentó ante su mesa de trabajo.

Pero desde que tuvo ante sus ojos las blancas cuartillas, todo aquel material acumulado voló de su memoria, como si el cerebro se le hubiese evaporado. Intentó rehacer sus recuerdos, fijarlos. Pero no bien lograba asirlos, se le escapaban, o bien se precipitaban en confusa mezcla, y no sabía cómo presentarlos, cómo vertirlos ni por donde empezar.

Al cabo de una hora de esfuerzo y de haber emborrinado cinco cuartillas con frases iniciales, que luego no acertaba a continuar, se dijo: «Todavía no tengo bastante práctica del oficio. Es preciso que tome alguna lección más.» Y al momento la perspectiva de otra mañana de trabajo con la señora de Forestier, la esperanza de un

² Potin, en francés, significa chismorreo, murmuración. El sobrenombre es, pues, muy a propósito para un reportero público.

largo coloquio íntimo, cordial y tan dulce como el de la víspera, le hicieron estremecer de deseo. Se acostó en seguida, casi con miedo de ponerse otra vez a la tarea y de que le saliese bien.

Al día siguiente se levantó un poco tarde, como si quisiera aplazar y saborear por anticipado el placer de aquella visita.

Eran ya más de las diez cuando llamaba a la puerta de su amigo.

El criado le dijo:

–El señor está trabajando.

Duroy no había pensado que el marido pudiese estar en casa.

Sin embargo, insistió:

–Dígale que soy yo y que vengo para un asunto urgente.

Después de cinco minutos de espera, le hicieron entrar en el despacho donde el día anterior pasara tan feliz mañana.

En el mismo sitio que él había ocupado, Forestier, sentado, en bata y zapatillas y tocado con una gorilla inglesa, escribía, en tanto que su mujer, envuelta en un peinador blanco y de codos en la chimenea, dictaba, con un cigarrillo en la boca.

Duroy se detuvo en el umbral y dijo:

–Les ruego a ustedes me perdonen. He venido a interrumpirlos...

Su amigo se volvió hacia él, furioso:

–¿Qué diablos quieres ahora? –gruñó–. Vamos, despacha, que estamos muy ocupados.

Duroy, cortado, balbució:

–No, no es nada... Perdón.

Forestier, levantándose, exclamó:

–Entonces, ¡vive Dios!, no pasemos el tiempo. Sin embargo, tú no has venido aquí y forzado esa puerta por el solo placer de darnos los buenos días.

Entonces Duroy, muy azorado, se decidió:

–No. Es que... todavía no he podido conseguir hacer mi... escribir mi artículo..., y tú has sido..., ustedes han sido... tan... amables la última vez... que esperaba... y me atreví a venir...

Forestier le cortó la palabra:

–Lo que ocurre es que a tí te sale todo por una friolera. Pero no imagines que yo voy a hacer tus veces y que tú no tendrás más que pasarte por la caja a fin de mes. No. ¡Ya está bien!

La señora, por su parte, continuaba fumando, sin decir palabra, siempre sonriente, con una vaga sonrisa que parecía enmascarar amablemente sus irónicos pensamientos.

Duroy, rojo de vergüenza, tartamudeó:

–Ustedes dispensen. Yo creía... yo pensaba...

Y luego, con voz más clara, añadió:

–Le pido a usted mil perdones, señora, y le reitero mi profunda gratitud por la encantadora crónica de ayer.

Saludó, y dijo a Charles:

–A las tres estaré en el periódico – y se marchó.

Volvió a su casa a grandes zancadas y rezongando: «Bueno, lo haré yo, yo solito. Ya verán.»

Apenas hubo entrado en su habitación, y excitado por la cólera, se puso a escribir. Continuó la aventura comenzada por la señora de Forestier, acumulando aventuras de folletín, sorprendentes peripecias y descripciones ampulosas, con torpe estilo de colegial y fórmulas de cuartel.

En una hora tuvo terminada su crónica, verdadero caos de insensateces, y la llevó, muy satisfecho, a *La Vie Française*.

La primera persona a quién encontró fue a *Saint-Potin*, que, apretándole la mano con efusión de cómplice, le preguntó:

—¿Ha leído usted mi conversación con el indio y el chino? ¿Le parece divertida? Ha regocijado a todo París. Y la verdad es que a ninguno de los dos tales he visto el pelo.

Duroy, que no había leído nada, cogió el periódico y echó una ojeada a un largo artículo. «India y China», en tanto que el reportero le señalaba los pasajes más interesantes.

Llegó Forestier, jadeante, muy de prisa. Tenía mucho que hacer.

—¡Ah, bien! Me alegro de que estéis aquí. Os necesito a los dos.

Y les indicó una serie de informaciones políticas que era preciso procurarse aquella misma tarde.

Duroy le alargó su artículo.

—Aquí está la continuación de lo de Argelia.

—Muy bien, tráelo. Voy a llevárselo al director.

Eso fue todo.

Saint-Potin arrastró consigo a su nuevo compañero, y cuando estuvieron en el pasillo, le dijo:

—¿Ha pasado usted por la caja?

—No. ¿Para qué?

—¿Para qué? Pues para que le paguen a usted, hombre. Fíjese en lo que le digo: hay que tener siempre un mes adelantado. Nunca se sabe lo que puede ocurrir.

—Pero... no quiero abusar...

—Yo le presentaré al cajero, que no pondrá ninguna dificultad. Pagan bien aquí.

Duroy fue a cobrar sus doscientos francos, más los veintiocho de su artículo de la víspera, que, unidos a lo que le quedaba de su sueldo de la Compañía de ferrocarriles, hacían un total de trescientos cincuenta francos.

Nunca había tenido tanto dinero junto y se creyó rico por tiempo indefinido.

Después *Saint-Potin* lo llevó a las redacciones de cuatro o cinco periódicos rivales, con la esperanza de que las informaciones que le habían encargado las tuviesen ya otros, con lo que él no tendría más que *hincharlas*, para lo que le bastarían sus recursos de abundante y hábil conversación.

Ya de noche, Duroy, que no tenía nada que hacer, pensó en volver a Folies-Bergère, y, poniendo a contribución toda su audacia, se presentó al revisor de billetes:

—Me llamo George Duroy y soy redactor de *La Vie Française*. El otro día estuve aquí con el señor Forestier, que me prometió pedir unas entradas. No sé si habrá vuelto a acordarse de tal cosa.

Consultaron en registro. Su nombre no constaba allí. Sin embargo, el revisor, hombre muy afable, le dijo:

—Entre de todos modos, caballero, y diríjase usted mismo al director, que seguramente le atenderá.

Entró, y en seguida vio a Raquel, la mujer con quien había estado la primera noche.

Ella se le acercó.

—Buenas noches, rico. ¿Cómo estás?

—Muy bien, ¿y tú?

—No estoy mal. Desde la otra noche, ¿sabes?, he soñado dos veces contigo.

Duroy sonrió, halagado.

–¡Ah, ah! –dijo–. Y eso, ¿qué significa?

–Significa que me gustaste, tonto, y que volveremos a las andadas cuando quieras.

–Hoy mismo, si te parece.

–Sí, sí. Encantada.

–Bueno. Pero escucha – y Duroy vacilaba, confuso, por lo que iba a decir–: es que hoy no tengo un céntimo. Vengo del círculo y allí me lo he dejado todo.

Ella lo miró al fondo de los ojos, presumiendo la mentira, con su instinto y su práctica del oficio, y acostumbrada ya a las trapacerías y los regateos de los hombres. Al fin, dijo:

–¡Embustero! No está bien que hagas eso conmigo.

El sonrió, turbado.

–Si quieres diez francos... Es todo lo que me queda.

Raquel murmuró, con el desinterés de una cortesana que se paga un capricho.

–Como gustes, querido. Sólo tú me importas. Nada más que tú.

Y alzando los ojos, seducidos por la apostura del buen mozo, al bigote de éste, lo tomó de un brazo, se apoyó en él amorosamente y dijo:

–Vamos, primero, a beber una granadina. Luego daremos una vuelta juntos. Y después quisiera ir, también contigo, a la Opera, para enseñártela. Nos iremos pronto, ¿verdad?

Era ya de día cuando salió de casa de su amiga. Su primer pensamiento fue comprar *La Vie Française*. Abrió febrilmente el periódico y no vio su crónica. Permaneció en pie, inmóvil en la acera, recorriendo ansiosamente con la mirada las columnas impresas, con la esperanza de encontrar todavía lo que buscaba.

De repente sintió su corazón oprimido, abrumado, porque, después de la fatiga de una noche de amor, esta contrariedad caía sobre él con la pesadumbre de un desastre.

Volvió a su casa, se echó vestido en la cama y se durmió.

Al entrar, horas después, en la Redacción, fue a ver al señor Walter.

–Me ha sorprendido mucho, caballero –le dijo–, no haber visto esta mañana en el periódico mi segundo artículo sobre Argelia.

El director levantó la cabeza y repuso secamente:

–Se lo di a su amigo Forestier, pues no lo he encontrado publicable. Será preciso rehacerlo.

Duroy, furioso, salió sin replicar palabra, y entrando bruscamente en el despacho de su camarada, le preguntó:

–¿Por qué no has publicado esta mañana mi crónica?

El periodista fumaba un cigarrillo, con la espalda apoyada en el respaldo del sillón, sujetando con los talones un artículo comenzado. Con voz enojada y lejana, como si hablase desde el fondo de un agujero, dijo:

–Al director le ha parecido malo y me lo ha dado para que te lo devuelva y lo hagas de nuevo. Ahí lo tienes: cógelo.

E indicaba con el dedo unas cuartillas que había bajo un pisapapeles.

Duroy, confundido, no encontró nada que decir y se guardó su artículo en el bolsillo. Forestier, al observarlo, continuó:

–Lo primero que hoy vas a hacer es darte una vuelta por la Prefectura.

Y le indicó una serie de diligencia y noticias que había que recoger. Duroy se fue, sin haber conseguido lanzar la frase mordaz que buscaba.

Al día siguiente volvió a llevar su artículo, que le fue nuevamente devuelto. Lo rehizo por tercera vez, y como también se lo rechazaron, comprendió que iba demasiado de prisa y que la mano de Forestier era la única que podía ayudarlo en su camino.

No volvió, pues, a hablar de los «Recuerdos de un suboficial de Cazadores en África» y se prometió ser acomodaticio y astuto, ya que así era preciso, y atender con celo, en espera de tiempos mejores, a su reporteril oficio.

Frecuentó los bastidores de los teatros y de la política, los pasillos de la Cámara de Diputados y las antecámaras de los hombres de Estado. Conoció los graves rostros de los diplomáticos y los semblantes enfurruñados de los hujieres que dormitaban. Tuvo trato asiduo con ministros, generales, porteros mayores, agentes de Policía, príncipes, vividores, cortesanas, embajadores, obispos, alcahuetas, rastacueros, hombres de mundo, fulleros, cocheros de punto, mozos de café y otras muchas gentes, a las que confundía en su estimación, medía por el mismo rasero y juzgaba de una misma mirada a fuerza de verlas todos los días, a todas horas, sin transición, y hablar con todas de los mismos asuntos, es decir, de lo que le importaba como periodista. Se comparaba a sí mismo con el hombre que catase, una tras otra, muestras de todos los vinos, y acababa por no distinguir el Château-Margaux del Argenteuil.

En poco tiempo llegó a ser un notable reportero, de información segura y rápido golpe de vista, avisado, sutil: un verdadero valor para el periódico, como decía el viejo Walter, que conocía bien a sus redactores.

Sin embargo, como no cobraba más que diez céntimos por línea, aparte los doscientos francos de su sueldo, y como la vida del bulevar, la vida de café y de restaurante es cara, estaba siempre sin un céntimo, y su miseria lo desolaba.

«Aquí hay alguna artimaña oculta», pensaba al ver a ciertos compañeros con el portamonedas lleno de oro, sin comprender de que medios secretos podrían valerse para procurarse tal abundancia, y barruntaba con envidia procedimientos desconocidos y sospechosos, servicios prestados, todo un sistema de contrabando, aceptado y consentido. ¡Oh! era preciso penetrar el misterio, entrar en aquella tácita asociación, imponerse a los compañeros que contaban con él para sus repartos.

Y muchas noches, cuando, asomado a su ventana, veía pasar los trenes, pensaba en los procedimientos que podría emplear.

Pasaron los meses. Se acercaba septiembre, y la rápida fortuna que Duroy había esperado tardaba en llegar. Le inquietaba, sobre todo, su mediocre posición social, y pensaba de que medios podía valerse para escalar las alturas donde están la consideración y el dinero. Se sentía como encerrado en su vulgar condición de reportero, amurallado por ella, sin escape posible. Le estimaban, sin duda; pero según su categoría. El mismo Forestier no volvió a invitarse a comer y le trataba siempre como a un inferior, si bien lo tuteaba como a un amigo.

Verdad es que, de cuando en cuando, lograba colocar algún suelto y que con sus ecos había adquirido una agilidad de pluma y un tacto que le faltaban cuando escribió su segundo artículo sobre Argelia, y ya no se corría el riesgo que le rechazasen sus crónicas. Pero de esto a hacer crónicas de su cosecha o a enjuiciar las cuestiones políticas, había la misma distancia que entre guiar como cochero o como amo un carruaje por las avenidas del Bosque. Lo que, sobre todo, le humillaba era ver cerradas ante él las puertas del gran mundo, no contar con él con las relaciones de igual a igual, no entrar en la intimidad de las mujeres, siquiera algunas actrices lo hubieran acogido con interesada familiaridad. Sabía desde luego, y por propia experiencia, que todas ellas, mujeres de mundo o cómicas de la legua, sentían hacia él una inclinación singular, una instantánea simpatía. Pero le acuciaba una impaciencia de caballo embridado por conocer a aquella de que pudiera depender su porvenir.

Con frecuencia, pensaba hacer una visita a la señora Forestier; pero el recuerdo de su última entrevista le detenía, le humillaba. Esperaba, por otra parte, que el marido le invitase. Entonces le vino a la imaginación la señora de Marelle, y se acordó de que le había rogado que fuese a verla. Y así, una tarde en que no tenía nada que hacer se presentó en su casa. «Estoy siempre hasta las tres», le había dicho ella. Cuando llamaba a la puerta eran las dos y media.

La dama vivía en un cuarto piso de la calle de Verneuil. Al sonar el timbre, acudió a abrir una criada, una muchachita despeinada, que se anudaba las cintas de la cofia al responder:

–Sí, la señora está en la casa; pero no sé si se habrá levantado todavía.

Y empujó la puerta de la sala, que no estaba cerrada.

Duroy entró. La habitación era grande, con pocos muebles, y su aspecto revelaba descuido. Butacas y sillas se alineaban a lo largo de la pared, según el orden establecido por la domestica, pues en nada se advertía el elegante esmero de una mujer que gusta de su casa. Cuatro malos cuadros que representaban una barca en un río, un navío en el mar, un molino en una llanura y un leñador en un bosque, colgaban de desiguales cordones, lo que les hacía estar torcidos. Se adivinaba que hacía mucho tiempo que estaban así, bajo la superficial mirada de una persona indiferente.

Duroy se sentó y esperó. Esperó un buen rato. Al fin, se abrió una puerta y la señora de Marelle entró corriendo. Vestía un kimono de seda rosa, bordado de paisajes de oro, flores azules y pájaros blancos.

–Figúrese usted –dijo– que estaba aún en la cama. ¡Qué amable al venir a verme! Estaba ya persuadida de que me había usted olvidado.

Le tendió ambas manos, con encantador ademán, y Duroy, a quien el vulgar aspecto de la estancia daba aplomo, las tomó y besó una de ellas, como le había visto hacer a Norbert de Varenne.

Ella le rogó que se sentase, y mirándolo de pies a cabeza.

–¡Cómo ha cambiado usted! –dijo–. Ha ganado usted mucho. París le sienta bien. Vamos, cuénteme cosas.

Y en seguida empezaron a charlar como si se conociesen de mucho tiempo, sintiendo nacer entre ellos una familiaridad instantánea y establecerse una de esas corrientes de confianza, de intimidad y de afecto que hacen amigos en cinco minutos a dos seres del mismo carácter y de la misma raza.

De pronto, la joven señora se detuvo, como asombrada.

–Es gracioso –dijo– lo que me ocurre con usted. Me parece conocerle desde hace diez años. Llegaremos a ser buenos camaradas, ¿verdad?

–Desde luego –respondió Duroy con una sonrisa que significaba mucho más.

La encontraba encantadora, con su deslumbrador y suave kimono, menos fina que la otra con su peinador blanco, menos felina, menos delicada, pero más excitante, más picante.

Cuando sentía cerca de sí a la señora Forestier, con aquella sonrisa suya, inmóvil y graciosa, que atraía y contenía a un tiempo, que lo mismo podía decir «me gusta usted» que «tenga usted cuidado», y cuya verdadera intención no se comprendía nunca, experimentaba sobre todo el deseo de echarse a sus pies, de besar el fino encaje que adornaba su pecho, aspirar lentamente las emanaciones cálidas y perfumadas que salían de él, deslizándose entre los senos. Al lado de la señora de Marelle tenía un deseo más brutal, más concreto, que hacía temblar sus manos ante aquellos contornos que la ligera seda hacía resaltar.

Ella seguía habladora. Hablaba sin cesar, salpicando cada frase de ese fácil ingenio a que se había acostumbrado, de igual suerte que un obrero hace la mano a una tarea que los demás tienen por difícil y asombrosa.

Duroy la escuchaba, pensando: «Convendría retener todo esto en la memoria. Se podrían escribir deliciosas crónicas parisienses haciéndola hablar sobre los sucesos del día».

En esto llamaron dulce, muy dulcemente a la puerta por donde la señora había entrado.

–Adelante, monina –dijo ésta.

Y apareció la niña, que yéndose derecha hacia Duroy le tendió la mano.

La madre, asombrada, exclamó:

–Esto sí que es una conquista. No la reconozco.

El joven, luego de haber besado a la niña, la hizo sentar a su lado y le dirigió, muy serio, algunas graciosas preguntas sobre que había hecho desde que no se veían. Ella contestaba con su vocecita infantil y su aire grave de persona mayor.

El reloj dio las tres y el periodista se levantó.

–Venga a menudo –le pidió la señora de Marelle–. Charlaremos como hoy. Siempre me alegrarán sus visitas. Pero ¿por qué no se le ve usted por casa de los Forestier?

–¡Oh! –repuso él–. Por nada. He tenido mucho que hacer. Espero que volvamos a encontrarnos allí cualquier día de éstos – y salió con el corazón lleno de esperanza sin saber por qué.

Nada dijo a Forestier de esta visita; pero durante unos días guardó su recuerdo. Más que el recuerdo, una especie de sensación de presencia, irreal y persistente, de aquella mujer. Le parecía haberse llevado consigo algo de ella. En los ojos le quedaba su imagen física y en el corazón el sabor de su condición moral. Permanecía bajo la obsesión de aquella imagen, como ocurre, a veces, cuando hemos pasado unas horas agradables junto a alguien. Se diría que sufría una posesión extraña, íntima, confusa, turbadora y exquisita por lo que tenía de misteriosa.

Al cabo de unos días, hizo una segunda visita.

La criada lo introdujo en la sala y Laurine se presentó en seguida. Le ofreció no la mano, sino la frente, y dijo:

–Mamá le ruega que la espere un poco. Cuestión de un cuarto de hora, mientras se viste. Entre tanto, y le haré compañía.

Duroy, a quien divertían las maneras ceremoniosas de la chiquilla, repuso:

– Perfectamente, señorita. Estoy encantado de pasar una hora con usted. Pero le advierto que no tengo ni pizca de formalidad; me paso el día jugando. Así, pues, le propongo que juguemos ahora al *gato colgado*.

La chiquilla se quedó sorprendida. Luego sonrió, como hubiera podido hacerlo una mujer ante esta idea, que le parecía chocante y extrañamente asombrosa.

–Estas habitaciones no están hechas para jugar –respondió.

Duroy repuso:

–Me es igual. Yo juego en todas partes. Vamos, veamos si me alcanza.

Y se puso a correr alrededor de la mesa, incitando a la pequeña a perseguirlo, en tanto que ella iba detrás de él, sonriendo con una especie de condescendencia cortés y extendiendo a veces la mano para alcanzarle, pero sin decidirse a correr.

El se detuvo, se agachó, y cuando Laurine se acercaba con pasitos menudos y vacilantes, saltó como el muñeco de una caja de sorpresas, y después, de una zancada, alcanzó el otro extremo del salón. La niña encontró esto divertido y acabó por echarse a reír, y, animándose, empezó a corretear detrás de su amigo, dando gritos de alegría y de temor; cuando creía tenerlo ya atrapado, Duroy cogía una silla para ponerla como obstáculo y obligaba así a Laurine a dar la vuelta alrededor. Después la cambiaba por otra. Entonces la niña corría, abandonándose por completo al placer de este juego nuevo para ella y daba un brinco a cada carrera, a cada argucia, a cada amago de su compañero.

De pronto, cuando la niña creía tenerla ya sujeto, Duroy la tomó en brazos y, alzándola casi hasta el techo gritó:

–¡Gato colgado!

Ella, encantada y riendo como una loca, agitaba las piernas, tratando de escapar.

La señora de Marelle entró y, estupefacta, dijo:

–¡Ah, Laurine! ¡Laurine, jugando! Caballero, es usted un verdadero brujo.

George volvió a dejar a la chiquilla en el suelo y besó la mano de la madre. Se sentaron ambos, poniendo a la niña en medio, y trataron de entablar conversación. Pero Laurine, tan calladita de ordinario, estaba muy alborotadilla y hablaba por los codos. Hubo que mandarla a su cuarto. La criatura obedeció sin replicar palabra, pero con los ojos llenos de lágrimas.

Cuando estuvieron solos, la señora de Marelle dijo, bajando la voz:

–Tengo un gran proyecto, ¿sabe?, y he contado con usted. Escuche: yo ceno una vez a la semana en casa de los Forestier, y de cuando en cuando les devuelvo sus convites en algún restaurante. A mí no me gusta recibir gente en casa. No sirvo para esos trotes, ni además sé nada de quehaceres domésticos, ni de cocina. Nada de nada. me agrada vivir a la diablo. Por eso, cada vez que tengo que invitar a los Forestier lo hago en un restaurante. Esto no es divertido cuando no somos más que los tres, pues mis demás amistades personales apenas se tratan con ellos. Le digo todo esto para que pueda explicarse una invitación poco regular. Ahora comprenderá usted, ¿no es cierto?, que le pida que sea de los nuestros, el sábado, a las siete y media, en el café Riche. ¿Conoce usted la casa?

George aceptó con placer. Ella continuó:

–No seremos más que los cuatro. Una partida sin mirones. Para las mujeres que estamos poco acostumbradas a ellas, estas pequeñas fiestas íntimas resultan muy agradables.

Llevaba un traje marrón oscuro que le modelaba de manera provocativa e insinuante la cintura, las caderas, el busto, los brazos. Duroy experimentó una especie de confuso asombro, una sensación casi molesta, ante el contraste de aquella refinada elegancia con el visible desaseo del piso que la dama habitaba. Todo lo que cubría su cuerpo era delicado y fino, pero lo que la rodeaba le tenía sin cuidado.

Duroy la dejó. Como en anterior ocasión, conservaba la sensación de su continua presencia, en una como alucinación de los sentidos. Esperó la comida con creciente impaciencia.

Como sus medios no le permitiesen todavía hacerse ropa de etiqueta, alquiló, por segunda vez, un frac negro. Fue el primero en llegar a la cita, minutos antes de la hora convenida. Deseaba que llegara aquel momento.

Le hicieron subir al segundo piso, y le introdujeron en un saloncito del restaurante, tapizado de rojo y cuya única ventana daba al bulevar.

Una mesa cuadrada, dispuesta para cuatro cubiertos, mostraba el blanco mantel, tan brillante que se diría barnizado. La cristalería y la plata brillaban también alegremente, a la luz de sus bujías sostenidas por dos altos candelabros. Fuera se advertía la gran mancha verde claro de las hojas de un árbol, iluminadas por el vivo resplandor de los reservados.

Duroy se sentó en un diván muy bajito, rojo, como las paredes, y cuyos cansados muelles, al hundirse bajo su peso, le dieron la sensación de que caía en un agujero. Del vasto edificio llegaba hasta su oído un confuso rumor, ese zumbido de los grandes hoteles formado por las vajillas y los cubiertos al chocar entre sí, los rápidos pasos de los mozos, amortiguados por las alfombras de los pasillos; el abrir y cerrar de puertas, por las que se escapan las voces de las personas que comen en los reducidos gabinetes...

Forestier entró y estrechó la mano de Duroy con una familiaridad que jamás le demostraba en la Redacción de *La Vie Française*.

–Las señoras llegarán juntas –dijo–. ¡Son tan agradables estas fiestas!

Echó un vistazo a la mesa, hizo que apagasen un mechero de gas, que apenas alumbraba como una lamparilla, cerró una hoja de la ventana para evitar las corrientes de aire y eligió su sitio, diciendo:

–Tengo que cuidarme mucho. He pasado un mes bastante bien, pero hace unos días he recaído. Se conoce que me enfríe el martes, al salir del teatro.

Se abrió la puerta y entraron las damas, seguidas de un *maître d'hôtel*, y con los rostros ligeramente velados, lo que les daba ese encantador aire de misterio que adquieren las mujeres cuando van a los lugares donde la vecindad circunstancial y los encuentros fortuitos tienen siempre algo de sospechosos.

Al saludar Duroy a la señora de Forestier, ésta lo reconvino por no haber vuelto a visitarla. Luego, volviéndose sonriente hacia su amiga, añadió:

–Sin duda prefiere usted a la señora de Marelle, y así siempre encuentra usted tiempo que dedicarle.

Se sentaron todos a la mesa, y como el *maître d'hôtel* presentase a Forestier la lista de vinos, la señora de Marelle ordenó:

–Sirva usted a estos señores lo que quieran. En cuanto a nosotras, tráiganos champaña del mejor. Champaña dulce, y nada más.

Y cuando el dependiente hubo salido, añadió:

–Esta noche quiero emborracharme. Vamos a celebrar una juerga, una verdadera juerga.

Forestier, que parecía no haber oído preguntó:

–¿Le molestará que cierre del todo la ventana? Desde hace algunos días estoy acatarrado.

–No, no –le respondieron –; nada absolutamente.

Forestier cerró la hoja que había quedado abierta, y volvió a sentarse, ya sosegado y tranquilo. Su mujer no decía palabra, hundida, sin duda, en sus pensamientos. Sonreía a los vasos, con su vaga en inmóvil sonrisa, que siempre parecía prometer para no conceder nunca.

Les sirvieron ostras de Ostende, menudas y jugosas, semejantes a unas orejitas encerradas en las conchas, y que se deshacían entre el paladar y la lengua como bombones salados.

Siguió la sopa y luego una trucha rosada como la carne de mujer joven. Los comensales rompieron a hablar.

Se trató, en primer término, de un rumor que circulaba por todas partes; la historia de una señora de la buena sociedad, a quien un amigo de su marido sorprendiera en un reservado con un príncipe extranjero.

Forestier se rió mucho con la aventura. Las dos mujeres opinaron que el indiscreto soplón no era más que un granuja y un cobarde. Duroy fue de este mismo parecer, y proclamó muy alto que en esta clase de asuntos un hombre, ya sea actor, ya confidente o bien simple testigo, debe guardar un silencio sepulcral. Y añadió:

–¡Qué llena de encanto estaría la vida si unos y otros pudiésemos contar con una discreción absoluta! Lo que con frecuencia, con mucha frecuencia, casi siempre contiene a las mujeres es el miedo a que se descubra su secreto.

Y, sonriendo, continuó:

–¿No es cierto lo que digo? ¡Cuántas hay que se abandonarían a un deseo súbito, al momentáneo y arrebatador capricho de una hora, a un antojo de amor, si no temiesen pagar con un escándalo inevitable y con dolorosas lágrimas una ligera y fugaz dicha!

Hablaba con convicción contagiosa, como si defendiese una causa, su causa, y hubiese querido decir: «Conmigo no tendríais que temer tales peligros. Probad y os convenceréis.»

Las dos mujeres lo contemplaban, aprobando con la mirada cuanto decía, que estimaban bueno y justo, confesando que su inflexible moral de parisienses no sabría resistir mucho tiempo si contasen con la seguridad del secreto.

Forestier, casi tumbado en el diván, con una pierna doblado sobre él y la servilleta prendida en el chaleco, para no manchar el frac, dijo, riendo escépticamente:

–¡Sí, caramba! Se darían ese gusto si pudieran contar con el silencio. ¡Por vida de...! ¡Esos pobres maridos!

Se habló luego de amor. Sin llegar a admitir que fuese eterno. Duroy lo aceptaba como duradero, como un lazo, como una amistad tierna y confiada. La unión de la carne no hacía más que sellar la unión de los corazones... Pero le indignaban los celos torturadores, las escenas dramáticas, las miserias que casi siempre acompañan a la ruptura.

Cuando hubo callado, la señora de Marelle suspiró, y dijo:

–Sí, el amor es la única cosa buena que tiene la vida, y la estropeamos con exigencias imposibles.

La señora Forestier, que jugueteaba con un cuchillo, añadió:

–Sí... sí... ¡Qué agradable es ser amada!

Y parecía llevar más allá su sueño, soñar cosas que no se atrevía a decir y que le causaban un indecible placer.

Como el primer principio no llegaba, bebían, de cuando en cuando, sorbitos de champaña y pellizcaban la coruscante corteza de los panecillos. La visión del amor los invadía lentamente, penetraba en ellos, les embriagaba el alma, como el claro vino, al caer gota a gota en sus gargantas, les caldeaba la sangre y perturbaba sus facultades.

Les llevaron, al fin, unas chuletas de cordero, pequeñas y tiernas, sobre un tupido lecho de menudas puntas de espárragos.

–¡Carape! ¡Esto si que es cosa rica! –exclamó Forestier.

Y todos se pusieron a comer despacito, saboreando la fina carne y la legumbre mantecosa como crema.

Duroy continuó:

–Cuando yo quiero a una mujer, todo a su lado desaparece para mí.

Dijo aquello con convicción, exaltado ante la idea del goce amoroso por el goce de la mesa, que a las sazón saboreaba.

La señora Forestier, con su aire ausente, declaró:

–No hay dicha comparable a la presión de dos manos cuando una pregunta: «¿Me quieres?», y la otra responde: «Sí, te quiero».

La señora de Marelle dijo alegremente, dejando sobre la mesa la copa de champaña que nuevamente acababa de vaciar de un trago:

–Yo soy menos platónica.

Todos se echaron a reír, con los ojos brillantes, y aprobaron aquellas palabras.

Forestier se tumbó en el sofá, extendió los brazos, los apoyó en sendos cojines y exclamó muy serio:

–Esas palabras la honran a usted y prueban que es una mujer práctica. Pero permítame que le pregunte. ¿Qué opina el señor Marelle?

Ella se encogió de hombros, con gesto de infinito desdén. Luego dijo con voz clara.

–El señor de Marelle no opina sobre la materia. No hace más que... que abstenerse.

Y la conversación, descendiendo de las elevadas teorías sobre el amor y la ternura, entró en el florido jardín de las salacidades elegantes.

Llego el momento de los sobreentendidos sutiles, de las palabras que levantan velos como quien levanta unas faldas, de los atrevimientos de lenguaje, de las audacias hábilmente disimuladas, de todas las hipocresías impúdicas, de las frases que bajo la envoltura de la expresión descubren la desnudez de las imágenes, hacen pasar ante los ojos y ante el cerebro, en rápida visión, lo que no puede decirse, y permiten a las gentes de buen tono una especie de amor sutil y misterioso, una especie de impuro contacto de ideas. Por la evocación simultánea, turbadora y sensual como un abrazo de todas las cosas secretas, vergonzosas y deseada que se refieren al enlace amoroso.

Habían servido ya el asado de perdiz, flanqueado de codornices, luego guisantes después una terrina de *foie gras*, con una ensalada que con su verde musgo llenaba una enorme ensaladera redonda como una palangana. Comieron de todo, sin gustar de nada, sin darse cuenta de lo que tenían delante, atentos únicamente a lo que hablaban, sumergidos en un baño de amor.

Las dos mujeres lanzaban ahora pullas: la de Marelle, con su audacia ingénita, que se parecía mucho a una provocación; la de Forestier, con una encantadora reserva, con un pudor en el tono, en la voz, en la sonrisa, en todo, en fin, que subrayaban, en vez de atenuarlas, las cosas atrevidas que salían de sus bocas.

Forestier, completamente despatarrado sobre los cojines, reía, bebía y comía sin tregua, lanzando de vez en vez una frase tan osada y cruda, que las señoras, un poco asombradas por el tono y para guardar las formas, tomaban un airecillo de enfado, que

solo duraba dos o tres segundos. Cuando había largado alguna atrocidad de grueso calibre, añadía:

–Vais por buen camino, hijas mías. Si seguís así, os aseguro que acabaréis por hacer cualquier barbaridad.

Llegó el postre; después, el café. Los licores turbaron y caldearon aún más los ya excitados ánimos.

Como había anunciado al sentarse a la mesa, la señora de Marelle estaba borracha y lo reconocía, y con una gracia alegre y parlanchina de mujer que acentúa, para regocijar a sus invitados, un asomo de embriaguez real y efectiva.

La de Forestier se había callado, por prudencia tal vez. Duroy, que se sentía demasiado alumbrado para no comprometerse, guardaba también una hábil reserva.

Encendieron cigarrillos y, de repente, Forestier empezó a toser. Fue un acceso terrible, que le desgarraba la garganta. Con el rostro rojo, la frente bañada en sudor y la servilleta anudada al cuello, se ahogaba. Cuando pasó la crisis, gruñó, furioso:

–Estas reuniones no merecen la pena. Son estúpidas.

Todo su buen humor había desaparecido ante el terror de la enfermedad que atormentaba constantemente su pensamiento.

– Vámonos a casa –dijo.

La señora de Marelle llamó al mozo y pidió la cuenta. Se la llevaron en seguida y ella intentó leerla, pero las cifras le bailaban delante de los ojos. Alargó el papel a Duroy, y le dijo:

–Pague usted por mí. Yo no veo, estoy muy mareada.

Y al mismo tiempo le puso su bolso en las manos.

El total ascendía a ciento treinta francos. Duroy revisó y comprobó la nota. Después sacó dos billetes, recogió la vuelta y preguntó a media voz:

–¿Cuánto se le da al mozo?

–Lo que a usted le parezca. No sé...

George puso cinco francos en la bandeja y devolvió el bolso a su dueño, diciéndole:

–¿Quiere que la acompañe hasta su casa?

–Desde luego. Yo sería incapaz de encontrarla.

Dieron la mano a Forestier. Y Duroy se encontró solo con la señora de Marelle en un simón que rodaba por el bulevar.

La sintió apoyada en él, pegada a él, encerrados ambos en aquel cajón negro que iluminaban bruscamente, durante un instante, los mecheros de gas de las aceras. A través de la manga le llegaba el calor del hombro de ella y no encontraba nada, absolutamente nada que decirle, paralizado por el imperioso deseo de estrecharla en sus brazos.

«Si me atreviera, ¿qué haría ella? », pensó. Y el recuerdo de las cosas picantes dichas durante la cena lo enardecía. Pero al mismo tiempo lo contenía el temor a un escándalo.

Ella no decía nada, inmóvil, hundida en su rincón. La hubiera creído dormida si no hubiese visto brillar sus ojos cada vez que un rayo de luz penetraba en el coche.

«¿Qué pensará?», se preguntaba. Comprendía que no hacía falta hablar; que una palabra, una sola palabra que rompiese el silencio, tenía sus riesgos; pero le faltaba audacia para la acción brusca y brutal.

De pronto, sintió el pie de ella en el suyo. Era un movimiento seco, nervioso, de impaciencia, de insinuación acaso, aunque apenas perceptible, que estremeció su piel de pies a cabeza. Se volvió vivamente hacia su compañera y se arrojó sobre ella, buscándole la boca con los labios y la carne desnuda con las manos.

Lanzó ella un grito, un leve grito, e intentó erguirse, luchar, rechazarlo. Al fin, cedió, como si le hubiesen faltado fuerzas para resistir más tiempo.

Pero ya el coche se detenía ante la casa donde ella habitaba. Duroy, sorprendido, no tuvo tiempo de buscar palabras con que darle las gracias, bendecirla y expresarle su amoroso reconocimiento. Mientras tanto, ella no se levantaba, no se movía, aturdida por lo que acababa de suceder. Entonces él, temeroso de que el cochero se diese cuenta, bajó el primero, a fin de ofrecer la mano a su joven amiga. Esta salió del coche dando tropezones y sin pronunciar palabra. George llamó a la puerta, y cuando ésta se abrió preguntó temblando:

—¿Cuándo volveré a verla?

Ella murmuró en voz tan baja que le joven apenas pudo oírla:

—Venga usted mañana a almorzar conmigo.

Y desapareció en la sombra del portal, luego de cerrar el pesado batiente, que sonó como un cañonazo.

Duroy dio cinco francos al cochero y se fue a pie, soñando con el futuro. Caminaba con paso rápido y aire triunfador, y el júbilo se desbordaba de su corazón.

¡Por fin tenía una amante, una mujer de mundo, del verdadero mundo, del mundo parisiense! ¡Qué fácil y que inesperado había sido aquello!

Hasta entonces había creído que para abordar y conquistar a una de esas criaturas tan deseadas se necesitaban infinitas precauciones, interminables esperas, un asedio hábil de galanterías, palabras de amor, suspiros y regalos. Y he aquí que en un momento, al menor ataque, la primera que le salía al paso se entregaba a él con tanta facilidad que aún estaba estupefacto.

«Estaba borracha— pensaba—; mañana será otro cantar. Habrá lagrimitas.» Este pensamiento lo inquietó y, al fin, se dijo: “¡Que le vamos a hacer! ¡Ya que la tengo, sabré conservarla!”

Y en el confuso espejismo a que lo llevaban sus esperanzas de grandeza, de renombre, de fortuna y de amor veía, semejante a una de esas guirnaldas de ángeles y genios que orlan el cielo de la apoteosis, una procesión de mujeres elegantes, ricas, influyentes que pasaban ante él y sonreían, para desaparecer luego en la dorada nube de ilusiones. Y cuando dormía, estas imágenes poblaban sus sueños.

Cuando, al día siguiente, subía la escalera de la señora de Marelle, estaba un poco emocionado. ¿Cómo lo recibiría? ¿Y si no lo recibía? ¿Y si le prohibía la entrada en su casa? ¿Y si contase... ¿Pero no; ella no podía decir nada sin dejar traslucir toda la verdad. Por consiguiente, era dueño de la situación.

La criada abrió la puerta. George se fue derecho a la chimenea para examinar, en el espejo, su peinado y su indumento.

Estaba arreglándose el nudo de la corbata, cuando advirtió que la joven dueña de la casa lo contemplaba desde el umbral. Fingió no haberla visto, y ambos se examinaron mutuamente en el fono del espejo, como si quisiesen observarse bien antes de hallarse frente a frente. La señora de Marelle no se había movido y parecía esperar.

De pronto, Duroy se decidió, balbuciendo:

—¡Cuanto la amo a usted, cuánto la amo!

Ella, a su vez, abrió los brazos y se dejó caer sobre el pecho de su amigo; luego, alzó la cabeza hacia él y se dieron un largo beso...

«Esto es más sencillo de lo que yo hubiera podido creer —pensaba George—. Va bien la cosa.» Y cuando los labios de ambos se separaron, sonrió, tratando de poner en su mirada todo un infinito amor.

También la dama sonreía, con una sonrisa que tienen ellas para declarar su deseo, su consentimiento, su voluntad de entrega.

–Estamos solos –dijo–, he enviado a Laurine a almorzar en casa de una amiguita. Nadie nos molestará.

–Gracias. La adoro a usted –dijo él suspirando y besándole las muñecas.

Ella le tomó del brazo, como si hubiese sido su marido, y lo llevó al sofá, donde se sentaron muy juntos.

George buscaba una frase oportuna y seductora para iniciar la conversación; pero, no hallándola, balbuceó:

–¿De manera que no me quiere usted mal del todo?

–¿Quieres callarte?– repuso ella, tapándole la boca.

Quedaron en silencio, los ojos de uno en los de otro, los dedos enlazados y sudorosos.

–¡Cómo la deseaba a usted! –dijo él.

Y ella repitió:

–¿Quieres callarte?

Llegaba hasta ellos el ruido que, al otro lado de la pared, hacía la criada con los platos.

Duroy se levantó.

–No puedo seguir junto a usted. Acabaría por perder los estribos.

Se abrió la puerta.

–La señora está servida.

El joven ofreció, ceremoniosamente, el brazo a su amiga.

Almorzaron el uno enfrente del otro, sin dejar de mirarse y sonreír, sin preocuparse más que de sí mismo, envueltos en el dulce hechizo de un tierno sentimiento naciente. Comían sin saber qué. El joven sentía un piecito que se agitaba bajo la mesa. Lo tomó entre los suyos, lo retuvo y lo estrechó con todas sus fuerzas.

La criada iba y venía, trayendo y llevando platos, con aire indiferente, como si no se diera cuenta de nada.

Cuando terminaron de comer, volvieron a la sala y, como antes, se sentaron en el sofá, muy cerca el uno del otro. Poco a poco él se iba estrechando contra ella, con intención de abrazarla, pero la señora lo rechazaba suavemente.

–Cuidado, pueden entrar.

–¿Cuándo podremos vernos completamente a solas para demostrarle a usted cuánto la amo? –murmuró él.

Su amiga le dijo muy bajito, al oído:

–Un día de éstos iré un ratito a su casa.

George enrojeció:

–Es que... mi casa... es demasiado modesta.

Sonrió ella, y replicó:

–Y eso, ¿qué importa? Yo voy a verle a usted, no la habitación.

Duroy la apremiaba para que le dijese cuando iría, y como ella fijase un día de la semana siguiente, le rogó con palabras entrecortadas, brillantes los ojos, cogiéndole y acariciándole las manos que adelantase la fecha. Tenía el rostro congestionado, febril, desencajada por la fuerza del deseo, de ese deseo imperioso que sigue a las comidas íntimas.

A ella le divertían aquellas ardientes súplicas, y, de rato en rato, acertaba el plazo en un día. Pero George repetía:

–Mañana...; no me diga que no...; mañana...

Consintió ella, por fin.

–Sí, mañana. A las cinco.

Lanzó Duroy un suspiro de alivio, y los dos hablaron casi tranquilamente, con tanta confianza como si se hubiesen conocido de mucho antes.

El ruido del timbre los hizo estremecerse. Un mismo y súbito impulsó los separó.

–Debe de ser Laurine –murmuró ella.

Entró, en efecto, la niña, mas en seguida se detuvo, cortada. Duroy, transportado de alegría al verla, daba palmadas. La pequeña exclamó:

–¡Ah! *Bel Ami*.

La señora de Marelle se echó a reír.

–¡Calla! ¡El *Bel Ami*! Laurine acaba de bautizarlo. Es un bonito nombre. Yo también le llamaré *Bel Ami*.

El joven había sentado en sus rodillas a la niña y ambos se entregaban a los juegos que ella le había enseñado.

A las tres menos veinte, Duroy se despidió para ir al periódico. Ya en la escalera, repitió, bajito, moviendo apenas los labios:

–Mañana. A las cinco.

–Sí –respondió la joven sonriendo; y desapareció.

Cuando hubo terminado su tarea del día, George pensó cómo adecentaría su piso para recibir a su amante y disimular lo mejor posible la pobreza de tal alojamiento. Se le ocurrió tapizar las paredes con monerías de gusto japonés, y por cinco francos adquirió toda una colección de crespones, abanicos y pantallitas con lo que cubrir las manchas más visibles del papel. En los cristales de la ventana puso transparentes con dibujos que representaban barcos que navegaban por un río, damas con vestidos multicolores, asomadas al balcón; pájaros que volaban en cielos rojos y procesiones de enanitos sobre un fondo de nieve.

El aposento, donde no había más espacio que el justo para la cama y una silla, parecía el interior de una linterna de papel pintado. Quedó satisfecho de aquel efecto, y dedicó la velada a pegar en el techo las aves decapitadas y las hojas de vivos colores que aún le quedaban. Luego se acostó y se durmió, arrullado por los silbidos de los trenes.

Al día siguiente volvió temprano a casa, con un paquete de pasteles y una botella de Madeira que compró en un colmado. Tuvo que salir de nuevo para procurarse dos platos y dos vasos. Lo dejó todo en su tocador, cuyo sucio tablero cubrió con una servilleta, no sin antes ocultar bajo él la palangana y el jarro del agua.

Después espero.

La señora de Marelle llegó hacia las cinco y cuarto. Seducida por aquel mariposeo de colores, exclamó:

– ¡Tiene usted una habitación muy bonita! Lo malo es la escalera. Está llena de gente.

George la tenía en sus brazos, y a través del velillo del sombrero le besaba los rizos que, al escaparse de éste, le caían sobre la frente.

Hora y media después la acompañaba hasta la parada de coches de la calle de Roma. Al dejarla en uno de ellos, Duroy bisbiseó:

–Hasta el martes, a la misma hora.

–A la misma hora el martes –repuso ella.

Y como ya era de noche, atrajo hacia sí la cabeza de su amante y, tras las cortinillas, le besó en los labios. Luego, y al tiempo que el cochero restallaba el látigo, gritó:

–¡Adiós, *Bel Ami*!

Y el vetusto carruaje arrancó, al cansado trote de un caballo blanco.

Durante tres semanas, Duroy y la señora Marelle se estuvieron viendo cada dos o tres días, ya por la mañana, bien por la tarde.

Una de éstas estaba George esperando a su amiga cuando llegó hasta él un gran estrépito que provenía de la escalera. Atraído por él, salió a la puerta. Berreaba un chiquillo, y una voz de hombre gritaba furiosa:

—¿Se callará de una vez ese tunante?

Y otra, agudísima y exasperada, de mujer, respondió:

—Es que esa cochina golfa que viene a ver al periodista ha tirado a Nicolás en el descansillo. ¿No se puede dejar que campee por sus respetos a esas buscones que no se fijan en los niños que hay en la escalera!

Duroy, consternado, se metió de nuevo en su casa. Hasta él llegaba un rumor de faldas pasos precipitados que subían.

No tardaron en llamar a la puerta, que él acababa de cerrar. Abrió, y la señora de Marelle entró sin aliento, enloquecida, balbuciendo, con los ojos preñados de lágrimas.

—¿Has oído?

George, fingiendo no saber nada, respondió:

—No. ¿Qué pasa?

—¡Cómo me han insultado!

—¿Quiénes?

—Esos miserables que viven ahí abajo.

—Pero, ¿qué ha ocurrido, quieres decírmelo?

Rompió ella en sollozos, sin poder pronunciar palabra.

Duroy tuvo que quitarle el sombrero, desabrocharle el vestido, tenderla en la cama, humedecerle las sienes con un paño mojado. La señora de Marelle se ahogaba.

Al fin, y cuando su agitación se hubo calmado un poco, estalló su cólera. Quería que su amigo bajase inmediatamente, que pegase a los vecinos, que los matase.

—Pero —aducía él— ten en cuenta que todo eso acabaría en los tribunales, que podrían reconocerte, y entonces estarías perdida. No se puede uno meter en líos con esa gente.

Otra cosa la inquietaba.

—¿Como nos las vamos a arreglar ahora? —preguntó—. Comprenderás que aquí no puedo volver.

—La cosa es sencilla —repuso George—; me mudaré, y en paz.

—Sí, pero eso no es cosa de un día —replicó ella.

De pronto se le ocurrió una combinación y, súbitamente tranquilizada, prosiguió:

—No... Óyeme, he hallado un medio. Déjame hacer y no te ocupes de nada. Mañana por la mañana te enviaré un continental.

Llamaba continentales a los telegramas que circulan en el interior de París³

Encantada de su idea, sonreía, sin querer revelarla. Aquella tarde hizo mil amorosas locuras.

Con todo, no se le había pasado el susto, y al bajar la escalera se apoyaba con todas sus fuerzas en el brazo de su amante para no caerse. De tal modo le temblaban las piernas. Menos mal que no se tropezaron con nadie.

Como George se levantaba tarde, todavía estaba en la cama cuando al día siguiente, a las once de la mañana, un ordenanza de Telégrafos le llevó el prometido continental. Abrió y leyó:

³ Cuando esto se escribía, esto es, hacia 1885, el servicio de continentales (*petits bleus*) estaba en sus comienzos. Por ello, sin duda, el autor estima necesaria su aclaración que hoy sería de todo punto ociosa.

«Calle de Constantinopla, ciento veintisiete, a las cinco. Habitación alquilada por señora Duroy.

«Te abraza tu

Clo»

A las cinco en punto llegaba el joven a la portería de una casa donde se alquilaban pisos amueblados, y preguntaba:

–¿Es aquí donde la señora Duroy ha alquilado un piso?

–Sí, señor.

–¿Quiere usted llevarme a ella, por favor?

El portero, acostumbrado, sin duda, a afrontar ciertas situaciones que requieren prudencia, clavó los ojos en los del visitante.

Luego, revolviendo un manojito de llaves:

–Usted es el señor Duroy, ¿no?

–Sí, claro.

El cancerbero abrió la puerta de un pisito compuesto de dos habitaciones y situado en el piso bajo, frente a la portería.

La sala estaba tapizada de papel rameado. El mobiliario era de caoba y estaba forrado de reps verdoso, con dibujos amarillos; cubría el suelo una alfombra tan delgada y sutil, que los pies creían pisar el entarimado.

Duroy, preocupado y descontento, pensaba:

«La habitación me va a constar un pico. Tendré que pedir otro anticipo. ¡Valiente idiotez ha hecho ésa!».

Se abrió la puerta y Clotilde se precipitó dentro, con mucho revuelo de faldas y los brazos abiertos. Parecía encantada.

–¿Verdad que es muy bonito? –preguntó–. Y luego, ya ves: un piso bajo, sin nada de escalera; se puede entrar y salir por la ventana, sin que el portero lo vea. ¡Cómo vamos a amarnos aquí!

George la besó fríamente, sin atreverse a hacerle las preguntas que se le venían a los labios.

Ella había dejado un abultado paquete sobre el velador que ocupaba el centro de la pieza. Lo abrió y sacó de él una pastilla de jabón, un frasco de colonia de Lubín, una esponja, una caja de horquillas, un abrochador y unas tenacillas para rizar el pelo y arreglarse el peinado, que siempre se le deshacía.

Disponía la instalación definitiva, señalando un sitio para cada objeto, lo que la divertía enormemente.

Sin dejar de hablar, abría los cajones.

–Tendré que traer algo de ropa blanca para mudarme cuando me haga falta. Siempre será más cómodo. Si me coge algún chaparrón en la calle, vendré a secarme aquí. Tendremos cada uno nuestra llave, además de otra en la portería, por si la olvidamos. He alquilado el piso por tres meses a tu nombre, claro está, ya que no podía dar el mío.

Al oír esto, dijo él:

–Ya me dirás cuánto te he de pagar.

Clotilde replicó sencillamente:

–¡Pero si ya está pagado, hijito!

–Entonces –repuso George–, ¿es a ti a quién debo ese dinero?

–De ningún modo, cariño. Tú no tienes nada que ver en esto. He sido yo quien ha querido hacer esta locura.

Duroy dijo con aire de enfado:

–¡Ah, eso no! ¡Pues no faltaba más! No lo consentiré.

Su amiga se le acercó, suplicante, y poniéndole las manos en los hombros.

–Te lo ruego, George –insistió– ¡Será para mí una alegría tan grande ser yo, yo solita, quien ponga nuestro nido! Esto no puede molestarte ¿Por qué? Yo quiero aportar esto a nuestro amor. Dime que tú también lo quieres, pequeño George, dime que tú también lo quieres...

Se lo imploraba con los ojos, con los labios, con todo su ser.

Duroy se hizo rogar, negándose con irritados gestos a aceptar aquello. Al fin cedió, encontrándolo justo en el fondo.

Cuando su amante se marchó, el joven se frotó las manos, y sin consultar a su corazón de dónde le venía en aquel momento su opinión, se dijo: «Es verdaderamente deliciosa.»

Días después, recibió otra continental, que le advertía:

«Mi marido llega hoy, después de seis semanas de viaje de inspección. Tenderemos, pues, que dar a nuestro amor una tregua de ocho días. ¡Qué fastidio, querido!. Tu

Clo»

Duroy quedó estupefacto. La verdad es que no había vuelto a acordarse de que Clotilde era casada. Ahora hubiera querido ver aquel hombre, aunque solo fuese una vez, para conocerlo.

Esperó pacientemente la marcha del esposo; pero fue a Folies Bergère dos noches y acabó de pasarlas en casa de Raquel.

Al fin, una mañana, le llegó un nuevo continental. Cuatro palabras nada más.

«Hoy, a las cinco.

Clo»

Ambos llegaron a la cita antes de la hora concertada. Con amoroso arrebató, Clotilde se arrojó en brazos de su amigo y le cubrió el rostro de besos.

–Si te parece bien –le dijo luego–, cuando nos hayamos amado mucho, me llevas a cenar a cualquier parte. Quiero ser libre.

Justamente estaban a primeros de mes, y aunque Duroy cobraba un sueldo muy mermado por los anticipos y vivía al día con el dinero que sacaba de todas partes, aquel día estaba casualmente en fondos y se alegró de poder gastarse unos francos con ella.

–Muy bien, vidita. Como quieras.

Salieron hacia las siete y ganaron el bulevar exterior. Ella se colgó del brazo de él y le dijo al oído:

–¡Si supieras qué contenta voy del brazo contigo, cómo me gusta sentirte tan cerquita! ¡Es delicioso!

George preguntó:

–¿Quieres que vayamos a Lathuille?

–¡Oh, no! –contestó su amiga–. Es demasiado *chic*. Prefiero un sitio más pintoresco, más ordinario, de esos que suelen frecuentar los empleadillos y las obreras. Adoro estas juerguecitas en las tascas. ¡Oh, sí hubiésemos podido irnos de campo!

Como Duroy no conocía bien aquel barrio, estuvieron dando vueltas por el bulevar, hasta que acabaron por meterse en una taberna que tenía una pieza destinada a comedor. A través de los cristales, Clotilde había visto a dos muchachas a pelo, sentadas frente a dos militares.

Tres cocheros de punto comían en el fondo de la sala, larga y estrecha, y un personaje de profesión imposible de determinar fumaba una pipa. Tenía las piernas estiradas, las manos en el cinturón con que se sujetaban los pantalones, la espalda apoyada en el respaldo de su silla y la cabeza echada hacia atrás. Su cahqueta era un museo de manchas, y en los bolsillos, hinchados como vientres ahítos, se veían el gollete de una botella y el extremo colgante de un alambre. Tenía unapelambre crecida, crespa, revuelta y sucia, y la gorra estaba en el suelo, bajo una silla.

La entrada de Clotilde causó sensación por la elegancia de su atavío. Las dos parejas dejaron de cuchichear; los tres cocheros de disputar, y el tío de la pipa se la quitó de la boca, escupió y volvió un poco la cabeza para mirar a los recién llegados.

La señora de Marelle murmuró:

—¡Qué bonito es esto! Aquí lo vamos a pasar muy bien. Para otra vez me vestiré como una obrera.

Y se sentó sin la menor muestra de azoramiento ni repugnancia, ante una mesa barnizada por la grase de los alimentos, lavada por las bebidas derramadas y por la que el camarero pasaba un paño. Duroy, un poco molesto, un poco avergonzado, buscaba una percha donde colgar su chistera. Como no viese ninguna, la dejó sobre una silla.

Comieron carne guisada, pierna de cordero y ensalada.

Clotilde repetía:

—Yo adoro estas cosas. Tengo gustos plebeyos. Si quieres acabar de complacerme, llévame a un salón de baile. Conozco uno que está cerca de aquí. Se llama *La Reina Blanca*.

Duroy, sorprendido, preguntó:

—¿Quién te ha llevado allí?

La miró, y advirtió que enrojecía y temblaba ligeramente, como si aquella pregunta despertara en ella un delicado recuerdo. Después de una de esas vacilaciones femeninas tan breves que es preciso adivinarlas, replicó:

—Un amigo...— y al cabo de un instante de silencio, añadió—: que ha muerto.

Y bajó los ojos, adoptando un natural gesto de tiestaza.

Por primera vez cayó Duroy en que nada sabía del pasado de aquella mujer, y lo reconstruyó en la imaginación. Había tenido amante, desde luego. Pero, ¿de qué índole? ¿De qué clase social? Sentía unos celos vagos, una especie de hostilidad contra ella y cuanto la rodeaba, contra cuanto no le había pertenecido de aquel corazón, de aquella existencia. Y la miraba irritado por el misterio encerrado en aquella linda cabecita, que acaso en ese mismo instante pensaba con nostalgia en el otro, en los otros. ¡Cómo le hubiese gustado poder leer en sus recuerdos, sondearlos, saberlo todo, conocerlo todo!

—¿Quieres llevarme a *La Reina Blanca*? Con esto la fiesta será completa.

George pensó: «¡Bah! ¿Qué importa el pasado? Soy un necio al preocuparme de él.»

Y sonriendo, repuso:

—Sí, por cierto, querida.

Cuando estuvieron en la calle, Clotilde dijo muy bajito, en ese tono en que se hacen las confidencias:

—Hasta ahora no me había atrevido a pedirte esto; pero no puedes figurarte lo que me gustan estas escapatorias de chico travieso a esos sitios a donde no suelen ir señoras. Para los carnavales me disfrazaré de colegial. Porque soy alegre y revoltosa como un colegial.

Al entrar en el salón de baile se estrechó contra George, asustada y contenta, al mismo tiempo, mirando divertida a las golfas y a los chulos. De cuando en cuando, y como si quisiera tranquilizarle, decía al ver a un guardia municipal, serio e inmóvil:

–Ese agente debe tener buenos puños.

Al cabo de un cuarto de hora se cansó de aquello, y Duroy la acompañó hasta su casa.

A partir de entonces, comenzaron una serie de excursiones por esos lugares equívocos donde se divierte el pueblo. Duroy descubrió en su querida una apasionada afición a ese vagabundeo de estudiantes y juerguistas.

Clotilde solía acudir a las citas con un vestidillo de percal y un gorrete de doncellita de vodevil. Mas a pesar de la buscada, y elegante sencillez de este atavío, llevaba encima sus alhajas: las sortijas, las pulseras, los pendiente de brillantes. Cuando George le suplicaba que las dejase en casa, ella replicaba:

–¡Bah! Creerán que son culos de vaso.

Se creía admirablemente disfrazada, y aunque, en realidad, lo estuviese a la manera de los avestruces, iba así a los sitios de peor fama.

Hubiera querido que Duroy se vistiese, a su vez, de obrero; pero él se negó, y mantuvo su correcto aspecto de hombre de mundo. Ni siquiera se avino a cambiar su sombrero de copa por uno flexible.

Se consolaba ella mediante el siguiente razonamiento: «Me tomarán por una doncella de buena casa que le ha caído en gracia a un señorito guapo.»

Y hallaba deliciosa la comedia.

Visitaban también de cuando en cuando los bodegones de ínfima categoría, e iban a sentarse al fondo de la ahumada zahúrda, en sillas paticojas, ante una vieja mesa de pino. Una nube de acre humo que arrastraba emanaciones de pescado frito llenaba la sala; hombres de blusa vociferaban y bebían vaso tras vaso, y el mozo contemplaba, asombrado, a la extraña pareja, mientras les servía guindas en aguardiente.

Clotilde, temblorosa y asustada, pero encantada a la vez, bebía a sorbito el rojo jugo de la fruta, esparciendo en torno una mirada inquieta y brillante. Cada guinda que comía, le daba la sensación de una falta cometida, y cada gota del ardiente y picante licor que descendía a su garganta, le provocaba un placer agrio, la alegría de un goce perverso y prohibido.

Luego decía a media voz:

–Vámonos.

Y se iban. Ella salía de prisa, con la cabeza baja y el paso menudo, paso de actriz que hace mutis, entre los bebedores, que, acodados en las mesas, la miraban al pasar con aire sospechoso y malhumorado; y cuando había franqueado la puerta, lanzaba un gran suspiro, como si acabara de escapar a un terrible peligro.

Algunas veces preguntaba a Duroy:

–Si alguien me injuriara en estos sitios, ¿qué harías tú?

–Te defendería, ¡qué caramba! –replicaba él con gesto fanfarrón.

Ella, satisfecha, le apretaba el brazo, tal vez con el deseo confuso de ser insultada y defendida, de ver cómo los hombres, cómo aquellos hombres, se golpeaban por ella con su amado.

Pero estas excursiones, que se repetían dos o tres veces en semana, comenzaban a cansar a Duroy, quién, desde hacía algún tiempo, se veía muy apremiado para buscarse el medio luis que le costaban el coche y las consumiciones. Vivía ahora con infinitas fatigas, con muchas más fatigas que cuando estaba empleado en los Ferrocarriles del Norte, porque habiendo gastado sin tino ni medida durante sus primeros tiempos de periodista, con la esperanza siempre de ganar grandes cantidades al día siguiente, había agotado todos sus recursos y todos los medios de proporcionarse dinero.

Un procedimiento muy sencillo, el de pedir anticipos a la Caja, se le agotó de pronto. El periódico le había adelantado ya cuatro meses de sueldo, más doscientos

francos a cuenta de artículos a tanto la línea. Debía, además, cien francos a Forestier, trescientos a Jacques Rival, que siempre tenía el bolsillo abierto, y estaba comido de pequeñas deudas inconfesables, de veinte y hasta de cinco francos.

Saint-Potin, a quien había consultado el procedimiento que podría seguir para sacar otros cien francos, no le reveló ningún expediente, aunque era hombre de inventivas. Y Duroy se exasperaba con esta miseria, que se le hacía ahora más sensible que antes, porque tenía más necesidades. Se apoderaron de él una cólera sorda contra todo el mundo y una irritación constante, que estallaba por cualquier cosa, en cualquier momento, con el motivo más fútil.

A veces se preguntaba que había hecho para gastar, por término medio, mil francos al mes, sin haber cometido excesos ni locuras. Y comprobaba que añadiendo a un almuerzo de ocho francos una comida de doce en cualquier café del bulevar, sumaban un luis, que, junto con una decena de francos para gastos menudos –esos gastos en que se va el dinero sin saber cómo–, hacían un total de treinta francos. Ahora bien, treinta francos diarios representaban novecientos mensuales. Y eso, sin contar al sastre, ni el zapatero, ni al carnicero, ni a la lavandera.

De esta suerte, el catorce de diciembre se vio sin un céntimo ni modo de encontrarlo. Como en otro tiempo hiciera, no almorzó, y se pasó la tarde en el periódico, trabajando, rabiando y muy preocupado.

Hacia las cuatro, recibió un continental de su amante, que le decía:

«¿Quieres que cenemos juntos? Haremos una escapadita.»

Contestó en seguida:

«Imposible cenar.»

Más al momento reflexionó que sería estúpido privarse de unos momentos agradables que ella podría regalarle. Y añadió:

«Pero te aguardo a las nueve en nuestra casita.»

Y luego de enviar la repuesta por medio de un botones del periódico, para ahorrarse el importe del continental, se dio en pensar qué haría para agenciarse la cena.

A las siete, aún no se le había ocurrido nada, y el hambre le daba punzadas en el estómago. Entonces recurrió a una estratagema desesperada: esperó a que todos sus compañeros, uno tras otro, se hubiesen marchado, y cuando se quedó solo, hizo sonar el timbre. El ordenanza del director, que se quedaba al cuidado de las dependencias del periódico, acudió solícito al llamamiento.

Duroy, en pie, nervioso, se registraba los bolsillos. Con tono brusco dijo:

–Escuche, Foncart: me he dejado el monedero en casa y tengo que ir a cenar al Luxemburg. Présteme dos francos y medio para tomar un coche.

El buen hombre sacó tres francos del chaleco y preguntó:

–¿Quiere usted más, señor Duroy?

–No, no; con esto me basta. Muchas gracias.

Cogió Duroy las blancas monedas y bajó corriendo las escaleras para ir a cenar a una tasca donde solía dejarse caer los días de miseria.

A las nueve esperaba a su querida en la salita, sentado ante la encendida chimenea.

Clotilde llegó muy animada, muy alborotada, con el rostro azotado por el aire frío de la calle.

–Si quieres– dijo–, daremos primero una vuelta, y a las once volveremos aquí. Hace un tiempo admirable para pasear.

George gruñó:

–¿Para qué salir? Aquí se está muy bien.

Sin quitarse el sombrero, insistió ella:

–¡Si tú supieras! Tenemos un maravilloso claro de luna. Es una delicia pasear en una noche así.

–Es posible, pero yo malditas las ganas que tengo de pasear.

Dijo esto con tan furioso acento, que su amante, sorprendida, le preguntó:

–¿Qué tienes? ¿Qué maneras son esas? Me gustaría dar una vuelta. No creo que esto sea para que te enfades.

Levantándose, exasperado, dijo George:

–No es que eso me enfade. Es que me aburre. Ni más ni menos.

Clotilde era de ésas a quienes la resistencia irrita y la grosería saca de juicio. Con gesto desdeñoso y fría cólera, exclamó:

–No estoy acostumbrada a que se me hable así. Me voy sola. Adiós.

Comprendió George que aquello era grave, y yendo vivamente hacia Clotilde le tomó las manos, las besó, y balbució:

–Perdóname, querida, perdóname. Esta noche estoy muy nervioso, muy irritable. Es que tengo contrariedades, disgustos, ¿sabes? Cosas del oficio.

Ella, un poco suavizada, pero no apaciguada del todo, repuso:

–Eso no me incumbe. No quiero pagar las consecuencias de tu mal humor.

George la tomó de un brazo y la llevó hacia el diván.

–Escucha, nenita –dijo–. No he querido ofenderte. No supe lo que decía.

La había obligado a sentarse, y arrodillado ante ella, siguió:

–¿Me perdonas? Dime que sí me perdonas.

–Bien –concedió ella–; pero no vuelvas a las andadas.

Se volvió a poner en pie, y añadió:

–Ahora vamos a dar una vuelta.

George seguía arrodillado, ciñéndose las caderas con ambos brazos.

–Quedémonos aquí, te lo ruego –barbotó–, te lo ruego. ¿Me gustaría tanto tenerte junto a mí esta noche para mí solo, ahí, cerca del fuego! Dime «sí», te lo suplico, dime «sí».

Ella repuso categóricamente, duramente:

–No. Quiero salir y no cederé a tus caprichos.

–Te lo suplico –insistió el joven–; tengo una razón, una razón muy seria.

Clotilde dijo de nuevo:

–No. Y si tú no quieres salir conmigo me iré sola. Adiós.

Se había desasido de una sacudida y ganaba ya la puerta. George la alcanzó y volvió a estrecharla en sus brazos.

–Escucha, Clo, mi pequeña Clo, escucha... Concédeme eso.

Ella decía «no» con la cabeza, sin responder palabra, esquivando los besos y tratando de soltarse nuevamente para salir.

Duroy tartamudeaba:

–Clo, mi pequeña Clo... Tengo una razón.

Ella se detuvo y, mirándole frente a frente, dijo:

–Mientes. ¿Qué razón es ésa?

Él enrojeció, sin saber qué decir. Su amante continuó, indignada:

–¿Lo ves como mientes, mal bicho?

Y con gesto rabioso y lágrimas en los ojos se le escapó.

George la alcanzó una vez más y la sujetó por los hombros y, dispuesto a confesarle todo para evitar la ruptura, declaró con desesperado acento:

–Es que no tengo un céntimo. Ahí está todo.

Ella se quedó inmóvil frente a él y lo miró al fondo de los ojos para leer en ellos la verdad.

–¿Dices?...

George había enrojecido hasta la raíz de los cabellos.

–Digo que no tengo un céntimo, ¿comprendes? ¡Ni un franco, ni medio, ni para tomar un refresco de grosella en cualquier café adonde fuésemos! Tú me obligas a confesar estas vergonzosas miserias. No me era posible salir contigo y cuando estuviésemos sentados ante lo que hubiéramos pedido, decirte tranquilamente que no tenía dinero para pagarlo.

Clotilde seguía sin quitarle ojo.

–Entonces..., eso... ¿es verdad?

En un segundo, volvió George del revés todos sus bolsillos; los del pantalón, los del chaleco, los del chaqué.

–Mira: ¿estás satisfecha? –preguntó.

Bruscamente, abriendo los brazos con apasionado arrebató, la señora de Marelle se arrojó, de un salto, al cuello de su amante, y tartajó:

–¡Oh, pobrecito mío... pobrecito!... ¡Si lo hubiera sabido! Pero, ¿cómo puede ser eso?

Le obligó a sentarse, se sentó ella a su vez en sus rodillas, y luego, enlazándole otra vez los brazos al cuello, se lo comió a besos. Le besaba el bigote, la boca, los ojos; le obligaba a contarle de dónde le venía aquel infortunio.

El periodista urdió una interesante historia; había tenido que acudir en ayuda de su padre que se encontraba en un apuro. Y no solamente le había enviado sus ahorros, sino que se había entrampado bastante.

–Tengo por delante –añadió– lo menos seis meses de hambre canina, pues he agotado todos mis recursos. ¡Qué le vamos a hacer! Hay momentos críticos en la vida. Después de todo, el dinero no vale la pena de que uno se preocupe mucho por él.

Clotilde le susurró al oído:

–Yo te lo prestaré...

–Eres muy amable, nenita –replicó George con dignidad–; pero no hablemos de eso, te lo ruego. Me ofenderías.

Calló ella, y estrechándole en los brazos, bisbiseó:

–¡Nunca sabrás bien cuánto te quiero!

Aquella fue una de sus mejores veladas de amor.

Cuando Clotilde iba a marcharse, le preguntó:

–¿Verdad que cuando se está en tu situación no hay nada más agradable que encontrarse dinero olvidado en un bolsillo, alguna moneda en el fondo de la ropa?

Duroy repuso muy convencido:

–¡Ah! Eso sí.

Quería ella volver a pie a su casa, so pretexto de que hacía una luna magnífica y se extasiaba contemplándola.

Era una noche fría de principio de invierno. Viandantes y carruajes desfilaban veloces, azuzados por la helada. Los tacones resonaban en la acera.

Cuando se separaban, Clotilde preguntó:

–¿Quieres que nos volvamos a ver pasado mañana?

–Claro que sí.

–¿A la misma hora?

–A la misma hora.

–Adiós, cariñito.

Y se besaron tiernamente.

Volvió George a buen paso a su casa, preguntándose cómo se las arreglaría para salir del atolladero. Pero cuando, para abrir la puerta de su cuarto, buscaba en un

bolsillo del chaleco la caja de fósforos, quedó estupefacto al advertir que una moneda se deslizaba entre sus dedos. En cuanto encendió la luz, cogió la pieza para examinarla. Era un luis de veinte francos.

Creyó volverse loco.

Dio mil vueltas a la moneda, tratando de averiguar por qué milagro estaba allí. Con todo, era indudable que no había podido caerle llovida del cielo.

De pronto adivinó. La indignación y la cólera se apoderaron de él. Su querida había hablado, en efecto, del dinero que se pierde entre el forro de la ropa y que aparece en las horas de penuria. Era ella, ella quien le había hecho esta limosna. ¡Qué vergüenza!

–¡Pues bien! –juró–. Iré pasado mañana a verla. Le voy a hacer pasar un buen cuarto de hora.

Y se metió en la cama furioso, humillado.

Se despertó tarde.

Tenía hambre. Intentó dormir otra vez para no levantarse hasta las dos.

Luego se dijo: «Esto no me resuelve nada. De todos modos, tendré que buscar dinero.» Y salió con la esperanza de que en la calle se le ocurriera alguna cosa.

No se le ocurrió; pero cada vez que pasaba por un restaurante se le hacía la boca agua. A mediodía, y como no hubiera ideado cosa alguna, se decidió súbitamente:

«¡Ea! Voy a almorzar con los veinte francos de Clotilde. Eso no me impedirá devolvérselos mañana.»

Almorzó, pues, es una cervecería por dos francos y medio. Al entrar en el periódico, devolvió al ordenanza sus tres francos.

–Tenga usted, Foncart, el dinero que me prestó ayer para tomar un coche.

Estuvo trabajando hasta las siete. Luego se fue a cenar, en lo que invirtió otros tres francos de aquel mismo dinero. Las dos cañas de cerveza que bebió aquella noche hicieron subir a nueve francos su gasto del día.

Como en veinticuatro horas no le era posible conseguir un préstamo ni hacerse con el dinero que necesitaba, dio otro pellizco de siete francos y medio a los veinte francos que tenía que devolver aquella misma tarde. De suerte que cuando llegó a la cita llevaba encima cuatro francos y veinte céntimos.

Estaba rabioso como un perro y se prometía aclarar en seguida la situación. Le diría a su mamante: «El otro día, ¿sabes?, me encontré veinte francos en uno de mis bolsillos. No te los devuelvo ahora porque mi situación no ha cambiado y no he tenido tiempo de buscar dinero. Te los daré la primera vez que nos veamos.»

Clotilde llegó muy cariñosa, pero impaciente y temerosa. ¿Cómo la recibiría George? Lo besó repetidamente, para evitar cualquier explicación en los primeros momentos.

El, por su parte, se decía:

«Hay que abordar la cuestión inmediatamente. Buscaré un pretexto.»

No lo encontró y nada dijo. No se atrevía a pronunciar la primera palabra sobre aquel delicado asunto.

Ella no habló para nada de salir, y estuvo encantadora en todos los aspectos.

Se separaron hacia medianoche y aplazaron su próxima cita hasta el miércoles de la semana siguiente, pues la señora de Marelle tenía que asistir a varias comidas consecutivas.

El día siguiente, Duroy buscaba, para pagar su almuerzo, los cuatro francos que debían quedarle. En esto, advirtió que las monedas eran cinco, una de ellas de oro.

Al principio creyó que aquellos veinte francos, procedían de alguna vuelta equivocada que le habían dado la víspera, mas de pronto comprendió que se trataba de una nueva y humillante limosna. Y el corazón le latió violentamente.

¡Cómo se arrepentía de no haber dicho nada! Si hubiese hablado, hablado enérgicamente, no hubiera ocurrido aquello.

Durante unos cuantos días, realizó varias gestiones y se esforzó inútilmente por procurarse cinco lises. Acabó por comerse el segundo de Clotilde.

Aunque su amante le había dicho, iracundo: «Que no se repita la broma, porque me enfado de veras, ya lo sabes», Clotilde halló medio de deslizarle otros veinte francos en un bolsillo del pantalón la primera vez que reunieron.

Cuando lo advirtió George, juró: «¡Vive Dios!» Y se guardó la moneda en el chaleco para tenerla más a mano, pues estaba sin un céntimo.

Para tranquilizar su conciencia, razonaba así: «Se lo devolveré todo junto. Después de todo, este dinero es prestado.»

Por fin, y ante sus reiteradas súplicas, el cajero del periódico consintió en darle cinco francos al día. Era justamente lo que necesitaba para comer, pero no lo suficiente para devolver sesenta francos.

Ahora bien, como a Clotilde le diese de nuevo el furor por las excursiones nocturnas a todos los lugares equívocos de París, Duroy acabó por no enfadarse demasiado si se encontraba un *amarillo*⁴ en el bolsillo o en una bota, como le ocurrió el otro día, y hasta en el estuche del reloj.

Puesto que su querida tenía caprichos que George no quería satisfacer de momento, ¿no era natural que ella se los pagase antes que privarse de ellos? Por lo demás, él llevaba la cuenta de cuanto su amiga le daba, para devolvérselo un día u otro.

Una noche, ella le dijo:

—¿Querrás creer que nunca he estado en Folies-Bergère? ¿Quieres llevarme?

Vaciló George ante el temor de encontrarse con Raquel. Luego pensó:

«¡Bah! Después de todo, no estoy casado. Si la otra me ve, se hará cargo y no me hablará. Por otra parte, tomaremos un palco.»

Otra razón acabó de decidirle: le agradaba mucho poder ofrecer a la señora de Marelle un palco sin que le costase nada. Esto era una especie de compensación.

Enorme muchedumbre se agolpaba en la entrada de paseo. No sin esfuerzo pudo la pareja abrirse paso a través del bullicioso tropel de hombres y troteras. Pudieron, al fin, llegar a su localidad, y se instalaron en aquel cajón, entre los sosegados espectadores de las butacas de orquesta y el tumultuoso público de la galería.

Pero la señora de Marelle apenas miraba a la escena. Su atención estaba pendiente de las peripatéticas que paseaban a sus espaldas. Se volvía sin cesar para verlas, y sentía deseo de tocarlas, de palpar sus pechos, sus ojos, sus cabellos, para saber de que naturaleza eran aquellos seres. Hubiera querido hablarles.

De pronto dijo:

—Hay una morena gorda, que no nos quita ojo. Hace un momento me parece que quería hablarnos. ¿No te has fijado?

—No —replicó George—; debes de haberte confundido.

Pero sí la había visto. Era Raquel que, desde hacía un rato, rondaba en torno a ellos, con ojos coléricos y labios que apenas podían contener la injuria.

Duroy acababa de rozarse con ella al atravesar la galería, y le había dicho: «Buenas noches», con un guiño que quería decir: «Enterada». Pero él, temeroso de que su querida lo oyese, no había contestado a este cumplido, y había pasado de largo con

⁴ En el original, *jaunet*, denominación popular del luis.

gesto altivo y desdeñoso. La prostituta, a quien comenzaban a atormentar unos celos de que apenas se daba cuenta, volvió sobre sus pasos, y repitió en voz más alta: «Buenas noches, George.»

Tampoco ahora había éste contestado. Entonces ella, empeñada en ser reconocida, saludaba, comenzó a dar vuelta y más vueltas por detrás del palco, esperando el momento propicio.

En cuanto Raquel se dio cuenta de que la señora de Marelle la miraba, se acercó a Duroy y, dándole con un dedo un golpecito en el hombro, le dijo:

–Buenas noches. ¿Te va bien?

Mas él ni siquiera se volvió.

Insistió ella:

–Dime: ¿qué ha sido de ti desde el lunes?

El joven siguió sin responder con afectado gesto despectivo, para no comprometerse, no siguiendo, ni con una palabra, aquella broma cuyos resultados temía.

Raquel se echó a reír, con una risa rabiosa, dijo:

–¿Te has vuelto mudo? ¿Acaso la señora te ha arrancado la lengua?

George hizo un gesto de furor, y dijo, con exasperado acento:

–¿Quién es usted para permitirse hablarme? Márchese, o la mando detener.

Con los ojos echando lumbre e hinchadas las venas del cuello, dijo la prójima:

–¡Ah, está bien! ¡Vete a paseo, so indecente! Cuando uno se acuesta con una lo menos que puede hacer es saludarla. El hecho de que estés ahora con otra no es razón para que no quieras reconocermé. Si siquiera al pasar junto a mí me hubieras hecho una seña te hubiera dejado en paz. Pero has querido hacerte orgulloso y vas a ver: ¿conque no quieres decirme *buenas noches* cuanto me ves?

Seguía gritando todavía un rato. Entre tanto, la señora de Marelle abrió la puerta del palco y escapó, buscando a través de la multitud la salida. Duroy se lanzó tras ella, con intención de reunírsele. Raquel, al verlos huir aulló triunfalmente.

–¡Detenedlos, detenedlos! ¡Me han robado a mi amante!

En el público se oyeron risas. Dos individuos asieron, en broma, de los hombros a la fugitiva, e intentaron besarla; pero Duroy, que al fin había logrado alcanzarla, se la arrancó violentamente y la sacó a la calle.

Clotilde se precipitó en un coche de punto que estaba parado frente al local. George la siguió, y cuando el cochero preguntó:

–¿Adonde vamos, maestro?

El repuso:

–A donde usted quiera.

El carruaje se puso en marcha lentamente, dando sacudidas sobre el pavimento. Clotilde, presa de un ataque de nervios, se tapaba la cara con las manos y se ahogaba. Duroy, por su parte, no sabía qué hacer ni qué decir.

Por fin, oyéndola llorar, tartajó:

–Escucha, Clo. Clotildita mía; yo no tengo la culpa. Conocía a esa mujer hace ya mucho... en mis primeros tiempos.

Se descubrió ella bruscamente el rostro, y con rabia de mujer amante y traicionada, rabia furiosa que le devolvía el uso de la palabra, balbuceó con frases breves, entrecortadas, jadeando:

–¡Ah, miserable..., miserable!... No eres más que un pordiosero... Pero ¿es posible? ¡Qué vergüenza... Dios mío... qué vergüenza!

Exaltándose cada vez más, a medida que sus ideas se aclaraban y los argumentos acudían, siguió:

–La pagabas con mi dinero, ¿verdad? Con el dinero que yo, tonta de mí, te daba... para esa zorra... ¡Oh miserable, miserable!

Durante unos segundos pareció buscar una palabra más fuerte que no le venía a los labios. Luego, y con ese movimiento característico que se hace para escupir, expectoró:

–¡Oh, cochino... cochino... cochino! ¿La pagabas con mi dinero...; cochino..., cochino!

No hallando otro insulto, repetía:

–¡Cochino, cochino!

De repente, sacó el busto fuera de la ventanilla, y cogiendo al cochero por una manga, le ordenó:

–¡Pare! –y abriendo la portezuela saltó a la acera.

George quiso seguirla, pero ella gritó:

–¡Te lo prohíbo!

En tono tal, que los transeúntes comenzaron a agolparse alrededor.

Duroy no dijo nada por temor a un escándalo.

Sacó ella del bolso un monedero y, a la luz de un farol, buscó dos francos y medio, que alargó al cochero, diciéndole con voz vibrante:

–Tenga usted, el importe de una hora... Soy yo quien paga... Y ahora llévelo a él a ese baile de la calle de Boursait, en Barignolles.

El grupo que la rodeaba prorrumpió en exclamaciones de regocijo. Un señor comentó:

–Bravo. Está bien la chica.

Y un golfillo, metiendo la cabeza por la abierta portezuela, gritó con tono sobreagudo:

–¡Buenas noches, Bibi!

El carruaje reanudó la marcha, perseguido por las risotadas de la gente.

VI

Al día siguiente, George Duroy tuvo un triste despertar.

Se vistió lentamente, se sentó tras la ventana y se puso a reflexionar. Le parecía que su cuerpo se doblaba, como si hubiera recibido una paliza.

Al fin, le acudió la necesidad de hacerse con dinero, y fue a casa de Forestier.

Su amigo le recibió en el despacho, con los pies en los morillos de la chimenea.

–¿Qué te pasa para madrugar tanto? –le preguntó.

–Un asunto muy grave. Una deuda de honor.

–¿De juego?

George vaciló. Al fin dijo:

–De juego.

–¿Muy grande?

–Quinientos francos.

No debía más que ciento cincuenta y cinco. Forestier, escéptico, preguntó.

–¿A quién debes eso?

Al pronto, Duroy no pudo responder.

–Pues... a... a un tal Carleville.

–¡Ah! Y ¿donde vive?

–En la calle..., en la calle...

Forestier se echó a reír.

–En la calle de Sal si Puedes... ¿No es eso? Conozco a ese caballero, querido. Si quieres veinte francos, los pongo a tu disposición. Más, no.

Duroy se conformó con la moneda de oro. Luego fue llamando de puerta en puerta, a las de todos sus conocidos, y así, a las cinco de la tarde, había conseguido reunir ochenta francos. Como todavía le faltaban doscientos, tomó una resolución heroica: se guardó bonitamente lo que le había producido su colecta y rezongó:

«¡Bah! No es cosa de tragar bilis por esa prójima. Le devolveré su dinero cuando pueda y en paz.»

Durante quince días hizo una vida económica, ordenada y casta, con el ánimo lleno de enérgicas decisiones. Después, le acometió un gran deseo de amor. Le parecía que había pasado años enteros sin que tuviese una mujer entre los brazos, y como el marinero que pierde los estribos al divisar tierra, así él se volvía loco al revuelo de unas faldas.

Una noche volvió a Folies-Bergère, con la esperanza de encontrar allí a Raquel. La vio, en efecto, porque casi nunca faltaba.

Se fue hacia ella, sonriente, con la mano tendida. Pero la cortesana le miró de arriba abajo.

–¿Qué desea usted? –preguntó.

El trató de echarlo a broma, y dijo:

–Vamos, no te hagas la tonta.

Raquel le volvió la espalda y declaró:

–Yo no me trato con...

Había buscado el peor insulto. George notó que la sangre le empurpuraba el rostro y se marchó.

En el periódico, Forestier, que se hallaba enfermo, débil y no dejaba de toser, parecía devanarse los sesos para hacerle la vida imposible. Un día, en un momento de irritación nerviosa y después de un prolongado acceso con terribles ahogos, como Duroy no hubiese llevado una información que le encargara, gruñó:

–Eres más bruto de lo que habría creído.

Duroy sintió ganas de abofetearle, pero se contuvo y se fue murmurando: «Ya me las pagarás.» Una súbita idea cruzó por su cerebro, y añadió: «Voy a ponerte los cuernos, amiguito.» Y fue frotándose las manos, muy regocijado con su proyecto.

El mismo día siguiente quiso empezar a poner en ejecución su plan. Y así hizo a la señora de Forestier una visita de sondeo.

La encontró leyendo un libro, tendida en el sofá. La dama le alargó la mano, sin volver la cabeza, y le dijo:

–Buenos días, *Bel ami*.

Tuvo él la sensación de haber recibido una bofetada, y repuso:

–¿Por qué me llama así?

–La semana pasada –contestó ella sonriendo– vi a la señora de Marelle y me enteró de cómo le han bautizado a usted en su casa.

El tono amable de la señora tranquilizó a Duroy. ¿Qué podría temer, por otra parte?

–La tiene usted muy mimada –añadió la de Forestier–. En cuanto a mí, se me viene a ver, si es que se viene, de Pascuas a Ramos, o poco menos.

George se había sentado junto a ella y la miraba con una curiosidad de aficionado que colecciona *bibelots*. Estaba encantadora, con su cabello de un rubio suave y caliente, hecho para las caricias. Y el joven pensó:

«Vale más que la otra, desde luego.»

No dudaba de su triunfo. Le parecía que no tendría más que alargar la mano y cogerla, como se coge un fruto maduro.

–No venía a verla a usted –dijo resueltamente, porque más valía así.

Ella, sin comprender, preguntó:

–¿Cómo? ¿Por qué?

–¿No lo adivina?

–No; en absoluto.

–Porque estoy enamorado de usted... ¡oh!, un poquito, nada más que un poquito, y no quiero estarlo del todo.

La señora Forestier no se mostró asombrada, ni enojada, ni halagada. Continuó sonriendo con indiferencia, y respondió tranquilamente:

–¡Oh! Puede usted venir sin inconveniente. Nadie se enamora de mí por mucho tiempo.

Más que las palabras, le sorprendió a Duroy el tono con que fueron pronunciadas, y preguntó:

–¿Por qué?

–Porque es inútil. Si usted me hubiese comunicado antes sus temores, yo le habría tranquilizado y comprometido, por el contrario, a venir lo más frecuentemente posible.

George exclamó, con patético acento:

–¡Ah! ¿Cómo mandar a los sentimientos?

Se volvió la dama rápidamente y habló así:

–Mi querido amigo: Un hombre enamorado está para mí borrado del número de los vivos. Se vuelve idiota y, sobre idiota, peligroso. Con las personas que se enamoran de mí o están en camino de enamorarse, rompo en seguida toda amistad íntima en primer lugar, porque me aburren, y luego, porque hay que recelar de ellas como de un perro rabioso, que de un momento a otro puede tener ataques. Las pongo en cuarentena moral, hasta que se les ha pasado el arrechucho. No lo olvide. Bien sé yo que en el caso de usted, el amor no es más que una especie de apetito, en tanto que en mí es una especie de..., de comunión de almas que no forman parte de la religión de los hombres. Usted comprende la letra; yo, el espíritu. Pero míreme cara a cara.

Ya no sonreía. La expresión de su rostro era serena. Apoyándose en cada palabra, dijo:

–Yo no seré jamás, jamás, ¿lo entiende usted bien?, su querida. Es, pues, absolutamente inútil; sería, incluso, contraproducente para usted la persistencia en ese deseo. Y ahora que... la operación está hecha... ¿quiere que seamos amigos, buenos amigos, verdaderos amigos, sin reservas mentales?

Comprendió que George que cualquier tentativa resultaría inútil ante aquella sentencia sin apelación. Inmediatamente tomó su partido. Encantado de poder procurarse tal aliada, le dijo, tendiéndole, con franqueza, ambas manos:

–Soy suyo, señora, como a usted le plazca.

Advirtió ella en su voz la sinceridad de la intención y a su vez le dio las manos. Las besó George una tras otra y, alzando luego la cabeza dijo:

–¡Pardiez! Si yo hubiera encontrado una mujer como usted, ¡con qué gusto me hubiera casado con ella!

Se conmovió la señora Forestier esta vez, acariciada por la frase, como les acontece siempre a las mujeres cuando alguna palabra amable les llega al corazón, y le lanzó una de esas miradas rápidas y agradecidas que nos hacen eternamente sus esclavos.

Luego, y como él no hallase la fórmula de transición necesaria para reanudar el diálogo, ella le dijo con voz dulce y apoyándole un dedo en el brazo:

–Voy a comenzar inmediatamente mi papel de amiga; es usted torpe, querido.

–Sí.

–Del todo.

–¿Del todo?

–Bueno, haga usted una visita a la señora de Walter, que le aprecia mucho, y procure agradecerla. Escuchará con gusto sus galanterías, aunque le advierto que es una mujer honrada, completamente honrada. ¡Oh! Tampoco por eso lado hay que esperar nada de..., de merodeo. Pero no perderá nada si se deja ver por allí. No sé, ya, que en el periódico ocupa usted todavía un puesto de poca importancia; pero no se apure por eso; los señores de Walter reciben a todos sus redactores con igual amabilidad. Vaya usted, créame.

Duroy dijo, sonriendo:

–Gracias. Es usted un ángel. El ángel de la guarda.

Hablaron luego de otras cosas. George permaneció allí un buen rato, como si tuviera empeño en demostrar a la dueña de la casa que se encontraba a gusto a su lado. Al despedirse, le dijo:

–Quedamos en que somos amigos, ¿verdad?, en ello quedamos.

Como advirtiera el efecto que en la señora hacían sus cumplidos, el joven les puso este remate:

–Si alguna vez enviuda usted, me apunto en la lista.

Y se marchó a escape para no darle tiempo a que se enfadase.

Una visita a la señora de Walter le preocupaba un poco, porque no había sido presentado en su casa y no quería cometer una indiscreción. El director se mostraba benévolo con él, apreciaba sus servicios y le encomendaba preferentemente trabajos difíciles. ¿por qué, pues, no aprovecharse de este favor para entrar en su casa?

Al fin, un día en que se levantó temprano, fue al mercado a la hora de las transacciones, y por diez francos adquirió una veintena de admirables peras, que atadas con un lazo y cuidadosamente colocadas en una cesta, para hacer creer que venían de fuera, dejó al portero de la directora, con una tarjeta en que se leía:

GEORGE DUROY

*Ruega humildemente a la señora
de Walter que acepte esta fruta
que acaba de recibir de Normandía.*

El día siguiente, y en su departamento del casillero que para la correspondencia tenían los redactores del periódico, encontró otra tarjeta que, en respuesta a la suya, le enviaba la señora de Walter, que «agradecía vivamente a don George Duroy su obsequio», y añadía que «se quedaba en casa los sábados».

En efecto, el sábado siguiente fue allí.

El señor Walter habitaba en el bulevar de Malesherbes, una casa de su propiedad. Constaba de dos cuerpos gemelos, uno de los cuales había alquilado, económico sistema que siguen las gentes prácticas. Un solo portero, que tenía su vivienda ente los dos grandes portales, por donde entraban y salían los coches, y con su uniforme de suizo – medias blancas que ceñían las robustas piernas y casaca de gala con botones de oro y vueltas escarlata – daba a la mansión aspecto de hotel rico y elegante.

Los salones de recibir estaban en el primer piso. Los precedía un vestíbulo revestido de alfombras y cortinajes. Dos criados dormitaban en sendas sillas. Ambos se levantaron al ver a Duroy; uno de ellos le cogió el gabán; el otro se apoderó del bastón y abrió una puerta, se adelantó unos pasos al visitante, y apartándose a un lado, le dio acceso a un aposento vacío al tiempo que anunciaba su nombre.

El joven, un poco cohibido, miraba a todos lados, cuando vio, en la luna de un espejo, a varias personas sentadas y que parecían estar a bástate distancia de allí. Desorientado al principio se equivocó de dirección; luego atravesó dos salas más, asimismo desiertas, hasta que llegó a un gabinetito tapizado de seda azul, y en el que cuatro señoras hablaban a media voz, sentadas en torno a un velador donde se veían otras tantas tazas de café.

A pesar del aplomo que había ido adquiriendo desde que vivía en París, y, sobre todo, en su oficio de reportero, que lo ponía en contacto diario con personajes de campanillas, Duroy se sintió un poco intimidado por aquel aparato decorativo y la travesía a lo largo de las solitarias estancias.

–Señora –balbuceó, buscando con los ojos a la dueña de la casa–, me he permitido...

La dama le alargó una mano, que él, inclinándose, tomó entre las suyas, y diciéndole: «Caballero, es usted muy amable», le indicó una silla en la que George, por haberla creída más alta, se hundió violentamente, al intentar sentarse.

Las señoras se habían callado. Al fin, una de ellas rompió el silencio. Hablaron del frío, que, aunque muy riguroso, no lo es aún suficientemente para contener las epidemias de fiebres tifoideas, ni para permitir patinar. Cada una expuso su opinión sobre la entrada en escena de las heladas en París y luego expresaron sus respectivas preferencias por las diversas estaciones del año, con los triviales argumentos que invaden la imaginación como el polvo las habitaciones.

El ligero rumor de una puerta al abrirse hizo volver la cabeza a Duroy, quien vio, reflejada por unas lunas sin alinde, a una señora gruesa que se acercaba. Cuando llegó al gabinete, una de las visitantes se levantó, estrechó las manos de las demás y se fue. El joven la siguió con los ojos a través de los demás salones, sin perder de vista su espalda, donde brillaban algunas perlas negras.

Cuando el movimiento que produjo este cambio de personas se hubo calmado, se habló espontáneamente y sin transición de la cuestión de Marruecos y de la guerra de Oriente, así como de la difícil situación de Inglaterra en África.

Aquellas señoras discutían tales cosas de memoria, como quien representa una comedia mundana, a tono con las conveniencias y muchas veces ensayada.

Entró una nueva visitante: una rubia con el pelo muy rizado, y que promovió la salida de una señora de cierta edad, alta y seca.

Se comentaron luego las probabilidades que tenía el señor Linet para ingresar en la Academia. La recién llegada cría firmemente que sería derrotado por el señor Cahanon-Leban, autor de la bella adaptación teatral, en verso francés, de *Don Quijote*.

—Ya saben ustedes que se representará en el Odeón, el invierno próximo.

—¡Ah, sí! No dejaré de asistir a una tentativa literaria tan interesante.

La señora de Walter respondía siempre con gracia, aunque con tranquila indiferencia, y sus opiniones eran siempre discretas.

De pronto, advirtió que ya anochecía y mandó encender las luces, sin dejar de seguir la conversación general, que fluía como un arroyo, y recordando que había olvidado recoger del grabador las invitaciones para la próxima comida.

Estaba, quizá, un poquito más gruesa de lo conveniente, aunque todavía guapa, en esa edad peligrosa en que el desastre se avecina. Se mantenía así a fuerza de cuidados, de precauciones, de higiene y de cremas y pastas para el cutis. En todo se mostraba sensata, moderada, y razonable; era una de esas mujeres cuyo espíritu está alineado y recortado como un jardín francés, por donde se circula sin que nada nos sorprenda, pero en los que se halla siempre cierto encanto. Su juicio sagaz, discreto y seguro hacía en ella las veces de la fantasía. La bondad y la abnegación y su apacible benevolencia se expandían ampliamente a todo y a todos.

Advirtió que Duroy no había dicho nada, y que nadie le dirigía la palabra, por lo que, sin duda, se encontraba un poco violento. Y como aquellas damas no habían salido aún de la Academia, tema de su predilección y que siempre las entretenía largamente, preguntó:

—Y usted, señor Duroy, que debe estar mejor informado que nadie, díganos, ¿cual es su candidato?

—En este asunto, señora —contestó él sin vacilar— jamás tengo en cuenta el mérito, siempre incontestable, de los aspirantes, sino su edad y su salud. Yo no pediría que mostrasen sus títulos, sino su enfermedad. No me molestaría en averiguar si han traducido en verso a Lope de Vega, pero tendría buen cuidado de informarme del estado de su hígado; de su corazón, de sus riñones o de su médula. Para mí, una buena hipertrofia, una buena albuminuria y, sobre todo, un buen comienzo de parálisis general, vale cien veces más que cuarenta volúmenes sobre la idea de patria en la poesía berberisca.

El asombro que esta opinión produjo hizo que fuera acogida en silencio.

—¿Por qué? —preguntó la señora de Walter, sonriendo.

Duroy replicó:

—Porque yo nunca busco en las cosas sino lo que puede interesar a las mujeres. Ahora bien: la Academia no tiene interés para ustedes más que cuando se muere un académico. Cuantos más se mueran, más contentas estarán ustedes. Sólo que para que se mueran pronto hay que nombrarlos viejos y enfermos.

Como estas palabras aumentasen la general sorpresa, añadió:

—Por lo demás, a mí me ocurre lo mismo que a ustedes. Me gusta mucho leer en los *Ecos de Paris* el fallecimiento de un académico. «¿Quién lo reemplazará», me pregunto en seguida. Es un juego, un bonito juego que se juega en todos los salones de

París cada vez que un inmortal pasa a mejor vida: el juego de la muerte y los cuarenta ancianos.

Las señoras, aunque un poco desconcertadas todavía, sonreían ya; tan justas eran aquellas observaciones.

Duroy concluyó, levantándose:

—Ustedes son quienes los nombran. Y los nombran para que se mueran pronto. Elíjanlos, pues, viejos, muy viejos, lo más viejos posible y no se preocupen de más.

Y dicho esto se despidió con mucha gracia y soltura.

Cuando se hubo marchado, una de las damas opinó:

—Tiene gracia ese muchacho. ¿Quién es?

La señora de Walter respondió:

—Uno de nuestros redactores, que no hace más que los trabajos de batalla del periódico. Pero estoy segura de que llegará lejos.

Duroy, muy satisfecho de su primera salida, bajó al bulevar Malesherbes a paso gimnástico, diciéndose:

«Buen principio.»

Aquella misma noche se reconcilió con Raquel.

La semana siguiente le llevó dos acontecimientos. Fue nombrado jefe de la sección *Ecos* e invitado a una comida por la señora de Walter. En seguida comprendió que entre una y otra había alguna relación.

La Vie Française era, ante todo, un periódico de negocios como propiedad de un hombre de dinero a quien la prensa y su acta de diputado habían servido de palanca. Habiendo hecho un arma de la campechanía, encubría sus manejos bajo la apariencia de un infeliz; pero no empleaba en sus empresas, cualesquiera que fuera, sino a hombres que previamente había tanteado, probado, olfateado y a quienes sabía astutos, audaces y dúctiles. Duroy, nombrado jefe de los *Ecos*, le parecía un mozo inapreciable.

Este cargo había sido desempeñado hasta entonces por el secretario de Redacción, Boisrenard, periodista veterano, correcto, puntual y meticoloso como un chupatintas. En treinta años había sido secretario de Redacción de once periódicos de diversas tendencias, sin modificar en nada su manera de ser y de ver las cosas. Pasaba de una Redacción a otra como quien cambia de restaurante sin darse cuenta de que las respectivas cocinas no se parecen en nada. Las opiniones políticas y religiosas le eran indiferentes. Siempre adicto a su periódico, fuera el que fuese, era entendido en su oficio e inestimable su experiencia. Trabajaba como un ciego que no ve nada, como un sordo que no oye nada, como un mudo que no habla de nada. Tenía gran probidad profesional y no se había prestado a cosa alguna que no hubiese juzgado honrada, leal y correcta desde el especial punto de vista de su oficio.

Desde hacía ya tiempo, deseaba el señor Walter dar con otro hombre a quien confiar los *Ecos*, que son —decía— la médula del periódico. Por medio de ellos se lanzan las noticias, se ponen en circulación los rumores, se interesa al público, se influye en los fondos públicos. Entre dos fiestas mundanas, es preciso saber deslizar, como quien no hace nada, la noticia importante, más insinuante que dicha. Es preciso dejar adivinar, con medias palabras, aquélla que se desea; desmentir un rumor de tal suerte que se afirme más o afirmarlo de tal manera que nadie crea en el hecho que se anuncia. Es necesario que en los *Ecos* cada cual encuentre a diario una línea, por lo menos, que le interese, a fin de que todo el mundo los lea. Es indispensable pensar en todo y en todos, en todas las clases sociales y en todas las profesiones, en París y en las provincias, en el ejército y en los pintores, en el clero y en la universidad, en los magistrados y en las cortesanas.

El hombre que los dirige y manda el batallón de los reporteros, debe estar siempre alerta, siempre en guardia; ser desconfiado, previsor, sagaz, vigilarlo todo, adaptarse a todo y estar dotado de un olfato infalible para distinguir, a la primera ojeada, la noticia falsa de la verdadera, para juzgar lo que conviene decir y lo que conviene callar, para adivinar lo que interesa al público; debe, en fin, saber presentarlo todo de tal suerte que el efecto se multiplique y sea agradable a todos los paladares.

Boisrenard, que tenía en su favor una larga experiencia, carecía, en cambio, de habilidad y de chispa; carecía, sobre todo, de la picardía nativa necesaria para penetrar a diario en el pensamiento íntimo del director.

Duroy cumpliría su misión a las mil maravillas y completaba admirablemente la redacción de aquella hoja «que navega a por el fondo del Estado y por los bajos fondos de la política», según la expresión de Norbert de Varenne.

Los inspiradores y verdaderos redactores de *La Vie Française* eran media docena de diputados comprometidos en las especulaciones a que se lanzaba o en que se afianzaba el director. En la Cámara los llamaban «la banda de Walter», y se les envidiaba porque con él y por él debían ganar mucho dinero.

Forestier, redactor político, no era más que el testaferro de aquellos hombres de negocios, el ejecutor de los proyectos que ellos le sugerían, soplándole al oído los artículos de fondo que él escribía en su casa «para estar más tranquilo», según decía.

A fin de dar al periódico una vitola literaria y parisiense, fueron agregados a la Redacción dos escritores célebres y de distinto género: Jacques Rival, comentarista de la actualidad y Norbert de Varenne, cronista fantaseador; más bien, cuentista de la nueva escuela.

Habían procurado, además, y a cualquier precio, la colaboración de críticos de arte, de pintura, de música y teatrales; se contaba también con un redactor de Tribunales y otro hípico, escogidos entre la tribu mercenaria de los escritores «para todo». Dos mujeres, muy metidas en sociedad, *Dominó Rose* y *Pata Blanca*, enviaban variedades mundanas, trataban de las modas, de vida elegante, daban consejos prácticos y contaban chismes acerca de las grandes señoras y sus salones.

Con todo esto, *La Vie Française* navegaba por el fondeado y los bajos fondos de la política, gobernada por tantas y tan diversas manos.

Estaba Duroy en el apogeo de su júbilo por su nombramiento de director de los *Ecos* cuando recibió una cartulina grabada, donde se leía:

«*Los señores de Walter ruegan a don George Duroy que les haga el honor de comer con ellos el jueves, veinte de enero.*»

Esta nueva distinción de que era objeto y que venía a sumarse a la anterior, le produjo tal alegría que besó la invitación, como si fuera una carta de amor. Después fue a ver al cajero para tratar de la importante cuestión crematística.

Un jefe de *Ecos* tiene, por lo general, asignado un presupuesto, con el cual paga a sus reporteros y las noticias, buenas o medianas, que cada uno le lleva, como los jardineros llevan sus flores a los comerciantes en exquisiteces.

A Duroy le señalaron, para empezar, mil doscientos francos mensuales, de los que se proponía guardar para sí una buena parte.

Ante sus apremios, el cajero acabó por adelantarle cuatrocientos francos. Al principio tuvo el firme propósito de devolver a la señora de Marelle los doscientos ochenta francos que le debía; pero en seguida pensó que no le quedaban más que ciento veinte, suma a todas luces insuficiente para atender como era debido a los gastos de su nuevo servicio, y así, aplazó la restitución.

Su instalación le llevó dos días. Había heredado de su antecesor una mesa de despacho y un casillero para la correspondencia. Todo ello estaba en un extremo de la vasta sala de Redacción que inmediatamente ocupó, en tanto que Boisrenard, cuyos cabellos negros como el ébano, a pesar de su edad, estaban siempre inclinados sobre sus papeles, se acomodaba en el otro.

La larga mesa del centro estaba destinada a los redactores de calle. Generalmente servía de banco. Unos se sentaban en los bordes, con las piernas colgando; otros, en medio, a la turca. A veces eran cinco o seis los que así se agrupaban sobre la mesa y jugaban perseverantemente al *bilboquet* con actitudes de idolillos chinos. Duroy había acabado por tomarle gusto a este pasatiempo y comenzaba a ser fuerte en él, bajo la dirección y gracias a los consejos de *Saint-Potin*.

Forestier, cada día más enfermo, le había dejado su hermoso *bilboquet* de madera de las islas, el último que comprara y que encontraba un poco pesado. Duroy lanzaba con vigoroso brazo la negra bola hasta el extremo de la cuerda, cantando bajito: «Uno-dos-tres-cuatro-cinco-seis.»

Justamente el día que estaba invitado a comer en casa de los Walter, hizo, por primera vez, veinte tantos seguidos. «Buen día –pensó–; todo me sale bien.» Porque en la Redacción de *La Vie Française* la destreza en el *bilboquet* concedía una especie de superioridad.

Salió temprano de la Redacción para tener tiempo de vestirse. Subía la calle de Londres, cuando vio a una mujer menuda que caminaba delante de él y parecía la señora de Marelle. Sintió cierto calor en el rostro y que el corazón le latía con violencia. Cruzó la calle para verla de perfil. La mujer se detuvo para cruzar a su vez. George se había equivocado. Respiró.

Muchas veces se había preguntado qué debería hacer en el caso de encontrarse con ella. ¿La saludaría o haría como que no la había visto?

«No la veré más», pensó.

Hacía frío. En el turbio arroyo quedaban aún trozos de hielo. Las aceras estaban secas y mates bajo la luz del gas.

Cuando el joven entró en su casa se dijo: «Tendré que mudarme de piso; éste no me basta; es pequeño.»

Estaba nervioso, alegre, y se sentía capaz de correr por los tejados. Yendo del lecho a la ventana, se repetía en voz alta:

«¿Será la fortuna que llega? ¡Sí; es la fortuna! Habrá que escribir a papá.»

Le escribía de cuando en cuando, y la carta llevaba siempre una viva alegría a la tabernita normanda, situada a un lado de la carretera, en lo alto de la espaciosa meseta desde la cual se domina a Ruán y el ancho valle del Sena.

También de cuando en cuando recibía un sobre azul, con la dirección escrita en tosca y temblona letra: era la carta paterna que, invariablemente, comenzaba así:

«*Mi querido hijo: La presente es para decirte que tanto tu madre como yo estamos bien. Por aquí no hay grandes novedades. Te diré, sin embargo...*»

El corazón de George se interesaba todavía por las cosas del pueblo, por sus vecinos, por el estado de los campos y de las cosechas. Mientras se hacía, ante el espejo, el lazo de la corbata blanca, se decía:

«Mañana mismo tengo que escribir a papá. Si me viese esta noche en la casa adónde voy, se quedaría boquiabierto. Dentro de un rato asistiré a una cena como él no ha visto en su vida.»

De pronto, volvió a ver, con la imaginación, la cocina ennegrecida por el humo, más allá del salón del café, vacío; las cacerolas que arrojaban reflejos amarillos sobre las paredes; el gusto en la chimenea, junto al fuego, sentado sobre las patas traseras, en actitud de Quimera; la mesa de pino, que el tiempo y los líquidos derramados habían llenado de manchas, con la humeante sopera en medio y una vela encendida entre dos platos. Y vio también a un hombre y una mujer, su padre y su madre, aldeanos de lentos ademanes; los vio mientras tomaban la sopa, a pequeños sorbos. Conocía las menores arrugas de sus ajados rostros, los más insignificantes movimientos de sus brazos y sus cabezas. Sabía, en fin, lo que se dirían mientras cenaban frente a frente.

«Es preciso que haga lo posible por ir a verlos», siguió diciéndose. Pero como ya había terminado de vestirse, apagó la luz y se fue.

A lo largo del bulevar exterior las rameras le acosaban y le cogían del brazo. El desasiéndose le respondía con desdeñosa violencia: «¡Dejadme en paz!», como si aquellas mujeres le hubiesen insultado o confundido. ¿Por quién le tomaban? ¿No sabían aquellas trotacalles distinguir a unos hombres de otros? El frac negro que se había endosado para ir a cenar a casa de unas personas muy ricas, muy conocidas, muy importantes, le daba el sentimiento de una nueva personalidad, la conciencia de haberse convertido en otro hombre: un hombre de mundo, un verdadero hombre de mundo.

Entró con aplomo en la antesala alumbrada por grandes candelabros de bronce, y entregó, con naturalidad, su bastón y su gabán a los dos criados que se le acercaron.

Todos los salones estaban iluminados. La señora de Walter recibía en el segundo, que era el mayor de todos. Acogió a Duroy con encantadora sonrisa, y éste dio la mano a dos caballeros que habían llegado antes que él: los señores Firmin y Laroche-Mathieu, diputados y redactores ocultos de *La Vie Française*. El señor Laroche-Mathieu tenía en el periódico singular autoridad, a causa de su influencia en la Cámara. Nadie dudaba de que llegaría a ministro.

Llegaron después los Forestier; ella, con un vestido rosa, estaba seductora. Duroy quedó estupefacto al ver la intimidad que tenía con los representantes del país. Durante más de cinco minutos estuvo hablando muy bajito, en un ángulo de la chimenea, con Laroche-Mathieu. Charles parecía extenuado. En un mes había adelgazado mucho y tosía sin tregua, repitiendo:

–Debería decidirme a pasar el final del invierno en el Mediodía.

Norbert de Varenne y Jacques Rival llegaron juntos. Por una puerta que había al fondo del aposento entró Walter, con dos muchachas de dieciséis a dieciocho años; una de ellas era fea, la otra, bonita.

Duroy sabía que su jefe era padre de familia; no pudo, sin embargo, contener su asombro. Nunca había pensado en las hijas del director sino como se piensa en los países lejanos que no hemos de ver nunca. Se había figurado, por otra parte, que serían unas criaturitas y tenía ante sí a dos mujeres. Advirtió en su interior esa ligera perturbación moral que produce la modificación de un juicio.

Después de serle presentadas, ambas señoritas le tendieron sucesivamente la mano; luego fueron a sentarse ante una mesita que les estaba, sin duda, reservada, en la que se pusieron a revolver un montón de carretes de seda.

Todavía se esperaba a alguien, con esa especie de embarazo que precede siempre a las comidas entre personas que no respiran el mismo ambiente espiritual después de las diversas ocupaciones de la jornada.

Como Duroy, por no tener otra cosa en qué ocuparle, alzase los ojos a la pared, Walter lo advirtió de lejos.

–¿Está usted mirando mis cuadros? –le preguntó con visible deseo de hacerle un favor y recalcando mucho el *mis* –Me gustaría enseñárselos.

Y tomó una lámpara para que pudiesen distinguirse todos los detalles.

–Aquí están los paisajes–dijo.

Ocupaba la parte central un gran lienzo de Guillaumet, una playa de Normandía bajo un cielo tempestuosos; debajo, un bosque de Harpignies, y luego una planicie argelina de Guillaumet, con un camello en el horizonte, un gran camello de largas patas, que parecía un extraño monumento.

El señor Walter pasó a la pared vecina y anunció con solmone tono, digno de un maestro de ceremonias:

–Esta es la gran pintura.

Eran cuatro lienzos: *Una visita de hospitales*, de Gervex; *Una segadora*, de Bastien-Lepage; *Una Viuda* de Bougueratu, y *Una ejecución*, de Jean Paul Laurens. Esta última obra representaba a un sacerdote vendeano en el momento de ser fusilado, ante las tapias de la iglesia, por un destacamento de *Azules*.

En el grave rostro del señor Walter se dibujó una sonrisa cuando indicó:

–Ahora vienen los fantasistas.

Llamaba, desde luego, la atención un cuadro de Jean Béraud titulado *Arriba y abajo*. Representaba una linda parisiense que subía la escalerilla de un tranvía ya en marcha. Su cabeza estaba a nivel de la imperial y varios caballeros, sentados en los bancos de ésta, demostraban ávida satisfacción al descubrir la lozana carita que se les acercaba, en tanto que los viajeros de la plataforma, en pie, contemplaban las piernas de la muchacha con una mezcla de despecho y deseo.

Walter sostenía la lámpara por el extremo del brazo de ésta, y decía, riéndose con risa picaresca.

–¡Eh! ¿Qué tal? ¿No es gracioso? ¿No es gracioso?

Luego aclaró:

–*Un salvamento*, de Lambert.

En el centro de una mesa, de la que ya se habían levantado los manteles, un gato sentado consideraba, con asombro y perplejidad a una mosca que se debatía en un vaso de agua... El minino tenía una pata en alto, presto a pillar al insecto con rápido movimiento. Pero no acababa de decidirse. Vacilaba. ¿Qué haría al fin?

Mostró después el director un Detalle. *La lección*. Un soldado, en el cuartel, enseñaba a tocar el tambor a un perro de aguas. Walter exclamó:

–Tiene chispa, ¿eh?

Duroy reía y aprobaba con el gesto.

–Es deliciosos, deliciosos, del...

Se detuvo, súbitamente, al oír a sus espaldas la voz de la señora de Marelle, que acababa de entrar.

El propietario de *La Vie Française* continuaba enumerando y explicando los cuadros.

Enseñaba ahora una acuarela de Maurice Leloir. Se titulaba *El obstáculo*, y representaba una silla de manos detenida en medio de la calle, obstruida por una riña entre dos hombres del pueblo, dos mocetones que luchaban como dos hércules. Por la ventanilla de la litera se veía asomar un seductor rostro de mujer, que miraba..., miraba... sin impaciencia y sin miedo, y seguía con cierta admiración el combate de aquel par de brutos.

El señor Walter seguía diciendo:

–En las piezas contiguas tengo otros. Pero son de firmas menos conocidas, menos cotizadas. Este es mi salón. Ahora estoy comprando cosas de los jóvenes, de los más jóvenes, y las guardo en mis habitaciones privadas, en espera de que sus autores sean célebres.

Y añadió muy bajito:

–Este es el momento de adquirir cuadros. Los pintores se mueren de hambre. No tienen un céntimo, lo que se dice un céntimo.

Pero Duroy no veía nada y escuchaba sin comprender. La señora de Marelle estaba allí, detrás de él. ¿Que hacer? Si la saludaba, ¿no se exponía a que le volviese la espalda y le soltara cualquier descaro? Si no se acercaba, ¿qué pensaría la gente?

«Ganemos tiempo», se dijo.

Estaba tan agitado que por instantes se le ocurrió fingir una indisposición repentina que le permitiese marcharse. La visita a las paredes había terminado. El dueño de la casa fue a dejar la lámpara en su sitio y a saludar a la recién llegada, en tanto que Duroy, ya solo, seguía examinando los cuadros, como si aún no se hubiese cansado de admirarlos.

Estaba trastornado. ¿Qué debía hacer? Oía su voz, la distinguía entre todas, en la conversación general. La de Forestier le llamó:

–Hágame el favor, señor Duroy.

Corrió hacia ella. Era para recomendarle una amiga que iba a dar una fiesta y deseaba que se hablara de ella en los *Ecos de La Vie Française*.

George balbuceó:

–No faltaba más, señora, no faltaba más.

Estaban muy cerca el uno del otro. Duroy no se atrevió a alejarse. De pronto creyó volverse loco; su ex amante había dicho en voz alta:

–Buenas tardes, *Bel Ami*. ¿Ya no me conoce usted?

Giró el joven sobre sus talones y la vio ante sí, en pie, sonriente y mirándole con afectada jovialidad y tendiéndole una mano, que George tomó temblando, temeroso de alguna nueva broma y de cualquier perfidia. La señora de Marelle añadió con naturalidad:

–¿Qué es de usted? No se le ve por ninguna parte.

Duroy tartamudeó, sin conseguir recobrar la sangre fría:

–Tengo mucho que hacer, señora, mucho que hacer. El señor Walter me ha encomendado un nuevo servicio que me da un trabajo enorme.

Clotilde replicó, sin dejar de mirarle frente a frente, sin que George alcanzara a descubrir en sus ojos más que una expresión de benevolencia:

–Ya lo sabía. Pero ésa no es razón suficiente para que se olvide usted de los amigos.

Les separó una señora corpulenta y escotada, que entraba en aquel momento. Tenía los brazos rojos, las mejillas rojas. Iba vestida y peinada con pretensión, y sus pasos eran tan lentos y pesados, que al verla andar se sentía la macicez y gordura de sus muslos.

Como advirtiera que todos la trataban con mucho respeto, Duroy preguntó a la señora Forestier:

–¿Quién es esa señora?

–La vizcondesa de Percecoeuer, ésa que firma *Pata Blanca*.

George se quedó estupefacto y tentado a la risa.

–¡*Pata Blanca* –dijo –*Pata Blanca*! ¡Y yo que me había imaginado una mujer joven, como usted! ¿De modo que ésta es *Pata Blanca*? Está de buen año, de buen año...

Un criado anunció desde la puerta:

–La señora está servida.

Fue una cena frívola y alegre, una de esas cenas en que se habla de todo, sin decir nada de nada. Duroy se encontraba entre la hija mayor del dueño de la casa, la fea, que se llamaba Rose, y la señora de Marelle. Esta última vecindad le molestaba un poco,

siquiera Clotilde pareciese muy contenta y hablase con su habitual animación. George se azoró un poco, al principio; se sentía violento, indeciso, como un músico que ha perdido el compás. Poco a poco, sin embargo, fue tranquilizándose, y los ojos de ambos, al cruzarse reiteradamente, se interrogaban y fundían sus miradas con expresión íntima, casi sensual, como en otro tiempo.

De pronto advirtió Duroy que algo se movía debajo de la mesa, y rozaba un pie. Adelantó suavemente la pierna, que tropezó con la de su vecina, quien no esquivó el contacto. Ninguno de los dos habló más, por entonces, y cada uno se volvió hacia la persona que tenía al otro lado.

Duroy, con el corazón palpitante, avanzó un poco más la rodilla. Una ligera presión fue la respuesta. Entonces comprendió que aquellos amores iban a reanudarse.

¿Qué se dijeron luego? Nada de particular. Pero cada vez que se miraban sus labios se estremecían.

Entre tanto, el joven, queriendo mostrarse amable con la hija de su jefe, le dirigía de cuando en cuando la palabra. Ella respondía como lo hubiese hecho su madre, sin vacilar nunca sobre lo que había de decir.

A la derecha de Walter, la vizcondesa de Percecoeur se daba aires de princesa. Duroy, que la observaba con regocijo, preguntó muy bajito a la señora de Marelle:

–¿Conoce usted a la otra, a la que firma *Dominó Rose*?

–Sí, mucho. Es la baronesa de Livar.

–¿Y es tan ordinaria como ésta?

–No, pero sí tan divertida. Es alta, falca, tiene sesenta años, pelo postizo, dientes de caballo e ideas de la Restauración, al gusto de aquella época.

–¿Dónde diablos han dado Walter y sus amigos con estos fenómenos de las letras?

–Nunca faltan advenedizos que recojan los despojos de la nobleza.

–¿No hay ninguna otra razón?

–Absolutamente ninguna.

Entre el anfitrión, los dos diputados, Norbert de Varenne y Jacques Rival se inició una discusión política, que duró hasta los postres.

Cuando volvieron al salón, Duroy se acercó a la señora de Marelle, y mirándole al fondo de los ojos le preguntó:

–¿Quiere usted que la acompañe esta noche?

–No.

–¿Por qué?

–Porque el señor Laroche-Mathieu, que es vecino mío, me deja en casa siempre que ceno aquí.

–¿Cuándo nos veremos?

–Venga usted mañana a almorzar conmigo.

Y sin decir más, se separaron.

Duroy no tardó en marcharse, pues aquella reunión le iba resultando aburrida. Al bajar la escalera alcanzó a Norbert de Varenne, que también se marchaba. El viejo poeta se le colgó del brazo. Como no tenía que temer ninguna rivalidad de él en el periódico, pues sus trabajos eran esencialmente distintos, manifestaba al joven una benevolencia de abuelo.

–Qué, ¿quiere usted acompañarme todo el camino? – le dijo.

Duroy respondió:

–Con mucho gusto, querido maestro.

Y echaron a andar, despacito, bulevar de Malesherbes abajo.

París estaba desierto aquella noche, una noche fría, una de esas noches que se dirían más vastas que las demás y en que las estrellas están más altas y el aire parece llevar en su helado aliento algo que viene de más lejos que los mismos astros.

En los primeros momentos ninguno de los dos hombres habló palabra. Al fin, Duroy, por decir algo, observó:

–Ese Laroche-Mathieu parece muy inteligente y muy culto.

El viejo poeta repuso:

–¿Usted cree?

El joven, desconcertado, vacilaba:

–Sí. Desde luego, pasa por ser uno de los hombres más capacitados de la Cámara.

–Es posible. En tierra de ciegos, el tuerto es rey. Toda esa gente, ¿sabe usted? es de una mediocridad que asusta, porque tiene el espíritu emparedado entre el dinero y la política. Son ignorantes con los que no se puede hablar de nada, de nada de lo que nosotros amamos. Su inteligencia está en el fondo de la ciénaga o, más bien, del albañal, como el Sena en Asnières. ¡Ay! ¡Es tan difícil hallar un hombre que encierre el espacio en su pensamiento, que nos dé la sensación de ese ancho aliento con que se respira a orillas del mar! Yo he conocido a algunos, pero todos han muerto.

Norbert de Varenne hablaba con voz clara, pero contenida, que hubiera resonado en el silencio de la noche si la hubiese dado suelta. Parecía sobreexcitado y triste, con esa tristeza que cae a veces sobre las almas y las hace vibrar, como la tierra bajo la helada.

–¡Qué importa, después de todo– continuó–, un poco más o un poco menos de genio, puesto que todo ha de concluir!

Dicho esto, calló. Duroy, que aquella noche se sentía alegre, dijo, sonriendo:

–Hoy todo lo ve usted negro, querido maestro.

El poeta respondió:

–Lo veo siempre, hijo mío, y usted lo verá como yo dentro de algunos años. La vida es una pendiente: mientras se sube, mirando a la cima, se siente uno feliz. Pero cuando se llega a lo alto, se ven de una ojeada el descenso y el fin, que es la muerte. Se va despacio cuando se asciende, pero muy de prisa cuando se baja. A la edad de usted se está siempre contento. ¡Espera uno tantas cosas que, desde luego, nunca llegan! A la mía no se espera ya nada..., más que la muerte.

Duroy se echó a reír, y dijo:

–¡Diantre! Oyéndole a usted siento frío en el espinazo.

Norbert de Varenne añadió:

–Hoy no me comprende usted. Más adelante se acordará de lo que ahora le digo. Llega un día, y para muchos no suele tardar, en que se acaban las risas, porque detrás de cuanto se mira sólo se ve la muerte. ¡Oh! Ni siquiera puede usted comprender esta palabra: la muerte. A sus años no significa nada. A los míos, es terrible. Sí, se la comprende de una vez, no se sabe bien por qué ni a propósito de qué, y, entonces, todo cambia de aspecto en la vida. Yo la siento desde hace quince años irme mordiendo, como si llevara dentro de mí un animal roedor. La he ido sintiendo poco a poco, mes por mes, hora por hora, irme socavando, como a una cosa que se derrumba. Me ha desfigurado tan completamente que no me reconozco. En mí no queda nada mío, nada del hombre animoso, sano y fuerte que era yo a los treinta años. La he visto teñir de blanco mis cabellos negros, ¡y con qué experta y maligna lentitud! Me ha robado mi piel tersa, mis músculos, mis dientes, para no dejarme más que una alma desesperada, que también me arrebatará pronto.

»Sí; la miserable me ha pulverizado, ha ido realizando paulatinamente, terriblemente, segundo por segundo, la lenta destrucción de mi ser. Y ahora me siento

morir en todo lo que hago. Cada paso que doy, cada movimiento que hago, cada palpitación y cada aliento apresuran su odiosa tarea. Respirar, dormir, beber, comer, trabajar, soñar, cuanto hacemos, en fin, es morir. ¡Vivir es morir!

»¡Oh! también usted llegará a saber esto. Si reflexiona un poco, aunque no sea más que un cuarto de hora, lo verá bien claro.

»¿Qué espera usted? ¿El amor? ¡Bah! Unos cuantos besos y luego la impotencia.

» Entonces, ¿el dinero? ¿Para qué? ¿Para pagar a las mujeres? ¡Bonita felicidad! ¿Para comer mucho, ponerse gordo y pasarse en un grito noches enteras, mordido por la gota?

»Entonces, todavía, ¿la gloria? ¿Para qué sirve eso si no nos llega en forma de amor?

»Entonces, en fin... Entonces, ¡la muerte, siempre la muerte, como fin y acabamiento de todo!

»Yo, ahora, la veo tan cerca que frecuentemente siento deseos de extender los brazos para rechazarla. La descubro por doquiera. Las bestezuelas aplastadas en la carretera, las hojas que caen, la cana que aparece en la barba de un amigo me destrozan el corazón y me dicen ¡Hela aquí!

»Me estropea cuanto hago, cuanto veo, cuanto como, cuanto bebo, cuanto amo; los claros de luna y las puestas de sol, el mar inmenso y los hermosos ríos, las brisas de las tardes de estío, tan dulces de respirar...

Andaba despacio, un poco fatigado, soñando en voz alta, despierto, casi olvidado de que alguien le escuchaba.

–Jamás un ser revive –continuó–, jamás... Se conservan los moldes de las estatuas, los modelos de los objetos que se fabrican en serie; pero mi cuerpo, mi rostro, mis deseos, mis ideas, no resurgirán jamás. Y, sin embargo, nacerán millones, miles de millones de seres que en el espacio de unos centímetros cuadrados, tendrán nariz, ojos, frente, mejillas y boca como yo..., y también un alma como yo, sin que jamás yo renazca, sin que jamás, siquiera, algo que pueda reconocerse como mío reaparezca en esas criaturas innumerables y diferentes, indefinidamente diferentes, aunque parecidas.

»¿A qué asirse? ¿A quién dirigir nuestros gritos de angustia? ¿En qué podemos creer? Lo único cierto es la muerte.

Se detuvo, cogió a Duroy por las solapas del gabán y con voz lenta dijo:

– Piense usted en todo esto joven; piense en ello durante días, meses y años, y verá la existencia de otro modo. Intente desligarse de cuanto le aprisiona, realice el sobrehumano esfuerzo de salir vivo de su cuerpo, de sus intereses, de su pensamiento, de la Humanidad entera para contemplarlo todo, y comprenderá usted qué poca importancia tienen las polémicas entre románticos y naturalistas y la discusión de los presupuestos.

Reanudó la marcha con paso más rápido, y prosiguió:

–Pero también sentirá la espantosa desolación de los desesperados. Se debatirá usted furiosamente en la incertidumbre donde se ahogará. Gritará usted a los cuatro vientos: «¡Socorro!», y nadie le contestará; tenderá usted los brazos, llamará para ser socorrido, amado, consolado, salvado y nadie acudirá.

»¿Por qué sufrimos así? Es que, sin duda, habíamos nacido para vivir más según las leyes de la materia y menos según las del espíritu. Pero, a fuerza de pensar se ha establecido una desproporción entre nuestra inteligencia, engrandecida, y las condiciones inmutables de nuestra vida.

»Fíjese usted en las gentes vulgares: a menos que las abrumen grandes desastres, están siempre satisfechas, sin sufrir la común desdicha... Tampoco los animales la sienten.

Se detuvo otra vez, reflexionó durante algunos segundos y, con aire cansado y resignado, dijo:

–Pero yo no soy un ser completamente perdido. No tengo padre, ni madre, ni hermano, ni hermana, ni mujer, ni hijos..., ni Dios.

Al cabo de un instante de silencio, añadió:

–No tengo más que la rima.

Y alzando la cabeza hacia el firmamento, donde lucía la pálida faz de la luna llena, declamó:

Busco la solución de este problema oscuro en un cielo vacío, do brilla un astro puro.

Llegaron al puente de la Concordia, lo cruzaron y siguieron a lo largo del palacio Borbón. Norbert de Varenne siguió halando:

–Cátese, amigo mío: no sabe usted lo que es vivir solo, a mi edad; la soledad me hace hoy horriblemente egoísta. Al verme solo en mi casa, junto al fuego, me parece que también estoy sólo en la tierra, espantosamente solo, pero rodeado de vagos peligros, de cosas desconocidas y terribles, y la reclusión que me separa de mi vecino, a quien no conozco, me aleja de él tanto como de las estrellas que se ven desde mi ventana. Me invade una especie de fiebre, fiebre de dolor y de miedo, y el silencio de las paredes me aterra. ¡Es tan profundo y tan triste el silencio en la alcoba del solitario!” Es un silencio que no rodea únicamente el cuerpo, sino también el alma. Y cuando un mueble cruje, el corazón nos brinca en el pecho, porque cualquier ruido nos sobresalta en tan sombría mansión.

Calló, otra vez. Luego añadió:

–En fin, cuando uno es viejo le gustaría tener hijos.

Habían llegado hacia la mitad de la calle de Borgoña. El poeta se detuvo ante una casa alta, estrechó la mano de Duroy y le dijo:

–Joven, olvide estas pelmacerías de viejo y viva con arreglo a su edad. ¡Adiós!

Y desapareció en el portal.

Duroy siguió su camino con el corazón en un puño. Le parecía que le acababan de mostrar un agujero lleno de osamentas, un agujero inevitable, en el que, un día u otro, habría inevitablemente de caer.

«Demonio– pensó –, no debe ser muy divertido el trato de este hombre. No sería yo quién se asomase al balcón para ver el desfile de sus ideas.»

Mas al apartarse para dejar paso a una mujer perfumada, que bajaba de un coche y entraba en su casa, aspiró ávidamente el aroma de verbena de que estaba cargado el aire. Una oleada de esperanza y de alegría oreó su corazón y sus pulmones, y el recuerdo de la señora de Marelle, a quien vería al día siguiente, le invadió de pies a cabeza.

Todo le sonreía. La vida lo acogía con ternura. ¡Qué grato era ver realizadas sus esperanzas!

Se durmió embriagado por estos pensamientos y se levantó temprano para dar un paseo a pie por la avenida del Bosque de Bolonia, antes de acudir a la cita.

Durante la noche había cambiado el viento, y la temperatura era más suave. Lucía un sol de abril y el ambiente era tibio. Todos los habituales concurrentes al Bosque habían acudido aquella mañana, al reclamo de un hermoso y puro cielo.

Duroy caminaba lentamente, aspirando el aire, ligero y sabroso como una fruta de primavera; pero cruzó el Arco de la Estrella y siguió la gran avenida, por el lado opuesto al destinado a los jinetes, hombres y mujeres que desfilaban al trote o al galope de sus caballos. Eran los ricos de este mundo, pero George ahora los veía sin envidiarles

apenas. A casi todos los conocía de nombre, estaba al tanto de la cuantía de sus fortunas y la historia de sus vida, pues las funciones de su cargo habían hecho de él una especie de almanaque de las celebridades y los escándalos parisienses.

Las amazonas pasaban, esbeltas y esculturales dentro de sus trajes oscuros, con eso no sé qué de altivo e inabordable que suelen tener las mujeres a caballo. George se entretenía en recitar a media voz, como se recita la letanía en la iglesia, los nombres, títulos y circunstancias de los amantes que habían tenido y de los que se les atribuían. A veces, en lugar de decir:

Baron de Hanquelet.
Principe de la Tour-Enguerrand,

murmuraba:

Gente de Lesbos:
Luisa Marquetin, de la Opera.

Este juego le divertía mucho, como si, bajo las más severas apariencias, hubiese comprobado la eterna y profunda infamia humana, y esto le hubiese regocijado, excitado, consolado.

Luego dijo en voz alta:

–Montón de hipócritas –y su mirada buscó a los jinetes de quienes se contaban las cosas más graves.

Vio a muchos tachados de tramposos en el juego, y a quienes los círculos y casinos procuraban los principales recursos, los únicos recursos, recursos sospechosos, a todas luces.

Otros, muy célebres, vivían (y esto era sabido de todo) de las rentas de sus mujeres; otros (según se afirmaba), de las rentas de sus queridas; otros, habían pagado sus deudas (honrosa acción) sin que jamás se hubiese podido averiguar de dónde les había venido el dinero, misterio profundo. Vio a financieros cuyas inmensas fortunas tenían por origen un robo, y, que eran recibidos en todas partes, aun en las casas más nobles; a hombres tan respetados, que los buenos burgueses se descubrían a su paso, pero cuyos desvergonzados manejos en las grandes empresas nacionales no eran un misterio para nadie que conociese a fondo la sociedad.

Duroy, sin dejar de reírse para sus adentros, se decía: «¡Os conozco, hatajo de granujas, cuadrilla de bandidos!»

En esto, un precioso coche abierto cruzó, al trote largo de un tronco de caballos blancos, cuyas crines y colas se agitaban con la carrera... Lo guiaba una mujer menuda, joven y rubia, cortesana muy conocida. Detrás, dos lacayos iban a la zaga. Duroy se detuvo con ganas de saludar y aplaudir a aquella advenediza del amor, que exhibía audazmente en aquel paso y a aquella hora, entre los aristócratas hipócritas, el atrevido lujo que ganara en el lecho. Acaso el joven sentía vagamente que entre ambos había algo de común, un lazo natural, que los dos eran de la misma raza, de la misma condición y que el triunfo de uno y otro exigiría osados procedimientos del mismo orden.

Duroy regresó despacio, con el corazón lleno de júbilo, y llegó antes de la hora convenida a casa de su antigua amante.

Esta le recibió ofreciéndole los labios, como si nada hubiese ocurrido entre ellos, y hasta olvidó por unos instantes la sana prudencia que en su casa oponía a las caricias de George. Luego le dijo, besándole las rizadas guías del bigote:

–No sabes cuánto me aburro, querido. ¡Yo que esperaba una buena luna de miel! Pero mi marido ha pedido seis semanas de licencia. Mas yo no me resigno a estar seis semanas sin verte, sobre todo después de aquello; he aquí cómo he arreglado las cosas: el lunes vendrás a comer con nosotros. Ya le he hablado de tí y os presentaré.

Duroy vacilaba, un poco perplejo. Nunca se había visto todavía frente a un hombre cuya mujer poseyese. Temía que cualquier cosa le traicionase; un instante de azoramiento, una mirada, cualquier cosa.

–No –balbuceó–; prefiero no conocer a tu marido.

Clotilde insistió, muy asombrada, en pie ante él moviendo mucho los ingenuos ojos:

–Pero ¿por qué? ¿Qué tiene eso de particular? Todos los días ocurre. No creí que fueras tan bobo.

George se sintió ofendido y contestó:

–Pues bien, sea; vendré a comer el lunes.

Ella añadió:

–Para que la cosa parezca más natural, invitaré también a los Forestier. Y eso que no me gusta traer gente a casa.

Hasta el lunes apenas pensó George en aquella entrevista. Pero cuando subía la escalera de la señora de Marelle, se sintió presa de una extraña turbación, no porque le repugnara estrechar la mano de aquel marido, beber su vino y comer su pan, sino porque tenía miedo de algo que no podía definir.

Le hicieron pasar al salón, donde esperó, como siempre. Al fin, se abrió la puerta de la habitación y entró un señor alto, de barba blanca, condecorado, serio, correcto, que se le acercó con exquisita cortesía:

–Mi mujer me ha hablado muy a menudo de usted, caballero. Tengo verdadero placer en conocerle.

Duroy avanzó, tratando de dar a su fisonomía una expresión cordial, y estrechó con exagerada efusión la mano que le tendía el dueño de la casa. Luego que se hubo sentado, no encontró nada que decir.

El señor de Marelle, echando un leño al fuego, le preguntó:

–¿Hace mucho tiempo que se dedica usted al periodismo?

–Cinco meses, nada más –respondió Duroy.

–¡Ah! Va usted de prisa.

–Sí. Muy de prisa.

Y se puso a hablar a salga lo que saliere, sin fijarse en lo que decía, acudiendo a las vulgaridades corrientes entre personas que no se conocen. Poco a poco, se iba tranquilizando, y empezaba a encontrar divertida su situación. Mientras contemplaba el rostro severo y respetable del señor de Marelle, la risa le retozaba en los labios, y pensaba: «Te estoy poniendo los cuernos, abuelo; te los estoy poniendo.» Y se sentía penetrado de una satisfacción íntima, malsana; una alegría de ladrón que ha triunfado en su empresa de dejar tras sí sospecha alguna; una alegría truhanesca y deliciosa. Hubiera querido ser amigo de aquel hombre, ganar su confianza, hacerle contar las cosas secretas de su vida.

La señora de Marelle entró sin avisar, y abarcando a los dos con una mirada risueña e impenetrable, se dirigió a Duroy, que delante del marido no se atrevió a besarle la mano, como siempre hacía.

Ella, por su parte, estaba serena y jovial, como mujer acostumbrada a todo, y que en su nativo y franco libertinaje encontraba aquello muy natural. Entró Laurine y, más juiciosa que de costumbre, pues la presencia de su padre la cohibía, se fue hacia George y le presentó la frente. Su madre le dijo:

–¿Cómo es eso? ¿Hoy no le llamas *Bel Ami*?

La niña enrojeció, como si acabara de cometer una grave indiscreción, de revelar algo que no debía decirse y descubrir un secreto íntimo, y un poco culpable, de su corazón.

Cuando llegaron los Forestier, el aspecto de Charles asustó a todos. En una semana había adelgazado aún más; estaba espantosamente pálido, y no dejaba de toser. Añadió que el jueves siguiente se marcharía a Cannes, por formal prescripción facultativa.

El matrimonio se fue temprano. Duroy dijo, moviendo la cabeza:

–Mal asunto. No creo que este hombre llegue a viejo.

La señora de Marelle exclamó:

–¡Oh! Es cosa perdida. Y eso que ha tenido la suerte de encontrar una mujer como la suya.

Duroy preguntó:

–¿Le quiere mucho?

–Quiero decir que ella lo hace todo y está en todo. Conoce a todo el mundo, aunque parezca que no ve a nadie. Consigue lo que quiere. ¡Oh, sí! Es lista, hábil e intrigante. Un verdadero tesoro, en fin, para un hombre que quiere hacer carrera.

George repuso:

–Se volverá a casar en seguida, seguramente. ¿No lo cree usted también?

La señora de Marelle respondió:

–Sí. Y no me asombraría que ya tuviese los ojos puestos en alguien... en un diputado, por ejemplo..., a menos que..., que él no quiera... porque... porque...acaso habría grandes obstáculos... morales... En fin, yo no sé nada.

El señor de Marelle refunfuño, con calma, tras la que se adivinaba cierta irritación:

–Tú siempre has de dejar sospechar una porción de cosas que... Ya sabes que eso no me gusta. No nos mezclemos en los asuntos de los demás. Nuestra propia conciencia debe bastarnos. Es una regla que debería seguir todo el mundo.

Duroy se marchó con el corazón turbado y la imaginación llena de vagos proyectos.

El día siguiente hizo una visita a los Forestier. Los encontró haciendo el equipaje. Charles, tumbado en el sofá, exageraba la fatiga de su respiración.

–Ya hace un mes que debería haberme marchado –dijo.

Luego hizo a su amigo una serie de recomendaciones relativas al periódico, aunque ya todo estuviera arreglado convenido con el señor Walter.

Al despedirse, George estrechó efusivamente la mano de su camarada.

–¡Ea! –le dijo–. Hasta pronto, muchacho.

Pero cuando la señora Forestier le acompañaba hasta la puerta, él le dijo vivamente:

–¿No ha olvidado usted nuestro pacto? Somos amigos y aliados, ¿no es eso? Si me necesita usted, sea para lo que fuere, no vacile un momento. Un telegrama o una carta bastarán.

Ella murmuró:

–Gracias, lo tendré en cuenta.

Y sus ojos le decían también «Gracias», con expresión más dulce y profunda.

Cuando Duroy bajaba la escalera se cruzó con el señor De Vaudrec, que la subía lentamente y a quien ya había visto otra vez en aquella casa. El conde parecía triste. ¿Sería acaso por aquel viaje?

Queriendo portarse como hombre de mundo, el periodista se apresuró a saludar al aristócrata. Este le devolvió el saludo con cortesía, pero con cierta altivez.

El matrimonio Forestier partió el jueves siguiente.

VII

La ausencia de Charles aumentó la importancia de Duroy en la Redacción de *La Vie Française*. Firmó algunos artículos de fondo, además de sus *Ecos*, porque el propietario del periódico quería que cada cual afrontase la responsabilidad de sus escritos. Mantuvo varias polémicas, de las que logró salir airoso, y sus constantes relaciones con los hombres de Estado le fueron preparando para ser, a su debido tiempo, un redactor político hábil y perspicaz.

En su horizonte no veía más que una nube. Provenía de cierto periodiquillo desvergonzado que le atacaba constantemente, o, mejor dicho, atacaba en él al jefe de los *Ecos* de *La Vie Française*, al jefe de los *Ecos*, con sorpresa del señor Walter, como decía el anónimo redactor de aquella hoja, que se titulaba *La Plume*. Era una sucesión diaria de insidia, de mordacidades, de insinuaciones de toda índole.

Jacques Rival dijo un día a Duroy:

–Tiene usted demasiada paciencia.

El otro balbució:

–¿Qué quiere usted? No hay ataque directo.

Pero una tarde, cuando entró en la Redacción, Boisrenard le alargó el último número de *La Plume*.

–Tome; aquí hay algo molesto para usted.

–¡Ah! ¿Sí? ¿De qué se trata?

–De nada, en realidad. De la detención de una tal señora de Aubert por un agente de la brigada social.

George tomó el periódico que le ofrecían y, bajo el título «Duroy se divierte», leyó:

«El ilustre reportero de *La Vie Française* nos dice hoy que la señora de Aubert, cuya detención por la odiosa brigada social habíamos anunciado, no ha sido detenida más que en nuestra imaginación. Ahora bien: dicha señora vive en Montmartre, calle de l'Écureuil, 18. Conocemos demasiado, desde luego, el interés o los intereses que pueden mover a los agentes de la Banca Walter a ayudar a los de la Prefectura de Policía que toleran su comercio. En cuanto al reportero de que se trata, haría mejor en darnos alguna de esas noticias adicionales cuyo secreto posee: noticias de muertes desmentidas al siguiente día; noticias de batallas que no se han reñido; anuncios de declaraciones hechas por soberanos que no han dicho «esta boca es mía», todas sus informaciones, en fin, que constituyen el capítulo de los «Beneficios Walter», e incluso alguna de esas pequeñas indiscreciones sobre las fiestas de las damas conocidas o sobre la excelencia de ciertos productos, que son el gran recurso de algunos de nuestros colegas.»

El joven se quedó más bien confuso que irritado. Únicamente comprendía que en el fondo de todo aquello había algo muy desagradable y malintencionado.

Boisrenard le preguntó.

–¿Quién le ha dado a usted ese *eco*?

Duroy registraba en vano su memoria. De pronto le acudió el recuerdo:

–¡Ah, sí! Fue *Saint-Potin*.

Después releyó las líneas de *La Plume*, y enrojeció de súbito, indignado por la acusación de venalidad.

–¡Cómo! ¿Se atreven a insinuar que yo he recibido dinero de...?

Boisrenard le interrumpió:

–Sí, ¡qué demonio! Esto puede ser perjudicial para usted. El jefe está siempre ojo avizor en esta materia. Podría darse el caso tan frecuentemente en los *Ecos*...

En aquel preciso momento entró *Saint-Potin*. Duroy corrió hacia él:

–¿Ha visto usted el suelto de *La Plume*?

–Sí. Vengo de casa de la Aubert. Vive allí, en efecto; pero no ha sido detenida. Ese rumor carece de fundamento.

Al oír esto, Duroy se precipitó en el despacho del director, a quien encontró un poco frío y receloso. Después de escuchar el caso, respondió:

–Vaya usted mismo a casa de esa señora y desmienta la noticia, de suerte que no se vuelvan a escribir tales cosas de usted. Téngalo en cuenta para lo sucesivo; esto es muy desagradable para el periódico, para mí y para usted. Como la mujer del César, un periodista nunca debe infundir sospechas.

Duroy, con *Saint-Potin* por asesor, tomó un coche y le dijo al cochero:

–Calle de l'Écureuil, dieciocho, en Montmartre.

Era una casa inmensa. Tuvieron que subir al sexto piso. Una vieja, que vestía una chambra de lana, les abrió la puerta.

–¿Qué desean? –preguntó al ver a *Saint-Potin*.

Este respondió:

–Aquí le traigo a usted a este caballero, que es inspector de Policía, y quiere enterarse de su asunto.

Ella los hizo entrar, diciendo:

–Ni más que marcharse *usté* vinieron otros dos *pa* no sé qué papel.

Luego, volviéndose a Duroy, continuó:

–¿Aquí es el caballero que quiere saber?...

–Sí. Vamos a ver. ¿Ha sido usted detenida alguna vez por agentes de la brigada social?

La anciana alzó los brazos.

–En jamás de los jamases, buen señor; en jamás de los jamases –dijo–. La cosa pasó así: yo tengo un carnicero que da buen género, pero mal en cuanto al peso... ¡Vamos, que no! Yo me di cuenta hace ya tiempo, pero nunca le dije *na*. Sólo que un día fui y le pedí dos libras de chuletas, porque somos tres, ¿sabe usted? con mi hija y mi yerno. Y él fue y echó unos huesos, que sí que eran chuletas, pero no de las mías. Con eso tenía para hacer un *guisao*, es verdad; pero cuando yo había pedido las chuletas no era *pa* que me dieran las sobras de los otros. Yo no quise aquello y él fue y me llamó tía bruja y yo a él tío ladrón. Total: que se enredó la madeja y se armó la de Dios es Cristo, de modo y manera que se juntaron más de cien personas a la puerta de la tienda y se reían, se reían... hasta que llegó un agente y nos llevó a la Comisaría, donde nos soltaron *de seguida*. Desde entonces, no compro allí, ni tan siquiera he vuelto a pasar por la puerta, *pa* evitar jaleos.

Se calló la vieja, y Duroy preguntó:

–¿Eso es todo?

–La *verdá* pura, buen señor.

Le ofreció luego un refresco de grosella, que Duroy no quiso aceptar. La anciana insistió en que la información se hablaba de las faltas de peso en que incurría el carnicero.

De vuelta en el periódico, Duroy redactó la siguiente nota:

«Un escritorzuelo anónimo de *La Plume* se ha arrancado una para buscarme querrela a propósito de una anciana que, según él había sido detenida por un agente de la brigada social, cosa que yo niego. He visto con mis propios ojos a la señora Aubert,

que me ha contado, con todo género de detalles, su disputa con un carnicero acerca del peso de unas chuletas, lo que hizo que ambos fuesen llevados a la Comisaría. Esta es la verdad de lo ocurrido.

«En cuando a las demás insinuaciones del redactor de *La Plume*, las desprecio. Cuando tales cosas se escriben sin dar la cara, no merecen respuesta.

George Duroy»

El señor Walter y Jacques Rival, que acaban de llegar, opinaron que este suelto era suficiente, y se acordó publicarlo aquel mismo día, a continuación de los *Ecos*.

Duroy llegó a su casa un poco agitado, un poco inquieto. ¿Qué respondería el otro? ¿Quién era? ¿A qué obedecía aquel brutal ataque? Dados los violentos usos de los periodistas, aquello podía ir lejos, muy lejos. Durmió mal.

Cuando, al día siguiente, leyó su nota en el periódico, la encontró más agresiva impresa que manuscrita. Le pareció que hubiera podido atenuar algunos términos.

Pasó el día en estado febril, y también durmió mal aquella noche. Se levantó con el alba, para buscar en *La Plume* la respuesta a su réplica.

El tiempo estaba otra vez frío. Caía una fuerte helada. Los arroyos, sorprendidos por ella, desarrollaban, a lo largo de las aceras, dos cintas de hielo-

Los periódicos no habían llegado todavía a los puestos. Duroy se acordó del día de su primer artículo: «Recuerdos de un suboficial de Cazadores en África.» Le dolían las manos y los pies, y se le hinchaban y amorataban, sobre todo las puntas de los dedos. Empezó a dar vueltas alrededor del encristalado quiosco, donde la vendedora, agazapada junto a un brasero, no dejaba ver, a través del ventanuco, sino una nariz y unas mejillas rojas, bajo un capuchón de lana.

Al fin llegó el repartidor, y a través de aquella misma abertura, pasó el paquete de periódicos. La buena mujer entregó a Duroy un ejemplar, abierto, de *La Plume*.

George buscó su nombre de una ojeada. Al principio nada vio. Respiraba ya, cuando advirtió un suelto. Allí estaba la cosa.

«El señor Duroy, de *La Vie Française* nos ha desmentido, y al desmentirnos, miente. Reconoce que existe una tal Aubert y que un agente la condujo ante la Policía. Sólo hay que añadir cuatro palabras: «de la brigada social», después de la palabra «agente», y todo está dicho.

»Pero es que la concisión de ciertos periodistas está al nivel de su talento.

Firmo: *Luis Langremont.*»

El corazón empezó a latirle violentamente a Duroy, quien volvió a su casa para vestirse, sin saber a punto fijo qué haría. Lo habían insultado, y de tal suerte que no había vacilación alguna. Y todo, ¿por qué? Por nada. Por una vieja que había reñido con su carnicero.

Se vistió de prisa, y aunque no eran más que las ocho de la mañana se plantó en casa del señor Walter.

Este, ya levantado, leía *La Plume*.

–Supongo –dijo gravemente al ver a Duroy – que no se volverá usted atrás.

El joven no respondió.

–Vaya en seguida a ver a Rival –continuó el director–, y confíele este asunto.

Duroy balbuceó algunas palabras vagas, y se fue a casa del cronista. Este dormía aún, pero el campanillazo lo hizo saltar del lecho. Leyó el *eco* y dijo:

–¡Caramba! Vamos allá. ¿Quién quiere usted que sea el otro testigo? ¿Le parece bien Boisrenard?

–Bueno, Boisrenard.

–¿Tira usted bien a las armas?

–Nada, absolutamente.

–¡Ah, diablos! Y en pistola, ¿qué tal estamos?

–Así, así...

–Bien. Mientras yo me ocupo de todo, va usted a ensayarse. Espéreme un minuto. voy a aviarme.

Volvió a poco, lavado, afeitado, impecable.

–Venga usted conmigo –dijo.

Ocupaba el piso bajo de un hotelito. Bajó con Duroy al sótano, un sótano inmenso, convertido en sala de esgrima y tiro al blanco. Todos los huecos que daban a la calle estaban tapiados.

Después de haber encendido una serie de mecheros de gas que conducían hasta el fondo de una segunda cueva donde se alzaba un maniquí de hierro pintado de rojo y azul, que figuraba un hombre, Rival dejó sobre la mesa dos pares de pistolas de nuevo sistema, las cargó por la culata y empezó a dar voces de mando, breves y tajantes, como si estuviese sobre el terreno:

–¡Preparado!... ¡Fuego!

Duroy, rendido, obedecía; levantaba el brazo, apuntaba, tiraba. Y como con frecuencia sus disparos alcanzaban al muñeco en pleno vientre (porque durante su adolescencia se había ejercitado mucho en cazar pájaros con un viejo pistolón de su padre?, Jacques Rival declaraba, satisfecho:

–Bien, bien, muy bien... ¡Esto marcha! ¡Esto marcha!

Luego se despidió:

–Siga usted ejercitándose hasta mediodía. Aquí tiene municiones. No le preocupe gastarlas. Yo vendré a buscarlo para almorzar y darle noticias.

Y se fue.

Ya solo Duroy hizo algunos disparos más. Después se sentó y se puso a reflexionar.

¡Qué estúpido era, en el fondo, todo aquello! ¿Qué probaba? Un timador, ¿dejaría de serlo porque él se hubiese batido? ¿Qué ganaba un hombre honrado con exponer su vida frente a un granuja que le ha insultado? Y sumergido en estos negros pensamientos, recordaba lo que le había dicho Norbert de Varenne sobre la mezquindad de espíritu de los hombres, la vulgaridad de sus ideas y de sus prejuicios y la majadería de su moral.

–¡Qué razón tiene ese hombre, canastos! –dijo en voz alta.

En esto sintió sed, y como oyera que algo goteaba hasta él, se volvió y vio una ducha. Bebió de ella, a chorro, y después volvió a abismarse en sus pensamientos.

Aquel sótano era triste, triste como una tumba. El lento y sordo rodar de los carruajes se le antojaban a George traqueteo de tempestad lejana. ¿Qué hora sería? Porque allí dentro las horas trascurrían como en el fondo de una mazmorra, sin que nada las anuncie ni las señale, salvo las entradas del carcelero que lleva el rancho. Esperó. Esperó mucho tiempo, mucho tiempo...

De pronto oyó rumor de pasos y voces. Era Jacques Rival, que venía acompañado de Boisrenard. Al ver a Duroy, dijo a voces:

–¡Ya está todo arreglado!

El otro creyó que el asunto había quedado resuelto mediante una acta, y el corazón le dio un salto en el pecho.

–¡Ah, gracias, gracias! –tartamudeó.

Pero el cronista continuó:

–Ese Langremont es muy tratable. Ha aceptado nuestras condiciones: veinticinco pasos y un disparo a la voz de mando, levantando las pistolas. El brazo está casi más seguro que bajándolo. Mire usted, Boisrenard, lo que yo decía.

Y cogiendo un arma, empezó a hacer disparos para demostrar que se estaba mucho más en línea levantando el brazo. Luego dijo:

–Ahora vamos a almorzar. Son más de las dos.

Entraron en un restaurante vecino. Duroy no hablaba apenas. Comió para que no creyeran que tenía miedo. Después acompañó a Boisrenard al periódico e hizo su trabajo, distraído y maquinalmente. A todos les pareció valiente.

Hacia media tarde, Jacques Rival fue a estrecharle la mano. Convinieron en que a las siete de la siguiente mañana sus testigos irían a buscarlo, en landó, a su casa, para trasladarle al bosque de Voisinet, donde se verificaría el encuentro.

Todo aquello se había efectuado inopinadamente, sin que él hubiera tomado parte, ni dicho una palabra, ni dado su opinión ni aceptado o rechazado, y con tal rapidez que George estaba aún aturdido, asustado, sin acabar de comprender de qué se trataba.

Volvió a su casa a eso de las nueve de la noche, después de haber cenado con Boisrenard, que, por amistad, no se había separado de él en todo el día.

En cuanto estuvo solo, comenzó a recorrer la habitación a grandes y rápidos pasos. Estaba demasiado turbado para poder pensar en nada. Una sola idea le obsesionaba: «Mañana tengo un duelo», sin que despertase en él otra cosa que una confusa e intensa emoción. Había sido soldado, había tirado sobre los árabes, sin gran peligro para él, desde luego, casi como quien, en una cacería, tira sobre el jabalí.

En suma: había hecho lo que debía hacer; se había portado como debía portarse. Todos aprobaban su conducta y le felicitarían. Al cabo, dijo en voz alta, como se habla en los momentos de agitación mental:

–¡Que bruto es ese hombre!

Se sentó y se puso a reflexionar. Sobre la mesa había dejado una tarjeta de su adversario que le entregara Rival para que tuviese sus señas. La leyó como ya la había leído veinte veces durante el día: «Luis Langremont, calle de Montmartre, número 17». Nada más.

Examinaba aquella sucesión de letras, que se le antojaban misteriosas, llenas de inquietantes sentidos: *Luis Langremont*. ¿Quién era aquel hombre? ¿De qué edad? ¿Qué cara tenía? ¿No era indignante que un extraño, un desconocido, viniese así, de pronto, a perturbar su vida, sin razón alguna, por puro capricho, porque una vieja había tenido una disputa con un carnicero?

Una vez más repitió en voz alta:

–¡Qué bruto!

Y permaneció inmóvil, pensativo, con la mirada fija siempre en la tarjeta. Aquel pedazo de cartulina despertaba en él una cólera sorda, un sentimiento de odio, al que se mezclaba un extraño malestar. ¡Qué estúpido era todo aquello! Cogió las tijeras de las uñas y las clavó en medio de aquel nombre, con fuerza, como quien apuñala a alguien.

¿Iba, pues a batirse a pistola? ¿Por qué no había escogida la espada? Con un rasguño en el brazo o en la mano hubiera salido del paso, en tanto que con la pistola no se pueden prever las consecuencias.

–Vamos –se dijo– hay que ser valiente.

El sonido de su voz le hizo estremecerse, y miró en torno suyo. Empezó a sentirse muy nervioso. Bebió un vaso de agua, y se acostó.

Una vez en la cama, apagó la luz y cerró los ojos. Tenía mucho calor bajo las sábanas, aunque la habitación estuviese muy fría. Pero no conseguiría amodorrarse. Se

agitaba, sin cesar, en el lecho. Estaba cinco minutos boca arriba, y luego se echaba sobre el costado izquierdo, para volverse en seguida sobre el derecho.

Aún tenía sed; se levantó para beber, pero sintió cierta inquietud. «Pero ¿es que tengo miedo?», se preguntó.

¿Por qué el corazón le palpitaba locamente al menor y más familiar rumor que se oía en la alcoba? Cuando el reloj de cuco iba a dar las horas, el leve rechinar de la máquina lo sobresaltó. Tuvo que abrir la boca durante unos segundos para poder respirar: tal era la opresión que sentía.

Se puso a argumentar filosóficamente sobre esta pregunta: «¿Tendré miedo?»

No, ciertamente; no tenía miedo, puesto que estaba decidido a llegar hasta el fin, puesto que tenía la firme voluntad de batirse y no temblar. Mas se sentía tan profundamente agitado, que se preguntó: «¿Podrá uno tener miedo a pesar suyo?» Y le invadió esta duda, esta inquietud espantosa: «Si una fuerza superior, imperiosa, irresistible, lo dominaba, ¿qué sucedería? Sí, ¿qué podría suceder?»

Cierto que iría al terreno, porque a él precisaba ir. Pero ¿y si temblaba? ¿Y si perdía el sentido? Pensó en su situación, en su reputación, en su porvenir.

De pronto, le acometió una singular necesidad de levantarse para mirarse al espejo. Encendió una vela. Cuando advirtió su rostro reflejado por un pulido cristal, apenas pudo reconocerse; le pareció que nunca se había visto. Sus ojos se le antojaron enormes y se encontró pálido, sí, pálido, muy pálido.

De pronto, un pensamiento le hirió como un balazo: «Quizá mañana a estas horas, esté muerto.» Y el corazón le volvió a latir violentamente.

Miró a la cama y se vio a sí mismo, extendido sobre aquellas mismas sábanas que acababa de dejar. Su rostro hundido como los de los muertos, y sus manos tenían la blancura de las que ya no volverán a moverse. Entonces, la cama le dio miedo, y para no verla, se asomó a la ventana. Un frío glacial le mordió la carne, de pies a cabeza, y volvió a entrar tiritando.

Se le ocurrió encender fuego. Atizó la llama, sin volverse. Las manos le temblaban un poco, con un temblor nervioso, cuando tocaba algún objeto. La cabeza se le iba. Sus ideas giraban en remolino y se pulverizaban huidizas y dolorosas, y, sin que hubiese bebido, una especie de embriaguez, se apoderaba de él.

Sin cesar se preguntaba: «¿Qué voy a hacer? ¿Que a va a ser de mí?»

Reanudó sus paseos por la habitación, repitiéndose constantemente, maquinalmente: «Es preciso que me muestre enérgico, muy enérgico.»

Después, pensó: «Voy a escribir a mis padres, por sí me ocurre algo.»

Se sentó de nuevo, sacó papel de cartas y escribió:

«Mi querido papá; mi querida mamá»...

Pero luego juzgó aquellos términos demasiado familiares en una situación tan trágica. Desgarró el pliego y volvió a empezar:

«Mi querido padre; mi querida madre: Voy a batirme al rayar el día, y como puede ocurrir...»

No se atrevió a seguir escribiendo, y se levantó de un salto.

Otro pensamiento le abrumaba ahora: tenía que batirse en duelo. Ya no podía evitarlo. ¿Qué pasaba en su interior? Quería batirse; tenía la resolución y la intención, firmemente arraigadas de batirse. Y le parecía que, a pesar de toda su voluntad, no hallar fuerzas ni siquiera para llegar al lugar del encuentro.

De cuando en cuando, daba diente con diente, y se preguntaba: «¿Se ha batido alguna vez mi adversario? ¿Frecuenta el tiro de pistola? ¿Es conocido? ¿Está bien situado?»

Nunca había oído pronunciar su nombre. Y, sin embargo, si aquel individuo no fuese un buen tirador de pistola, no se hubiera decidido a aceptar, sin vacilación ni discusión, un arma tan peligrosa.

Duroy se representaba, por anticipado, el combate, su actitud y la de su enemigo. Se devanaba los sesos, imaginando los menores detalles. De pronto vio frente a sí el pequeño y negro hueco del cañón por donde iba a salir la bala.

Fue presa de una crisis de espantosa desesperación. Todo su cuerpo vibraba, agitado por breves sacudida. Apretaba los dientes, para no gritar, y sentía un deseo loco de revolcarse en el suelo, de disparar, de morder algo,. Mas en esto, vio un vaso sobre la chimenea y recordó que en su armario tenía casi un litro de aguardiente, pues había conservado la costumbre militar de *matar el gusanillo* todas las mañanas.

Cogió la botella, y en ella misma bebió ávidamente, a grades tragos. No se la quitó de los labios hasta que le faltó la respiración. Le faltaba una tercera parte de su contenido.

Le pareció que una llama le abrasaba el estómago. Aquel calor se fue extendiendo por todos sus miembros, vigorizando su ánimo y aturdiéndolo.

«Ya he encontrado el medio», se dijo. Y como sintiera que la piel le ardía, abrió otra vez la ventana.

Apuntaba ya el día, sereno y glacial. en la creciente claridad del cielo, las estrellas parecían morir. Y en la profunda trinchera de la vía férrea, las señales verdes, rojas y blancas se iban amortiguando.

Las primeras locomotoras salían del depósito, silbando, en busca de los primeros trenes. Otras, a lo lejos, lanzaban agudas llamadas, que eran como la diana de los gallos en el campo.

Duroy pensaba:

«Acaso vuelva a ver todo esto.»

Pero como advirtiera que de nuevo iba a compadecerse de sí mismo, reaccionó violentamente:

«Vamos, no hay que pensar en nada hasta el momento del lance. Es la única manera de ser valiente.»

Comenzó su tocado. Todavía, al afeitarse, tuvo un instante de desfallecimiento, pensando, que tal vez aquélla era la última vez que se veía en el espejo. Bebió otro trago de aguardiente y acabó de vestirse.

Transcurrió aún, penosamente, una hora. George recorría la habitación a grandes zancadas para aquietar su espíritu. Cuando oyó que llamaban a la puerta, le faltó poco para caer al suelo. Tan violenta fue su emoción. Eran sus testigos.

«¡Ya!»

Ambos llevaban abrigos de pieles. Jacques declaró, después de estrechar la mano de su apadrinado:

—Hace un frío siberiano.

Luego preguntó:

—Qué, ¿hay ánimo?

—Sí, mucho ánimo.

—¿Está usted tranquilo?

—Muy tranquilo.

—Entonces todo saldrá bien. ¿Ha comido usted y bebido alguna cosa?

—Sí. No necesito nada.

Boisrenard, a tono con las circunstancias, lucía una condecoración extranjera, que Duroy no le había visto nunca.

Bajaron a la calle. Un caballero los esperaba en el landó. Rival lo presentó:

–El doctor Le Brument.

George le dio la mano balbuciendo:

–Muchas gracias.

E intentó acomodarse en la bigotera del coche, pero al sentarse tropezó con algo duro que le hizo levantarse como movido por un resorte. Era la caja de pistolas.

Rival dijo:

–¡No, así no! Usted, el combatiente y el médico, en el fondo.

Duroy comprendió al fin, y se hundió donde le indicaba, al lado del doctor.

Subieron a su vez los dos padrinos, y el cochero fustigó a los caballos. Ya sabía adónde tenía que ir.

La caja de las pistolas molestaba a todo el mundo, singularmente a Duroy, que hubiera preferido no verla. Intentaron ponerla detrás de los asientos, pero hacía daño en los riñones; la colocaron después en pie, entre Rival y Boisrenard, pero se caía a cada instante; al fin optaron por ponerla bajo los pies.

La conversación languidecía, aunque el médico trataba de animarla contando algunas anécdotas. Únicamente Rival le contestaba. Duroy hubiera querido mostrar presencia de ánimo, pero tenía miedo de perder el hilo de sus ideas y revelar su turbación. Le hostigaba el temor torturante de echarse a temblar.

El coche estuvo pronto en pleno campo. Eran aproximadamente las nueve de una de esas mañanas de invierno en que la Naturaleza tiene brillo, fragilidad y dureza de cristal; los árboles cubiertos de escarcha, parecen sudar hielo; la tierra resuena bajo los pies; el aire seco lleva muy lejos los más leves rumores; el cielo blanco brilla a la manera de los espejos; el mismo sol parece frío y lanza sobre la creación helada unos rayos que no calientan.

Rival decía a Duroy:

–Las pistolas son de la casa Gastine-Renette. El mismo las ha cargado. Se sortearán, desde luego, con las de nuestro adversario.

Duroy respondió maquinalmente:

–Gracias por todo.

Rival le hacía minuciosas recomendaciones, pues tenía interés en que su apadrinado no cometiera ningún error. Insistía muchas veces sobre cada punto.

–Cuando les pregunten a ustedes: «¿Están preparados, señores?», usted responderá con voz que se oiga bien: «Sí». – y añadía–. A la voz de «¡Fuego!», levantará usted rápidamente el brazo y disparará antes de oír la palabra *tres*.

Y Duroy repetía mentalmente: «Cuando oiga la voz de “¡Fuego!” , levantaré el brazo.»

El landó entró en un bosque, siguió una avenida que a la derecha había y torció nuevamente a la derecha. De pronto, Rival abrió la portezuela y ordenó al cochero:

–¡Por ahí, por ese caminito!

El carruaje se adentró en un camino lleno de baches y rodeado de espesura, donde temblaban las hojas muertas, orladas de hielo.

Duroy seguía mascullando: «Cuando oiga la voz de “¡Fuego!” , levantaré el brazo»; y pensó que una avería del coche lo remediaría todo. «Oh, si volcáramos, que suerte! ¡Aunque me rompiera una pierna!»

Pero en un claro del bosque vio otro coche parado y cuatro caballeros que daban pataditas en el suelo para calentarse los pies. George tuvo que abrir la boca: tan fatigosa era su respiración.

Primero bajaron del carruaje los padrinos; después, el médico, y en último lugar el combatiente. Rival cogió la caja de las pistolas y se fue con Boisrenard hacia dos de aquellos desconocidos, que a su vez avanzaban hacia ellos. Duroy les vio saludar

ceremoniosamente y luego marchar juntos por la plazoleta y mirar alternativamente a los árboles y al suelo, como si buscaran algo que se hubiese podido caer o volar. Después contaron algunos pasos y clavaron trabajosamente dos bastones en la helada tierra. Se volvieron de pronto unos a otros y empezaron a jugar a cara o cruz, como hacen los niños para divertirse.

El doctor Le Brument preguntó a Duroy:

–¿Se encuentra usted bien? ¿Necesita algo?

–No, nada. Gracias.

Le parecía que se había vuelto loco, que dormía, que soñaba que algo sobrenatural le había ocurrido y lo rodeaba.

¿Tenía miedo? Tal vez; pero él no lo sabía. Todo había cambiado en torno suyo.

Jacques Rival volvió y le anunció en voz baja y tono de satisfacción:

–Todo está listo. La suerte nos ha favorecido en lo que hace a las pistolas.

He aquí una cosa que a Duroy le era indiferente.

Le quitaron el gabán. El dejaba hacer. Le palparon los bolsillos por encima de la levita, para asegurarse de que no llevaba cartera ni papeles protectores. El seguía repitiendo, como una plegaria: «Cuando oiga la voz de “¡Fuego!”, levantaré el brazo.»

Al fin lo condujeron hasta uno de los bastones hincados en el suelo, y le entregaron su pistola. Entonces vio frente a sí, muy cerca, a un hombre bajito, ventrudo, calvo y con lentes. Era su adversario. Lo vio muy bien, pero sólo pensaba en esto: «Cuando oiga la voz de “¡Fuego!”, levantaré el brazo y tiraré.»

En el vasto silencio resonó una voz que parecía venir de muy lejos y preguntaba:

–¿Están ustedes preparados, señores?

George gritó:

–¡Sí!

A continuación la misma voz ordenó:

–¡Fuego!

Duroy no escuchó más, no vio nada, no se dio cuenta de nada. Únicamente sintió que levantaba el brazo y apretaba con todas sus fuerza el gatillo.

No oyó nada... Pero en seguida vio una pequeña humareda que salía del cañón de su pistola, y como el hombre que tenía enfrente siguiese en pie y en la misma postura, advirtió que también de su pistola salía una nubecilla blanca y volaba sobre la cabeza de su adversario.

Ambos habían tirado. Aquello había concluido.

Los testigos de George y el médico le tocaban, le palpaban, le desabrochaban la ropa y le preguntaban con ansiedad:

–¿No está usted herido?

El respondió al azar:

–No; no lo creo.

Langremont, por su parte, estaba tan intacto como su enemigo. Jacques Rival refunfuñó con mal humor:

–Con la condenada pistola no hay término medio: o marra el tiro o lo mata a uno ¡Cochina arma!

Duroy, paralizado por la sorpresa y el gozo, no se movía. «Esto se acabó,» Hubo que quitarle el arma que aún apretaba en mano. Ahora se cría capaz de batirse con el universo entero. «¡Esto se acabó!» ¡Qué felicidad! Y se sentía con ánimo para desafiar a no importa quién.

Todos los padrinos conversaron durante algunos minutos, y se citaron para aquel mismo día para redactar el acta. George, sus testigos y el médico subieron de nuevo al

coche, y el cochero, que reía en el pescante, restalló la fusta e hizo arrancar a los caballos.

Almorzaron los cuatro en el bulevar, comentando el acontecimiento. Duroy contaba sus impresiones:

–Esto no me ha hecho ningún efecto, absolutamente ninguno. Digo, ya lo habrán visto ustedes.

Rival respondió:

–Sí, se ha portado usted muy bien.

Cuando el acta estuvo redactada, se la llevaron a Duroy, que iba a insertarla en sus *Ecos*. Un poco asombrado al leer que había cambiado dos balas con Louis Langremont, y también un poco inquieto, interrogó a Rival:

–¡Pero si no hemos disparado más que una bala!

El otro sonrió:

–Sí, una bala...; una bala cada uno. Esto hace dos balas.

Duroy halló la explicación satisfactoria, y no insistió. Papa Walter le dio un abrazo:

–¡Bravo, bravo! –le dijo–. Ha dejado usted bien puesto el pabellón de *La Vie Française*.

Aquella noche George se exhibió en las redacciones de los periódicos más importantes y en los cafés céntricos más concurridos. Dos veces se encontró con su adversario, que asimismo se dejaba ver.

No se saludaron. Si uno de los dos hubiese sido herido, se hubieran estrechado la mano. Por lo demás, cada cual juraba que había oído silbar la bala del otro.

A la mañana siguiente, a eso de las once, George recibió un continental:

«¡Dios mío, qué miedo he pasado! Ven en seguida a la calle de Constantinopla para que te abrace, amor mío. ¡Qué valiente eres! Te adora tu

Clo.»

Acudió inmediatamente a la cita. Clotilde se le arrojó en los brazos y lo cubrió de besos.

–¡Oh, querido!– le dijo– ¡Si supieras mi emoción al leer esta mañana los periódicos! Cuéntame, cuéntame. Dímelo todo. Quiero saberlo.

El, en efecto, se lo contó todo, y con todo detalle. Su amante exclamó:

–¡Qué mala noche debiste pasar la víspera del duelo!

–No lo creas. Dormí muy bien.

–Yo no habría pegado los ojos. Y dime, ya en el terreno ¿qué pasó?

George hizo un dramático relato:

–Cuando estuvimos el uno frente al otro, a veinte pasos, que equivalen tan sólo a cuatro veces la longitud de este cuarto, Jacques, después de habernos preguntado si estábamos listos, dio la voz de «¡Fuego!»; yo levanté el brazo, bien en línea, pero cometí la tontería de querer apuntar a la cabeza. Mi arma era muy dura y yo estaba acostumbrado a las pistolas suaves, de suerte que la resistencia del gatillo desvió el tiro. No importa, porque esto, después de todo, no debía tener mayores consecuencias. También él, el muy canalla, tiró bien. Su bala me rozó la sien. Noté el aire que levantaba al pasar.

Tenía sobre las rodillas a Clotilde, que le ceñía los brazos como si quisiera compartir con él el peligro, y balbuceó:

–¡Oh, pobrecito mío, pobrecito mío!

Luego que George hubo terminado su relato, le dijo:

–No me puedo pasar sin tí, ¿sabes? Es preciso que nos veamos todos los días, y esto, con mi marido en París, no es cosa fácil. Por la mañana podría tener una hora libre e ir a darte un abrazo antes de que te levantas. Pero no quiero volver a tu horrible casa. ¿Cómo lo arreglaremos?

El tuvo una inspiración súbita y preguntó:

–¿Cuánto pagas por este piso?

–Cien francos mensuales.

–Pues bien: Me lo quedo por mi cuenta y me vengo a vivir inmediatamente a él.

El mío no me basta en mi nueva posición.

Ella reflexionó unos instantes y, al fin, respondió:

–No; no quiero.

–Pero ¿por qué? –replicó George, asombrado.

–Porque no.

–Eso no es una razón. Esta casa me conviene. Estoy en ella y me quedo.

Se echó a reír y continuó:

–Además está a mi nombre.

Pero ella seguía negándose.

–No, no. No quiero...

–Pero ¿por qué? Dime.

Clotilde susurró muy bajito, y con mucho mimo:

–Porque traerías aquí a otras mujeres y no quiero, ea, no quiero.

George se indignó:

–Eso, jamás. Te lo prometo.

–No, no... Las traerías de todos modos.

–Yo te juro...

–¿De verdad?

–De verdad. Palabra de honor. Esta es nuestra casa, y nada más que nuestra.

En un arrebato de amor, Clotilde lo estrechó en sus brazos y dijo:

–Entonces, consiento, queridito. Pero ya lo sabes: si me engañas, aunque no sea más que una vez, todo habrá concluido para siempre entre nosotros.

Duroy hizo todavía mil juramentos y protestas, y ambos convinieron en que aquel mismo día se instalaría allí, para que ella pudiera verlo siempre que pasara por aquel sitio.

–De todos modos –añadió luego Clotilde–, ven a comer con nosotros el domingo. A mi marido le has sido muy simpático.

Él, halagado, dijo:

–¡Ah! ¿Sí?

–Sí. Le has conquistado, hijo. Y ahora, escucha: me has dicho que te criaste en una casa de campo, ¿no?

–Sí, ¿por qué?

–Entonces debes conocer algo de agricultura...

–Sí.

Pues bien; háblale de jardinería, de cosechas. Todo eso le gusta mucho.

–Bueno. Te obedeceré.

Clotilde se marchó después de darle infinidad de besos, pero aquel desafío había exacerbado su ternura.

Duroy, mientras caminaba hacia el periódico, iba pensando:

«¡Qué mujer más divertida! ¡Qué cabeza de chorlito! ¿Sabe acaso, lo que quiere y a quién quiere? Y ¡qué divertida pareja hace con su marido! ¿Qué caprichosa

imaginación ha podido preparar esta unión de un viejo con una desequilibrada? ¿Qué razones han podido decidir a ese inspector a casarse con esa colegiala? Misterio. ¿Quién sabe? ¿El amor acaso? En fin –concluyó–, como querida es deliciosa y sería una estupidez dejarla.»

VIII

Aquel duelo había colocado a Duroy entre los cronistas de primera fila de *La Vie Française*. Pero como tenía un miedo infinito a exponer ideas originales, prefirió especializarse en el comentario sobre la decadencia de las costumbres, la relajación de los caracteres, el debilitamiento del patriotismo y la *anemia* del honor francés. (Esto de *anemia* era ocurrencia suya, de la que estaba muy orgulloso.)

Cuando la señora de Marelle, animada de ese espíritu burlón y escéptico que se llama el «espíritu de París», se reía de las parrafadas de George, que resumía en un epigrama, él respondía sonriendo:

–Esto le da a uno reputación a la larga.

Duroy vivía ya en la calle de Constantinopla, adonde había trasladado su maleta, sus cepillos, sus navajas de afeitar y su jabón, lo que constituía para él una verdadera mudanza. Dos o tres veces por semana, Clotilde iba a verle, antes que se levantase, se desnudaba en un santiamén y se metía en la cama, tiritando todavía a causa del frío de la calle.

Duroy, por su parte, comía todos los jueves en casa del matrimonio, y hacía la corte al marido, hablándole de agricultura. Y como quiera que a él también le gustaran las cosas del campo, ambos se interesaban de tal modo en la charla, que se olvidaban de su común mujer, amodorrada en el sofá. También Laurine se adormilaba, ya sobre las rodillas de su padre, ya sobre las de *Bel Ami*. Y cuando el periodista se marchaba, el señor de Marelle decía siempre, con el tono doctoral que empleaba para las cosas más insignificantes.

–Me gusta, me gusta ese muchacho. Tiene un espíritu muy cultivado.

Febrero tocaba a su fin. Por las mañanas, los carritos de los vendedores de flores esparcían ya olor a violetas. Ninguna nube ensombrecía el cielo de Duroy. Ahora bien, una noche, al entrar en su casa, encontró una carta que habían echado por debajo de la puerta. Miró el matasellos, que decía: Cannes. Rasgó el sobre y leyó:

«Cannes, Villa Julia.

Muy señor mío y querido amigo: ¿No es verdad que en cierta ocasión me dijo que podía contar con usted en cualquier momento y para todo? Pues bien: tengo que pedirle un favor, ¡y que favor!: que venga usted a asistirme, que no me deje sola en los últimos momentos de Charles, que se muere. Aunque todavía se levanta, acaso no pase de esta semana, según me ha prevenido el médico.

«No tengo fuerzas ni valor para presenciar sola, día y noche, esta agonía. Pienso con terror en los últimos momentos, que ya se acercan. En estas circunstancias, sólo a usted puedo acudir, porque mi marido no tiene familia. Usted ha sido su camarada, él le abrió las puertas del periódico. Venga, se lo suplico. No tengo a nadie a quien llamar.

«Es suya afectísima amiga,

Madeleine Forestier.»

Una singular sensación oreó, como una bocanada, el corazón de George: era una sensación de libertad, como si un inmenso espacio se abriese ante él. «¡Claro que iré!—se dijo—. ¡Ese pobre Charles!... Al fin y al cabo, todos seguiremos el mismo camino.»

El director, a quien enseñó la carta de la joven esposa, le dio, gruñendo, la licencia que solicitaba.

–Pero vuelva pronto –le dijo–. Nos es usted indispensable.

George Duroy partió para Cannes el día siguiente, en el rápido de las siete, después de haber avisado a los señores de Marelle por medio de un continental.

Llegó al otro día, a las cuatro de la tarde.

El mandadero le acompañó a Villa Julia, edificada en el bosque de abetos, poblado de blancas casitas, que va desde Cannes hasta el golfo Juan.

La vivienda era pequeña, baja, de estilo italiano, y estaba al borde de la carretera que sube en zigzag, entre árboles, y ofrece a cada revuelta admirables puntos de vista.

El criado abrió la puerta.

–¡Ah, caballero! –dijo– La señora le espera a usted con mucha impaciencia.

Duroy preguntó:

–¿Cómo está el señor?

–¡Oh! nada bien, caballero. Tiene para poco tiempo.

La sala adonde hicieron pasar al joven estaba tapizada de zaraza rosa con dibujos azules. Desde la ventana, ancha y alta, se veía parte de la ciudad y el mar.

Duroy se dijo: «¡Caramba! Esto está muy bien para una casa de campo. ¿De dónde diablos sacará el dinero esta gente?»

Al oír rumor de faldas se volvió. La señora Forestier le tendía ambas manos:

–¡Qué amable ha sido usted al venir; qué amable!

Y de repente le abrazó. Ambos se miraron.

Ella estaba un poco pálida, un poco delgada y tal vez más bonita así, con ese aspecto delicado.

–Es terrible esto –dijo–; sabe que no tiene remedio y me tiene hecha una esclava. Pero, a todo esto, ¿dónde está su equipaje?

Duroy respondió:

–Lo he dejado en la consigna por no saber que hotel me recomendaría usted para estar más cerca de su casa.

Al cabo de unos instantes de vacilación, dijo la señora:

–Usted se alojará aquí, en la villa. Su habitación está preparada. Charles puede morir de un momento a otro, y si esto ocurriese por la noche, me encontraría sola. Voy a mandar por su equipaje.

–Como usted guste –repuso él, inclinándose.

Y ella:

–Ahora, suba usted conmigo.

La siguió. Ya en el primer piso, la dama abrió una puerta. Tras una ventana, sentado en un sillón y envuelto en mantas, lívido al rojo resplandor del sol poniente, una especie de de cadáver miraba fijamente a Duroy. Este apenas pudo reconocerle. Adivinó, más bien, que era su amigo.

En la alcoba olía a fiebre, a tisana, a éter, a brea. Se respiraba, en fin, esa atmósfera indefinible y espesa de las habitaciones donde alienta un tuberculoso.

Forestier levantó una mano trabajosa y lentamente.

–Al fin llegaste –dijo–. Vienes a verme morir. Te lo agradezco.

Duroy, con forzada risa, replicó:

–¡A verte morir! No sería un espectáculo muy divertido que digamos, y desde luego, no escogería semejante ocasión para visitar Cannes. Vengo a darte los buenos días, y me voy a descansar un rato.

Forestier masculló:

–Siéntate.

Y bajó la cabeza como hundido en desesperados pensamientos.

Su respiración era rápida y entrecortada. A veces, lanzaba una especie de gemido, como si quisiera recordar a los demás lo enfermo que estaba.

Viendo que no hablaba, su mujer se acercó a la venta, e indicando con la cabeza el horizonte, dijo:

–Miren ustedes. ¡Qué hermosura! ¿Verdad?

Ante ellos, la costa, sembrada de villas, descendía hasta el pueblo, que se recostaba en la ribera formando un semicírculo, con la cabeza en el muelle, dominado por la antigua ciudadela y el viejo torreón que la coronaba, y los pies, a la izquierda, en la punta de la Croisette, frente a las islas de Lerins, que semejaban dos pinceladas verdes en el intenso azul del agua. Se dijera que flotaban como dos inmensas hojas: tan sin relieve parecían desde lo alto.

Más lejos, al otro lado del golfo y por encima del muelle y del torreón, una larga cadena de azuladas montañas cerraba el horizonte y dibujaba sobre el fondo de ese cielo espléndido el pintoresco y encantador perfil de sus cimas, ya redondeadas, ya crespas, ya puntiagudas, y terminaba en un elevado monte, en forma de pirámide, que hundía sus pies en el mar.

La señora Forestier dijo, señalándolo:

–Es el Esterel.

Detrás de las cimas, el cielo era rojo, de un rojo sangriento y dorado, que la miada no podía resistir.

A pesar suyo, Duroy estaba impresionado por la majestad de aquel atardecer. No hallando término más adecuado para expresar su admiración dijo:

–¡Oh, sí! Es maravilloso.

Forestier alzó la cabeza hacia su mujer y le pidió:

–Deja que entre un poco de aire.

–Ten cuidado –replicó ella–. Ya es tarde; el sol se pone; va a sentir frío. Y ya sabes que eso no te conviene en tu actual estado.

Charles hizo con la mano un ademán febril y débil, que hubiese querido ser un puñetazo, y con un gesto de cólera, un gesto de moribundo, que puso de relieve la delgadez de sus labios, la demacración de sus mejillas y lo saliente de sus huesos, gruñó:

–Te digo que me ahogo. ¿Qué importa que me muera un día antes o un día después?

Abrió la ventana de par en par, y entró una bocanada de aire que a los tres les pareció una caricia. Era una brisa blanda, tibia, apacible; una brisa de primavera, cargada ya del enervante aroma de los arbustos y las flores que brotan en aquella costa. Era, en fin, una brisa con fuerte gusto a resina y acre sabor a eucalipto.

Forestier la bebía con aliento entrecortado y febril. Clavó las uñas en los brazos del sillón, y dijo en voz baja, silbante, rabioso:

–Cierra la ventana. Este aire me sienta mal. Preferiría reventar en una cueva.

Su mujer cerró la ventana lentamente. Luego, con la frente apoyada en el cristal, miró la lejanía.

Duroy se encontraba violento. Hubiera querido hablar con el enfermo, calmarlo; pero no se le ocurría nada a propósito para reanimarle. Al fin, balbució:

–¿No te sientes mejor desde que estás aquí?

Forestier se encogió de hombros, y, a un tiempo abrumado e impaciente, contestó:

–Ya lo ves –y bajó de nuevo la cabeza.

Duroy dijo:

–¡Cáspita! Aquí hace un tiempo magnífico, sobre todo si se compara con el que tenemos en París. Allí todavía estamos en pleno invierno: nieva, hiela, llueve, y a las tres de la tarde hay que encender las luces.

–¿No hay novedad en el periódico? –preguntó Forestier.

–Ninguna. Para sustituirte han nombrado a Lacrin, ya sabes, ese muchacho que estaba en el *Voltaire*. Pero aún no está madura. Ya va haciendo falta que vuelvas.

–¿Yo? –rezongó el enfermo– ¡Como no vaya a escribir crónicas a seis pies bajo tierra!

La idea fija volvía a él, como un intermitente toque de campana, reaparecía a propósito de cualquier cosa, en cada pensamiento, en cada frase...

Siguió un largo silencio, un silencio doloroso y profundo. Las encendidas tintas del poniente se iban apagando poco a poco; las montañas se iban ennegreciendo sobre el cielo rojo, que también oscurecía. Una sombra coloreada al principio de la noche, que aún conservaba rescoldos de la lumbre que se extinguía, entró en la alcoba y parecía extenderse por los muebles, las paredes, las cortinas y los rincones con tonos sombríos y purpúreos. El espejo de la chimenea, donde se reflejaba el horizonte, parecía una placa sangrienta.

La señora Forestier seguía en pie, inmóvil, de espaldas a la habitación y con el rostro apoyado en la vidriera.

Forestier volvió a hablar, entre accesos y ahogos, con voz que, al oírla, desgarraba el alma:

–¿Cuántas puestas de sol veré todavía? Ocho..., diez..., quince o veinte... todo lo más.... Vosotros tenéis mucho tiempo por delante todavía...; pero yo... yo soy cosa acabada... Y después, todo seguirá lo mismo, como si viviese aún... como si nada hubiese ocurrido.

Guardó unos minutos de silencio, y luego continuó:

–Cuanto veo me dice que dentro de unos días no lo veré ya... Esto es horrible... No veré nada, nada de lo que existe...; ni las cosas más usuales. Los vasos..., los platos..., las camas en que tan bien se descansa..., los coches... ¡Qué agradable es pasear en coche al atardecer! ¡Cuánto amaba yo todo esto!

Movía, nerviosa y rápidamente, los dedos de ambas manos, como si estuviese tocando el piano, sobre los brazos del sillón. Sus pausas eran más dolorosas aún que sus propias palabras, pues dejaban adivinar lo espantoso de sus pensamientos.

De pronto, recordó Duroy lo que Norbert de Varenne le dijera algunas semanas antes: «Veo la muerte tan cercana, que a veces siento deseos de extender el brazo para rechazarla. La veo en todas partes. La bestezuela aplastada en la carretera, las hojas que caen, la cana que aparece en la barba de un amigo me destrozan el corazón y me dicen: «¡Hela aquí!»

Entonces no había comprendido estas palabras; pero ahora, al ver a Forestier, las comprendía. Y una angustia desconocida, atroz, se apoderaba de él, como si hubiera sentido a pocos pasos, en aquel sillón donde su amigo jadeaba, a la odiosa muerte al alcance de su mano. Le daban ganas de levantarse, de marcharse, de huir de allí y volver a París inmediatamente. ¡Oh! De haber sabido esto no hubiera venido.

Entre tanto, la noche se había extendido por la estancia, como prematuro luto por el moribundo. La ventana era lo único que se veía, y en la relativa claridad de su rectángulo se dibujaba la silueta de la joven esposa.

Forestier preguntó con irritación:

–¡Que! ¿No se enciende hoy la lámpara? ¡Esto se llama cuidar a un enfermo!

La señora que se perfilaba sobre las vidrieras desapareció, y en el resonante silencio de la casa se oyó vibrar un timbre eléctrico.

Acudió inmediatamente un criado, que puso una lámpara sobre la chimenea. La señora Forestier preguntó a su marido:

–¿Quieres acostarte o prefieres bajar a cenar?

–Bajaré –repuso él.

Mientras tanto, los tres permanecieron inmóviles una hora más. De cuando en cuando, alguno de ellos pronunciaba una palabra cualquiera, inútil, trivial, como si hubiese algún peligro, un peligro misterioso en prolongar demasiado el silencio, y el aire fuera a helarse en aquella habitación donde rondaba la muerte.

Por fin, anunciaron la cena, que a Duroy se le hizo larga, interminable. Ninguno de los tres hablaba. Comían en silencio, desmigajando el pan con las puntas de los dedos. El criado que servía a la mesa iba y venía sin que se oyesen sus pasos, porque como el crujir de las suelas excitaba a Charles, el fámulo iba calzado con zapatillas. Únicamente el tictac de un reloj con caja de madera turbaba la quietud de aquellas paredes con su movimiento regular y mecánico.

Cuando acabaron de cenar, Duroy, so pretexto de que estaba cansado, se retiró a su alcoba. Acodado en la ventana, contemplaba la luna llena que, en medio del cielo, parecía el globo de una lámpara enorme, y proyectaba sobre los blancos muros de las villas su claridad seca y velada y sembraba en el mar escamas de luz suave y movediza. George buscaba una razón para marcharse en seguida, e inventaba argucias, telegramas y llamadas del señor Walter.

Pero cuando a la mañana siguiente despertó, sus propósitos de fuga le parecieron más difíciles de realizar. La señora Forestier no se dejaría engañar, y él perdería por su cobardía lo que su abnegación le había hecho ganar. «¡Bah –se dijo–. Esto es aburrido; pero ¿qué le vamos a hacer! Hay trances desagradables en la vida. Además, esto no durará mucho.»

El cielo estaba azul, con ese azul del Mediodía que llena el corazón de júbilo. Duroy dio un paseo hasta el mar, juzgando que aún sería demasiado temprano para hacer una visita a Forestier.

Cuando entró en el comedor para desayunar, el criado le dijo:

–El señor Forestier ha preguntado por usted dos o tres veces. Si quiere subir al cuarto de señor...

Subió. Forestier, en el sillón, parecía dormir. Su mujer, echada en el sofá, leía.

El enfermo levantó la cabeza. Duroy le dijo:

–¿Qué tal? ¿Cómo estás? Esta mañana tienes un aspecto magnífico.

El otro respondió:

–Sí, parece que estoy mejor. He recobrado algunas fuerzas. Desayuna de prisa con Madeleine, para que vayamos a dar una vuelta en coche.

Cuando la señora estuvo sola con Duroy, le dijo:

–Vea usted; hoy se cree fuera de peligro. Desde primera hora está haciendo proyectos. Ahora vamos al golfo Juan, a comprar una porcelanas para nuestra casa de París. Se ha empeñado en salir, pero yo tengo horribles temores de que le ocurra algún accidente en el camino. No podrá resistir el traqueteo del coche.

Cuando el landó hubo llegado, Forestier bajó la escalera paso a paso, sostenido por su criado. En cuanto vio el carruaje, quiso que bajasen la capota.

Su mujer se resistía:

– Vas a tener frío. Es una locura.

Pero él se obstinaba.

–No. Estoy mucho mejor; bien lo noto.

Tomaron uno de esos umbrosos caminos bordeados de jardines, que dan a Cannes el aspecto de parque inglés, y salieron luego a la carretera de Antibes, a orillas del mar.

Forestier daba explicaciones acerca del país. Señaló la villa del conde de París y nombró otras. Estaba alegre, con una alegría obligada, ficticia e inconsistente, de condenado a muerte. Sin fuerzas para extender el brazo, levantaba solamente un dedo.

–Ahí tienes la isla de Santa Margarita y el castillo de donde se evadió Bazaine. ¡Buena guerra nos dio este asunto!

Evocó luego recuerdos de su vida militar y nombró a algunos oficiales que a ambos les traían a la memoria sabrosas historietas.

De pronto, en una revuelta del camino, divisaron el golfo Juan, con el blanco pueblecito al fondo y la punta de Antibes al otro extremo. Forestier, acometido de un modo de júbilo infantil, exclamó:

–¡Ah, la escuadra! ¡Vamos a ver la escuadra!

En el centro de la vasta bahía se veían, efectivamente, hasta media docena de navíos de gran porte, que parecían rocas cubiertas de ramaje. Tenían formas extrañas, y eran de formas enormes, con sus excrescencias de torres y espolones, que se hundían en el agua como si quisieran echar raíces en el mar.

No se comprendía que aquellas moles pudieran moverse, agitarse. Tan pesadas parecían y tan ahincadas en el fondo. Una batería flotante, circular, alta, en forma de observatorio, se asemejaba a esos faros que se construyen sobre escollos.

Un buque de tres mástiles pasó cerca de ellos, mar adentro, con sus blancas velas alegremente desplegadas. Resultaba lindo y gracioso, al lado de aquellos monstruos de guerra, de aquellos monstruos de hierro, de aquellos feos monstruos asentados sobre el Océano.

Forestier se esforzaba por reconocerlos.

–El *Colbert* –decía–, el *Souffren*, el *Almiral Duperré*, el *Rédoutable*, el *Dévastation*.

Pero luego confesaba:

–No, me he equivocado; el *Dévastation* es aquel otro.

Llegaron a un gran pabellón sobre cuya punta se leía «Porcelanas artísticas del golfo Juan». El carruaje dio la vuelta alrededor de una alfombra de césped.

Forestier quería comprar dos jarrones para su biblioteca. Como apenas tenía fuerzas para bajar del coche, le llevaron allí, uno tras otro, varios modelos. Estuvo largo rato examinándolos, antes de elegir, y consultar a su mujer y a Duroy:

–Este, ¿sabes?, es para el mueble que está en el fondo del despacho. Desde mi sillón, lo tendré siempre ante los ojos. Quiero una cosa de forma antigua, de forma griega.

Contemplaba atentamente las muestras, les daba mil vueltas y se hacía llevar otras, para coger nuevamente las primeras. Por fin, se decidió. Y luego que hubo pagado su compra, exigió que se las enviaran en seguida.

–Regreso a París dentro de unos días –dijo.

Cuando volvían rodeando el golfo, una corriente de aire frío envolvió el coche, y el enfermo empezó a toser.

Al principio no fue nada: un pequeño acceso. Pero luego fue aumentando hasta convertirse en un ataque ininterrumpido. Y luego, una especie de hipo, un estertor.

Forestier se ahogaba, y cada vez que intentaba respirar, la tos que le salía desde el fondo del pecho le desgarraba la garganta. Nada podía calmarlo, nada podía apaciguarlo. Hubo que llevarlo desde el landó hasta su alcoba, y Duroy, que le sostenía las piernas, sentía las sacudidas de los pies a cada convulsión de los pulmones.

El calor del lecho no contuvo el acceso que duró hasta medianoche. Al fin, algunos calmantes amortiguaron los mortales espasmos de la tos. Y el enfermo permaneció, hasta que apuntó el día, sentado en la cama y con los ojos abiertos.

Las primeras palabras que pronunció fueron para pedir que avisaran al barbero, pues estaba acostumbrado a afeitarse a diario. Se levantó para esta operación de aseo, pero fue preciso volverlo a acostar, inmediatamente. Sus respiración se hizo tan fatigosa, dificultosa y penosa, que su mujer, aterrada, ordenó que se despertase a Duroy, que acababa de acostarse, para que fuera en busca del médico.

George volvió en seguida con el doctor Gayaut, quien recetó un brebaje e hizo algunas indicaciones. Como el periodista lo acompañase hasta la puerta para pedirle su parecer, dijo:

–Esto es la agonía. Mañana pro la mañana habrá muerto. Prepare usted a esa pobre mujer y avisen a un sacerdote. Yo nada tengo ya que hacer. Sin embargo, estoy a la disposición de ustedes.

Duroy hizo que llamasen a la señora de Forestier, y le dijo:

–Su marido va a morir. El doctor aconseja que se avise a un sacerdote. ¿Qué quiere hacer usted?

Ella vaciló un breve rato y, al fin, dijo lentamente y como quien todo lo tiene ya calculado:

–Sí. Será lo mejor... por muchas razones... Voy a prepararlo. Le diré que el cura desea verle... no sé qué, en fin... Sería usted tan amable si quisiera ir a buscar un cura y escogerlo. Procure usted traer uno que no nos venga con demasiadas gazmoñerías, que se contente con la confesión y deje lo demás de nuestra cuenta.

El joven llevó a un eclesiástico anciano y complaciente, que se hizo cargo de la situación. Cuando entró en la alcoba del agonizante, la esposa de éste salió y se sentó con Duroy en la habitación contigua.

–Esto le agitará mucho –dijo– Cuando le he hablado de un sacerdote, su rostro ha tomado una expresión espantosa, como... como si hubiese sentido... sentido... un soplo, ¿sabe usted? Ha comprendido que todo ha terminado, que tiene las horas contadas, en fin.

Estaba muy pálida.

–Jamás –continuó–, jamás podré olvidar esa expresión. Estoy segura de que en ese momento ha visto a la muerte. Sí, la ha visto.

Desde allí oían al padre, que, por ser algo sordo, hablaba un poco alto, y decía:

–No, no... No está usted tan malo como cree. Está usted, sí, enfermo, pero de ninguna manera en peligro. La prueba es que vengo a verle a usted como amigo, como vecino.

No pudieron oír lo que Forestier respondía en voz baja.

El anciano continuó:

–No, no le daré a usted la comunión. De eso, ya hablaremos cuando esté mejor. Si quiere usted aprovechar mi visita para confesar, pongo por caso, nada más le pido. Yo soy un pastor y siempre que se me ofrece ocasión, procuro rescatar a mis ovejas.

Un largo suspiro siguió a estas palabras. Forestier debía de hablar con su voz jadeante y su timbre.

De pronto, el sacerdote dijo en tono diferente, en tono de oficiante en el altar:

–La misericordia de Dios es infinita. Recite el *Confiteor*, hijo mío. .. Acaso lo haya usted olvidado. Voy a ayudarle. Repita usted conmigo: *Confiteor Deo omnipotent... Beatae Mariae sempre virgini...*

Se detenía de vez en cuando para que el moribundo pudiera seguirlo. Después dijo:

–Ahora... confiéscese usted.

La joven esposa y Duroy no se movían, sobrecogidos por una emoción singular, en la ansiedad de la espera.

El enfermo había musitado algo. El cura repitió:

–Ha tenido usted complacencias culpables... ¿De qué naturaleza, hijo mío?

La señora Forestier se levantó y dijo:

–Vamos al jardín. No debemos escuchar sus secretos.

Fueron, en efecto, a sentarse en un banco., frente a la puerta, bajo un rosal florecido y tras una mata de claveles que esparcía en el aire puro su suave y penetrante perfume.

Al cabo de unos minutos de silencio, preguntó Duroy:

–¿Tardará usted mucho en volver a París?

–¡Oh, no! –repuso ella–. En cuanto todo haya terminado, volveré.

–¿Dentro de diez días?

–Sí. Todo lo más.

George dijo luego:

–¿No tiene Charles ningún pariente?

–Ninguno, salvo unos primos... Sus padres murieron cuando aún era muy niño.

Ambos contemplaron a una mariposa que buscaba su sustento en los claveles. Iba de uno en otro, con rápido aleteo, que todavía continuaba, aunque ya lentamente, cuando el insecto se posaba en la flor. Quedaron largo tiempo silenciosos.

El criado vino a anunciarles que «el señor cura había terminado». Subieron juntos.

Forestier parecía haber adelgazado aún más desde la víspera. El sacerdote le tenía cogida una mano.

–Hasta la vista, hijo mío –le dijo– Volveré mañana por la mañana –y se fue.

Cuando hubo salido, el moribundo intentó alzar ambas manos hacia su mujer y tartamudeó:

–Sálvame... sálvame... querida... No quiero morir..., no quiero morir... ¡Oh! Salvadme, salvadme... Decidme lo que hay que hacer; id a avisar al médico... Tomaré todo lo que me den. No quiero, no quiero...

Lloraba. De sus ojos se desprendían gruesas lágrimas que se deslizaban por las descarnadas mejillas, y las delgadas comisuras de sus labios se plegaban como en los niños cuando tienen algún disgusto.

Sus manos, que habían vuelto a caer sobre el lecho, comenzaron a moverse, como si quisiesen recoger algo que había sobre las ropas.

Su mujer, que también se había echado a llorar, balbució:

–No... Eso no es nada... Una crisis... Mañana estarás mejor... El paseo de ayer te cansó un poco.

La respiración de Forestier era tan rápida como la de un perro después de la carrera, tan apresurada, que no se podía seguir su ritmo, y tan débil que apenas se la oía.

–¡No quiero morir! –repetía–. ¡Oh Dios mío!...¡Dios mío!... ¡Dios mío!... Ya no veré nada... nada..., jamás... ¡Oh Dios mío!...

Miraba ante sí, como si contemplase algo invisible para los demás y odioso, cuyo espanto se reflejaba en sus ojos. Sus manos continuaban su lenta y fatigosa tarea.

De pronto, un brusco entumecimiento recorrió su cuerpo, de pies a cabeza. Musitó:

–¡El cementerio... yo... Dios mío!...

Ya no habló más. Permaneció inmóvil, sombrío, jadeante.

Pasó algún tiempo. El reloj de un convento vecino dio las doce. Duroy salió de la alcoba para comer alguna cosa. Volvió una hora después. La señora Forestier no quiso probar bocado. El enfermo se movía. Sus esqueléticos dedos seguían cogiendo la ropa como si quisiera cubrirse con ella la cara.

La joven esposa estaba sentada en un sillón, al pie del lecho. Duroy arrastró otro a su lado y ambos esperaron en silencio. Una enfermera, enviada por el médico, dormitaba junto a la ventana.

El propio Duroy empezaba a amodorrarse, cuando tuvo la sensación de que algo sobrevenía. Abrió los ojos con el tiempo preciso para ver a Forestier cerrar los suyos, como dos luces que se pagan. Un breve espasmo agitó su garganta, y dos hilillos de sangre brotaron de las comisuras de sus labios y se deslizaron hasta su camisa. Las manos cesaron en su horrible paseo.

Había exhalado su último aliento.

Su mujer lo comprendió y, dando un grito, cayó de rodillas, con el rostro hundido en las ropas del lecho. George, sorprendido y aterrado, hizo maquinalmente la señal de la cruz. La enfermera que se había despertado, se acercó al lecho.

–Todo ha concluido –dijo.

Y Duroy, que iba recobrando su sangre fría, murmuró, dando un suspiro de alivio:

–Esto ha durado menos de lo que yo creía.

Pasaba los primeros momentos de estupor y secas ya las primeras lágrimas, hubo de pensar en los cuidados y diligencia que reclama un muerto. Duroy se encargó de todo, y ello lo ocupó hasta la noche.

Al volver, tenía mucha hambre. La señora Forestier comió cualquier cosa. Después, ambos se instalaron en la alcoba mortuoria para velar el cadáver.

Sobre la mesilla de noche ardían dos velas a los lados de un plato, donde, en un poco de agua, nadaba una rama de mimosa, por no haber sido posible encontrar la de boj, que se usa en estos casos.

Los dos jóvenes estaban solos, junto al que ya no existía. Permanecieron sin hablar, pensativos y mirándolo.

George, sobre todo, a quien la sombra de aquel cadáver inquietaba, lo contemplaba obstinadamente. Sus ojos y su alma, atraídos, fascinados por aquel rostro demacrado, que la vacilante luz de las bujías hacía parecer aún más demacrado, estaban fijos en él. ¡Allí estaba su amigo, Charles Forestier, que todavía ayer le hablaba! ¡Qué extraña y aterradora cosa es el completo fin y acabamiento de un ser! ¡Oh! Ahora recordaba las palabras de Norbert de Varenne, acuciado por el temor a la muerte: «Jamás renace un ser. Nacerían millones, miles de millones, casi iguales uno a otro, con ojos, nariz, boca, cráneo y dentro de éste el pensamiento, sin que en nada de esto reviviera jamás algo del que yacía en el lecho.

Durante unos cuantos años, había vivido, comido, reído, amado, esperando, como todo el mundo. Y ahora todo había acabado para él, acabado para siempre. ¡Una vida! Unos días, y después nada. Se nace, se crece, se es feliz, se espera y, al cabo, se muere. ¡Adiós! Hombre o mujer, nunca volverá. Y, sin embargo, cada uno de nosotros lleva en sí un ardiente e irrealizable deseo de eternidad; cada uno lleva en sí una especie de universo dentro del universo y no tarda en desaparecer en el pudridero de los nuevos gérmenes. Las plantas, los animales, los hombres, las estrellas los mundos, todo se anima y muere luego para transformarse. ¡Jamás un ser, hombre o planeta, revive intacto!.

Un terror vago, inmenso, aplastante, se apoderó del alma de Duroy: el terror a aquella nada sin límites, que destruía indefinidamente todas las existencias, tan breves y tan míseras. Y bajo su amenaza, poblada ya la frente. Pensaba en las moscas, que viven algunas horas; en los hombres, que viven algunos años; en las tierras, que viven algunos siglos. ¿Qué diferencia hay entre unos y otros? Algunas auroras más; eso es todo.

Desvió los ojos del cadáver para no verlo.

La señora Forestier, con la cabeza baja, parecía también sumida en dolorosos pensamientos. Alrededor del rostro, los rubios cabellos se mostraban tan bellos, que una sensación dulce como una esperanza que va a realizarse pasó por el corazón del joven. ¿Por qué desolarse cuando aún le quedaban tantos años por delante?

Se puso a contemplarla; pero ella, sumida en su meditación, no lo veía. «He aquí – se dijo George– lo único bueno de la vida: el amor. ¡Tener en los brazos a la mujer amada! Este es el límite de la dicha humana.»

¿Qué suerte había tenido el que acababa de morir al encontrar aquella compañera tan inteligente y tan deliciosa! ¿Cómo se habían conocido? ¿Cómo había ella consentido en casarse con un muchacho vulgar y pobre? ¿Cómo se las había arreglado para hacer algo de él?

Pensó, entonces, en el misterio que se oculta bajo toda existencia. Se acordó de lo que se murmuraba del conde de Vaucrec, que la había dotado y casado, según se decía.

¿Qué haría ahora? ¿Con quién se casaría? ¿Con un diputado como creía la señora de Marelle o con un mozo de porvenir, con un Forestier de más valía? ¿Tendría ya sus proyectos, sus planes, sus ideas? ¿Cómo le hubiese gustado saberlo! Pero ¿a qué venía este preocuparse por lo que ella pudiera hacer? Al preguntárselo, se dio cuenta de que su desazón provenía de uno de esos pensamientos confusos, secretos, que uno se oculta a sí mismo, y que solamente se descubren cuando se sondea el propio fondo.

Si, ¿por qué no había de intentar él esta conquista? ¿Qué fuerte se sentiría con ella al lado, qué temible! ¡qué de prisa podría ir, que lejos, y con qué seguro paso!

Y ¿por qué no había de triunfar? Bien sabía él que a ella le gustaba, que sentía por él algo más que simpatía, uno de esos afectos que nacen entre criaturas afines, y que tienen tanto de seducción recíproca como de tácita complicidad. Lo sabía inteligente, resulto, tenaz. Podía tener fe en él.

¿No había acudido a él en aquellas graves circunstancias? ¿Por qué le había llamado? ¿No debía ver él en aquello una especie de elección, una especie de designación? Si Madeleine le había llamado precisamente cuando se iba a quedar viuda, ¿no sería porque pensaba en el que podría ser su nuevo compañero y aliado?

Le asaltó un deseo impaciente de saber, de interrogar, de conocer sus intenciones. Tenía que marcharse al día siguiente, pues no podía permanecer en aquella casa, a solas con una mujer joven. Había, pues, que apresurarse; era necesario, antes de volver a París, averiguar con destreza, con delicadeza, y no dejarla pensar de nuevo en las pretensiones de otro, ceder, acaso, a ellas, para no poder luego retroceder.

En la habitación reinaba profundo silencio. Sólo se oía el péndulo del reloj, que, sobre la chimenea, latía con su metálico y monótono tic tac.

George murmuró:

–Debe usted estar muy fatigada.

–Sí –repuso la viuda–: pero, sobre todo, me encuentro abrumada.

En aquel siniestro aposento, sus voces tenían un timbre extraño, que los asombró. Ambos miraron al muerto, como si esperasen verle mover, oírle hablar con ellos, como hiciera algunas horas antes.

Duroy añadió:

–¡Oh! Es un terrible golpe para usted, un cambio radical en su vida, una verdadera revolución en su corazón y en su existencia.

Ella, sin responder, lanzó un largo suspiro.

George continuó:

–¡Es tan triste para una mujer joven encontrarse tan sola como usted va a estarlo!

Calló, y tampoco ahora Madeleine dijo nada. Duroy musitó, al fin:

—De todas maneras ya sabe usted el pacto acordado entre nosotros. Puede disponer de mí como guste. Le pertenezco.

Ella le alargó las manos y le dirigió una de esas miradas dulces y melancólicas que nos penetran hasta la médula de los huesos.

—Gracias —dijo—. Es usted muy bueno, excelente. Si yo me atreviese y significara algo para usted, también le diría: «Cuenta conmigo».

El había tomado la mano que le ofreciera y la retenía entre las suyas, con ardiente deseo de besarla. Se decidió al fin, y aproximándola lentamente ala boca, rozó, por largo tiempo, con sus labios la piel fina, un poco ardorosa y febril.

Cuando comprendió que aquella amistosa caricia se prolongaba demasiado, soltó la manita, que fue a posarse blandamente sobre una rodilla de la joven viuda, quien manifestó:

—¡Oh, sí! Voy a encontrarme muy sola, pero procuraré tener valor.

George no sabía cómo hacerle comprender que se consideraba feliz, muy feliz con tomarla a su vez por esposa. Claro que no que aquel momento, ni en aquel lugar, ni en aquella ocasión podía decírselo. Podía, en cambio, a su juicio, hallar una de esas frases ambiguas, oportunas y complicadas en que cada palabra encierra un sentido oculto, y que, con calculadas reticencias, expresa cuanto se quiere.

Pero el cadáver, aquel cadáver rígido, tendido ante ellos, y que yacía entre ellos, le cohibía. Por otra parte, hacía ya algún tiempo que notaba, en el viciado aire de la pieza, un olor sospechoso, un hálito pútrido, que provenía de aquel pecho en descomposición. El primer efluvio de la carroña que los pobres muertos lanzan a los parientes que los velan, horrible efluvio con que llenan la oquedad de su féretro.

Duroy preguntó:

—¿No se podría abrir un poco la ventana? Me parece que la atmósfera está corrompida.

—Claro que sí —respondió ella—. También yo acababa de darme cuenta.

George fue hacia la ventana y la abrió. Todo el perfumado frescor de la noche entró en la habitación, haciendo vacilar la llama de las dos velas que ardían junto al lecho. Como la noche anterior, la luna derramaba su luz clara y serena sobre las tapias blancas de las villas y sobre la inmensa y brillante superficie del mar. Duroy, respirando aquel aire a pleno pulmón, se sintió asaltado por una súbita esperanza, y como soliviantado por la turbadora proximidad de la dicha, dirigiéndose a Madeleine, le preguntó:

—¿Quiere usted tomar un poco el fresco? Hace un tiempo admirable.

Asintió ella con naturalidad y fue a acodarse en la ventana, al lado de Duroy.

Entonces, George dijo, en voz baja, como un susurro:

—Escúcheme usted y fíjese bien en lo que voy a decirle. No se indigne, sobre todo, porque le hable de ciertas cosas en estos momentos, pero mañana debo marcharme, y cuando volvamos a vernos en París, quizás fuera ya demasiado tarde. Escuche: no soy más que un pobre diablo sin fortuna, y cuya carrera, como usted sabe, está por hacer. Pero tengo voluntad, alguna inteligencia, según creo, y estoy en camino, en buen camino. Con un hombre que ya tiene una posición se sabe lo que se toma; con un hombre que empieza, no se sabe adónde podrá llegar. Tanto mejor o tanto peor, según los casos. En fin, ya cierto día, en su casa, le dije que mi sueño más preciado hubiera sido casarme con una mujer como usted. Hoy le reitero este deseo... No me interrumpa: déjeme continuar. No es una petición lo que ahora le dirijo. El lugar y el instante la harían odiosa. Pretendo, tan sólo, no dejarla ignorar que puede usted hacerme feliz con una sola palabra, que puede tomarme por amigo fraternal o por marido, que mi corazón y mi persona entera son suyos. No quiero que me responda usted ahora; no quiero que

aquí hablemos de esto. Cuando volvamos a vernos en París, me hará usted saber lo que ha resuelto. Hasta entonces, ni una palabra, ¿no es eso?

Había manifestado todo esto sin mirarla, como si hubiese sembrado sus palabras en la noche que ante sí tenía. Ella parecía no haberle oído; tan inmóvil permanecía, clavando también una mirada fija y vaga en la pálida extensión del paisaje, iluminado por la luna.

Permanecieron así largo rato, uno junto a otro, codo con codo, silenciosos y tristemente meditativos.

Al fin, la viuda murmuró:

–Hace algo de frío.

Y separándose de la ventana, se acercó al lecho. George la siguió. Al aproximarse, advirtió que comenzaba, en efecto, a heder, y alejó de allí su butaca, porque no hubiera podido resistir aquel olor a podredumbre.

–Habrá que encerrarle en el ataúd a primera hora –dijo.

–Sí, sí –respondió ella–; ya está eso arreglado. El carpintero vendrá a las ocho.

Y como Duroy suspiraba «¡Pobre muchacho!», Madeleine lanzó, a su vez, otro largo suspiro de dolorosa resignación.

Desde entonces, miraron menos al muerto, hechos ya a la idea de su presencia, y como si comenzaran a consentir mentalmente en aquella desaparición que momentos antes les sublevaba e indignaba en su condición de mortales.

No hablaron más y velaron al muerto, como es debido, sin dormirse. A medianoche, sin embargo, Duroy fue el primero en adormilarse. Cuando se despertó vio que la señora Forestier dormitaba asimismo, y, tomando una postura más cómoda, volvió a cerrar los ojos, farfullando: «¡Caramba! ¡A pesar de todo, se está mejor en la cama!»

Un ruido súbito le hizo estremecerse: era la enfermera, que entraba. Ya era completamente de día. La viuda, en la butaca de enfrente, parecía igualmente sorprendida. Estaba un poco pálida, pero siempre bonita, fresca, gentil, a pesar de aquella noche pasada en una silla.

George miró el cadáver y se estremeció de nuevo:

–¡Oh, como le ha crecido la barba! –exclamó, sorprendido.

En unas horas, efectivamente, la barba del difunto había crecido sobre aquella carne que se descomponía, tanto como en unos días pudiera crecer en un rostro vivo. Aterrándose ambos con aquel vestigio de vida que continuaba después de la muerte, como ante un odioso prodigio, ante una amenaza sobrenatural de resurrección, ante uno de esos hechos anormales y espantosos que trastornan y confunden la inteligencia.

Se retiraron ambos a descansar hasta las once. Entonces, contemplaron a Charles en su féretro y se sintieron aliviados, tranquilizados. Se sentaron después a almorzar, uno frente a otro, con renovado deseo de hablar de cosas consoladoras, alegres, de entrar nuevamente en la vida, ya que habían terminado con la muerte.

Por la ventana, abierta de par en par, entraba el suave calor de la primavera, y con él el perfumado aliento de la mata de claveles que florecía ante la puerta.

La señora Forestier propuso a Duroy que diesen una vuelta por el jardín. Echaron a andar despacio, rodeando el blando césped y respirando con delicia el tibio aire, cargado de olor a pinos y eucaliptos.

De pronto, ella, sin volver la cabeza hacia su compañero, lo mismo que hiciera la noche anterior allá arriba, le habló, pronunciando lentamente las palabras y en voz baja y suave:

–Escuche usted, mi querido amigo: he reflexionado mucho... ya... sobre lo que usted me ha propuesto, y no quiero dejarlo marchar sin responderle una palabra. No le

digo a usted ni sí, ni no. Esperaremos, veremos, nos conoceremos mejor. Piénselo también por su parte. No se deje llevar de un fácil arrebató. Pero si le hablo de esto, antes incluso de que el pobre Charles haya recibido sepultura, es porque me importa, después de lo que usted me ha dicho, que sepa bien lo que yo soy, a fin de que no siga alimentando la idea que me ha expuesto si no tiene usted un... un... carácter a propósito para comprenderme y soportarme. Compréndame bien: el matrimonio, para mí, no es una cadena, sino una asociación. Yo me propongo ser siempre dueña de mis actos, hacer esto o lo otro, salir y entrar cuando me convenga. No podría tolerar ni vigilancia, ni celos, ni discusión sobre mi conducta. Me comprometería, desde luego, a no poner en evidencia el apellido del hombre con quien me casase, a no hacer de éste un tipo odiosos o ridículo; pero sería preciso que este hombre se comprometiese, igualmente, a ver en mí una igual, no una inferior ni una esposa obediente y sumisa. Bien sé que mis ideas no son las corrientes, pero no las cambiaría por otras. Ya lo sabe usted. He de añadir que no me conteste. Sería inútil e inconveniente. Ya nos volveremos a ver, y entonces, quizás, volvamos a hablar de todo esto. Y, ahora, váyase a dar una vuelta. Yo me vuelvo al lado del difunto.

George le besó largamente la mano y se fue sin decir palabra.

Por la noche no se vieron sino a la hora de cenar. Luego subieron a sus respectivas alcobas, pues estaban rendidos de cansancio.

Charles Forestier fue enterrado al día siguiente, sin pompa alguna, en el cementerio de Cannes. George Duroy se marchó en el rápido de París, que pasa a la una y media.

La señora Forestier le acompañó a la estación. Ambos se pasearon tranquilamente por el andén, en espera de la hora de la partida, hablando de cosas indiferentes.

Llegó el tren, que era muy corto, un verdadero rápido, con solo cinco vagones.

El periodista eligió su sitio y bajó nuevamente al andén para hablar unos minutos más con Madeleine. Cuando se separaron, experimentó una repentina tristeza, un disgusto, un pesar violento, como si fuese a perderla para siempre.

Un empleado gritaba:

—¡Señores viajeros para Marsella, Lyon, París, al tren!

Duroy subió y se asomó a la ventanilla para hablar todavía unos instantes. Silbó la locomotora y el convoy arrancó lentamente.

El joven, con el busto fuera del vagón miraba a la viudita, que inmóvil en el andén, lo seguía, a su vez, con los ojos. De pronto, y cuando ya iba a perderla de vista, se llevó ambas manos a la boca y le envió un beso.

Ella se lo devolvió con ademán más discreto, vacilante, insinuado apenas.

PARTE II

I

George Duroy había vuelto a sus antiguas costumbres. Instalado en el entresuelo de la calle de Constantinopla, hacía vida ordenada, como hombre que se prepara para emprender una nueva existencia. Hasta sus mismas relaciones con la señora de Marelle habían tomado cierto cariz conyugal, como si el joven quisiera adiestrarse para el acontecimiento que se aproximaba. Su amante, sorprendida a menudo por la reglamentada tranquilidad de su unión, le decía riendo:

–Eres todavía más aburrido que mi marido. Para esto no valía la pena cambiar.

La señora Forestier no había vuelto aún. Se detenía en Cannes más de lo previsto. George recibió carta suya donde le anunciaba que no regresaría hasta mediados de abril. Ni una alusión a su despedida. Pero Duroy estaba resuelto a poner todos los medios para casarse con ella, si ella vacilaba. Tenía confianza en su estrella, confianza en esa vaga e irresistible fuerza de seducción que sentía en sí y que experimentaban todas las mujeres.

Un lacónico billete le anunció que la hora decisiva estaba próxima:

«Estoy en París. Venga a verme.

Madeleine Forestier.»

Nada más. Lo había recibido a las nueve de la mañana y a las tres de la tarde estaba en casa de la viuda. Ella le tendió ambas manos y le sonrió con su bella y amable sonrisa, y los dos se miraron, durante algunos segundos, al fondo de los ojos.

Al fin, ella dijo:

–¡Qué bueno fue usted al ir allí, en aquellas terribles circunstancias!

–Habría hecho cuanto usted me hubiera ordenado –respondió él.

Se sentaron. Madeleine se informó de las novedades ocurridas: noticias de los Walter, de los demás compañeros y del periódico.

Pensaba con mucha frecuencia en el periódico.

–Lo echo mucho de menos –dijo–, pero mucho. Yo había llegado a ser periodista de corazón. ¡Qué quiere usted! Me gusta ese oficio.

Calló, y George creyó leer, creyó encontrar en su sonrisa, en el tono de su voz, en las palabras mismas, algo así como una invitación. Y aunque se había prometido no precipitar las cosas, tartamudeó:

–Pues bien..., por mí..., por mí..., ¿no volvería usted... a practicar ese oficio... con el nombre de Duroy?

Ella se puso de pronto seria y, poniéndole la mano en el brazo, dijo:

–No hablemos todavía de eso.

Pero él adivinó que aceptaba, y, cayendo de rodillas, le cubrió las manos de apasionados besos y tartajeó:

–Gracias..., gracias... ¡Cuánto la amo!

La viuda se levantó. El hizo lo mismo y observó que estaba muy pálida. Entonces, el joven comprendió que le gustaba, quizá desde hacía ya tiempo, y como se hallaban cara a cara, la estrechó en sus brazos y la besó en la frente, con un beso largo, tierno y respetuoso.

Cuando Madeleine se desasíó, resbalando sobre el pecho de él, dijo con voz grave:

–Escuche usted, amigo mío: todavía no estoy decidida a nada. Sin embargo, pudiera suceder que esto acabase en un sí. Pero va usted a prometerme que guardará el secreto hasta que yo le releve de este compromiso.

El juró y se fue con el corazón rebosante de júbilo.

Desde entonces Duroy se mantuvo muy discreto en sus visitas a Madeleine y no solicitó su consentimiento expreso, pues la viuda tenía una manera de hablar del porvenir, de decir «más adelante», de hacer proyectos en que ambas existencias aparecían mezcladas que respondía mejor y más delicadamente que la más grave y formal aceptación.

Duroy trabajaba mucho, gastaba poco y trataba de ahorrar algún dinero para que su matrimonio no le sorprendiera sin un céntimo, por lo cual se había hecho tan avaro como antes fuera pródigo.

Pasó el verano, luego el otoño, y nadie sospechó nada, porque se veían poco y de la manera más natural del mundo.

Un día, Madeleine le dijo, mirándole al fondo de los ojos:

–¿No ha dicho usted nada de nuestro propósito a la señora de Marelle?

–No, amiga mía; fiel a mi palabra de guardar el secreto, no he dicho una palabra absolutamente a nadie.

–Pues bien: ya va siendo tiempo de prevenirla. Yo me encargo de los Walter. Lo hará usted esta semana, ¿verdad?

El había enrojecido.

–Sí, mañana mismo.

Madeleine desvió lentamente los ojos, para no mostrar su turbación, y continuó:

–Si usted quiere, podemos casarnos a primeros de mayo. Sería muy conveniente.

–Estoy dispuesto a obedecerla a usted en todo y con toda alegría.

–Me gustaría mucho el sábado, diez de mayo, porque es el día de mi cumpleaños.

–Muy bien, el diez de mayo.

–Sus padres viven en Ruán, ¿no es cierto? Al menos así me lo dijo usted.

–Si cerca de Ruán, en Canteleu.

–¿A qué se dedican?

–Son..., son pequeños rentistas.

–¡Ah! Tengo muchos deseos de conocerles.

El vaciló, un poco perplejo.

–Pero... es que son...

Al fin se decidió como hombre animoso.

–Mi querida amiga: son aldeanos, son taberneros, que se han quedado sin sangre en las venas para darme una carrera. No me avergüenzo de ellos, pero... su... rusticidad... su sencillez... pudieran serle a usted molestas.

Sonrió ella, deliciosamente, con el rostro iluminado de dulce bondad:

–No. Les querré mucho. Iremos a verles; es mi deseo. Ya volveremos a haber de esto. También yo soy hija de padres modestos, pero los he perdido. No tengo a nadie en el mundo... –y, tendiéndole la mano, añadió–: exceptuando a usted.

George se sintió enternecido, emocionado, conquistado, como aún no lo había sido por mujer alguna.

–He pensado una cosa –dijo ella–, pero es muy difícil de explicar.

–¿Qué, pues?

–Pues bien, hela aquí: yo soy como todas las mujeres; tengo mis... debilidades, mis pequeñeces. Adoro lo que brilla, lo que suena. Me hubiera entusiasmado llevar un apellido noble. ¿No podría usted, con ocasión de su matrimonio, ennoblecerse un poco?

Había enrojecido, a su vez, como si hubiese propuesto algo indelicado.

George respondió sencillamente:

–También yo he pensado a veces en eso, pero no me parece cosa fácil.

–¿Por qué?

El se echó a reír.

–Porque tengo miedo de ponerme en ridículo.

Madeleine se encogió de hombros.

–De ningún modo –dijo–, de ningún modo. Todo el mundo lo hace, y nadie se ríe por eso. Separe usted su apellido en dos, Du Roy. Así suena muy bien.

George contestó rápidamente, como hombre que conoce la materia:

–No, eso no resulta. Es un procedimiento demasiado sencillo, demasiado vulgar, demasiado conocido. Yo, al principio, pensé tomar el nombre de mi pueblo como seudónimo literario y después añadirlo al mío; más tarde, dividí éste en dos, como usted me proponía.

Ella preguntó:

–¿Usted es de Canteleu?

–Sí.

Madeleine vacilaba:

–No me gusta la terminación. Vamos a ver, ¿no podríamos modificar un poco esa palabra... Canteleu?

Cogió una pluma de la mesa y se puso a garabatear nombres para estudiar su efecto. De pronto exclamó:

–¡Mire, mire! ¡Ya está!

Y le alargó un papel donde él leyó: «Señora de Duroy de Cantel.»

El joven reflexionó uno segundo, y luego dijo con gravedad.

–Sí, es muy bonito.

Ella, encantada, repetía.

–Duroy de Cantel, Duroy de Cantel, señora de Duroy de Cantel... ¡Es magnífico, magnífico! Ya verá usted –añadió– con qué facilidad lo acepta todo el mundo. Pero hay que aprovechar la ocasión, antes que sea demasiado tarde. Desde mañana mismo debe usted firmar sus crónica *D. de Cantel*, y *Duroy*, sencillamente, sus Ecos. Esto se hace todos los días en la prensa, y a nadie asombrará que tome usted un nombre de guerra. En el momento de nuestro matrimonio, podemos introducir todavía una modificación, con sólo decir a los amigos que había usted renunciado al *du*, por la modesta posición en que se hallaba, o sin dar explicación alguna. ¿Cómo se llama su padre?

–Alexandre.

«Alexandre, Alexandre», repitió ella dos o tres veces, escuchando la sonoridad de las sílabas. Luego escribió en una hoja de papel blanco:

«Alexandre Du Roy de Cantel y señora tienen el honor de participar a usted el próximo enlace de su hijo don George Du Roy de Cantel con doña Madeleine Forestier.»

Miraba lo escrito, un poco de lejos, encantada del efecto. Al fin declaró:

–Con un poco de método se consigue cuanto se quiere.

Cuando Duroy se vio en la calle, completamente decidido a apellidarse en lo sucesivo Du Roy, y hasta su Du Roy de Chantel, le pareció que había adquirido nueva importancia. Andaba con más gallardía, con la frente más alta y el bigote más enhiesto: como debe de andar un gentilhomme. Sentía dentro de sí cierto gozoso deseo de decir a los transeúntes: «Me llamo Du Roy de Chantel.»

Pero, apenas estuvo en su casa, el recuerdo de la señora Marelle lo desazonó. Le escribió en seguida a fin de pedirle una cita para el día siguiente.

«Va a ser un mal trago –pensó–. Tendré que sortear un buen temporal.»

Y con su nativa repugnancia a pensar en cosas desagradables, se puso a escribir un artículo sobre los nuevos impuestos que se iban a establecer para asegurar el equilibrio del presupuesto. Incluyó las partículas nobiliarias, que pagaban cien francos al año, y los títulos, desde el de barón hasta el de príncipe, y con cuotas que variaban entre quinientos y mil francos.

El día siguiente recibió una esquelita de su amante, quien le anunciaba que estaría allí a la una.

La esperó un poco febril, pero resuelto a precipitar las cosas, a decirle todo desde el primer momento y, pasada ya la primera impresión, a argumentar hábilmente para demostrarle que no podía seguir indefinidamente soltero, y que, como el señor de Marelle se empeñaba en seguir viviendo, él, George, había tenido que pensar en otra para hacerla su legítima compañera.

Con todo, se sentía emocionado. Cuando sonó la campanilla, el corazón le latía con violencia.

Clotilde se echó en sus brazos.

–Buenos días, *Bel Ami* –le dijo.

Pero como advirtiera la frialdad con que él la estrechaba, le miró atentamente y preguntó:

–Pero ¿qué te pasa?

– Siéntate –dijo George–. Tenemos que hablar seriamente.

Se sentó ella, sin quitarse el sombrero, alzando solamente el velillo, y esperó.

Duroy, con los ojos bajos, preparaba el comienzo de su discurso. Al fin, dijo:

–Mi querida amiga: lo que voy a decirte me preocupa, entristece y violenta sobremanera. Te quiero mucho, te quiero de corazón, y, por ello, el temor de causarte alguna pena me aflige más aún que la misma noticia que voy a comunicarte.

Clotilde, temblorosa y pálida, preguntó:

–¿De qué se trata? Dímelo pronto.

Con tono más resuelto, con ese fingido anonadamiento que se emplea para dar ciertas noticias, contestó Duroy:

– Me caso.

Clotilde lanzó un gemido de mujer que va a desmayarse, un doloroso gemido que le seguía desde el fondo del pecho, y comenzaron a darle tan fuertes ahogos que no podía hablar.

Al ver que no respondía, prosiguió George:

–No puedes figurarte cuánto he sufrido antes de tomar esta resolución. Pero no tengo ni posición ni dinero. Estoy solo, perdido en París. Necesito tener cerca de mí alguien que me aconseje, me consuele y me sostenga. Buscaba una asociada, una aliada, y la he encontrado.

Calló en espera de que ella replicara. Temía un acceso de furiosa cólera, violencias, injurias...

Clotilde tenía una mano sobre el corazón, como para contener sus latidos; su respiración, que seguía siendo entrecortada, penosa, le alzaba el pecho y le sacudía la cabeza.

George le cogió la mano, que ella había dejado caer sobre el brazo de la butaca. Pero Clotilde lo rechazó bruscamente y murmuró, sumida en una especie de estupor:

–¡Ah, Dios mío!

Duroy se arrodilló ante ella sin atreverse, con todo, a tocarla, y balbuceó, más impresionado por aquel silencio que por los arrebatos de antes:

–Clo..., Clotildita mía –suplicaba–, hazte cargo de mi situación, compréndeme bien. ¡Oh! ¡Si hubiese podido casarme contigo! ¡Qué felicidad! Pero estás casada. ¿Qué podía yo hacer? Reflexiona, ea, reflexiona. Tengo que crearme una posición, y esto no lo conseguiré mientras no tenga un hogar. ¡Si tú supieras!... A veces me asaltan ideas de matar a tu marido.

Hablaba con voz dulce, velada, seductora, que acariciaba el oído como una música. Vio dos lágrimas que se desprendían lentamente de los ojos de su amante y se deslizaban por sus mejillas, mientras nacían otras dos en los bordes de sus párpados.

–¡Oh! No llores más, Clo, te lo suplico; no llores más. Me estás destrozando el corazón.

Hizo ella un esfuerzo, un gran esfuerzo por mostrarse digna y orgullosa, y con la voz temblorosa de una mujer que va a romper en sollozos, preguntó:

–¿Quién es?

George vaciló un segundo, comprendiendo que así era preciso. Al fin dijo:

–La señora Forestier.

Se estremeció la de Marelle de pies a cabeza, y luego permaneció muda y tan abstraída en sus pensamientos, que pareció olvidarse que George estaba a sus pies. En sus ojos seguían formándose dos gotas transparente que, al caer, eran inmediatamente sustituidas por otras.

Se levantó, al fin. George adivinó que iba a salir sin dirigirle una sola palabra de reproche ni de perdón, y, en el fondo de su alma, se sintió herido y humillado. Con intención de detenerla, la agarró del vestido y a través de la tela la sujetó por las torneadas piernas, que, poniéndose rígidas, se aprestaron a resistir.

George suplicaba:

–No te vayas así, por lo que más quieras.

Ella lo miró de arriba abajo, con esa mirada llena de lágrimas y desesperación, tan encantadora y tan triste, donde se revela todo el dolor de que es capaz un corazón de mujer, y tartamudeó:

–Nada tengo..., nada tengo que decir..., nada tengo... nada que hacer. Tú..., tú tienes tu casa... Has sabido elegir lo que te conviene.

Y desasiéndose de un violento tirón hacia atrás, salió, sin que su amante intentase ya retenerla.

Una vez solo, Duroy se levantó. Estaba aturdido, como si le hubiesen dado un mazazo en la frente. Luego, como quien toma una decisión súbita, se dijo: «En fin, tanto peor o tanto mejor. Todo se ha resuelto sin escenas. Así me gusta. » Y, sintiéndose libre y desembarazado para emprender su nueva vida, empezó a boxear contra la pared, dándole terribles puñetazos, en una especie de embriaguez de triunfo y de fuerza, como si estuviese combatiendo con el Destino.

La señora Forestier le preguntó:

–¿Se lo ha dicho usted ya a la señora de Marelle?

Y el joven replicó tranquilamente:

–Claro que sí.

Madeleine lo sondaba con sus claros ojos:

–¿Y no la ha impresionado?

–Nada, en absoluto. Por el contrario, le ha parecido natural.

La noticia no tardó en ser conocida por todos. A unos les asombró, otros pretendieron haberlo previsto; otros, en fin, sonrieron, como dando a entender que aquello no les sorprendía.

El joven que firmaba «D. de Cantel» sus crónicas, «Duroy» sus *Ecós* y «Du Roy» los artículos de fondo que de cuando en cuando empezaba a publicar, pasaba la mitad de los días en casa de su novia, que le trataba con fraternal familiaridad, en la que había, sin embargo, una oculta ternura, un a modo de deseo disimulado, como si fuese una flaqueza. La viuda había decidido que el matrimonio se celebrara en la más estricta intimidad, únicamente en presencia de los testigos, y que por la noche saldrían para Ruán. Al día siguiente irían a ver a los ancianos padres del periodista, a cuyo lado pasarían algunos días.

Duroy se había esforzado en hacerla desistir de este propósito. Pero no habiéndolo podido conseguir, se avino, al fin.

Así, pues, llegado el 10 de mayo, los nuevos esposos, que juzgaron inútiles las ceremonias religiosas, puesto que no habían invitado a nadie, volvieron a su casa, después de una breve excursión a la Alcaldía, hicieron el equipaje y se fueron a la estación de San Lázaro, para tomar el tren de las seis de la tarde, que los llevó a Normandía.

Apenas habían cambiado veinte palabras hasta el momento en que se encontraron solos en el vagón. En cuanto advirtieron que el convoy se ponía en marcha, se miraron y se echaron a reír para ocultar cierto malestar, que ninguno de los dos quería dejar ver.

El tren atravesó, despacio, la larga estación de Batignolles, y luego franqueó la costosa planicie que va desde las fortificaciones hasta el Sena.

Al pasar el puente de Asnières, la vista del río cubierto de embarcaciones, de pescadores y de bateleros, les arrancó alegres exclamaciones. El sol, un potente sol de mayo, derramaba sus oblicuos rayos sobre los barcos y sobre el agua en calma, que parecía inmóvil, sin corriente ni remolinos, coagulada bajo el calor y la última claridad del día agonizante. En medio del río, un velero que extendía sobre ambas bordas dos grandes triángulos de tela blanca para recoger el menos soplo de la brisa, parecía un enorme pájaro presto a volar.

Duroy dijo:

–Yo adoro los alrededores de París. Me traen, entre olor a fritangas, los mejores recuerdos de mi vida.

Madeleine replicó:

–¡Y las lanchas! ¡Que grato es deslizarse sobre el agua bajo el sol poniente!

Se miraron como si no se atreviesen a continuar estas expansiones sobre su pasado y permanecieron en silencio, acaso saboreando ya la poesía del recuerdo.

Duroy, sentado enfrente de su mujer, le tomó una mano y se la besó lentamente.

–Cuando volvamos –dijo– iremos algunas veces a comer a Chatou.

–¡Tendremos tantas cosas que hacer! –contestó ella en un tono que parecía significar: «Habría que sacrificar lo agradable a lo útil.»

George conservaba entre sus manos las de su esposa, y se preguntaba, no sin cierto desasosiego, por medio de qué transición iniciaría otras caricias. No se hubiese turbado así ante la ignorancia de una doncella, pero la inteligencia avispada y despierta de Madeleine entorpecía su actitud. Temía parecerle un simple, demasiado tímido o demasiado brutal, excesivamente tardo o precipitado con exceso.

Apretaba aquella manita con leves presiones sin lograr que ella respondiera al llamamiento. Al fin, dijo:

–Eso de que sea usted mi mujer, me parece muy raro.

Ella pareció sorprendida.

–¿Y por qué? –preguntó.

–No lo sé; pero me parece extraño. Siento deseo de abrazarla y me admira no tener derecho a hacerlo.

Madeleine le ofreció serenamente su mejilla, que él besó como hubiera podido besar la de una hermana.

Duroy prosiguió:

–La primera vez que la vi, ¿se acuerda usted?, en aquella cena a que me invitó Forestier, pensé: «¡Caramba, que mujer! ¡Si yo encontrase una así!» Pues bien: ya la he encontrado, ya la tengo.

–¡Qué galante! –dijo ella, y clavó en él una mirada penetrante y jovial.

«Estoy demasiado frío, estoy hecho un estúpido», pensaba Duroy, y preguntó a su mujer:

–¿Cómo conoció usted a Forestier?

Madeleine contestó con provocativa malicia:

–¿Es que vamos a Ruán para hablar de él?

–Soy un necio –repuso George–. Me azora usted.

Y ella, halagada, repuso:

–¿Yo? ¡Imposible!

George se le iba acercando más y más. De pronto, la recién casada gritó:

–¡Un ciervo!

El tren atravesó, despacio, la larga estación de Batignolles, y había visto, en efecto, a un corzo que, asustado, ganaba de un salto un sendero.

Mientras su mujer miraba por la abierta ventanilla, Duroy se inclinó hacia ella y le dio un beso, un beso de amante, en los rizos del cuello.

Permaneció ella unos instantes inmóvil. Al fin, volvió la cabeza, y dijo:

–Me está usted despeinando. Déjeme ya.

Pero él ya no se iba de su lado, y, en prolongada caricia, paseaba su crespo bigote por la carne blanca.

Madeleine se sacudió, y repitió:

–Déjeme ya, basta.

George le cogió la cabeza, por detrás, con la mano derecha, y la volvió hacia sí. Luego se lanzó sobre la boca como un gavilán sobre su presa.

Su mujer se debatía contra él, le rechazaba, trataba de soltarse. Lo consiguió finalmente, e insistió:

–Pero acabe de una vez.

El, sin escucharla, la estrechaba, la besaba con labios ávidos y trémulos, e intentaba tumbarla sobre el almohadillado asiento del vagón.

No sin gran trabajo logró Madeleine desasirse, y se levantó con presteza.

–Vamos, George– dijo–, acabemos de una vez. Ya no somos niños y bien podemos esperara hasta Ruán.

George, con el rostro encendido, permaneció en el asiento. Aquellas juiciosas palabras habían caído sobre él como un jarro de agua fría. Luego, recobrando en parte la serenidad:

–Sea –dijo alegremente–, esperaré. Pero ya no seré capaz de pronunciar veinte palabras de aquí a que lleguemos. Y fíjese usted en que todavía estamos en Passy.

–Yo hablaré por los dos –replicó ella.

Y volvió a sentarse tranquilamente al lado de su marido.

Habló, en efecto, con precisión de lo que haría a la vuelta. Debían conservar el piso que ella habitó con su primer marido, y Duroy heredaría también las funciones y los emolumentos de Forestier en *La Vie Française*.

Por lo demás, ya antes de su enlace, y con la segura visión de un hombre de negocios, había Madeleine organizado hasta en sus menores detalles la vida económica del matrimonio.

Se habían asociado bajo el régimen de la separación de bienes y estaban previstos todos los casos que pudieran ocurrir: muerte, divorcio, nacimiento de uno o varios hijos... El marido llevaba al nuevo hogar quince mil francos, según él; pero de esta suma, mil quinientos eran prestados, el resto procedía de sus ahorros que hiciera durante un año, en espera de aquel acontecimiento. La mujer aportaba cuarenta mil francos, que, a lo que decía, le dejara Forestier.

Madeleine lo recordó para ponerlo como ejemplo.

—Era un muchacho muy económico, muy ordenado, muy trabajador. Hubiera hecho fortuna en poco tiempo.

Duroy no la escuchaba, ocupado por otros pensamientos.

Ella, abstraída, a su vez, en alguna idea íntima, callaba también de cuando en cuando; pero en seguida reanudaba la charla.

—De aquí a tres o cuatro años podrá usted ganar muy bien treinta o cuarenta mil francos anuales. Es lo que hubiera ganado Charles.

George, que empezaba a encontrar larga la lección, respondió:

—Me parece que no vamos a Ruán para hablar de él.

Su mujer le dio un cariñoso bofetoncito en la mejilla.

—Es verdad —dijo—; lo había olvidado.

Y se echó a reír.

George, tenía, afectadamente, las manos en las rodillas como los niños buenos.

—Con ese gesto parece usted un palomino atontado.

A lo que él repuso:

—Estoy en mi papel. El papel que acaba usted de darme, y no me saldré de él.

—¿Por qué?

—Porque ha tomado usted la dirección de la casa y hasta la de mi persona. Eso le compete, en efecto; para eso es viuda.

Madeleine hizo un gesto de asombro.

—¿Que quiere decir con eso?

—Que tiene usted una experiencia que disipará mi ignorancia y una práctica del matrimonio que despabilará mi inocencia de soltero.

Madeleine exclamó:

—¡Eso es demasiado fuerte!

—Es la pura verdad —replicó él—. Yo no conozco a las mujeres, ¿estamos?, y usted conoce a los hombres, puesto que ya es viuda, ¿estamos?, e incluso puede empezar ahora mismo, si gusta, ¿estamos?

Ella exclamó muy alborozada:

—¡Ay, qué gracia! ¿Y cuanta usted conmigo para eso?

Duroy dijo con voz de colegial que recita de memoria su lección:

—Pues claro que sí, ¿estamos? Claro que cuento. Y cuanto también con que la enseñanza de usted será provechosa... en veinte lecciones... diez, para la parte elemental...: lectura, escritura, gramática..., y diez, para perfeccionarme y la retórica. Porque no sé nada, nada, ¿estamos?

Madeleine, muy divertida, le dijo:

—¡Qué ganso eres!

El continuó:

—Puesto que eres tú quien empieza a tutearme, seguiré inmediatamente tu ejemplo, y te diré, amor mío, que te adoro cada vez más, de segundo en segundo y que Ruán está muy lejos.

Hablaba ahora con inflexiones de actor, y hacía graciosas muecas que divertían mucho a su joven esposa, acostumbrada a las pintorescas maneras y chistosas bromas de la bohemia literaria.

Madeleine miró a su marido de perfil y le pareció verdaderamente atractivo. En el deseo que entonces se despertó en ella había algo de la tentación de mordisquear una fruta en el árbol mismo y que es contenido por la razón que nos aconseja digerir la comida para cuando el manjar esté en sazón.

Ruborizándose por sus propias ideas, dijo:

–Pues bien, señor discípulo: crea usted en mi experiencia, en mi gran experiencia; los besos en un vagón del ferrocarril no tienen valor alguno. Van a parar al estómago.-

Y ruborizándose más aún, añadió:

–No hay que gastar la pólvora en salvas.

Duroy se reía cínicamente, excitado por las intencionadas frases que salían de aquella linda boca. Se santiguó, y agitó vivamente los labios, como si bisbisease una plegaria.

Luego dijo:

–Acabo de encomendarme a San Antonio. Ahora soy de bronce.

Caía dulcemente la noche, envolviendo en su sombra, transparente como leve crepón, la dilatada campiña que a la derecha se extendía. El tren bordeaba el Sena, y los recién casados contemplaban el río que se desarrollaba, junto a la vía, como una cinta de metal pulimentado, los reflejos rojos y las manchas que en las aguas ponía el cielo, teñido por el sol poniente de púrpura y de fuego. Estas lumbres se iban extinguendo poco a poco. Todo se oscurecía, todo se ensombrecía tristemente. El paisaje se hundía en la negrura de la noche con ese temblor siniestro, con ese mortal estremecimiento que cada crepúsculo sacude la tierra.

Esta melancolía de la noche que entraba por la ventanilla abierta invadía también las almas de los esposos, tan alegres momentos antes, y que ahora guardaban silencio. Se habían ido aproximando el uno al otro, y, muy juntos, contemplaban el agonizar del día, de aquel hermoso y claro día de mayo.

Encendido en Nantes el quinqué del vagón, derramaba sobre el gris almohadillado de éste una luz amarillenta y vacilante.

Duroy abrazó a su mujer por la cintura y la atrajo hacia sí. El punzante deseo de instantes atrás se había convertido en ternura, una ternura lánguida, un blando deseo de consoladoras caricias, de esas caricias con que se duerme a los niños.

–Te voy a querer mucho, Madita –susurró muy bajito.

La dulzura de aquella voz puso un rápido escalofrío en la carne de la joven esposa, que, inclinándose hacia George, cuya cabeza reposaba en el tierno refugio de su seno, le ofreció los labios.

Fue un beso largo, callado y profundo, al que siguió un rápido impulso, un súbito y delirante abrazo, una lucha ahogada, un acoplamiento violento y torpe. Luego siguieron uno en brazos del otro, un poco decepcionados ambos, fatigados y enternecidos todavía, hasta que el silbido del tren anunció una estación próxima.

Madeleine se arregló con la punta de los dedos los alborotados cabellos.

–Esto ha estado muy mal hecho –dijo–. somos unos chiquillos.

El, besándole las manos con rapidez febril, repuso.

–Te adoro, Madita, te adoro.

Hasta Ruán permanecieron casi inmóviles, con las caras juntas y los ojos fijos en la ventanilla, donde la noche se iluminaba, de cuando en cuando, con las luces de las casas. Estaban locos de contento con esta proximidad y con la esperanza de un contacto más íntimo y más libre.

Se alojaron en un hotel cuyas ventanas daban al muelle, y después de cenar frugal, muy frugalmente, se acostaron. La camarera les despertó a las ocho de la mañana.

Cuando hubieron bebido las tazas de té que la muchacha había dejado sobre la mesilla, George Duroy miró a su mujer, y luego, con el gozoso impulso del hombre feliz que acaba de encontrar un tesoro, la estrechó en sus brazos, balbuciendo:

–Madita mía, te quiero mucho, mucho, mucho...

Sonrió ella, confiada y satisfecha, y, devolviéndole los besos, le dijo:

–Y yo también..., quién sabe.

A George seguía inquietándole la proyectada visita a sus padres. Con frecuencia había prevenido a su mujer, la había preparado, sermoneado. Creyó que era ocasión de insistir:

–Son unos campesinos, campesinos del campo, ¿sabes?, no de opereta.

Ella reía.

–Ya lo sé; bastante me lo has dicho. Vamos, levántate y déjame a mi levantarme.

George saltó del lecho, y dijo mientras se ponía los calcetines:

–Vamos a estar muy mal en su casa, muy mal. No hay más que una cama vieja, con un jergón, en mi alcoba. En Canteleu no se conocen los colchones de muelles.

Madeleine parecía encantada.

–Será una delicia dormir mal, al ladito..., al ladito tuyo, y que le despierte a una el canto de los gallos.

Se había puesto el peinador, un amplio peinador de franela blanca, que Duroy conoció en seguida. Al verlo experimentó una sensación desagradable. ¿Por qué? Su mujer poseía, y él no lo ignoraba, una docena completa de esas prendas matinales. No era, pues, cosa de que se deshiciera de aquel equipo para comprar uno nuevo. A pesar de todo, él hubiese querido que sus ropas íntimas, sus ropas de noche, sus ropas de amor no fuesen las mismas que había visto el otro. Le parecía que aquella tela suave y tibia conservaba aún algo del contacto de Forestier.

Se fue hacia la ventana, encendiendo un cigarrillo.

La vista del puerto, del ancho río lleno de navíos de esbeltos mástiles y de vapores cuya carga dejaban las grúas, con gran estrépito, sobre los muelles, le impresionó, aunque ya hacía mucho tiempo que conocía aquello.

–¡Caramba, qué hermoso es esto! –exclamó.

Madeleine se acercó a la ventana, y poniendo ambas manos en los hombros de su marido y apoyándose en él con abandono, quedó seducida y emocionada por el espectáculo. A su vez, dijo:

–¡Qué bonito, qué bonito! No sabía yo que pudiera haber tantos barcos juntos.

Partieron una hora después, porque tenían que almorzar con los viejos, ya avisados desde días antes. Un desvencijado carruaje que sonaba a chatarra los llevó, dando tumbos, por un largo bulevar bastante feo; atravesaron luego unas praderas regadas por un riachuelo, y, finalmente, comenzaron a subir la cuesta.

Madeleine, rendida de cansancio, se amodorraba bajo la penetrante caricia del sol, que le procuraba un calor delicioso, e iba como sumergida en un tibio baño de luz y de aire campestre.

Su marido la despertó.

–¡Mira! –dijo.

Se habían detenido, recorridos ya dos tercios de la pendiente, en un lugar afamado por la vista que ofrecía, y que era visitada por todos los viajeros.

Se dominaba desde allí el inmenso valle, ancho y profundo, que el claro río cruzaba en grandes ondas de uno a otro extremo. Se le veía venir de muy lejos, salpicado de islas y describiendo una curva, antes de atravesar Ruán.

Más allá, sobre la orilla derecha, aparecía la ciudad, ligeramente velada por la niebla matutina. El sol arrancaba vivos reflejos a sus tejados, a sus mil campanarios, esbeltos y puntiagudos, o rechonchos y chatos, frágiles y trabajados como inmensas alhajas; a sus torres cuadradas o redondas, rematadas por coronas heráldicas, a sus atalayas, a sus torrecillas, a todo ese pueblo gótico, en fin, erizado de iglesias dominadas por la aguada flecha de la catedral, sorprendente aguja de bronce, fea, extraña, desmesurada, la más alta del mundo.

Enfrente, al otro lado del río, en el vasto barrio de San Severo, se elevaban sobre las techumbres, las redondas, hinchidas y frágiles chimeneas de las fábricas. Más numerosas que los campanarios, sus hermanos, erguían, hasta en la lejana campiña, sus largas columnas de ladrillo, que enviaban al cielo azul su negro aliento de carbón.

La más elevada de todas, casi tan alta como la pirámide de Cheops –que es, en este orden, la segunda montaña debida al trabajo humano–, igual, casi, de su comadre la flecha de la catedral, la *Centella* parecía la reina de aquel pueblo trabajador, lleno de humo de fábricas, como su vecina era la reina de la puntiaguda muchedumbre de monumentos religiosos.

Más allá de la población obrera, se extendía un bosque de pinos. El Sena, después de haber pasado entre las dos ciudades, continuaba su curso a lo largo de una prolongada cuesta ondulante, poblada en lo alto de árboles y que a trechos mostraba su blanca osamenta de piedra. Al fin, el río desaparecía en el horizonte, después de haber descrito otra amplia curva. Se veían navíos que seguían o remontaban la corriente, remolcados por lanchas de vapor, de tamaño como moscas, y que arrojaban un humo espeso. Las islas, a flor de agua, se alineaban, una junto a otra, o bien dejaban entre sí grandes espacios, como desiguales cuentas de un rosario de verdor.

El cochero esperó a que los viajeros saliesen de su éxtasis. Sabía, por experiencia, cuánto dura la admiración en cada especie de turistas. Pero cuando el carruaje se puso nuevamente en marcha, Duroy divisó, a unos centenares de metros, a dos ancianos que avanzaban hacia ellos, y saltando del coche gritó:

–¡Ahí están! Los reconozco.

Eran dos campesinos, hombre y mujer, que caminaban con paso irregular y se balanceaban, dando hombro con hombro. El era bajo rechoncho, de encendido color, un poco barrigudo y vigoroso, a pesar de sus años; la mujer, alta, seca, encorvada y triste; la verdadera mujer de campo, resignada y sumisa, que trabajaba desde su infancia y no había reído nunca, mientras el marido bromeaba y bebía con los parroquianos.

También Madeleine había bajado del coche y miraba llegar a aquellos dos pobres seres, con el corazón oprimido y una tristeza que no había previsto. Los viejos no reconocían a su hijo en aquel caballero tan guapo, ni hubieran podido adivinar que aquella hermosa señora, vestida de claro, era su nuera.-

Caminaban sin hablar, de prisa, al encuentro del hijo esperado, y sin fijarse en aquellas personas de la ciudad a quienes seguía un carruaje.

Pasaron de largo. George, que reía gritó:

–¡Buenos días, papá Duroy!

Se detuvieron los dos ancianos, estupefactos, primero, y luego como embrutecidos por la sorpresa. La madre fue la primera en serenarse, y balbució, sin dar un paso:

–¿Eres tú, hijo mío?

El joven respondió:

–Pues claro que soy yo, el mismo Duroy –y avanzando hacia ella, la besó en ambas mejillas con ruidosos besos filiales. Luego abrazó a su padre, que se había quitado la gorra, una gorra a la moda de Ruán: alta, de seda, parecida a la que usan los tratantes en ganado.

Al fin, George presentó:

–Aquí tienen ustedes a mi mujer.

Los dos campesinos la miraban. La miraron como quien mira a un fenómeno, con temerosa inquietud, unida a una especie de satisfacción aprobatoria en el padre y de celosa hostilidad en la madre.

El buen hombre, que era por naturaleza alegre, con una alegría empapada de sidra y alcohol, se fue creciendo y, dirigiéndose a su nuera, le preguntó guiñando maliciosamente un ojo:

–¿También a tí te podemos besar?

–¡No, que no! –respondió el hijo.

Y Madeleine, algo violenta, ofreció sus mejillas al besuqueo del viejo, que se limpió en seguida los labios con el dorso de la mano.

La vieja, a su vez la besó con maldad hostil. No, no era aquella la nuera que había soñado, la garrida y lozana granjera, coloradita como una manzana y de formas redondas como una yegua preñada. Tenía un aire indolente aquella señora, con sus volantes y su olor a almizcle. Porque para la anciana, todos los perfumes eran almizcle.

Echaron todos a andar, detrás del coche que conducía el equipaje de los recién casados. El viejo cogió a su hijo por un brazo, y quedándose ambos un poco atrás, le preguntó con interés:

–Dime: ¿van bien tus asuntos?

–Bien, muy bien.

–Me alegro. Es todo lo que quería saber. Y tu mujer, ¿tiene dinero?

–Cuarenta mil francos –respondió George.

El padre lanzó un leve silbido de admiración, y no pudo decir más que «¡Cuántos!» Tanto le impresionó aquella suma. Después añadió, muy convencido:

–¡A fe mía que es una hermosa mujer!

Porque la encontraba a su gusto, él, que en sus buenos tiempos tenía fama de conocer bien el paño.

Madeleine y la madre iban juntas, delante, sin hablar palabra. Los dos hombres las alcanzaron.

Llegaron al pueblo, un pueblecito situado junto a la carretera, y compuesto de diez casas a cada lado: unas, de ladrillo; otras de adobes; las primeras, con techumbre de pizarra; las otras, cubiertas de paja.

El cafetín del tío Duroy, «A las Bellas Vistas», era una casucha compuesta de planta baja y granero. Estaba a la entrada del pueblo, a la izquierda, y sobre la puerta, una rama de pino indicaba, al uso antiguo, que allí se daba de beber al sediento.

En la taberna, y sobre las mesas unidas cubiertas con sendas servilletas, estaba todo dispuesto para la comida. Avisada para que ayudase a servir la tía Brulín, saludó con una gran reverencia. Al fijarse en aquella dama tan hermosa y reconocer luego a George exclamó:

–¡Ay Jesús mío! ¿Eres tú, chiquillo?

Duroy respondió alegremente:

– Sí, yo soy, tía Brulín.

Y sin más tardar la besó, como había besado a sus padres.

Luego, dirigiéndose a su mujer, añadió:

–Ven a nuestra alcoba, te quitarás el sombrero.

Por la puerta de la derecha la hizo entrar en una pieza fría, enladrillada, con las paredes encaladas y su cama con cortinas de algodón. Un crucifijo con su pililla de agua bendita, y dos láminas en colores, que representaban a Pablo y Virginia bajo una

palmera azul y a Napoleón I sobre un caballo amarillo, eran todo el adorno de aquella limpia y desolada estancia.

Apenas estuvieron solos, George besó a Madeleine.

–Buenos días, Made – le dijo– Estoy contento de haber vuelto a ver a los viejos. Cuando se está en París , no se piensa en esto; pero luego, aquí, se alegra uno de haber venido.

En esto, el padre gritó, golpeando la puerta con los nudillos:

–¡Vamos, vamos! La sopa está en la mesa.

Y todos fueron a sentarse a ella.

Fue un largo almuerzo de aldeanos, una serie de platos mal ordenados: salchichas después de una pierna de cordero, tortilla después de las salchichas. El tío Duroy, a quien la sidra y unos cuantos vasos de vino habían puesto muy alegre, soltó el grifo de sus gracias favoritas, las que reservaba para las grandes ocasiones según él, les habían ocurrido a sus amigos. A pesar de que las conocía todas, George reía, reanimado por el aire natal, ganado de nuevo por el amor a la tierra, a los lugares que han rodeado nuestra niñez; por todas las sensaciones y los recuerdos vueltos a hallar; por las cosas de antaño vueltas a ser. Naderías: la señal de un cuchillo en una puerta, una silla paticoja que nos recuerda un suceso insignificante, el ancho aliento de resina y de árboles que nos viene del bosque vecino, de los senderos, del arroyo, del estercolero.

La madre no hablaba. Siempre triste y seria, espiaba con el rabillo del ojo a su nuera; sentía hacia ella un odio naciente, un odio que provenía del corazón, un odio de aldeana envejecida en el trabajo con los dedos roídos y los miembros deformados por sus rudas tareas, contra aquella mujer de la ciudad, que le inspiraba la repulsión de un ser maldito, réprobo, impuro, hecho para la molicie y el pecado. Se levantaba a cada paso para cambiar los platos, para llenar las copas con el vino blanco o tinto de las garrafas o con la espumosa y dorada sidra de las botellas, cuyo tapón saltaba con alegre ruido.

Madeleine apenas comía, apenas hablaba. Sonreía, como siempre; pero ahora su sonrisa era melancólica y resignada. Estaba decepcionada, dolorida. ¿Por qué? Ella era quien había querido ir. No ignoraba adónde iba: a casa de unos aldeanos, de unos pobres aldeanos. ¿Cómo los había soñado ella, que generalmente no soñaba?

¿Lo sabía siquiera? ¿Acaso las mujeres no esperan siempre algo distinto de lo que realmente es? ¿Los había imaginado, de lejos, más poéticos? No; pero sí más literarios, más nobles... más afectuosos, más decorativos. Y, sin embargo, no los deseaba con maneras de personajes de novela. De todos esto nacía que la sorprendieran por mil menudos e invisibles detalles, por mil groserías que su misma naturaleza de palurdos hacía inaprensibles por lo que hacían, por sus gestos, por su alegría.

Madeleine pensó en su madre, de la que nunca hablaba con nadie: una institutriz seducida, educada en Saint-Denis, muerta de miseria y de dolor cuando Madeleine tenía doce años. Un desconocido se encargó de la educación de la pequeña. ¡Su padre, sin duda! ¿Quién era? Nunca pudo saberlo a punto fijo, aunque tuviese vagas sospechas.

El almuerzo no acababa nunca. Iban entrando parroquianos, que estrecharon la mano de Duroy padre y lanzaban exclamaciones de asombro al ver al hijo, y miraban de reojo a su joven esposa, guiñando maliciosamente el ojo, lo que venía a significar: «¡Diantre! ¡No está mal del todo la mujer de George Duroy!»

Otros, no tan íntimos, se sentaban ante las mesas de madera y gritaban:

–¡Un litro! ¡Un cuartillo! ¡Dos cañas! ¡Un chato!

Y se ponían a jugar al dominó, dando grandes golpazos con las fichas de hueso, blancas y negras.

La madre de Duroy no cesaba de ir y venir. Servía a la clientela, con su gesto lastimoso; cobraba, limpiaba las mesas con una punta de su delantal azul.

El humo de las pipas de barro y de los cigarros de cinco céntimos llenaba la sala. Madeleine empezó a toser, y dijo:

–Si saliésemos... No puedo más.

Todavía no habían acabado de comer. El viejo Duroy se disgustó. Entonces su nuera se levantó y fue a sentarse en una silla delante de la puerta que daba a la carretera, esperando que sus suegros y su marido acabaran de tomar el café y las copitas de licor.

George se le reunió en seguida y le preguntó:

–¿Quieres que demos un paseo por el Sena?

Ella aceptó con júbilo.

–¡Oh sí! Vamos...

Bajaron la montaña, alquilaron una lancha en Croisset y pasaron el resto de la tarde bordeando una isla, bajo los sauces, adormecidos ambos por el suave calor de primavera y arrullado por las mansas ondas del río.

Regresaron al anochecer.

La cena, a la luz de un candil, fue para Madeleine más penosa aún que el almuerzo. El padre de Duroy, que tenía una semiborrachera, no hablaba. La madre conservaba su hosca expresión.

La mezuquina luz arrojaba a las paredes las sombras de las cabezas, con enormes matices y gestos desmesurados. A veces, se veía una mano gigantesca que esgrimía un tenedor de tamaño como un biello y se lo llevaba a la boca, que se abría como el hocico de un monstruo, y cuando alguien se movía un poco, la llama amarillenta y vacilante iluminaba su perfil.

Cuando acabaron de cenar, Madeleine se llevó afuera a su marido, para salir de aquella sala donde flotaba continuamente un olor a tabaco y a bebida.

Cuando hubieron salido, él preguntó:

– ¿Te aburres aquí?

Ella quiso protestar, pero George la interrumpió:

–No, si ya lo he notado. Si quieres, mañana mismo nos vamos.

Madeleine contestó:

–Sí, sí quiero.

Caminaban despacio. Era una noche tibia, cuya sombra acariciadora y profunda parecía llena de ligeros rumores, de roces, de susurros. Entraron por un sendero bordeado de altos árboles, entre dos negras barreras de espesura.

–¿Donde estamos? –preguntó Madeleine.

George respondió:

–En el bosque.

–¿Es muy grande?

–Tan grande como los mayores de Francia.

Un olor a tierra, a árboles, a musgo, ese perfume a la vez fresco y antiguo de los bosques frondosos, hecho de savia, de brotes y de la hierba muerta y segada de los forrajes, parecía dormir en aquel vial. Madeleine levantó la cabeza y vio lucir las estrellas entre las copas de los árboles, y aunque ni el más leve soplo de brisa agitaba el ramaje, la esposa de Duroy sintió en torno suyo la vaga palpitación de aquel océano de hojas.

Un singular estremecimiento le pasó por el alma y le recorrió la piel; una indefinible angustia le oprimió el corazón. ¿Por qué? No acertaba a comprenderlo; pero le parecía que se había perdido, que se ahogaba, que estaba rodeada de peligros,

abandonada de todos, sola, sola en el mundo, bajo aquella bóveda que vibraba en la altura.

–Tengo miedo –dijo–. Quisiera que volviésemos a casa.

–Bien; volveremos.

–¿Y marcharemos mañana a París?

–Sí, mañana.

–Por la mañana.

–Mañana por la mañana, si quieres.

Cuando legaron a casa de los Duroy, los viejos estaban acostados. Madeleine durmió mal; la despertaba cualquiera de los ruidos, para ella nuevos, del campo: el grito del mochuelo, los gruñidos de un cerdo encerrado en una pocilga pegada a la pared, el canto de un gallo que anunció la media noche.

A las primeras luces de la aurora, ya estaba levantada y dispuesta a partir. El equipaje estaba ya preparado.

Cuando George anunció a sus padres que se marchaban, ambos quedaron al pronto sorprendidos, pero en seguida comprendieron de dónde partía aquella determinación.

La madre dijo sencillamente:

–Pronto te volveremos a ver.

–Sí, este verano.

–Entonces, tanto mejor.

La vieja rezongó:

–Te deseo que no tengas que arrepentirte de lo que has hecho.

Para apaciguar su mal humor, George regaló a sus padres doscientos francos. A eso de las diez llegó el coche, que un chicuelo había ido a buscar; los recién casados abrazaron a los ancianos campesinos y se fueron.

Mientras bajaban la cuesta, Duroy se echó a reír.

–¿Lo ves? –dijo–. Ya te lo había anunciado. No debiera haberte presentado al señor y a la señora Du Roy de Cantel, padre y madre.

Ella también se rió, y repuso:

–Ahora estoy muy contenta. Son unas buenas personas, a quienes empiezo a querer, y les enviaré golosinas desde París.

Después añadió:

–Du Roy de Cantel... Ya verás, cómo a nadie le asombran nuestras esquelas de participación de boda. Diremos que hemos pasado ocho días en las posesiones de tus padres.

Y acercándose a él, le rozó con los labios una guía del bigote:

–¡Buenos días, George!

El replicó, poniendo una mano en la cintura de su mujer.

–¡Buenos días, Made!

Al fin divisaron en lo profundo del valle el ancho río, que, bajo el sol de la mañana, se deslizaba como una cinta de plata, las chimeneas de las fábricas, que elevaban al cielo sus nubes de carbón, y los campanarios que se erguían en la vieja ciudad.

II

Hacía dos días que los Du roy habían vuelto a París. El periodista reanudó sus antiguas tareas, en la esperanza de dejar pronto su sección de *Ecos* para asumir definitivamente las funciones de Forestier y dedicarse de lleno a la política.

Aquella noche, a la hora de cenar, regresaba a su casa, que era la misma que ocupara su antecesor, con el corazón lleno de alegría y en vivo deseo de besar a su mujer, a cuyos encantos físicos e invariable dominio estaba del todo sometido. Al pasar por el puesto de una florista, en lo bajo de la calle de Notre Dame de Lorette, se le ocurrió comprar un ramo para Madeleine. Eligió un gran manojo de rosas apenas abiertas, un manojo de perfumados brotes.

En cada descansillo de su nueva escalera, se miraba, complacido en aquellos espejos, cuya vista le recordaba sin cesar su primera visita a aquella casa.

Como se le había olvidado su llave, llamó, y el mismo doméstico, que también había respetado por consejo de su mujer, fue a abrir:

George preguntó:

—¿Ha vuelto la señora?

—Sí, señor.

Al pasar por el comedor, le sorprendió mucho ver tres cubiertos. Alzó la cortina de la sala y vio a Madeleine colocando en el florero que había sobre la chimenea un manojo de rosas muy parecido al suyo. Aquello le contrarió, le puso de mal humor, como si alguien le hubiera robado su idea, su atención y el placer que esperaba de aquellas flores.

—¿Tienes visita? —preguntó al entrar.

Ella respondió, sin volver la cabeza, y continuando el arreglo de sus flores:

—Sí y no. Es mi antiguo amigo, el conde de Vaudrec, que tiene costumbre de comer aquí los lunes, y que viene como antes.

George farfulló:

—¡Ah! Muy bien.

Se quedó en pie, detrás de ella, con su ramo en la mano. Sentía ganas de romperlo, de tirarlo. Sin embargo, dijo:

—Ten. Te traigo unas rosas.

Su mujer se volvió rápidamente:

—¡Ah! —exclamó sonriendo— ¡Qué amable has sido al acordarte de esto!

Y le ofreció los brazos y los labios en un arrebato de placer tan sincero, que él se sintió consolado.

Cogió ella las flores, y las olió con vivacidad de niño travieso, las colocó en el florero que hacía juego con el otro y que estaba vacío. Luego dijo, contemplando el efecto:

—¡Qué contenta estoy! Mira que bonita está mi chimenea.

Y en seguida añadió con convicción:

—Es muy simpático Vaudrec. Verás que pronto íntimas con él. El sonido del timbre anunció al conde. Entró con la misma naturalidad e igual desembarazo que si estuviese en su casa. Después de besar galantemente los dedos de la joven dueña de la casa, se volvió hacia el marido y, tendiéndole cordialmente la mano, le preguntó:

—¿Está usted bien, querido Du Roy?

No tenía el empaque ni la afectada gravedad de antes. Por el contrario, su afabilidad era síntoma de que la situación había cambiado. El periodista, sorprendido,

trató de corresponder amablemente al saludo. A los cinco minutos, cualquiera hubiera creído que se conocían y estimaban desde hacía muchos años.

Madeleine, cuyo rostro estaba radiante, dijo:

–Les dejo a ustedes solos. Tengo que echar un vistazo a la cocina – y salió, seguida por las miradas de los dos hombres.

Cuando volvió, los encontró hablando de teatros, a propósito de una obra nueva, y tan completamente de acuerdo, que sus ojos revelaban la iniciación de una rápida amistad, nacida, sin duda, al descubrir ambos esta absoluta coincidencia de ideas.

Fue una cena deliciosa por lo íntima y cordial. El conde prolongó mucho la velada, pues se encontraba muy a gusto en aquel encantador hogar que acababa de formarse.

Cuando se hubo marchado Madeleine dijo a su marido:

–¿Verdad que es un perfecto caballero? Con el trato gana muchísimo. Ahí tienes lo que se llama un amigo abnegado, leal. ¡Ah! Sin el...

No acabó de formular su pensamiento. George replicó:

–Sí, lo encuentro muy simpático. Creo que nos entenderemos muy bien.

Sin hablar más de aquel asunto, Madeleine dijo:

–¿No sabes? Tenemos que trabajar antes de acostarnos. No tuve tiempo de hablar de esto antes de cenar, porque Vaudrec llegó en seguida. Me han traído, hace poco, graves noticias de Marruecos. Es Laroche-Mathieu, el diputado, el futuro ministro, quien me las ha dado. Es preciso que hagamos un artículo extenso, un artículo sensacional. Tengo datos y cifras. Vamos a ponernos a la tarea... ¡Ea! Coge la lámpara.

Pasaron al despacho.

Los mismos volúmenes se alineaban en la biblioteca, sobre cuya repisa se veían ahora los tres jarrones comprados por Forestier en golfo Juan, la víspera de su muerte, y la bolsa de piel con que el difunto se abrigaba los pies, aguardaba ahora los de Du Roy, que cogió un cortaplumas de marfil algo mordisqueado en la punta por los dientes del otro.

Madeleine se apoyó en la chimenea, encendió un cigarrillo y contó las noticias que tenía. Expuso luego sus ideas y el plan del artículo que imaginaba.

Su marido la escuchaba atentamente y tomaba notas. Cuando ella acabó. George hizo algunas objeciones, volvió a tomar la cuestión desde el principio, la amplió y desarrolló, a su vez, el plan, no de un artículo, sino de toda una campaña contra el Ministerio vigente. Se empezaría precisamente por este ataque.

Su mujer había dejado de fumar. Tal era el interés que en ella despertaban los argumentos de George, y con tal profundidad y clarividencia veía el asunto al apoyarlos.

De cuando en cuando musitaba:

–Sí... sí...; eso es muy bueno..., eso es magnífico..., eso es demasiado fuerte.

Y cuando George hubo a su vez terminado de hablar:

–Ahora, a escribir –dijo Madeleine.

Le tocaba a él el difícil comienzo y buscaba trabajosamente las palabras adecuadas. Entonces ella se le acercó despacio, se inclinó sobre su hombro y, muy bajito, le apuntó una frase al oído. Luego, como si vacilara, o vacilando realmente, preguntó:

–¿Es esto lo que querías decir?

–Sí, exactamente –replicó George.

Su mujer tenía agudos rasgos de ingenio, envenenadas ocurrencias de mujer para herir en lo vivo al presidente del Consejo. Mezclaba las burlas sobre su persona con las relativas a su política con tanta gracia que la risa era inevitable, al mismo tiempo que sorprendía la justeza de la observación.

A veces, Du Roy añadía alguna línea, que hacía más profundo y más eficaz el alcance de un ataque. Poseía, además, el arte de lanzar reticencias malévolas, aprendidas al afilar la intención de los *Ecos*. Y cuando un hecho que Madeleine daba por cierto le parecía dudoso o comprometedor, se daba singular maña para hacerlo adivinar e imponerle a la credulidad con más fuerza que si lo hubiera afirmado.

Cuando el artículo estuvo terminado, George lo leyó en voy alta, declamándolo. Ambos lo juzgaron admirable; sonrieron, encantados y sorprendidos, como si acabasen de descubrirse. Enmudecidos por la admiración y la ternura, se miraron mutuamente al fondo de los ojos y se abrazaron con arrebató, con ardiente amor, que del espíritu se les comunicaba a la carne.

George cogió de nuevo la lámpara y dijo:

—Ahora, a la camita.

—Pase usted primero, señor mío —respondió Madeleine—, ya que usted es quien alumbró el camino.

Pasó, en efecto, y su mujer le siguió haciéndole cosquillas, con la punta de un dedo, en el cuello, entre el nacimiento del pelo y el cuello almidonado para que anduviese deprisa.

El artículo apareció firmado por George Du Roy de Cantel, y fue muy comentado. En la Cámara produjo gran sensación. El viejo Walter felicitó al autor y le encomendó la sección política de *La Vie Française*. Los *Ecos* volvieron a manos de Boisrenard.

Entonces, el periódico inició una hábil y violenta campaña contra el Ministerio que a la sazón regía los destinos del país. El ataque, siempre bien dirigido y basado en hechos concretos, ora irónico, ora severo, era de efecto seguro y de una continuidad que asombraba a todo el mundo. Las demás hojas impresas citaban siempre *La Vie Française* y aún reproducían pasajes enteros de ella, y los hombres que ocupaban el Poder inquirían si, con una prefectura, se podría tapan la boca a aquel desconocido y encarnizado enemigo.

Du Roy se iba haciendo célebre en los círculos políticos. En la fuerza con que le apretaban la mano y en los sombrerazos con que le saludaban, notaba que su influencia crecía. Reconocía, desde luego, la parte que en esto tenía su mujer, quien, con su ingenio, su habilidad para informarse y lo numerosos de sus relaciones, lo llenaba de admiración y pasmo.

Al volver a su casa, casi siempre encontraba en la sala a un senador, un diputado, un magistrado, un general, que se tuteaban con Madeleine con la confianza de antiguos amigos que no excluye el respeto. «¿Dónde había conocido a toda esa gente?», se preguntaba Du Roy. «En la buena sociedad», decía ella. Pero ¿cómo había logrado captarse su confianza, su afecto? Esto es lo que no comprendía.

Con frecuencia, la señora Du Roy volvía a casa muy tarde, a la hora justa de comer. Sin quitarse siquiera el velo, decía:

—Hoy traigo cosa ricas. Figúrate que el ministro de Justicia ha nombrado dos magistrados que han formado parte de la Comisión mixta. Le vamos apegar un palo que le va a dejar recuerdo. Será algo sensacional.

Se le daba palo al ministro, y se le daba otro al día siguiente, y un tercero al subsiguiente. El diputado Laroche-Mathieu, que comía en la calle de Fontaine todos los martes, inmediatamente después de Vaudrec, que iniciaba la semana gastronómica, estrechaba vigorosamente las manos de la mujer y del marido, con demostraciones de un júbilo excesivo, y no cesaba de repetir:

—¡Cristo, que campaña! Si después de esto no triunfamos....

Esperaba, en efecto, el triunfo para hacerse con la cartera de Negocios Extranjeros, que desde hacía mucho tiempo acechaba.

Era uno de esos hombres políticos de muchas caras, sin convicciones, sin grandes medios, sin audacia, sin conocimientos serios, abogado de provincia, hábil equilibrista entre los partidos extremos, una especie de jesuita republicano, monje liberal de dudosa naturaleza, uno de tantos como brotan en el estercolero popular del sufragio universal.

Su maquiavelismo de aldea le daba cierto prestigio entre sus colegas, entre todos esos tipos sin profesión conocida o fracasada en todas, a los que suele hacerse diputados. Era lo suficientemente fulero, lo suficientemente correcto, lo suficientemente desenvuelto, lo suficientemente amable para triunfar. Tenía mucho partido en su mundo en la sociedad heterogénea, turbia y poco fina de los altos empleados en candelero.

Se decía de él doquiera: «Laroche-Mathieu será ministro». Y él creía con más fe aún que los demás que Laroche sería ministro.

Era uno de los principales accionistas del periódico de Walter, y su colega y asociado en varios asuntos financieros.

Du Roy lo apoyaba, vagamente confiado y esperanzado en el porvenir. Después de todo, no hacía más que continuar la obra comenzada por Forestier, a quien Laroche-Mathieu había prometido la cruz de la Legión de Honor para el día del triunfo. La condecoración luciría ahora sobre el pecho del nuevo marido de Madeleine: he aquí el único cambio. Por lo demás, todo se quedaba en casa.

Tan claro se veía esto que los compañeros de Du Roy comenzaron a gastar bromas pesadas que la le iban molestando. No le llamaban más que Forestier. En cuanto llegaba al periódico, cualquier compañero le decía:

—¿Qué cuentas, Forestier?

El fingía no haber oído, mientras buscaba su correspondencia en el casillero. Entonces la voz repetía más alto:

—¡Eh, Forestier!

Y se oían risas ahogadas.

Cuando iba a entrar en el despacho del director, el que lo había llamado así le decía:

—Perdona, chico. Es estúpido, pero ¡qué quieres! Te confundo siempre con el pobre Charles. Y es que tus artículos se parecen extraordinariamente a los suyos. Todo el mundo cae en la trampa.

Du Roy no contestaba, pero enrojecía. Y en su pecho iba naciendo una sorda cólera contra el difunto.

El mismo Walter, cuando, ante él, alguien mostraba su asombro por estas evidentes semejanzas de fondo y de forma entre las crónicas del nuevo redactor político y las del antiguo, declaraba:

—Esto es de Forestier, pero de un Forestier más enterado, más viril y con más nervio.

Otro día, al abrir casualmente Du Roy el armario de los *bilboquets*, vio que los de su predecesor tenían alrededor del mango un crespón negro, y el suyo, el que él utilizaba para adiestrarse en tal juego, bajo la dirección de *Saint-Potin*, una cinta rosa. Estaban colocados por orden de tamaños, y en una cartela, parecida a las que se ven en los museos, alguien había escrito: «Antigua colección de Forestier y Compañía, Forestier-Du Roy, su sucesor, diplomado. Artículos de eterna duración, aplicables a todas las circunstancias, incluso en viaje.»

Sin perder la clama, cerró el armario, y dijo en voz lo suficientemente alta para que todos lo oyesen:

—¡En todas partes hay imbéciles y envidiosos!

Pero estaba herido en su orgullo, herido en su vanidad, la vanidad y el orgullo recelosos del escritor que producen esa susceptibilidad nerviosa siempre en guardia que se advierte lo mismo en el reportero que en el poeta genial.

La palabra «Forestier» le desgarraba el tímpano. Temía oírlo, y, esperándola, notaba que los colores le salían a la cara.

Aquel apellido era para él una burla sangrienta, más aún que una burla, un insulto casi. Aquello quería decir: «Es tu mujer quien hace esto, como era quien hacia lo del otro. Sin ella, no serías nada.»

Admitía sin dificultad que Forestier no hubiese sido nada sin Madeleine; pero él... ¡vamos hombre!

Ya en su hogar la obsesión seguía. Todo en la casa le recordaba al difunto: los muebles, los *bibelots*, cuanto tocaba. En los primeros tiempos, apenas se daba cuenta; pero las pesadas bromas de sus compañeros habían causado en su animo una especie de llaga, y una porción de menudencias, hasta entonces inadvertidas, lo invadían ahora por entero.

No podía tocar un objeto sin ver en seguida sobre él la mano de Charles. No veía ni usaba sino cosas de que en otro tiempo se sirviera el difunto, y que éste había comprado, amado y poseído.

George comenzaba a irritarse incluso al pensar en las antiguas relaciones de su mujer y de su amigo.

A veces, se asombraba de su agitación y se preguntaba: «Pero ¿qué diablos es esto? No tengo celos de los amigos de Madeleine, jamás me preocupa lo que hace, entra y sale a su antojo... Y el recuerdo de ese tonto de Charles me pone nervioso.»

Y añadía mentalmente: «En el fondo, no era más que un cretino. Esto es, sin duda, lo que me ofende. Me molesta que Madeleine hubiera podido casarse con semejante tonto.»

Sin cesar se repetía: «¿Cómo es posible que una mujer como ésta hubiera podido apenar, ni siquiera por unos instantes, con ese animal?»

Su rencor aumentaba cada día en virtud de mil detalles insignificantes que le punzaban como agujas, al evocar el recuerdo del muerto, ya por una frase de Madeleine, bien por una palabra del criado o de la doncella.

Una noche, Du Roy, que era muy goloso, preguntó:

—¿Por qué no hay compota? Nunca la pones.

Su mujer respondió jovialmente:

—¡Ay, es verdad! Nunca me acuerdo. Quizá sea por que Charles la detestaba.

George le cortó la palabra con un gesto de impaciencia que no pudo reprimir:

—Ya me va hartando tanto Charles, ¿sabes? Siempre lo mismo: Charles por aquí, Charles por allá; a Charles le gustaba esto, a Charles le gustaba lo otro. Puesto que Charles ha reventado, dejémosle en paz.

Madeleine miraba con estupor a su marido, sin comprender a qué venía aquella súbita cólera. Como era muy lista, algo adivinó: era, sin duda, efecto del lento trabajo de los celos póstumos, que iban aumentando de segundo en segundo, por todo lo que recordaba al otro. Todo aquello se le antojaba pueril, pero la hería en lo vivo, y no respondía palabra.

Aquella irritación, que no había podido disimular, indignó a George consigo mismo. Pero cuando, aquella misma noche, después de estar preparando los dos sus artículos para el día siguiente, y como le estorbaba la alfombrilla de piel, George la arrojó lejos de sí, de un puntapié, y preguntó riendo:

—¿Es que Charles tenía siempre frío en las patas?

Riendo también, contestó Madeleine:

–Sí. Le aterraba el reuma y no estaba bien del pecho.

Du Roy replicó, con feroz ensañamiento:

–Bien lo demostró, desde luego.

Y añadió, galante, besando la mano de su mujer:

–Felizmente para mí.

Obsesionado con su idea, preguntó todavía al acostarse:

–¿Usaba Charles gorro de dormir para que las corrientes de aire no le enfriaran las orejas?

Ella siguió la broma:

–No. Sólo se ponía un paño en la frente. Las orejas le tenían sin cuidado.

George se encogió de hombros, y dijo, con despectivo gesto de hombre superior:

–¡Qué idiota!

Desde entonces Charles constituyó para Du Roy un tema constante de conversación. Hablaba de él con cualquier motivo, y no le llamaba más que «ese pobre Charles», con gesto de infinita piedad.

Cuando volvía del periódico, después de haberse oído llamar dos o tres veces por el nombre de Forestier, se vengaba persiguiendo al difunto, con rencorosas burlas, hasta el fondo del sepulcro. Recordaba sus ridiculeces, sus pequeñeces, sus defectos; los enumeraba, complacidamente, los aumentaba y exageraba, como si hubiera querido combatir en el corazón de su mujer ola influencia de un temido rival.

Preguntaba, por ejemplo:

–¿Te acuerdas, Madeleine, de aquel día en que el tonto de Forestier se empeñaba en demostrarnos que los hombres gordos son más vigorosos que los delgados?

Otras veces quería saber una porción de detalles relativos a los defectos íntimos, secretos del muerto. Su mujer, a quién esto violentaba, no quería contestarle, pero él insistía, se obstinaba.

–A ver, cuéntame eso. Debía de estar muy gracioso en tales momentos.

Madeleine contestaba, sin mover apenas los labios:

–Vamos, déjalo en paz de una vez.

–No, dime: ¿es verdad que ese animal era muy patoso en la cama?

Y siempre acababa diciendo:

–¡Qué bruto era!

Una noche de fines de junio, George, asomado a la ventana, fumaba un cigarrillo. El calor, sofocante, le hizo entrar en ganas de dar un paseo.

–Madita mía –preguntó–, ¿quieres que vayamos al parque?

–Sí, por cierto.

Tomaron un coche descubierto y recorrieron los Campos Eliseos y la avenida del Bosque de Bolonia. No corría el menor soplo de aire. Era una de esas noches en que la atmósfera de París entra por el pecho con aliento de horno. Un ejército de coches de alquiler conducía, bajo los árboles, cientos de parejas de enamorados. Los vehículos iban y venían, sin cesar, en fila.

George y Madeleine se entretenían mirando aquellas parejas, que enlazadas, pasaban ante ellos en sus coches; la mujer, vestida de claro; el hombre, con traje oscuro. Era un inmenso río de amantes, que se deslizaban bajo el cielo estrellado y ardiente. No se oía más ruido que el sordo rumor de las ruedas sobre la arena. Pasaban y pasaban coches, cada uno con sus dos ocupantes, tendidos sobre el almohadillado asiento, muy juntos, alucinados por el deseo; en impaciente espera a la próxima unión. Las cálidas sombras parecían llenarse de besos. Una sensación de ternura flotante y de amor animal pesaba en el aire y lo hacían más sofocante. Todos aquellos seres, presas del mismo pensamiento, del mismo ardor, expandían en torno suyo un ambiente febril. Todos

aquellos carruajes; sobre los que se dijera que había un revuelo de caricias, dejaban tras sí una ráfaga sensual, sutil y turbadora.

También George y Madeleine se sentían contagiados de aquella ternura. Se miraron dulcemente, con las manos unidas y el pecho un poco oprimido por la pesadez de la atmósfera y la emoción que les embargaba.

Cuando daban la vuelta a las fortificaciones, se besaron. Madeleine, un poco azorada, dijo:

–Somos tan niños como cuando íbamos a Ruán.

La gran corriente de coches se deshizo al entrar en la espesura del Bosque. En el camino de los lagos, que los jóvenes esposos siguieron, la densa noche de los árboles, el aire vivificado por las hojas y por los arroyuelos que corrían bajo el ramaje, cierto frescor que descendía de la amplia bóveda nocturna, tachonada de estrellas, daban a los besos de las rodantes parejas un encanto más penetrante y una sombra más misteriosa.

–¡Oh Made mía! –musitó George.

Y la estrechó contra sí.

Madeleine dijo:

–¿Te acuerdas qué pavoroso era el bosque de tu pueblo? Me pareció que estaba lleno de seres espantosos y que no tenían fin. En cambio, esto es delicioso. Hay caricias en el viento, y Sèvres está al otro lado.

Du Roy respondió:

–¡Bah! en el bosque de mi pueblo no había más que ciervos, zorros, corzos, jabalíes y, de cuando en cuando, por aquí y por allá, la casa de algún guardabosques⁵.

Esta palabra, el apellido del muerto, le sorprendió al salir de su boca, como si alguien lo hubiese gritado en el fondo de la espesura. Calló bruscamente, presa otra vez de aquel extraño malestar, de aquella irritación celosa, roedora, inevitable, que, desde hacía algún tiempo, le amargaba la vida.

al cabo de un minuto, preguntó:

–¿Has venido aquí alguna vez por la noche, como hoy, con Charles?

–Sí, a menudo.

De pronto, sintió deseo de volver a su casa, un deseo impaciente que le excitaba los nervios y le oprimía el corazón. La imagen de Forestier había entrado en su espíritu, lo poseía, lo estrujaba. No podía pensar más que en él ni hablar más que de él.

–Oye, Made... –dijo con acento malévolo.

–¿Qué?

–¿Le pusiste alguna vez los cuernos al pobre Charles?

Ella contestó desdeñosamente:

–¡Qué estúpido te pones a veces con tu manía!

Pero él no cejaba en su idea:

–Vamos, Madita, séme franca, confíesalo: ¿le pusiste los cuernos, di? Confiesa que le has puesto los cuernos.

Madeleine callaba, ofendida, como todas las mujeres, por esa pregunta.

Du Roy, obstinado, prosiguió:

–Si alguien ha tenido una cabeza a propósito, era él, sin duda. ¡Oh, sí! ¡Oh, sí! ¿Cómo me divertiría saber que Forestier fue cornudo! ¡Eh! Que facha más ridícula.

Observó que su mujer sonreía, movida, quizá, por algún recuerdo, e insistió:

–Ea, dímelo todo. ¿Qué importancia tiene eso? Al contrario, tendría mucha gracia que me confesaras que le engañaste, que me lo confesaras a mí.

⁵ Guardabosques, en francés, *forestier*. De aquí un juego de palabras que en nuestro idioma no tiene traducción.

Temblaba de impaciencia, con la esperanza y el deseo de sabe que Charles, el odioso muerto, el muerto aborrecido, el muerto execrado, llevó aquellos escarneadores adornos frontales. Pero otra sensación, más confusa, aguijoneaba su deseo de saber.

–Madita, Made –repetía–, dímelo, te lo ruego. Ahí tienes uno que no los habría notado. Hubieras hecho muy mal en no ponérselos. Vamos, Made, confiesa.

A ella, sin duda, le hacía gracia aquella insistencia, pues se reía, con una risita breve y entrecortada.

George había acerado los labios al oído de su mujer.

–Vamos, vamos, confiésalo.

Madeleine se separó rápidamente, y dijo con brusquedad.

–Pero ¿tú crees que se puede contestar a semejantes preguntas?

Lo dijo en tono tan singular, que su marido sintió que le corría frío por las venas, y se quedó aturdido, asustado, un poco jadeante, como si hubiera sufrido una conmoción moral. No sabía qué hacer ni qué decir.

Entre tanto, el coche bordeaba el lago, donde el cielo parecía desgranar sus estrellas. Dos cisnes nadaban lentamente, casi invisibles, en la sombra.

George gritó al cochero:

–¡Vuelva usted!

Y el carruaje dio, en efecto, la vuelta y atravesó la fila de los demás, que iban al paso, y cuyas farolas parecían relumbrantes ojos, en la oscuridad de la noche.

Permanecía inmóvil, con los brazos cruzados y los ojos levantados al cielo, excesivamente agitado para reflexionar todavía. Tan sólo advertía cómo fermentaba el rencor y crecía la cólera que en el corazón del macho son siempre los caprichos del deseo femenino. Por primera vez sentía esa vaga angustia del esposo que sospecha. Estaba celoso, en fin, celoso por el muerto, celoso de extraña y punzante manera, en que ahora entraba, súbitamente, el odio hacia Madeleine. Puesto que había engañado al otro, ¿qué confianza había de tener en ella?

Poco a poco, su espíritu se iba serenando y endureciendo contra aquel sufrimiento. «Todas las mujeres –pensaba – son unas zorras. Hay que aprovecharse de ellas y no darles nada de uno.»

La amargura le subía del corazón a los labios en palabras de menosprecio y aversión. Pero no las dejó salir. «El mundo es de los fuertes –se decía–. Hay que ser fuerte; hay que estar por encima de todo.»

El coche iba ahora más de prisa. Pasó otra vez ante las fortificaciones. Du Roy contemplaba ante sí la rojiza claridad del cielo, semejante a la lumbre de una fragua desmesurada, y oía un rumor confuso, inmenso, continuo, hecho de ruidos numerosos y diversos, un rumor sordo, a la vez próximo y lejano, una vaga y enorme palpitación de vida, el aliento de París, que respiraba, aquella noche de estío, como un coloso rendido de fatiga.

George pensaba: «Sería estúpido criar bilis. Cada cual sólo debe preocuparse de sí mismo. La fortuna ayuda a los audaces. No hay más que egoísmo. Sólo que el egoísmo que nace de la ambición y el deseo de triunfar es preferible al egoísmo que inspiran las mujeres y el amor.»

A la entrada de la ciudad, el Arco de la Estrella se erguía apoyado en sus jambas como un gigante informe que se dispone a echar a andar por la avenida que se abre ante él.

George y Madeleine se encontraron otra vez con el desfile de carruajes que volvían llevando hacia el nido, hacia el deseado lecho, a la eterna pareja, silenciosa y enlazada. Se dijera que la Humanidad entera pasabas rozándolos, ebria de júbilo, de placer y de felicidad.

Madeleine, que había adivinado algo de lo que ocupaba el ánimo de su marido, preguntó con su dulce voz:

–¿En qué piensas, amigo mío? Hace ya media hora que no me diriges la palabra.

–Pienso –respondió él, sonriendo irónicamente– en todos esos imbéciles que se abrazan y se besan, y me digo que hay algo mejor que hacer en la existencia.

Su mujer respondió:

–Sí..., pero esto, a veces, está bien.

–Está bien..., está bien... cuando no hay nada mejor que hacer.

El pensamiento de George seguía desnudando a la vida de su velo de poesía en una especie de rabia maligna: «Buen tonto sería en disgustarme, en privarme de algo, en incomodarme en atormentarme, en seguirme royendo el alma, como lo vengo haciendo desde hace algún tiempo.» La imagen de Forestier se le presentó de nuevo, sin producirle ahora irritación alguna. Le pareció que acababa de reconciliarse, que volvían a ser amigos y le dieron ganas de decirle: «Buenas noches, viejo.»

Madeleine, a quien este silencio incomodaba, propuso:

–Si antes de volver a casa tomásemos un helado en Tortoni...

El la miró de reojo. Su fino perfil de rubia se mostraba iluminado por una guirnalda de luces de gas que anunciaba un café cantante.

Du Roy pensó: «¡Está bonita, caramba! ¡Bah! Tanto mejor. Tal para cual. Pero cuando yo vuelva a pasar un mal rato por tí, criarán pelo las ranas.»

Al fin respondió:

–Eso me parece muy bien, querida.

Y dando el brazo a su mujer para bajar la escalera del café, sonrió, con su sonrisa de siempre.

III

Al día siguiente, al entrar en el periódico, Du Roy se dirigió a Boisrenard.

–Mi querido amigo –le dijo–, tengo que pedirle un favor. Desde hace algún tiempo, algunos compañeros encuentran divertido llamarme Forestier. Ya me va cansando la broma. Ten la bondad de prevenir, amablemente, a esos camaradas que abofetearé al primero que, en lo sucesivo, se permita esa guasa. En ellos está pensar si vale la pena exponerse a una estocada. Me dirijo a ti por que eres un hombre sereno, que sabe evitar los extremos violentos, y también porque me serviste de padrino en otra ocasión.

Boisrenard se encargó de aquella comisión y Du Roy salió para hacer algunas diligencias. Volvió una hora después y nadie le llamó Forestier.

Cuando volvió a su casa oyó en la sala voces de mujer.

–¿Quién está ahí? –preguntó.

La señora de Walter y la señora de Marelle –le contestó el criado.

George sintió que el corazón le latía un poco más de prisa. «Bueno, ya veremos», se dijo abriendo la puerta.

Clotilde estaba a un lado de la chimenea y en la zona luminosa de un rayo de sol que entraba por la ventana. A George le pareció que, al verle, palidecía un poco. Luego de haber saludado a la señora de Walter y a sus dos hijas, sentadas, como dos centinelas, una a cada lado de su madre, Du Roy se dirigió a su ex amante. Esta le tendió su mano, que él estrechó con intención, como si dijese: «La amo a usted todavía.» Ella correspondió a esta presión.

George preguntó:

–¿Le ha ido a usted bien durante el siglo que llevamos sin vernos?

Clotilde respondió con desenvoltura:

–Sí. ¿Y a usted, *Bel Ami*?

Y volviéndose hacia Madeleine, dijo:

–¿Me permites que le siga llamando *Bel Ami*?

–Desde luego, querida. Yo permito cuanto tú quieras –repuso Madeleine, con cierto matiz de disimulada ironía.

La señora de Walter hablaba de una fiesta que Jacques Rival iba a dar en su piso de soltero. Se trataba de un asalto de armas, al que asistirían muchas damas del gran mundo.

–Será muy interesante –decía–, pero estoy desolada, porque no tenemos quien nos lleve. Mi marido está fuera para entonces.

Du Roy se ofreció en seguida, y la señora de Walter aceptó.

–Mis hijas y yo le quedaremos muy agradecidas –dijo.

George contemplaba a la menor de las señoritas de Walter y se decía: «No está mal del todo esta Susanita.» Parecía una muñeca rubia y quebradiza, demasiado bajita, pero esbelta; tenía la cintura muy estrecha, bien proporcionados el pecho y las caderas, carita de miniatura, ojos de esmalte, de un azul grisáceo, agrandados por el lápiz con tonos y matices que parecían obra de un pintor minuciosos y fantaseador; la piel era muy blanca, tersa, suave, compacta, sin granos, tintes y afeites, y los cabellos crespos, rizosos, una leve maraña, hábilmente revuelta, una encantadora nube que se asemejaba, en efecto, a las cabelleras de las lindas muñecas de lujo que se veían pasar en brazos de las chiquillas, mucho menos altas que su juguete.

La hermana mayor, Rose, era fea, lisa como una tabla, insignificante. Una de esas muchachas en las que nadie se fija, a quien nadie habla y de quien nadie se ocupa.

La madre se levantó, y dirigiéndose a Du Roy le dijo:

–De modo que cuento con usted para el jueves, a las dos de la tarde.

–No faltaré, señora –respondió galantemente George.

En cuanto se hubo marchado, la señora de Marelle se levantó, a su vez.

–Hasta la vista, *Bel Ami*.

Fue ella entonces quien le dio un expresivo y prolongado apretón de manos. George se sintió conmovido por aquella silenciosa confesión, súbitamente enamorado otra vez de aquella burguesita bohemia y buena muchacha, a la que acaso quería de veras.

«Mañana iré a verla», pensó.

Apenas quedó solo frente a su mujer, Madeleine se echó a reír con una sonrisa franca y gozosa, y mirándole fijamente, dijo:

–¿Sabes que has inspirado una pasión a la señora de Walter?

El respondió, incrédulo:

–¡Vamos, mujer!

–Que sí, hombre, te lo aseguro. Me ha hablado de ti con un entusiasmo loco, cosa rara en ella. Quisiera encontrar dos maridos como tú para sus hijas. Felizmente, en ella nada de esto tiene importancia.

George no comprendía lo que con esto quería decir su mujer.

–¿Cómo que no tiene importancia? –preguntó.

Madeleine replicó con la convicción de una mujer segura de sus juicios:

–¡Oh! La señora de Walter es una de esas mujeres de las que jamás se ha murmurado: lo que se dice jamás, jamás. Es intachable en todos los aspectos. A su marido le conoces tan bien como yo; pero ella es otra cosa. Desde luego, le ha costado muchos sufrimientos el haberse casado con un judío; pero le ha sido siempre fiel. Es una mujer honrada.

Du Roy quedó sorprendido.

–Yo creí que también ella era judía –dijo.

–Nada de eso. Es una señora parisiense que interviene en todas las obras piadosas de la Madeleine. Está casada por la Iglesia.

George dijo:

–¡Ah!... ¿De modo... que... le soy simpático?

–Positivamente, y del todo. Si no estuvieses ya comprometido, te aconsejaría que pidieras la mano de Suzanne. La de Suzanne mejor que la de Rose, ¿verdad?

George respondió, retorciéndose el bigote:

–¡Eh! Tampoco la madre es despreciable todavía.

Madeleine dijo con impaciencia:

–Con la madre no cuentas, ¿sabes, nenito? Por esa parte estoy bien tranquila. A sus años no se comete la primera falta. Hay que decidirse antes.

George pensaba: «¡Si fuese verdad que me hubiese podido casar con Suzanne!»

Se encogió de hombros. «¡Bah! ¿Acaso el padre me hubiera aceptado nunca?»

Se prometió a sí mismo observar en adelante con más atención la actitud de la señora de Walter con respecto a él, sin preguntarse de momento qué ventaja podría sacar de ello.

Durante toda la noche, Du Roy se vio perseguido por los recuerdos de sus amores con Clotilde, recuerdos tiernos y sensuales al mismo tiempo. Evocaba sus ocurrencias, sus gracias, sus travesuras, y sin cesar se repetía:

«¡Es verdaderamente deliciosa! ¡Oh! Mañana iré a verla.»

En efecto, al día siguiente, después de almorzar, fue a la calle de Verneuil. La misma criada de antaño le abrió la puerta, y con esa confianza peculiar a las domésticas de la clase media, le preguntó:

–¿Está usted bien, señor?

George replicó:

–Muy bien, hija mía.

Entró en la sala, donde una mano torpe hacía escalas en el piano. Era Laurine. Du Roy creyó que le saltaría al cuello; pero la niña se levantó con gravedad, saludó ceremoniosamente, como lo hubiese podido hacer una persona mayor, y se retiró con mucha dignidad. Tenía tal aire de mujer ultrajada, que George se quedó sorprendido.

Entró la madre y le tomó y besó las manos.

–¡Cuánto he pensado en usted! – le dijo.

– Y yo en usted – respondió ella.

Se sentaron y sonrieron, mirándose fijamente y con deseos de besarse en los labios.

–Clotita mía, la amo.

–Y yo a usted.

–Entonces... entonces... ¿no me tomaste aborrecimiento?

–Sí y no. Al principio, aquello me dio mucha rabia. Pero luego comprendí tus razones, y me dije: «¡Bah! Un día u otro volverá a buscarme.»

–No me atrevía a volver. Me preguntaba cómo sería recibido. No me atrevía, pero buenas ganas me daban. A propósito, dime ¿qué le pasa a Laurine? Apenas me ha dado los buenos días y se ha ido furiosa.

–No lo sé; pero desde tu matrimonio no se le puede hablar de ti. Voy creyendo que está celosa.

–¡Qué cosas tienes!

–Pues sí, querido. Ya no te llama *Bel Ami*. Te llama «el señor Forestier».

George enrojeció. Luego, acercándose a Clotilde, dijo:

–Dame esa boca.

Ella se la ofreció.

–¿Dónde podremos vernos ahora? –preguntó el joven.

–Pues... en la calle de Constantinopla.

–¿No está alquilado el piso?

–No. Lo he conservado yo.

–¿Que tú lo has conservado?

–Sí. Siempre pensé que volverías. Jamás desesperé de recobrarte.

Una bocanada de orgullosa alegría le llenó el pecho. Clotilde le amaba, pues, con amor verdadero, constante, profundo.

–Te adoro –murmuró–. ¿Y tu marido?

–¡Oh! Bien. Acaba de pasar un mes aquí. Anteayer se fue.

Du Roy no pudo menos de decir:

–¡Qué peso tienes con él!

–Sí, mucho. Pero cuando está aquí, no molesta demasiado. Digo, tú lo sabes.

–Verdaderamente. Por lo demás, es un hombre encantador.

–Y a ti –preguntó Clotilde–, ¿qué tal te va en tu nueva vida?

–Ni bien ni mal. Mi mujer es una camarada, una asociada.

–¿Nada más?

–Nada más. En cuanto a mi corazón...

–Comprendido. Es muy bonita, sin embargo.

–Sí, pero a mí no me dice nada.

Se acercó más a Clotilde y susurró:

–¿Cuándo volveremos a vernos?

–Pues... mañana..., si quieres.

–Sí, mañana. ¿A las dos?

–A las dos.

George se levantó para marcharse.

–Oye –balbució un poco azorado–, voy a tomar otra vez para mi el piso de la calle de Constantinopla. Lo quiero así, ¿sabes? No faltaría más sino que lo pagases tú.

Ahora fue ella quien le besó las manos en actitud de adoración, murmurando:

–Haz lo que quieras. A mí me basta haberlo conservado para que podamos vernos de nuevo en él.

Du Roy se fue muy satisfecho.

Al pasar ante el escaparate de un fotógrafo, el retrato de una señora alta, de ojos grandes, le recordó a la señora de Walter. «Es igual a ésta –se dijo–; no debe de estar mal todavía. ¿En qué consistirá que nunca me había fijado en ella? Tengo ganas de ver que cara me pone el jueves.»

Sin dejar de andar se frotaba las manos con íntima alegría, la alegría que proviene de la buena fortuna con las mujeres, la alegría egoísta del hombre listo que triunfa, la sutil alegría hecha de vanidad halagada y sensualidad satisfecha que da la ternura femenina.

Llegado el jueves, George dijo a Madeleine:

–¿No vienes a ese asalto en casa de Rival?

–¡Oh, no! Eso apenas me divierte. Iré a la Cámara de los Diputados.

Du Roy fue a buscar a la señora de Walter en un landó descubierto, pues hacía un tiempo admirable.

Se sorprendió al verla: tan bella y tan joven estaba. Lucía un vestido blanco, cuyo cuerpo, un poco abullonado, dejaba adivinar, bajo el encaje de seda, la hinchida curva de los senos. Nunca le había parecido tan lozana. La juzgó verdaderamente apetitosa. Apacible y digna, como siempre, su aspecto de buena mamá hacía que pasase casi inadvertida a los ojos de los hombres. Apenas hablaba sino para decir cosas corrientes, razonables y sensatas, como convenía a sus ideas de orden, metódicas, aseguradas para todos los excesos.

Su hija Suzanne, completamente vestida de rosa, parecía un Wateau recién pintado, y la hermana mayor podía pasar por la señorita de compañía de aquel lindo muñeco.

Ante la puerta de Rival, se hallaba estacionada una fila de coches. Du Roy ofreció el brazo a la señora de Walter, y ambos entraron.

El salto se daba a beneficio de los huérfanos del sexto distrito de París, y estaba patrocinado por las esposas de todos los senadores y diputados que tenían alguna relación con *La Vie Française*.

La señora de Walter había prometido ir con sus dos hijas, pero no quiso figurar entre las damas que constituían el patronato, pues no prestaba su nombre más que a las obras emprendidas por el clero. Y no porque fuese muy devota, sino porque su matrimonio con un israelita la obligaba ante ella misma a cierta ostentación religiosa; y la fiesta organizada por el periodista tenía una a modo de significación republicana que podía hacerla parecer anticlerical.

Tres semanas antes se leía en los periódicos de todos los matices:

«Nuestro ilustre compañero en la Prensa Jacques Rival ha tenido la feliz y generosa iniciativa de organizar, a beneficio de los huérfanos del sexto distrito de París, una fiesta en la linda sala de armas que tiene en su piso de soltero.

Las invitaciones serán hechas por las señoras de Laboigne, Remontel y Rosselin, esposas de los senadores de los mismos apellidos, y las de los conocidos diputados señores Laroche-Mathieu, Percerol y Firmin. Durante uno de los descansos se hará una cuestación, cuyo importe será inmediatamente entregado a la primera autoridad municipal del distrito o a la persona que la represente.»

Era un reclamo «monstruo», urdido en provecho propio por el sagaz periodista.

Jacques Rival recibía a los que iban llegando en la antesala de su piso, donde había preparada una merienda cuyos gastos eran con cargo a los ingresos que se obtuviesen.

Con amable ademán indicaba la escalerita por donde se bajaba a la cueva en que había instalado la sala de armas y el tiro de pistola.

–Bajen ustedes, señoras y señores –decía–; bajen ustedes. El asalto se celebrará en los sótanos.

Cuando llegó la mujer de su director se precipitó a su encuentro. Luego, estrechando la mano de Du Roy le dijo:

–Buenas tardes, *Bel Ami*.

El otro, sorprendido, repuso:

–¿Quién le ha dicho que...?

Rival le cortó la palabra:

–La señora de Walter, aquí presente, y que encuentra muy bonito ese apodo.

La señora de Walter enrojeció.

–Le confieso a usted –dijo– que si le hubiese conocido antes hubiese hecho como Laurine: Le habría llamado *Bel Ami*. Le va muy bien ese nombre.

Du Roy contestó, riendo:

–Hágalo así, señora, se lo ruego.

La dama bajó los ojos.

–No –dijo–. No tenemos suficiente confianza para eso.

George murmuró:

–¿Me permite esperar que algún día la tendremos?

–Bueno, ya veremos –dijo ella.

El joven desapareció por la estrecha escalera, alumbrada por un mechero de gas. La brusca transición de la luz del día a aquella claridad amarillenta, tenía algo de lúgubre. Por los peldaños en caracol salía un olor a subterráneo, a cálida humedad, a moho de paredes lavadas para aquella ocasión; ascendían, asimismo, ráfagas de benjuí, que recordaban los sagrados oficios, y emanaciones femeninas de Lubin, verbena, iris y violetas.

Por aquel hueco llegaba gran rumor de voces, un zumbido de inquieta muchedumbre.

La cueva estaba iluminada con guirnaldas de mecheros de gas y farolillos a la veneciana, ocultos bajo el follaje que tapizaba los salitrosos muros. La bóveda estaba adornada con helechos y el suelo alfombrado de hojas y flores.

Todo esto parecía encantador, deliciosamente fantástico. En el sotanillo del fondo, habían dispuesto una plataforma para los tiradores, con dos filas de sillas para los jueces. Y en la cueva grande se alineaban, de diez en diez, a derecha e izquierda, cerca de doscientas banquetas. Pero los invitados eran cuatrocientos.

Ante la plataforma, varios jóvenes, en traje de asalto, con los miembros tensos, la cintura doblada, el bigote enhiesto, tomaban ya actitudes de combate. Se los llamaba por su nombre, se designaba a los maestros y a los aficionados, entre los que figuraban todas las notabilidades de la esgrima. Alrededor de ellos, charlaban unos señores de levita, jóvenes y viejos, que tenían cierto aire de familia con los tiradores. Procuraban también ser vistos, reconocidos y nombrados. Eran los príncipes de la espada, vestidos de paisano, los maestros del botonazo.

Casi todas las banquetas estaban ocupadas por mujeres que levantaban gran revuelo de faldas y un vasto rumor de voces... Se abanicaban como en el teatro, porque en aquella gruta subterránea hacía un calor de horno. Algún guasón gritaba de cuando en cuando: «¡Horchata! ¡Limonada! ¡Cerveza!»

La señora de Walter y sus hijas ocuparon los asientos que les habían reservado, en primera fila. Después de dejarlas acomodadas, Du Roy hizo ademán de marcharse.

—Me veo obligado a dejarlas —dijo—; los hombres no podemos ocupara las banquetas. Están reservadas para las señoras.

Pero la señora de Walter contestó, vacilando:

—Quisiera que no se marchase usted para que vaya usted nombrándome los tiradores. Mire: si se queda en pie ahí, en la esquina de ese banco, no molestará a nadie.

Y al decir esto, miraba dulcemente a Du Roy.

—Vamos —insistió—, quédese con nosotros... señor *Bel Ami*. Le necesitamos.

George contestó:

—Obedeceré con mucho gusto, señora.

Por todas partes se oía: «Es muy graciosa esta cueva, muy mona.»

¡Bien conocía George aquel salón abovedado! Se acordaba de la mañana que había pasado allí la víspera de su duelo, completamente solo, frente a un cartón que, desde el fondo del segundo sótano, lo contemplaba como un ojo enorme y temible.

Se oyó la voz de Jacques Rival, que venía de la escalera.

—¡Vamos a empezar, señoras! ¡Atención! Vamos a empezar.

Y seis caballeros de levitas muy ajustadas, para que resaltase más el tórax, subieron a la plataforma y se sentaron en las sillas destinadas al Jurado.

Sus nombres circulaban entre los espectadores: el general Raynaldi, presidente, un señor bajito y con unos bigotes muy grandes; el pintor Joseph Roudet, alto, calvo, con luenga barba; Mathieu de Ujar, Simón Ramoncel, Pierre de Garvin, los tres jóvenes y elegantes, y Gaspar Merleron, maestro de esgrima.

A ambos lados fueron colocadas sendas cartelas. La de la derecha decía: «Señor Crévecouer», y la de la izquierda: «Señor Plumeau».

Eran dos maestros, dos buenos maestros de segunda fila. Ambos eran secos, tenían cierto aire militar y ademanes hartos duros. Hicieron, como autómatas, el saludo de armas y comenzaron a atacarse mutuamente. Con sus blancos trajes de tela y gamuza parecían dos pierrrots-soldados que se batieran por broma.

De vez en cuando se oía la palabra «¡tocado!» y los jueces adelantaban la cabeza con gesto de inteligentes en la materia. El público no veía más que dos marionetas vivas que se agitaban y extendían el brazo. No comprendía nada, pero estaba satisfecho. Sin embargo, aquellos dos fantoches no le hacían mucha gracia y los encontraba vagamente ridículos. Recordaban a los luchadores de madera que se venden, el día de Año Nuevo, en los bulevares.

Los dos primeros luchadores fueron reemplazados por los señores Plantón y Carpín, maestro civil e uno y militar el otro. Plantón era muy bajito y Carpín muy gordo. Se hubiera dicho que el primer floretazo desinflaría aquel globo como a un elefante de goma. Hubo risas. El señor Plantón saltaba como un mono; el señor Carpín

no movía más que el brazo, pues a causa de su gordura no podía mover el resto del cuerpo. Cada cinco minutos se tiraba a fondo y echaba hacia adelante todo su peso con tal ímpetu, que parecía haber tomado la resolución más enérgica de su vida. Luego le costaba mucho trabajo volver a erguirse.

Los peritos estimaron su juego muy seguro y muy cerrado. Y el público, crédulo, lo estimó también así.

Vinieron luego los señores Porión y Lapalme, maestro y aficionado, respectivamente, que se entregaron a una desenfrenada gimnasia corriendo el uno alrededor del otro con verdadera furia, obligando a los jueces a huir con sus sillas a cuestas, atravesando y volviendo a atravesar la plataforma, el uno avanzando, retrocediendo el otro con vigorosos y cómicos saltos. Daban también brinquitos hacia atrás que hacían reír a las damas, y largas zancadas hacia adelante que, a pesar de todo, emocionaban un poco. Este asalto a paso gimnástico fue resumido por una voz, que gritó: «A ver si os dais de vera, que ya es hora!» La concurrencia, molesta por tal falta de gusto, hizo «¡chis!». El dictamen de los expertos fue conocido en seguida: los tiradores habían demostrado gran vigor y a veces falta de táctica.

La primera parte terminó con un interesante paso de armas entre Jacques Rival y el famoso profesor belga Lebegne. Rival gustó mucho a las señoras. Era realmente un guapo mozo, bien plantado, esbelto, ágil y más garboso que cuantos le habían precedido en su manera de mantenerse en guardia y tirarse a fondo; se advertía cierta elegancia mundana, que contrastaba con el estilo enérgico, pero un poco vulgar, de su adversario. «Se ve el hombre bien educado», decían todos.

Tuvo un gran éxito y fue muy aplaudido.

Al cabo de unos minutos se oyó en el piso de arriba un gran ruido que intrigó a los espectadores. Era un rumor de pisadas acompañado de sonoras risas. Los doscientos invitados que no habían podido acomodarse en la cueva se divertían, sin duda, a su modo. En la angosta escalera de caracol se amontaban hasta cincuenta hombres. Abajo, el calor era terrible. Se oían voces de «¡aire, aire!» El mismo guasón de antes daba agudos gritos que dominaban el vasto rumor de la concurrencia: «¡Horchata! ¡Limonada! ¡Cerveza!»

Rival salió a la plataforma. Estaba aún muy sofocado y seguía vistiendo su traje de esgrima.

–Voy a ordenar que les sirvan a ustedes un refresco –anunció, y corrió a la escalera.

Pero la comunicación con su piso estaba interceptada. Hubiese sido más fácil penetrar por el techo que atravesar la muralla humana que obstruía el paso por los peldaños.

Rival gritaba:

–¡Déjenme pasar! Voy por helados para las señoras.

Cincuenta voces gritaron: «¡Helados!» Al fin apareció una bandeja, pero no llevaba más que copas vacías. Los refrescos habían desaparecido en el camino.

Un vozarrón berreó: «¡Ahí dentro se ahoga uno! ¡Acabad de una vez, y vámonos!»

Otro chilló: «¡La colecta!», y el público, que apenas podía respirar, pero alegre, a pesar de todo, repitió: «¡La colecta, la colecta, la colecta!»

Seis señoras comenzaron a recorrer las filas de banquetas. Se oía el leve rumor de las monedas al caer en las bolsas que presentaban.

Du Roy iba diciendo a la señora de Walter los nombres de la gente conocida. Eran hombres de mundo, periodistas; los de los grandes periódicos, de los periódicos antiguos, que miraban de algo abajo a *La Vie Française*, con cierta reserva, hija de su experiencia. ¡Habían visto morir tantas de esas hojas político-financieras, hijas de

turbias combinaciones y arrastradas por la caída de un Ministerio! Había también allí pintores y escultores, que son, por lo general, aficionados a los deportes; un poeta académico, que se mostraban unos a otros; dos músicos y muchos aristócratas extranjeros, cuyos apellidos silabeaba Du Roy: Rast, que quería decir Rastacuero, para imitar a los ingleses, que añaden un *esq*: a sus nombres en las tarjetas de visita.

Alguien lo saludó:

–Buenas tardes, mi querido amigo.

Era el conde de Vaudrec. Du Roy se excusó con las damas y fue a estrecharle la mano.

Volvió en seguida y afirmó:

–Este Vaudrec es verdaderamente encantador. Huele a aristócrata a mil leguas.

La señora de Walter no contestó. Su pecho se henchía trabajosamente al recibir el aire de los pulmones. Esto atrajo la mirada de Du Roy, que, de vez en cuando, se encontraba con la directora, azorada, indecisa, y que, sin motivo alguno, se posaba en él para rehuirlo luego.

Los postulantes seguían pasando sus bolsas, ya llenas de plata y oro. En el estrado apareció una nueva cartela, donde se leía: «Gran sorpresa». Los miembros del Jurado ocuparon sus puestos, entre la natural expectación.

Salieron dos mujeres, florete en mano y en traje de armas: mallas muy ajustadas, de faldas que apenas les cubrían medio muslo y petos tan abultados, que las obligaban a tener la cabeza erguida. Ambas eran jóvenes y bonitas. Sonrieron al saludar a la concurrencia, que las ovacionó largamente.

Las combatientes se pusieron en guardia entre murmullo de piropos y cuchicheo de chistes.

Una leve y unánime sonrisa se dibujaba en los labios de los jueces, que aprobaban cada botonazo con «bravos» casi en voz baja.

Al público le gustaba mucho este asalto, y así se lo atestiguaba a las dos rivales, que encendían el deseo de los hombres y despertaban en las mujeres la innata afición del pueblo parisiense a las amables travesuras, a la elegancia un poco chulona, a la bella postiza y la gracia falsificada de las artistas de café cantante.

Cada vez que una de las muchachas se tiraba a fondo, el público se estremecía de gozo. La que volvía la espalda al público –una espalda bien llenita, por cierto– tenía a los espectadores con la boca abierta y los ojos encandilados, y no precisamente por su juego de muñeca.

Se las aplaudió frenéticamente.

Siguió a este asalto uno de sable; pero nadie se fijó en él, porque la atención de todos estaba pendiente de lo que ocurría en el piso superior. Desde hacía unos minutos se oía un gran ruido de muebles que eran arrastrados por el suelo, como en las mudanzas. De pronto los acordes de un piano atravesaron el techo y se oyó un rítmico rumor de pies que saltaban llevando el compás. La gente de arriba se estaba dando un baile para desquitarse de no ver nada de lo que abajo acontecía.

En la sala de armas estallaron grandes carcajadas. Luego el deseo de bailar se apoderó de las mujeres, que no volvieron a ocuparse de lo que pasaba en el estrado y empezaron a hablar a gritos.

Esta idea de organizar un baile que tuvieron los rezagados pareció muy divertida. No debían de aburrirse, ciertamente, arriba. Y todos los de abajo hubiesen querido estar allí. Pero ya dos nuevos adversarios saludaban y caían en guardia con tal autoridad, que todas las miradas siguieron sus movimientos.

Se tiraban a fondo y volvían a erguirse con gracia elástica y mesurado ímpetu; y con tal seguridad en sus fuerzas, tal sobriedad de gestos, tan correcta apostura y juego tan ponderado, que la indocta muchedumbre quedó sorprendida y encantada.

Su serena presteza, su cauta agilidad y sus rápidos ataques y contraataques, tan bien calculados que parecían lentos, atraían y cautivaban las miradas con ese irresistible poder que por sí misma tiene la perfección. El público se daba cuenta de que estaba presenciando un espectáculo de rara belleza, de que dos grandes artistas le ofrecían lo mejor de su arte con la habilidad, con el juego hábil y sagaz, el cálculo y la destreza que únicamente los maestros poseen.

Nadie hablaba ya: tal era la atención con que todos seguían el combate. Cuando, después del último botonazo, los dos adversarios se estrecharon la mano, estalló una tempestad de aclamaciones, hurras, bravos y aplausos. Todo el mundo conocía sus nombres: eran Sergent y Ravicnac.

Los ánimos más exaltados sentían ganas de armar camorra. Los hombres miraban a sus vecinos con deseos de disputa. En una sonrisa se veía una provocación. Quienes nunca habían tenido un florete en la mano fingían con el bastón ataques y paradas.

La gente empezó a subir, poco a poco, la estrecha escalera. Al fin llegaba la hora de beber. Pero esta esperanza se convirtió en indignación cuando se supo que los del baile habían acabado con todo y se habían ido, manifestando que no se saca a doscientas personas de sus casas para no dejarles ver nada.

No quedaba ni un pastel, ni una gota de champaña, ni de cerveza, ni un bombón, ni una fruta: nada, nada, nada. Aquello había sido un verdadero saqueo, una devastación, una *limpieza* total.

Todos querían saber detalles e interrogaban a los criados, que ponían una cara muy triste para disimular sus ganas de reír. «Las señoras –decían– eran las más ansiosas y han comido y bebido hasta ponerse malas.» Se diría que era el relato de los superviviente al saqueo y asolamiento de una ciudad invadida por los bárbaros.

Ya no cabía más que marcharse. Algunos caballeros se lamentaron de haber dado veinte francos para la colecta. Les indignaba que los de arriba se hubiesen atracado de todo sin soltar un céntimo.

Las damas del patronato habían recaudado más de tres mil francos. Descontados los gastos, quedaban libres mil ciento veinte para los huérfanos del sexto distrito de París.

Du Roy, que acompañaba a las de Walter, esperaba el landó. Ya en el coche, y sentado frente a la directora, su mirada tropezó con la de ella, acariciante, furtiva y, al parecer, azorada. «¡Diantre! –pensó–. Me parece que a ésta le voy gustando.» Y sonrió, reconociendo que tenía mucho partido con las mujeres. Desde que había reanudado sus tiernas relaciones, la señora de Marelle daba muestras de amarlo frenéticamente.

Llegó a su casa de muy buen humor. Madeleine le esperaba en la sala.

–Te traigo noticias –dijo–. La cuestión de Marruecos se complica. Bien pudiera ocurrir que, de aquí a unos meses, Francia tuviese que hacer allí una demostración militar. En todo caso, esto va a servir de pretexto para derribar al Gobierno. Laroche aprovechará la ocasión para atrapar la cartera de Negocios Extranjeros.

Du Roy, por llevar la contraria a su mujer, fingía no creerla. No estarían lo bastante locos para reincidir en la torpeza de Túnez.

Madeleine se encogió, impacientemente, de hombros:

–¡Te digo que sí! ¡Te digo que sí! ¿No comprendes que en este asunto les va mucho dinero? Hoy, querido amigo, cuando se trata de maniobras políticas, no hay que decir: «Buscad a la mujer», sino «Buscad el negocio».

George, para excitarla más, contestó con un «¡Bah!» despectivo.

Ella se irritó, en efecto, y repuso:

–Eres tan ingenuo como Forestier.

Quería herirlo en lo vivo, y esperaba un acceso de cólera. Pero él respondió, con una sonrisa:

–¿Cómo ese cornudo de Forestier?

Madeleine, sorprendida, murmuró:

–¡Oh, George!

Este insistió, con gesto indolente y sarcástico:

–¿Qué pasa? Tú misma me confesaste la otra noche que Forestier era cornudo –y añadió en tono de profunda lástima– ¡Qué pobre diablo!

Madeleine le volvió la espalda sin dignarse contestarle. Luego de un minuto de silencio, dijo:

–El martes tendremos gente en casa. La señora de Laroche-Mathieu vendrá a comer con la vizcondesa de Percecoeur. ¿Quieres invitar a Rival y a Norbert de Varenne? Yo avisaré mañana a las señoras de Walter y de Marelle. Acaso tengamos también a la de Rissolin.

Desde hacía algún tiempo iba aumentando sin cesar el número de sus relaciones, y se valía de la influencia de su marido para atraer a su casa, de grado o por fuerza, a las mujeres de los senadores y diputados que necesitaban el apoyo de *La Vie Française*.

Du Roy respondió:

–Muy bien; yo me encargo de Rival y de Norbert.

Estaba contento y se frotaba las manos porque había encontrado una buena matraca para aburrir a su mujer y satisfacer el oscuro rencor, los vagos y roedores celos que nacieron en su alma el día del paseo por el Bosque. Ya no hablaría de Forestier sin calificarlo de cornudo. Bien se le alcanzaba que esto acabaría por poner rabiosa a Madeleine. Aquella misma noche supo encontrar otras dos ocasiones para nombrar a «ese cornudo de Forestier».

Ya no odiaba al muerto, lo vengaba.

Su mujer fingía no oírlo, y, sentada frente a él, sonreía con indiferencia.

El día siguiente, en el que Madeleine tenía que ir a invitar a la señora de Walter, George quiso adelantársela para encontrar sola a la directora y comprobar si estaba interesada por él. Esto le divertía y lo halagaba. Y ¿por qué no? Todo era posible.

A las dos se plantó en la casa del bulevar Malesherbes. Le hicieron pasar a la sala, en donde esperó.

Entro la señora de Walter, con la mano extendida hacia él y con una precipitación de buen augurio.

–¿Qué buenos vientos le traen a usted por aquí?

–Ningún buen viento, sino el deseo de verla a usted, y he venido no sé por qué, pues nada tengo que decirle. ¿Me perdona esta visita intempestiva y la franqueza de la explicación? Diga que me perdona.

Dijo esto en tono entre galante y festivo; pero en los ojos se revelaba la seriedad de su propósito.

La señora de Walter, sorprendida y un poco ruborizada, balbució:

–La verdad es... que no entiendo bien lo que quiere usted decir... Me lo dice así... tan de improviso...

George replicó:

–Es una declaración, hecha un poco en broma, para no asustarla.

Estaban sentados uno muy cerca del otro. La dama prefirió tomar aquello a chacota:

–Entonces, ¿es una declaración seria?

–¡Claro que sí! Ya hacía tiempo que quería hacérsela; mucho tiempo. Pero no me atrevía. ¡Tiene usted fama de ser tan severa, tan rígida!...

La de Walter había recobrado el dominio de sí misma.

–Y ¿por qué se ha decidido usted hoy precisamente?

–No lo sé –contestó George; y bajando la voz añadió–: Mejor dicho, porque desde ayer no he dejado de pensar en usted.

Palideció ella súbitamente, y balbució:

–Vamos, basta de niñerías. Hablemos de otra cosa.

Pero Du Roy cayó de rodillas ante ella tan rápida e inesperadamente, que le dio miedo. Intentó levantarse, pero él le había enlazado con ambas brazos la cintura y decía con apasionado acento:

–Sí, desde hace mucho tiempo la amo con locura. No me replique. ¿Qué quiere usted? Ya le digo que estoy loco. La amo. ¡Oh! ¡Si supiera cómo la amo!

Ella se ahogaba, jadeaba, trataba de hablar y no podía pronunciar una palabra. Lo rechazaba con las dos manos, y logró asirlo por los cabellos para impedir el contacto con aquella boca que veía acercarse a la suya. Movía la cabeza rápidamente, de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, con los ojos cerrados para no verlo.

La tocaba a través de las ropas, la manoseaba, la palpaba, y esta caricia, brutal e intensa, la hacía desfallecer. De pronto, George se levantó y quiso abrazarla; pero ella aprovechó aquel segundo de libertad; se escapó, andando hacia atrás, y fue refugiándose de butaca en butaca.

Comprendió Du Roy que aquella persecución era ridícula. Se dejó caer en una silla, y escondiendo el rostro en las manos, fingió sollozos convulsivos.

Al fin se levantó.

–Adiós, adiós –dijo.

Y salió como quien huye.

En el vestíbulo cogió tranquilamente su bastón y ganó la calle, diciéndose: «Cristo, creo que esto es cosa hecha.»

Y puso un continental a Clotilde, con objeto de citarla para el día siguiente.

Al llegar a su casa, a la hora de costumbre, preguntó a su mujer:

–Qué, ¿vendrá toda esa gente a tu comida?

–Sí –respondió ella–. La única que no es segura es la de Walter. No sabe si estará libre. Me ha hablado de no sé que compromisos, de su conciencia, qué sé yo.... Me pareció que no estaba de humor... Pero eso no importa: creo que vendrá, a pesar de todo.

George se encogió de hombros:

–Sí ¡qué diablos! Vendrá.

No estaba, sin embargo, muy seguro de ello, y anduvo desasosegado hasta el día de la comida.

En la mañana de ésta, Madeleine recibió unas líneas de la directora.

«Al fin he conseguido, con gran trabajo, librarme de esos compromisos y estaré con ustedes. Pero mi marido no podrá acompañarme.»

Du Roy pensó: «Qué bien he hecho en no volver por allí. Ya está calmada. Ahora, cuidadito.»

Con todo, la esperaba con cierta inquietud. Llegó, al fin, recia, tranquila, y se mostraba algo fría y reservada. El estuvo muy humilde, discreto y sumiso.

Las señoras de Laroche-Mathieu y Rissolin acompañaban a sus maridos. La vizcondesa de Rercecoeur hablaba del «gran mundo». La señora de Marelle estaba encantadora con un vestido muy caprichoso, amarillo y negro, un atavío a la española,

que dibujaba muy bien su lindo talle, su pecho y sus torneados brazos, y daba cierto aire enérgico a aquella cabecita de pájaro.

Du Roy se las arregló de modo que durante la comida tuvo a su derecha a la señora de Walter, y no le habló más que de cosas serias y con exagerado respeto. De vez en cuando, miraba a Clotilde, pensaba: «Cada vez está más bonita y más joven.» Luego posaba los ojos en su mujer, y tampoco la encontraba mal, aunque guardase contra ella una cólera reconcentrada, tenaz y malévol.

Pero la directora lo excitaba por la dificultad de la conquista y por ese afán de novedad que siempre hay en los hombres.

La señora de Walter quiso retirarse temprano.

–La acompañaré a usted –le dijo Du Roy.

Ella rehusó el ofrecimiento. Pero el joven insistía:

–¿Por qué no quiere? Me ofende en lo vivo. No me deje en la creencia de que no me ha perdonado. Verá usted que formal me he vuelto.

La de Walter replicó:

–No puede usted dejar a sus invitados.

Sonrió George.

–¡Bah! Será cuestión de veinte minutos. Nadie se dará cuenta. Si usted me rechaza me herirá en lo más profundo del corazón.

–Pues bien, acepto –murmuró la señora.

Pero cuando estuvieron el coche, Du Roy, cogiéndola de una mano, dijo:

–La amo, la amo, la amo... Permítame decírselo. No la tocaré. Tan sólo quiero repetirle que la amo.

La esposa de Walter balbucía:

–¡Oh! Después de lo que ha prometido usted... Eso está muy may, muy mal...

Simuló él que hacía un gran esfuerzo sobre sí mismo, y prosiguió:

–Ya ve usted cómo me domino. Y, si embargo... Permítame que le diga solamente esto: la amo..., y repetírselo todos los días... Sí, permítame ir a su casa para arrodillarme a sus pies durante cinco minutos y pronunciar esas dos palabras, mientras contemplo su adorado rostro.

Ella le había abandonado la mano, y respondió con entrecortado acento:

–No; no puedo, no quiero... Piense usted en lo que se diría de mí, en mis criados, en mis hijas... No, no... Es imposible.

George repuso:

–No puedo vivir sin verla. Ya en su casa, bien en otra parte, es preciso que la vea, aunque no sea más que un minuto cada día, que toque su mano, que respire el aire que levanta su vestido, que pueda contemplar esos ojos tan bellos y tan grandes, esos ojos que me vuelven loco.

La directora escuchaba, trémula, aquella vulgar cantinela de amor, y tartamudeó, azorada, de nuevo:

–No, no... Es imposible... Cállese.

George le habló al oído, muy bajito, comprendiendo que a aquella pobre mujer había que ir la ganando poco a poco, que era preciso decidirla, darle una cita donde ella quisiera, por lo pronto, que luego ya sería donde quisiera él.

–Escuche usted... Es preciso..., la veré..., la esperaré a la puerta de su casa... como un pobre. Si no baja, subiré yo... pero la veré..., la veré... mañana.

–No, no –insistió la dama–; no venga. No le recibiré. Piense en mis hijas.

–Entonces, dígame usted dónde podré encontrarla...: en la calle..., en cualquier sitio..., a la hora que usted quiera..., con tal que la vea.... Le diré: «La amo», y me iré.

Vacilaba ella, trastornada por aquella palabrería. En esto, el carruaje entraba por la puerta cochera del hotel de los Walter. La señora dijo muy de prisa:

–Pues bien: mañana, a las tres y media, en la Trinidad –y dirigiéndose a su cochero–: Vuelva usted a llevar al señor Du Roy a su casa.

Cuando llegó, le preguntó su mujer:

–¿Dónde has estado?

–En telégrafos, para poner un despacho urgente –respondió él en voz baja.

La señora de Marelle se acercó:

–¿Me acompaña usted, *Bel Ami*? Ya sabe que no vengo a cenar tan lejos sino con esta condición.

Y volviéndose hacia Madeleine, le preguntó:

–¿Eres celosa?

–No; no mucho.

Los invitados empezaban a marcharse. La señora de Lareche-Mathieu parecía una criadita de pueblo. Era hija de un notario, y se había casado con Laroche-Mathieu cuando éste no era más que un abogadillo de tres al cuarto. La señora de Rissolin, vieja y presuntuosa, daba la sensación de una marisabidilla educada en los gabinetes de lectura. La vizcondesa de Percecouer las despreciaba olímpicamente. Su «patita blanca», rozaba con repugnancia aquellas manos plebeyas.

Clotilde, envuelta en una nube de encajes, le dijo a Madeleine en la puerta de la escalera:

–Tu cena ha estado magnífica. De aquí a poco, tendrás el primer salón político de París.

En cuando se vio sola con George, lo estrechó en sus brazos.

–¡Oh mi querido *Bel Ami*! Cada día te quiero más.

El simón que los llevaba rodaba como un navío.

–Pero no cambio vuestro salón por nuestro cuartito –añadió la de Marelle.

–¡Oh! Ni yo tampoco –contestó George.

Pero al decirlo pensaba en la señora de Walter.

IV

La plaza de la Trinidad estaba desierta bajo el deslumbrante sol de julio. Un calor pesado abrumaba a París, como si las capas superiores de la atmósfera, condensadas y abrasadoras, cayeran a plomo sobre la ciudad. El aire, denso y asfixiante, oprimía el pecho.

El agua de los surtidores que hay delante de la iglesia caía también perezosamente. Se diría que estaba fatigada de correr, y el líquido que había en el pilón tenía un aspecto verdoso, espeso y glauco.

Un perro, que había saltado el reborde de piedra, se bañaba en aquellas ondas dudosas. Algunas personas, sentadas en los bancos del jardincillo circular que rodea la fachada del templo, miraban al animal con envidia.

Du Roy sacó el reloj. Todavía no eran más que las tres. Había llegado con treinta minutos de antemano.

Se echó a reír, pensando en aquella cita. «La iglesia le sirve para todo –se dijo–. La consuela de haberse casado con un judío. Le da cierta actitud de protesta en el mundo político y buen tono entre la gente distinguida y lugar discreto para sus citas amorosas. Lo que es la costumbre de utilizar la iglesia como una especie de sombrilla; si hace bueno, sirve de bastón; si el sol aprieta, vale como sombrilla; si llueve, hace de paraguas, y cuando no sale uno de casa, lo deja en la antesala. Como esta mujer las hay a centenares, a quienes Dios les importa un comino, pero que no quieren que se hable mal de El y lo meten en todo. Si se les propusiera ir a una casa de citas, lo creerían una infamia, y les parece muy natural jugar al amor al pie de los altares.»

Daba lentos paseos ante la fuente. Miró de nuevo la hora en el reloj de la torre, que iba dos minutos adelantado con respecto al suyo, e indicaba las tres y cinco.

Pensó que estaría mejor en la iglesia, y entró.

Sintió un frescor como de cueva y lo aspiró con satisfacción. Luego recorrió la nave para conocer bien el lugar.

Otro acompasado andar, que de cuando en cuando se interrumpía para comenzar de nuevo, respondió en el vasto recinto al ruido de los pasos de George, cuyo sonoro eco subía a la alta bóveda. Le entró curiosidad de conocer al que así paseaba. Era un caballero grueso, calvo, que parecía olfatearlo todo y llevaba las manos cruzadas a la espalda.

Con ellas en el rostro, hincada de rodillas, rezaba, de trecho en trecho, alguna vieja.

Una sensación de soledad, de desierto, de sosiego invadía el espíritu. La luz, tamizada por los vitrales, era suave a los ojos.

Du Roy notó que allí dentro se estaba «francamente bien». Se acercó a la puerta y miró otra vez el reloj. Eran las tres y cuarto nada más. Se sentó a la entrada de la nave central, y lamentó no poder fumar un cigarrillo. En lo alto de la iglesia, cerca del coro, seguían resonando los pasos del caballero gordo.

Alguien entró. George se volvió rápidamente. Era una mujer del pueblo, con falda de merino, una pobre mujer, que cayó de hinojos en la primera silla que vio y permaneció inmóvil, con las manos cruzadas, los ojos en la altura y el alma en alas de la oración.

Du Roy la contemplaba con interés, preguntándose que pesadumbre, qué dolor, qué desesperación podían torturar a aquel ínfimo corazón. Estaba consumida por la miseria; esto era visible. Acaso tenía un marido que la mataba a golpes o, tal vez, un hijo que se le moría.

George se dijo: «¡Pobre mujer! La verdad es que hay quien sufre en el mundo». Y se despertó en él una súbita cólera contra la implacable Naturaleza. Luego reflexionó que aquellas miserables gentes creían, al menos, que se ocupaban de ellas allá arriba, y que su estado civil contaba en los registros del cielo, con el balance de su *debe* y su *haber* correspondientes. Allá arriba... ¿Dónde, si no?

Y Du Roy, a quien el silencio de la iglesia invitaba al ensueño y a la reflexión, juzgó a la creación con una sola frase, apenas articulada por sus labios: «¡Qué estúpido es todo esto!»

Un revuelo de faldas lo estremeció.

Era ella.

George se levantó y salió a su encuentro con presteza. La señora de Walter no le dio la mano, y dijo, en voz baja:

–Dispongo de unos instantes nada más. Arrodílese usted junto a mí para que no se fijen en nosotros.

Dicho esto avanzó por la nave central y buscó un sitio conveniente y seguro, como mujer que conoce bien la casa. Su rostro estaba oculto por un espeso velo, y andaba con pasos táticos, que apenas se oían.

Cuando llegó cerca del coro, volvió la cabeza y masculló, con ese tono siempre misterioso que se emplea en los templos:

–A los lados se estará mejor. Aquí nos ve todo el mundo.

Saludó al Tabernáculo del altar mayor con una gran inclinación de cabeza acompañada de una larga genuflexión, volvió a la derecha, retrocedió un poco hacia la entrada y luego, como quien toma una resolución, se apoderó de un reclinatorio y se arrodilló.

George hizo lo propio en otro reclinatorio vecino, y cuando ambos estuvieron muy cerca el uno del otro, en actitud de rezo, dijo el joven:

–Gracias, gracias. La adoro. Quisiera esta diciéndole a usted siempre, contarle cómo empecé a amarla, cómo quedé seducido desde la primera vez que la vi. ¿Me permitirá usted algún día descargar mi corazón, expresarle todos esto?

La directora lo escuchaba en actitud de profunda meditación, como si nada hubiese oído. Hablando por entre los dedos, entre los que ocultaba el rostro, respondió:

–Estoy loca al dejarle hablar así; loca al haber venido; loca al hacer lo que hago, al dejarle creer que esto..., esta aventura puede continuar. Olvide usted esto, es preciso, y no me vuelva a hablar.

Calló y esperó. George buscaba una respuesta, palabras decisivas, apasionadas, pero sin poder unir el gesto a las palabras, por tener paralizado todo movimiento.

Al fin, dijo:

–No aguardo nada..., no espero nada. La amo. Haga lo que hiciere se lo repetiré con tanta fuerza y tanto ardor, que acabará por comprenderlo. Quiero penetrarla a usted con mi ternura, día por día, derramársela en el alma, palabra por palabra, hora por hora, de suerte que, al fin, la impregne a usted como un licor que va cayendo gota a gota, que la dulcifique, que la ablande, que la obligue, al cabo, a responderme: «Sí, yo también yo le amo».

Sintió que el hombro de ella se estremecía junto al suyo, que su pecho palpitaba y oyó que sus labios balbucían:

–Sí, también yo lo amo.

Se tambaleó él, como si hubiese recibido un vigoroso golpe en la cabeza, y suspiró:

–¡Oh Dios mío!

La señora de Walter siguió con voz entrecortada:

—¿Acaso debiera yo haberle dicho esto? Soy culpable..., despreciable...; yo..., que tengo dos hijas...; pero no puedo..., no puedo... Nunca lo hubiera reído...; nunca lo hubiera pensado... Esto es más fuerte..., más fuerte que yo. Escuche usted, escuche: nunca he amado a nadie... más que a usted... Se lo juro. Y le amo desde hace un año, en secreto, en el secreto de mi corazón. ¡Oh! He sufrido, he luchado, y ya no puedo más: le amo.

Lloraba, y sus lágrimas corrían a través de los dedos, tras los que seguía ocultando el rostro. Le temblaba todo el cuerpo, sacudida por la violenta emoción.

George le dijo:

—Deme usted le mano. Quiero acariciarla, estrecharla.

Separó ella, lentamente, una mano del rostro, y Du Roy pudo ver que el llanto humedecía sus mejillas y que una gota de agua estaba aún a punto de desprenderse de entre las pestañas.

George le tomó, efectivamente, la mano, la apretó, y dijo:

—¡Oh! ¡Con qué placer bebería yo esas lágrimas!

En voz baja y rota, que parecía un gemido, repuso ella:

—No abuse usted de mí. Ya sé que estoy perdida.

Du Roy no pudo menos de sonreír. ¿Cómo iba a abusar de ella en tal lugar? Se puso en el corazón aquella mano, que aún tenía entre las suyas, y preguntó:

—¿Lo siente usted latir?

Dominaba ya el repertorio de frases apasionadas.

En esto, advirtió que los pasos del otro visitante se aproximaban. Había dado la vuelta a todas las capillas, y volvía a recorrer por segunda vez, al menos, la nave derecha. Cuando la señora de Walter le oyó acercarse a la columna que la ocultaba, liberó su mano de la presión de las de George, y volvió a ponerla sobre el rostro.

Ambos permanecieron inmóviles, arrodillados, como si a un tiempo elevasen al Cielo ardientes súplicas. El caballero grueso pasó junto a ellos, los miró con indiferencia y se alejó hacia el fondo de la iglesia, siempre con las manos y el sombrero a la espalda.

Du Roy, que quería obtener una cita en otro sitio que no fuese la Trinidad preguntó:

—¿Dónde podremos vernos mañana?

Ella seguía inmóvil, inanimada, como si se hubiese convertido en la estatua de la Oración.

El insitió:

—Mañana, en el parque Monceau. ¿Quiere usted?

La señora de Walter volvió hacia George el rostro recién descubierto, un rostro lívido, crispado por un espantoso sufrimiento, y con voz entrecortada dijo:

—Déjeme usted...; déjeme ahora..., márchese... aunque no sea más que por cinco minutos... Sufro mucho a su lado..., quiero rezar... y no puedo... Márchese..., déjeme rezar... sola... cinco minutos...; no puedo..., déjeme implorar a Dios que me perdone..., que me salve... Déjeme... cinco minutos.

Tenía el rostro atrozmente descompuesto y una expresión tan dolorosa, que George se levantó sin decir palabra. Al cabo de una ligera vacilación, preguntó:

—¿Vuelvo luego?

Hizo ella un movimiento de cabeza que quería decir:

—Sí, ahora mismo.

Y el joven se dirigió hacia el coro.

Entonces, la señora intentó rezar. Hizo un esfuerzo sobrehumano para invocar a Dios, y con el cuerpo convulso y el alma destrozada, clamó piedad al Cielo.

Cerraba los ojos con rabia para no ver al que acababa de alejarse. Pero lo seguía con el pensamiento, se debatía, se rebelaba contra él. En lugar de la celeste aparición que en su angustia esperaba, seguía viendo ante sí el rizado bigote del joven.

Desde hacía un año venía luchando, día y noche, con aquella creciente obsesión, con aquella imagen que veía constantemente en sueños, que tentaba sin tregua su carne y que turbaba sus noches. Se sentía aprisionada como un animal en el cepo, atada, lanzada en brazos de aquel macho, que la había vencido y conquistado con el solo poder de los pelos que le crecían sobre el labio superior y el color de sus ojos. Se sentía sin fuerzas para resistir.

Y ahora, en aquella iglesia, tan cerca de Dios, se veía más débil, más abandonada, más perdida que en su casa. No podía rezar, no podía pensar más que en él. Su momentáneo alejamiento la hacía ya sufrir. Luchaba, sin embargo; se defendía, pedía socorro, con todas las fuerzas de su alma. Hubiese preferido morir antes que caer así, ella, que no tenía nada que reprocharse. Murmuraba palabras de vehemente súplica, pero escuchaba los pasos de George, cuyo eco recogían, a lo lejos, las bóvedas.

Comprendió que aquello no tenía remedio, que la lucha era inútil. Fue presa de uno de esos ataques de nervios en que las mujeres, palpitantes y jadeantes, se retuercen en el suelo. Todos sus miembros temblaban, y pensaba que, en efecto, iba a caer, a rodar por el suelo, lanzando agudos gritos.

Alguien se acercaba con rápidos pasos. Ella volvió la cabeza: era un sacerdote. Entonces la de Walter se levantó, corrió hacia él, tendiéndole las manos cruzadas, y balbució:

—¡Oh, sálveme usted, sálveme!

El clérigo, sorprendido, preguntó:

—¿Qué desea usted, señora?

—Quiero que me salve usted. Tenga piedad de mí. Si no viene usted en mi ayuda, estoy perdida.

El padre la miraba, pensando si estaría loca.

—¿Qué puedo hacer por usted? —le interrogó.

Era un hombre joven, alto, más bien grueso, en cuyas carnosas mejillas se notaba la huella de la barba, cuidadosamente afeitada. Un curita guapo, en fin, de barrio opulento, acostumbrado a las penitentes ricas.

—Confieso los martes —respondió— de tres a seis.

La señora le había cogido un brazo y se lo apretaba, insistiendo:

—¡No, no! ¡Ahora mismo! ¡Al momento! ¡Es preciso! ¡Está aquí, en la iglesia! ¡Me espera!

El sacerdote inquirió:

—¿Quién es el que la espera?

—Un hombre que va a perderme, que se apoderará de mí, si usted no me salva. No puedo huir de él... Soy muy débil..., tan débil..., tan débil...

Cayó de rodillas, sollozando:

—¡Oh! ¡Tenga piedad de mí, padre mío! ¡Sálveme, en nombre del cielo, sálveme!

Lo había cogido de la sotana para que no pudiese escapar. El sacerdote miraba con inquietud a todos los lados por si alguna mirada maléfica o devota veía a aquella mujer arrodillada a sus pies. Luego, comprendiendo, al fin, que no tenía escape, dijo:

—Levántese usted; precisamente aquí tengo la llave del confesionario.

Se registró el bolsillo, sacó un gran manojo de llaves, eligió una y se encaminó a las casetas de madera, que vienen a ser como basureros del alma, donde los creyentes vierten sus pecados.

El confesor entró por la portezuela de en medio, que cerró tras sí, y la señora de Walter, que se había arrodillado junto a una de las celosías laterales, bisbiseó:

–Écheme la bendición, padre.

Y rezó el «Yo, pecador».

Después de haber dado la vuelta a la iglesia, Du Roy bajó por la nave izquierda, hacia cuya mitad se cruzó con el señor gordo y calvo, que seguía paseando sosegadamente. «¿Qué hará aquí este tipo?» se preguntó George.

El visitante lo miró, a su vez, y refrenó aún más su andadura, con visible deseo de hablarle. Cuando estuvo cerca de él, saludó, y con mucha cortesía dijo:

–Perdone usted, caballero, que le moleste; pero ¿podría decirme en que época se construyó este edificio?

–No lo sé – respondió Du Roy– se lo aseguro. Pero supongo que hará veinte o veinticinco años. Es la primera vez que entro aquí.

–Y yo también. Nunca lo había visto.

El periodista, muy interesado ya en la conversación, repuso:

–Veo que lo visita usted detenidamente. Estudia usted todos los detalles.

El señor gordo contestó, con resignado acento:

–No hay tal visita, caballero. Estoy esperando a mi mujer, que me ha citado aquí y que ya se va retrasando demasiado.

Calló, y al cabo de unos segundos, dijo:

–Ahí afuera hace un calor atroz.

Du Roy le observaba. De pronto se le antojó que se parecía a Forestier.

–Usted es de fuera, ¿verdad?

–Sí, de Rennes. Y usted, caballero, ¿ha entrado por pura curiosidad en esta iglesia?

–No; yo espero a una mujer.

Y haciendo un saludo, el periodista se alejó, con la sonrisa en los labios.

Al pasar por la puerta principal vio a la pobre de antes y, como antes, arrodillada y en oración. «¡Por Cristo! –pensó– ¡Qué oración más larga! » Ya no le impresionaba aquella mendiga ni la compadecía.

Pasó ante ella, muy despacio, y subió por la nave derecha para reunirse con la señora de Walter.

Avizoraba, desde lejos, el sitio donde la había dejado, y se asombraba de no verla allí. Creyendo que se había equivocado de pilar, los recorrió todos, y volvió en seguida. ¡Se había marchado, por lo visto! Permaneció unos minutos atónito y furioso. Supuso luego que ella, a su vez, le estaría buscando, y reemprendió la vuelta al tempo. Como no la encontrase, se sentó en la silla que ella ocupara, en la esperanza de que volvería. Esperó, pues.

A poco, un murmullo de voces le llamó la atención. No había visto a nadie en aquel rincón de la iglesia. ¿De dónde venía aquel cuchicheo? Se levantó para inquirirlo. Y divisó en la capilla vecina un confesionario. De uno de sus lados, la fimbria de una falda que se derramaba por el suelo. Se acercó, a fin de examinar de cerca a aquella mujer. La reconoció en seguida. ¡Se estaba confesando!

Lo acometió un deseo súbito de sujetarla por los hombros y arrancarla de aquel cajón. Pero luego pensó: «¡Bah! Es la visita al cura. Mañana será mía.» Y volvió a sentarse, muy tranquilo, frente a aquellos postigos de la penitencia, aguardando su hora y riéndose ya de su aventura.

Esperó mucho rato. Al fin, la señora de Walter se levantó. Al verlo, fue hacia él con frío y severo gesto.

–Caballero –le dijo–, le ruego que no me acompañe, que no me siga, que no vuelva solo a mi casa, donde no sería recibido ¡Adiós!

Y con digno continente se fue.

George la dejó alejarse porque tenía por sistema no precipitar los acontecimientos. Luego, y cuando el cura, a su vez, salía un tanto preocupado de su reducto, George salió a su encuentro, y mirándole fijamente le dijo:

–Si no llevara usted sotana, tenga por seguro que se acordaría de mí.

Dio media vuelta y salió del templo, silbando alegremente.

De pie en el pórtico, el caballero gordo, con el sombrero puesto, pero con las manos siempre atrás, estaba ya cansado de esperar y contemplaba la espaciosa plaza y las calles que a ella afluían.

Cuando Du Roy pasó junto a él, los dos se saludaron.

Como de momento no tenía nada que hacer, el periodista se dio una vuelta por *La Vie Française*. En las caras de los ordenanzas conoció que algo extraordinario ocurría, y entró precipitadamente en el despacho del director.

Walter, en pie y nervioso, dictaba un artículo en párrafos breves; entre uno y otro daba instrucciones a los reporteros que le rodeaban, hacía algunas recomendaciones a Boisrenard y abría algunas cartas.

Cuando Du Roy entró, Walter lanzó un grito de alegría:

–¡Caramba, qué suerte! ¡Aquí está *Bel Ami*!

Calló de pronto, un poco azorado, y se excusó:

–Perdone usted que lo haya llamado así; pero no sé qué me dio..., las circunstancias... Además, a todas horas, de la mañana a la noche, oigo a mi mujer y a mis hijas nombrarlo *Bel Ami*, y he acabado por tomar también esa costumbre. ¿No me lo tendrá usted en cuenta?

George reía.

–De ningún modo. Ese apodo no tiene nada que pueda molestarte.

–Muy bien –prosiguió Walter–, entonces le llamaré *Bel Ami*, como todo el mundo. Bien, el Gobierno ha caído por trescientos votos contra ciento dos. Nuestras vacaciones se aplazan, se aplazan hasta las calendas griegas. Y ¡estamos a veinticinco de julio! España se ha molestado por la cuestión de Marruecos, y esto es lo que ha echado a Durand de l’Aine y sus acólitos. Estamos en un atolladero. Marrot ha sido encargado de formar un nuevo Ministerio. El general Boutin d’Acre va a Guerra y nuestro amigo Laroche-Mathieu, a Negocios Extranjeros. Marrot se reserva con la presidencia del Consejo, la cartera del Interior. Vamos a convertirnos en una hoja oficiosa. Estoy haciendo el fondo, una simple declaración de principios, y señalando el camino a los nuevos gobernantes.

Sonrió, y prosiguió:

–El camino que ellos quieran seguir, desde luego. Pero me haría falta algo sobre la cuestión de Marruecos. Una nota de actualidad, una crónica de gran efecto, sensacional, ¿qué sé yo? A ver si usted da con ello, hombre.

Du Roy reflexionó un segundo y respondió:

–Ya tengo lo que usted quiere. Algo sobre la situación política de nuestras colonias africanas: la región tunecina a la izquierda. Argelia en el centro y Marruecos a la derecha; la historia de las razas que pueblan ese extenso territorio y el relato de una excursión por la frontera marroquí, hasta el gran oasis de Figuig, donde ningún europeo ha penetrado y que es la causa del actual conflicto. ¿Le sirve?

Walter exclamó:

–¡Admirable! Y ¿el título?

–De Túnez a Tanger.

–¡Soberbio!

Du Roy se fue a hojear la colección de *La Vie Française* en busca de su primer artículo: «Recuerdos de un suboficial de Cazadores en África», que, con otro título y algunas modificaciones, serviría admirablemente para el caso de la cruz a la fecha, ya que en él trataba de política colonial, de los intereses de la población argelina y se narraba una excursión a la provincia de Orán.

En tres cuartos de hora quedó listo y en su punto el refrito con sabor de actualidad y las consiguientes alabanzas para la nueva situación.

El director, después de haber leído el artículo, declaró:

–Perfectamente, perfectamente, perfectamente. Es usted un hombre que no tiene precio. Mi enhorabuena.

Du Roy volvió a su casa a la hora de cenar, muy satisfecho a pesar del fracaso de la Trinidad, porque adivinaba que había ganado la partida.

Su mujer le esperaba impaciente.

–¿Sabes que Laroche es ministro de Negocios Extranjeros?

–Sí. Ahora mismo acabo de escribir un artículo sobre Argelia, relacionado con este asunto.

–¿Un artículo?

–Tú lo conoces: es el primero que escribimos en colaboración: «Recuerdos de un suboficial de Cazadores en África», corregido y aumentado, como exigen las circunstancias.

Madeleine sonrió:

–¡Ah, sí! Habrá quedado muy bien.

Al cabo de unos instantes de reflexión, añadió:

–Estoy pensando en aquella serie que entonces debiste hacer y que... dejaste colgada. Ahora podemos volver sobre ella. El tema nos servirá para unos cuantos artículos muy de actualidad.

Du Roy respondió, mientras se sentaba ante su plato de sopa:

–¡Perfectamente! nada tengo que oponer, ahora que ese cornudo de Forestier se ha ido al otro mundo.

Su mujer replicó, vivamente ofendida:

–Esa broma está completamente fuera de lugar. Te ruego que de una vez le pongas término. Ya va durando demasiado.

Iba él a dar una respuesta irónica, cuando le entregaron un continental que contenía estas solas palabras, sin firma alguna:

«Estaba loca. Perdóneme, y espéreme mañana, a las cuatro, en el parque Monceau.»

Comprendió George lo que aquello significaba, y con el corazón henchido de júbilo le dijo a su mujer, mientras se metía el papelito azul en el bolsillo:

–No lo volveré a hacer, querida. Es estúpido y lo reconozco.

Y se puso a comer.

Mientras lo hacía, reflexionaba sobre aquellas palabras: «Estaba loca. Perdóneme, y espéreme mañana, a las cuatro en el parque Monceau.» Cedía pues. Esto significaba: «Me rindo; seré suya donde usted quiera y cuando quiera. Sigo amándole.»

Se echó a reír. Madeleine le preguntó:

–¿Qué te pasa?

–Nada de particular. Me estaba acordando de un cura a quien he visto hace poco y que llevaba un bonete muy gracioso.

Du Roy llegó con estricta puntualidad a la cita del día siguiente. Todos los bancos del parque estaban ocupados por buenos burgueses abrumados de calor y descuidadas niñeras que papaban moscas mientras las criaturas confiadas a su cuidado correteaban por los enarenados senderos.

Encontró a la señora de Walter en las antiguas ruinas que riega una fuente. Daba la vuelta al angosto circo de columnillas con gesto que revelaba inquietud y angustia.

Apenas George la hubo saludado dijo ella:

–¡Cuánta gente hay en este jardín!

El aprovechó la ocasión:

–Sí, es verdad. ¿Quiere usted que vayamos a otra parte?

–Pero, ¿dónde?

–No importa dónde. A un coche, por ejemplo. Usted bajará la cortinilla de su lado y estará a cubierto de todas las miradas.

–Sí, prefiero eso. Aquí me muero de miedo. Estoy asustada.

–Muy bien. Espéreme, dentro de cinco minutos, en la puerta que da al bulevar exterior. Llegaré con un coche.

Y salió corriendo. Cuando se reunieron nuevamente y corrió ella la cortinilla de su lado, preguntó:

–¿Adónde le ha dicho usted al cochero que nos lleve?

George respondió:

–No se preocupe usted. Ya está al tanto.

Había dado la dirección de su piso de la calle de Constantinopla.

–No puede usted figurarse –dijo la directora– lo que sufro por su causa, mis tormentos, mis torturas... Ayer en la iglesia fui dura con usted. Quería huir a toda costa. Tenía miedo de encontrarme sola con usted. ¿Me ha perdonado ya?

El le estrechaba las manos.

–Sí, sí. Pero, ¿qué he de perdonarla yo, amándola como la amo?

La directora lo miraba con expresión suplicante:

–Tiene usted que prometerme que me respetará. Si no..., si no..., no podría volver a verle.

George no respondió de momento. Bajo su bigote se dibujaba la fina sonrisa que tanto turbaba a las mujeres. Al fin, masculló:

–Soy su esclavo.

Entonces ella le contó que no se había dado cuenta de que lo amaba hasta que se casó con Madeleine Forestier. Y añadía detalles, menudos detalles y cosas íntimas.

Calló de pronto. El coche se había detenido y Du Roy abrió la portezuela.

–¿Dónde estamos? –preguntó la esposa de Walter.

George respondió:

–Baje usted y entre en esta casa. Aquí podemos estar tranquilos.

–Pero, ¿dónde estamos?

–En mi casa. Es mi piso de soltero, que he vuelto a tomar... por unos días..., para tener un rincón donde podamos vernos.

La directora parecía pegada al asiento del coche, espantada ante la idea de aquella entrevista a solas.

–¡No, no!– exclamó– ¡No quiero, no quiero!

Du Roy dijo con energía:

–Juro que la respetaré. Venga conmigo. Fíjese en que nos están mirando; va a reunirse gente a nuestro alrededor. Dése prisa..., dése prisa..., baje usted...

Y repitió:

–Juro que la respetaré.

Un bodeguero que estaba a la puerta de su establecimiento los miraba con curiosidad. La de Walter, aterrada, se precipitó dentro de la casa.

Iba ya a subir la escalera, cuando George la detuvo:

–Es aquí, en el bajo.

Y la empujó adentro.

Cerró la puerta y se lanzó sobre la señora de Walter como una fiera sobre su presa. Ella se debatía, luchaba, tartamudeaba:

–¡Oh Dios mío! ¡Oh Dios mío!

George le besaba con arrebatos el cuello, los ojos, los labios, sin que ella pudiese evitar aquellas frenéticas caricias. Y al mismo tiempo que lo rechazaba, que rehuía su boca, le devolvía a pesar suyo, los besos.

De pronto cesó de luchar, y, vencida, resignada, se dejó desnudar por él, que le fue quitando, una por una, hábil y diestramente, todas las prendas, con dedos tan ágiles como los de una doncella.

Ella le había arrancado de las manos su blusa, para ocultar tras ella el rostro. Estaba en pie, como una estatua blanca, sobre las ropas que se amontonaban a sus pies.

George le dejó las botinas, y la llevó en brazos hasta el lecho.

Entonces ella le dijo al oído con voz quebrada:

–Le juro a usted..., le juro a usted... que nunca he tenido ningún amante....

Lo dijo como una jovencita hubiese dicho: «Le juro a usted que soy virgen.»

Y Du Roy pensaba: «No es lo mismo, precisamente.»

Llegó el otoño. Los Du Roy habían pasado todo el verano en París, haciendo una intensa campaña en favor del nuevo Gabinete durante las breves vacaciones parlamentarias.

Aunque el calendario no pasaba aún de los primeros días de octubre, las Cámaras habían reanudado sus sesiones, porque los asuntos de Marruecos tomaban un cariz amenazador.

En el fondo nadie creía en una expedición militar en África, aunque en la sesión de clausura del Parlamento los diputados de la derecha, el conde de Lambert-Sarrazine, en un discurso rebosante de ingenio y aplaudido hasta por los dos centros, apostó y ofreció en prenda su bigote, como en otro tiempo hiciera un virrey de las Indias, contra las patillas del presidente del Consejo a que el nuevo Ministerio no podría menos de imitar al antiguo y enviar un cuerpo de ejército a Tánger, para que hiciese pareja con el de Túnez, por amor a la simetría, como quien pone dos floreros sobre la chimenea. Y había añadido: «La tierra de África, señores, es, en efecto, una chimenea para Francia, una chimenea que quema nuestra mejor leña, una chimenea de mucho tiro y que hay que alimentar con billetes de Banco. Os permitisteis el artístico capricho de adornar los bancos de la izquierda con ese muñeco tunecino; ahora veréis cómo el señor Marrot quiere imitar a sus predecesores y engalanar los escaños de la derecha con un monigote marroquí.»

Este discurso se hizo célebre y dio pie a Du Roy para diez artículos sobre la política colonial en Argelia y para continuar la serie que interrumpiera en sus primeros tiempos periodísticos. Apoyó enérgicamente la iniciativa de una expedición armada, aunque estaba convencido de que no se realizaría. Con todo esto, había hecho vibrar la cuerda patriótica y bombardeado a España con todo el arsenal de despreciables armas que suelen emplearse contra los pueblos cuyos intereses son contrarios a los vuestros.

Sus ostensibles relaciones con el poder habían dado a *La Vie Française* gran importancia. Publicaba antes que los periódicos más acreditados noticias políticas e indicaba mediante veladas insinuaciones, los propósitos de los ministros. Todos los periódicos de París y provincias buscaban las informaciones de su colega. Era citado, temido y comenzaba a ser respetado. No era ya el órgano sospechoso de un grupo de aventureros políticos, sino el órgano reconocido del Gobierno. Laroche-Mathieu era el alma del periódico y Du Roy su portavoz. Walter, diputado y director cauteloso, que sabía esconderse, se ocupaba en la sombra, según se decía, de un negocio de minas de cobre en Marruecos.

El salón de Madeleine se había convertido en un centro influyente, donde se reunían, una vez por semana, algunos ministros. El propio presidente del Consejo había comido dos veces en su casa, y las esposas de los hombres de Estado, que antes vacilaban en franquear su puerta, se envanecían ahora de ser sus amigas y le hacía más visitas que de ella recibían.

El ministro de Negocios Extranjeros era allí casi el amo. Iba a todas horas, llevaba telegramas, datos, informaciones, y se los dictaba ya al marido, bien a la mujer, como si fuesen alguno de sus secretarios.

Cuando Du Roy, luego de marcharse el ministro, se quedaba a solas con Madeleine, tronaba con amenazas en la voz y pérfidas insinuaciones en las palabras contra aquel vulgar advenedizo.

Su mujer se encogía despectivamente de hombros, y decía:

—Haz tú lo que él. Llega a ministro y podrás hablar. Entre tanto, cállate.

El se retorció el bigote y decía:

–Nadie se figura aún de lo que soy capaz. Ya se sabrá algún día.

Madeleine replicaba, con más desdén todavía:

–Vivir para ver.

La mañana de la reapertura de las Cámaras, la señora Du Roy, todavía en el lecho, hacía mil recomendaciones a su marido, que se vestía para ir a almorzar con Laroche-Mathieu y recibir sus instrucciones antes de la sesión con respecto al artículo que el día siguiente debía publicar *La Vie Française*, y que había de ser un modo de declaración oficiosa de los proyectos del Gabinete.

Madeleine decía:

–No te olvides, sobre todo, de preguntar si el general Belloncle va a ser enviado a Orán, según era propósito del gobierno. Sería una gran combinación.

George, nervioso, respondió:

–Sé, tan bien como tú, lo que tengo que hacer. Déjame en paz y no me fastidies con tus tonterías.

Ella repuso, sin alterarse:

–Querido, lo que sé es que siempre te olvidas de la mitad de los encargos que te doy para el ministro.

Du Roy gruñó:

–Estoy ya hasta la coronilla del tal ministro. Es un idiota.

Siempre sin perder la calma, prosiguió Madeleine:

–No por eso es menos tu ministro que el mío. Y tú le necesitas más que yo.

George se había vuelto ligeramente hacia su mujer y reía sarcásticamente.

–Perdona –dijo–; pero a mí no me hace la corte.

–Ni a mí tampoco –contestó ella lentamente–; pero hace nuestra fortuna.

Calló Du Roy unos instantes, y al cabo de ellos dijo:

–Si me diesen a elegir entre todos tus adoradores, me quedaría aún con ese vejestorio de Vaudrec. ¿Qué será de él? No lo he visto desde hace ocho días.

Madeleine manifestó, sin denotar emoción alguna:

–Está enfermo. Me ha escrito para decirme que guarda cama a consecuencia de un ataque de gota. Deberías ir a verle. Ya sabes que te quiere mucho. Le darías una alegría.

–Sí, es verdad –respondió George–; iré en seguida.

Había acabado de aviarse y, ya con el sombrero puesto, comprobaba si se le había olvidado alguna cosa. No siendo así, se acercó a la cama, besó a su mujer en la frente y se despidió:

–Adiós, querida. No volveré hasta las siete, lo más pronto –y salió.

Laroche-Mathieu le esperaba ya, porque aquel día almorzaban a las diez, ya que el Consejo debía reunirse a mediodía, antes de la sesión.

En cuanto se sentaron a la mesa, solos los dos con el secretario particular del ministro, pues la señora de Laroche-Mathieu no había querido cambiar su habitual hora de comer, Du Roy habló del artículo y trazó sus líneas generales, consultando las notas que había garabateado en unas tarjetas de visita. Cuando hubo terminado preguntó:

–¿Tiene usted algo que modificar, señor ministro?

–Muy poco, mi querido amigo. Quizá trata usted en tono demasiado afirmativo la cuestión de Marruecos. Hable usted de la expedición militar como si debiera realizarse, pero dé a entender que no se realizará y que usted lo cree menos que nadie. Arréglese de manera que el público lea entre líneas que no nos meteremos en esa aventura.

–Perfectamente. He comprendido y me haré comprender. Mi mujer me encarga que le pregunte a usted si el general Belloncle va a ser enviado a Orán. Después de lo que acaba de decirme, me figuro que no.

El hombre de Estado respondió:

—No.

Se habló después de la próxima sesión. Laroche-Mathieu empezó a perorar, preparando así el efecto de las frases que unas horas después pensaba derramar sobre sus colegas. Agitaba la mano derecha, y levantaba en ella, bien el tenedor, ya el cuchillo, ora un pedazo de pan, y, sin mirar a nadie, dirigiéndose a la invisible Asamblea, expectoraba su elocuencia untuosa de guapo mozo bien peinado. Un bigotillo ensortijado dibujaba sobre el labio superior sus guías, que semejaban rabos de escorpión. El pelo, reluciente de brillantina y partido por la raya en medio de la frente, le caía sobre las sienes en ondas de Adonis provinciano... Quizá estaba un poco grueso, algo fondón, pero todavía joven. El vientre le levantaba el chaleco.

Su secretario particular comía y bebía tranquilamente, como quien está acostumbrado a esas duchas de elocuencia. Pero Du Roy, a quien la envidia del triunfo mordía en el corazón, pensaba: «¡Vete a paseo, mentecato! ¡Qué cretinos son estos políticos!»

Comparando su propia valía con la hueca hinchazón de aquel ministro, se decía Du Roy: «¡Diablo! ¡Si pudiera gastarme cien mil francos en presentarme diputado por mi distrito de Ruán, que hombre de Estado haría yo junto a esos granujas que no ven más allá de sus narices! Soy mejor que todos ellos.»

Hasta que se sirvió el café, continuó hablando Laroche-Mathieu. Luego, y como viese que era tarde, pidió que engancharan su berlina y tendió la mano al periodista, diciéndole:

—¿Ha comprendido usted, mi querido amigo?

—Perfectamente, mi querido ministro. Cuente usted conmigo.

Du Roy se encaminó directamente al periódico para escribir su artículo. A esa hora estaba citado, en la calle de Constantinopla, con la señora de Marelle, a la que seguía viendo con regularidad dos veces por semana: los lunes y los viernes.

Pero al entrar en la Redacción le entregaron un continental. Era de la señora de Walter, y decía:

«Es absolutamente preciso que nos veamos hoy. Se trata de un asunto grave, muy grave. Espérame a las dos en la calle de Constantinopla. Puedo prestarte un gran servicio. Tuya hasta la muerte.

Virgine.»

—¡Por Dios vivo! —exclamó George —¡Qué lata!

Tuvo un acceso de mal humor, y se marchó en seguida, pues estaba exageradamente irritado para poder trabajar.

Desde hacía seis semanas, buscaba un medio de romper con la directora, sin que hubiese podido conseguir librarse de aquella adhesión encarnizada.

Después de su caída, sufrió la de Walter una espantosa crisis de remordimientos. Durante tres entrevistas consecutivas, colmó a su amante de reproches y maldiciones. Aburrido él de tales escenas y cansado también de aquella mujer madura y dramática, se limitó a no volver, creyendo que así acabaría la aventura. Pero entonces ella se aferró desesperadamente a él, se arrojó en este amor como quien se arroja a un río con una piedra atada al cuello. George se había dejado coger de nuevo por la debilidad, por complacencia, por miramiento. Y ella lo había aprisionado en una pasión desenfundada, fatigosa, y lo perseguía con su ternura. Quería verle todos los días, le citaba por medio de continentales, le salía al paso en las esquinas, en las tienda, en los jardines públicos.

Y en estos encuentros fortuitos le repetía, siempre con las mismas frases, que lo adoraba, que lo idolatraba, y se iba jurándole «que era muy feliz con haberle visto».

Era muy otra de como él la había soñado. Intentaba seducirlo con gracias pueriles, con amorosas chiquilladas, que a su edad resultaban ridículas. Como hasta entonces había sido absolutamente honrada, virgen de corazón, cerrada a todo sentimiento, ignorante de toda sensualidad, todo eso se la habría revelado de una vez a aquella prudente mujer, cuya apacible cuarentena podía compararse con un pálido otoño que siguiese a un frío verano. Y ahora, una especie de marchita primavera, cuajada de monótonas florecillas y abortados brotes, extraña floración de un alma de muchachita, de un amor tardío, ardiente e ingenuo, hecho de imprevistos arrebatos, de mimoserías propias de los dieciséis años, de molestas carantoñas, de gracias que habían envejecido sin haber sido nunca jóvenes. Le escribía diez cartas diarias, unas cartas en que la locura se vestía de necedad, de un estilo pintoresco, poético y risible, recargado como el de los indios, lleno de nombres de flores y pájaros.

En cuanto estaban solos, Virgine acariciaba a George con pesadas lagoterías de chica grandullona, haciendo con los labios muecas un poco grotescas y dando saltitos que sacudían, bajo la blusa, sus senos demasiado voluminosos.

A Du Roy le daba ya náuseas oírse llamar «ratoncito mío», «chuchito mío», «minino mío», «alhajita mía», y ver que siempre, al ofrecérsele, representaba una comedia de infantil pudor, con miedosos melindres que a ella se le antojaban muy interesantes y a los que seguían jugueteos de colegiala pervertida.

Preguntaba, por ejemplo: «¿Para quién es esta boquita?», y si él no contestaba inmediatamente: «Para mí», insistía hasta ponerle los nervios de punta.

Le parecía a George que su amante debía de haber comprendido que en amor son precisos un tacto, una realidad, una prudencia y una medida extremados, y que al darse a él, ya madura, madre de familia, mujer de mundo, debía haberse entregado con gravedad, con ardor contenido, con lágrimas, tal vez; pero con las lágrimas de Dido, no con las lágrimas de Julieta.

Sin cesar repetía Virgine:

—¡Cuánto te quiero, niño mío! ¿Me quieres tú a mí, bebé?

Y no podía seguir oyéndola decir «Niño mío» y «bebé», sin que le diesen ganas de llamarla «vieja mía».

Su amante le decía:

—¡Qué locura he hecho al entregarme a tí! Pero no me arrepiento. ¡Es tan bueno amar!

Todo aquello le parecía a George irritante en tal boca. Virgine decía: «¡Es tan bueno amar!», como si hubiese podido decirlo una ingenua en el teatro.

Le exasperaba también la torpeza de sus caricias. Sensual, de pronto, bajo los besos de aquel buen mozo que con tal fuego le había encendido la sangre, ponía en los momentos de intimidad un ardor inhábil y una aplicación que daban que reír a Du Roy y le hacían pensar en los viejos que quieren aprender a leer.

Cuando lo había estrujado bien entre sus brazos, con esos ojos ardientes y profundos que tienen algunas mujeres ya pasadas, pero soberbias en su último amor; cuando lo había mordido con boca muda y trémula; cuando lo había aplastado bajo su carne pálida y maciza, fatigada, pero insaciable, todavía se agitaba vertiginosamente y ceceaba por hacerse la graciosa.

—¡Te quiero tanto! —decía— ¡te quiero tanto!... Haz un mimito a tu mujercita, amor mío...

A él le daban unas ganas locas de decirle una barbaridad, ponerse el sombrero y largarse, dando un portazo.

En los primeros tiempos de sus relaciones, se habían visto con frecuencia en la calle de Constantinopla; pero Du Roy, que tenía un encuentro con la señora de Marelle, encontraba ahora mil pretextos para negarse a acudir a aquellas continuas citas.

Entonces se vio obligado a ir todos los días a casa de los Walter, bien a almorzar, ya a cenar. Virgine le apretaba una mano por debajo de la mesa, o le ofrecía los labios detrás de las puertas. Pero a él le divertía más jugar con Suzanne, que lo regocijaba con sus travesuras. En su cuerpo de muñeca bullía un ingenio ágil y malicioso, improvisador, y burlón, que ostentaba a todas horas, como una marioneta de feria. Se mofaba de todo y de todos, con salidas mordaces. George excitaba su locuacidad y la incitaba a la ironía. Ambos se entendían a maravilla.

La muchacha lo llamaba a cada momento: «Escuche, *Bel Ami*.» «Venga aquí, *Bel Ami*.»

El dejaba inmediatamente a la mamá para reunirse con la chiquilla, que le decía al oído alguna intencionada cuchufleta, y los dos reían con toda su alma.

Pero hastiado del amor de la madre, comenzó a sentir una invencible repugnancia. No podía verla, ni esperarla, ni pensar en ella sin encolerizarse. Dejó de ir a su casa, de contestar a sus cartas, de acudir a sus llamamientos.

Comprendió, al fin, Virgine que George ya no la quería y sufrió terriblemente. Pero se encarnizó con él, lo espió, lo siguió, lo esperaba en un coche de alquiler con las cortinilla echadas, a la puerta del periódico, en las calles por donde suponía que había de pasar.

Du Roy sentía deseos de maltratarla, de injuriarla, de pegarla y decirle claramente: —Ea, basta ya. Me aburre usted.

Pero todavía le guardaba algunas consideraciones a causa de *La Vie Française*. Trataba, eso sí, a fuerza de frialdad, de rudeza disimulada con miramientos y hasta, alguna vez, con palabras rudas, de hacerla comprender que era preciso terminar de una vez.

Virgine se obstinaba, sobre todo en atraerlo a la calle de Constantinopla, y él temía a cada instante que las dos mujeres se encontrasen, cara a cara, en la puerta.

Su afecto por la de Marelle había, por el contrario, crecido durante el verano. La llamaba «mi chicuela». Decididamente le gustaba. Sus respectivas naturalezas tenían muchos puntos de contacto. Ambos pertenecían a esa raza de vagabundos de la vida, de vagabundos mundanos que se parecen indudablemente a los gitanos que andan por los caminos.

Habían pasado un delicioso verano de amor, un verano de estudiantes en vacaciones, con escapadas para comer en Argenteuil, en Bougival, en Maisons-Laffite, en Passy. Pasearon en barca y cogieron flores en los ribazos. Clotilde adoraba los peces del Sena, fritos, el conejo estofado, el pescado a la marinera, los cenadores al aire libre, en las tabernas y los gritos de los remeros. A él le gustaba ir con ella, en día despejado, en la imperial de un tren de circunvalación, y atravesar, diciendo alegres chuscadas, la campiña próxima a París, salpicada de horribles quintas burguesas. Y cuando tenía que separarse de Clotilde para ir a comer a casa de los Walter, sentía odio por la amante vieja y encarnizada, al acordarse de la otra, de la que acababa de dejar, y que había encendido su deseo y cosechado sus ardientes caricias entre la hierba que crece a orillas del agua.

Se sentía George, en fin, ya casi liberado de la directora, a quien había expresado de un modo casi brutal su resolución de romper con ella cuando recibió en el periódico el continental que lo citaba a las dos de la tarde, en la calle Constantinopla.

Sin dejar de andar, lo iba releiendo:

«Es absolutamente preciso que nos veamos hoy. Se trata de un asunto grave, muy grave. Espérame a las dos en la calle de Constantinopla. Puedo prestarte un gran servicio. Tuya hasta la muerte.

Virgine»

«¡Qué diablos me querrá esa lechuza? –pensaba–. Apostaría cualquier cosa a que no tiene nada que decirme. Me repetirá lo de siempre: que me adora. Con todo, habrá que ir. Me habla de una cosa muy grave, de un gran servicio. Acaso sea verdad. ¡Y Clotilde que va a ir allí a las cuatro! Es preciso que despache a la otra a las tres, lo más tarde, ¡diablo! ¡Con tal que no se encuentren las dos! ¡Qué estúpidas son las mujeres!»

Reconoció que la suya era la única que no le atormentaba. Vivía con él y parecía quererle mucho en las horas que destinaba al amor, pues no toleraba que se alterase el inmutable orden de las ocupaciones corrientes.

Mientras se encaminaba muy despacio al lugar de la cita, iba excitándose mentalmente contra la directora. «Buena la voy a poner si no tiene nada que decirme. El vocabulario de Cambronne va a resultar académico al lado del mío. Por lo pronto, le diré que no pienso poner más los pies en su casa.»

Y entró en el piso para esperara a la señora de Walter.

Esta llegó momentos después, y al verle dijo:

–¡Ah! Has recibido mi continental... ¡Qué suerte!

El tenía cara de vinagre.

–Me lo han dado en el periódico cuando me disponía a ir a la Cámara. ¿Qué demonios quieres de mí?

Virgine, que se había levantado el velo del sombrero para besar a su amante, se acercó a él con el aire temeroso y sumiso de un perro acostumbrado a los golpes.

–¡Qué cruel eres! ¡Con qué dureza me hablas! ¿Qué te he hecho? ¡No puedes figurarte lo que me haces sufrir!

–¿Me contestas o no? –gruñó George.

Cerca de él, Virgine, en pie, lo miraba como si esperase una sonrisa. De pronto, hizo ademán de arrojarse en sus brazos.

–¿Te acuerdas de lo que me decías en la iglesia y de cómo me obligaste a venir a esta casa? Y ahora, ¡qué manera de hablarme! ¡Qué modo de recibirme! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué mal hice!

Du Roy golpeó furiosamente el suelo con el pie.

–¡Cállate de una vez! –dijo–. ¡Basta ya! No puedo verte una sola vez sin oírte esa monserga. Cualquiera diría que te seduje a los doce años y que eras inocente como un ángel. No, querida. Restablezcamos los hechos: no ha habido violación de menor. Te entregaste a mí en una edad en que ya se tiene uso de razón. Te lo agradezco, te estoy reconocido, pero nada me obliga a estar cosido a tus faldas hasta que me muera. Tú tienes marido, yo tengo mujer. Hemos satisfecho un capricho, y ahora, si te he visto no me acuerdo. Esto se acabó.

–¡Oh! –repuso ella–. ¡Qué brutal y qué grosero eres! ¡Qué infame! No, yo no era una chiquilla, pero jamás había amado, jamás había faltado a mi deber.

–Ya me lo has dicho veinte veces. Estoy harto de saberlo. Pero ya tenías dos hijas. Yo no te he desflorado.

La señora de Walter retrocedió.

–¡Oh, George! ¡Eso es indigno! –dijo.

Se llevó ambas manos al pecho y entre ahogos dejó escapar los sollozos que le henchían la garganta.

Cuando vio asomar las lágrimas, George cogió el sombrero, que había dejado en una esquina de la chimenea, y dijo:

—¡Ah! ¿Vas a llorar? Pues, entonces, buenas tardes. Y ¿para darme esta escena me has hecho venir?

Virgine dio un paso para impedirle avanzar. Su voz cobró firmeza por un esfuerzo de la voluntad, y dijo, entre interrupciones que la obligaba el dolor:

—No; he venido para..., para darte una noticia..., una noticia política..., para proporcionarte el medio de ganar cincuenta mil francos... o más, si quieres.

Du Roy, súbitamente dulcificado, repuso:

—¿Cómo! ¿Qué quieres decir?

—Anoche sorprendí, casualmente, una conversación entre mi marido y Laroche, que, por otra parte, no se ocultaban mucho de mí. Walter aconsejaba al ministro que no te pusiera al corriente del asunto, porque lo contarías todo.

Du Roy había dejado el sombrero sobre una silla, y escuchaba con mucha atención.

—¿Qué ocurre, pues?

—¡Van a apoderarse de Marruecos!

—Quita de ahí. Precisamente he almorzado hoy con Laroche, que casi me ha dictado las intenciones del Ministerio.

—No, querido; te han hecho una jugada, porque temen que se conozcan sus intenciones.

—Siéntate —dijo George, y empezó por acomodarse él en una butaca.

Su amante cogió un taburete bajito, y se sentó en él, entre las piernas del joven. Luego, prosiguió, en tono ya sereno:

—Como siempre estoy pensando en tí, ahora me fijo en todo lo que se cuchichea a mi alrededor.

Y comenzó a explicarle, lentamente, cómo desde hacía ya algún tiempo había adivinado que se tramaba algo a espaldas de él, que se servían de él, temiendo, al propio tiempo, su concurso.

—El cariño, ¿sabes? —decía—, la avispa a una.

Por fin, la víspera había visto claro. Se trataba, en suma, de un gran negocio, de un gran negocio urdido en la sombra. Y, al decirlo, sonreía satisfecha de su habilidad y se exaltaba al hablar como mujer de un financiero, acostumbrada a presenciar como se fraguaban las jugadas de Bolsa, las oscilaciones de los valores, las alternativas de alza y baja que, en dos horas, arruinaban a miles de modestos burgueses, de humildes especuladores que habían colocado sus ahorros en fondos que contaban con la garantía de hombres honrados, respetados, de políticos y banqueros.

—¡Oh! —decía Virgine—. Es tremendo lo que han imaginado, tremendo; Walter es, desde luego, quien lleva la batuta. Bien sabe lo que se hace. La combinación es de primera, puedes creerlo.

George se impacientaba con estos preliminares.

—Vamos, explícate de una vez.

—He aquí la cosa: la expedición militar a Tánger quedó decidida entre ellos el mismo día en que Laroche se encargó de la cartera de Negocios Extranjeros y, poco a poco, han ido revalorando el empréstito sobre Marruecos, que estaba muy bajo, a sesenta y cuatro o sesenta y cinco francos. Han hecho esto con mucha habilidad, por medio de agentes turbios, sin escrúpulos, que no despertaban recelos. Han engañado a los propios Rothschild, que se asombraban de verlos comprar *marruecos*. La respuesta fue el nombramiento de intermediarios. Estos llevan su parte en el negocio. Esto tranquilizó a la gran Banca. Se va a hacer, pues, la expedición, y, cuando estemos allí, el

Estado francés garantizará la deuda. Nuestros amigos habrán ganado cincuenta o sesenta millones. ¿Ves ahora el asunto? ¿Comprendes por qué tienen miedo de todo el mundo? ¿Miedo a la menor indiscreción?

Con la cabeza apoyada en el chaleco del joven y las manos en sus piernas, se estrechaba contra él, dispuesta a todo, a cambio de una caricia, de una sonrisa.

—¿Estás segura de lo que dices? —preguntó George.

Su amante respondió con aplomo:

—¡Oh! ¡Ya lo creo!

—Es tremendo, efectivamente. Por lo que hace a ese cochino de Laroche, ya lo cogeré por mi cuenta. ¡Oh, el muy granuja! Su cartera de ministro no le va a durar mucho en las manos. Por lo pronto —rezongó—, saquemos el mejor partido posible de todo esto.

—Puedes suscribirte al empréstito —dijo Virgine—; no está más que a sesenta y dos.

El replicó:

—Sí, pero no tengo fondos disponibles.

Alzó ella los ojos al rostro de George, y le dijo:

—Ya había pensado en ello. Si fueses bueno conmigo, chuchito de mi alma, si me quisieses de veras, me permitirías que yo te los prestase.

El respondió con brusquedad, con dureza, casi:

—¡Vamos! ¡Estaría bueno!

—Escucha —repuso Virgine con voz implorante—: puedes hacer una cosa, sin necesidad de que nadie te preste dinero. Yo iba a suscribirme al empréstito con diez mil francos, para ir haciendo unos ahorritos. Pues bien: me suscribiré con veinte mil y vamos a medias. Como comprenderás, yo no le voy a dar el dinero a Walter. Si el negocio sale bien, ganas setenta mil francos; si no, me debes diez mil, que ya me pagarás cuando te convenga.

George insistió aún en su negativa:

—No. Me gustan poco esas combinaciones.

Ella adujo varios argumentos para decidirlo. Le probó que, en realidad, comprometía él diez mil francos bajo su palabra; que los arriesgaba, en consecuencia, y que ella no le anticipaba un céntimo, puesto que el desembolso había de hacerlo el Banco Walter. Le demostró, en fin, que él era quien había llevado en *La Vie Française* la campaña que hizo viable aquel negocio, y que sería tonto si no se aprovechaba.

Como George vacilase aún, su querida añadió:

—Piensa que, en realidad, es Walter quien adelanta esos diez mil francos, y que vas a devolvérselos en servicios que valen más.

—Pues bien, sea —dijo, al fin, Du Roy—; voy a medias contigo. Si perdemos, te devolveré los diez mil francos.

Virgine se puso tan contenta que, levantándose de su asiento, cogió con ambas manos la cabeza de George y empezó a darle ávidos besos.

El joven no se opuso al principio, pero como ella se fuese enardeciendo, recordó que Clotilde llegaría de un momento a otro, y que, si él era débil, perdería el tiempo y dejaría en brazos de la vieja un ardor que estaría mejor empleado con la joven.

La rechazó, pues, suavemente, diciendo:

—Vamos, un poquito de formalidad.

La directora lo miró, desolada.

—¡Oh, George! ¿Ni siquiera puedo besarte?

—No, hoy no. Tengo un poco de jaqueca, y esto me sentaría mal.

Se levantó ella dócilmente, entre las piernas de su amante, y le preguntó:

—¿Quieres comer mañana en casa? ¡Qué alegría me darás!

Du Roy dudó unos instantes. Luego, sin atreverse a rehusar, dijo:

–Sí, por cierto. Iré.

–Gracias, amor mío.

Frotaba lentamente una mejilla contra el pecho del joven, con movimiento mimoso y rítmico. Uno de sus largos cabellos se enganchó en el botón del chaleco. Entonces, la de Walter tuvo una idea insensata, una de esas ideas supersticiosas en que, a veces, reside toda la razón de las mujeres. Arrolló muy despacito aquella hebra al botón, se arrancó luego otra e hizo lo propio con el siguiente, y, por tercera vez, repitió el juego, hasta que cada botón tuvo anudado su cabello.

George se los arrancaría, sin duda, al levantarse. Pero, así, no lo conseguiría del todo y llevaría sobre sí, sin darse cuenta, algo de ella, un mechón de cabellos que nunca había pedido. Era un lazo con que lo sujetaba, un lazo secreto e invisible, un talismán con que se lo aseguraba. A pesar suyo, George pensaría en ella, soñaría con ella y, al día siguiente, la amaría un poco más.

De pronto, dijo Du Roy:

–Tengo que dejarse porque me esperan en la Cámara para cuando acabe la sesión. Hoy no puedo faltar.

Virgine suspiró.

–¡Oh! –dijo.

Luego, resignada, añadió:

–Vete, amor mío. Pero no dejes de ir mañana a comer a casa.

De repente, se apartó de él. Sintió un instantáneo e intenso dolor de cabeza, como si le hubiesen pellizcado la piel con unas tenazas. Contenta de haber sufrido algo por su amante:

–¡Adiós! –le dijo.

George la estrechó en sus brazos, con una sonrisa compasiva, y la besó, con frialdad, en los labios.

Ella, enloquecida por este contacto, murmuró:

–¡Ya! –y dirigió una mirada suplicante a la alcoba, cuya puerta estaba a medio abrir.

Du Roy, apartándola de sí, le dijo precipitadamente:

–Tengo que irme. Voy a llegar tarde.

Virgine le ofreció los labios, que él apenas rozó. Entregando a su amante la sombrilla, que se dejaba olvidada, dijo George:

–Vamos, date prisa. Son más de las tres.

La directora salió delante de él, repitiendo:

–Mañana, a las siete.

–Mañana, a las siete –respondió el joven.

Y se separaron. Ella se fue por la derecha y él por la izquierda.

Du Roy llegó hasta el bulevar exterior. Luego, bajó por el de Malesherbes, muy despacio. Al pasar frente a una confitería, vio en una copa de cristal castañas heladas, y pensó: «Voy a llevarle una libra a Clotilde.» Y compró un paquete de aquella golosina, que a la de Marelle le gustaba con locura. A las cuatro, llegó de nuevo al piso, para esperar a su joven querida.

Esta llegó un poco retrasada, porque su marido había venido a pasar ocho días en París.

–¿Puedes venir mañana, a las siete, a cenar con nosotros? –preguntó Clotilde–. A él le encantará verte.

–No me es posible. Ceno en casa del director. Tenemos que hablar de una porción de asuntos políticos y financieros. Clotilde se había quitado el sombrero. Ahora se despojaba de la blusa, que la apretaba mucho.

George le enseñó el paquete.

–Te he traído castañas heladas –dijo.

La de Marelle dio unas palmaditas.

–¡Ay, qué bien! ¡Qué rico eres!

Las cogió, dando saltitos.

–Están deliciosas –declaró–. Me parece que no voy a dejar ni una.

Y, mirando a George con alegre sensualidad, añadió:

–Tú satisfaces todos mis vicios.

Comía las castañas despacito, y echaba frecuentes miradas al paquete, para ver si todavía quedaban algunas.

–Oye– dijo–, siéntate en esa butaca; yo voy a ponerme agachadita entre tus piernas para seguir mordisqueando mis bombones. Verás qué bien estoy así.

Sonrió Du Roy, se sentó y la puso entre sus muslos, como poco antes estuviera la señora de Walter.

Clotilde alzó la cabeza hacia él, y le dijo, con la boca llena:

–He soñado contigo, ¿sabes? He soñado que hacíamos un viaje muy largo, los dos solitos, en un camello que tenía dos jorobas. Tú ibas montado en una y yo en la otra. Llevábamos unos bocadillos envueltos en un papel y una botella de vino, y comíamos cada uno en su chepita. Pero, como no podíamos hacer otra cosa me aburría mucho. Estábamos demasiado lejos el uno del otro, y yo sólo quería desmontar.

George respondió:

–También yo quiero desmontar.

Se reía, muy divertido con la historia, y la estimulaba a decir gansadas, a charlar, a contar todas esas niñerías, todas esas tiernas bobadas que derrochan los enamorados. Chiquilladas, en fin, que le parecían encantadoras en boca de la de Marelle y en labios de la Walter le hubieran exasperado.

Clotilde lo llamaba también «amor mío», y en ella, estas palabras se le antojaban dulces y acariciadoras. Dichas por la otra, le habían asqueado e irritado pocos momentos antes. Y es que el lenguaje del amor no suena siempre lo mismo, porque toma el gusto de los labios de donde sale.

Pero, aunque estas locuras le agradaban, no dejaba George de acordarse de los setenta mil francos que iba a ganar. Por lo que, dándole unos golpecitos con los dedos en la cabeza, contuvo la locuacidad de su amante.

–Escucha, gatita mía– le dijo–. Voy a hacerte un encargo para tu marido. Dile, de mi parte, que mañana mismo se suscriba con diez mil francos al empréstito de Marruecos, que está a setenta y dos, y yo le aseguro que con eso habrá ganado de setenta a ochenta mil francos en tres meses. Recomiéndale absoluto silencio. Dile, también de mi parte, que la expedición a Tánger está ya decidida, y que el Estado va a garantizar la deuda marroquí. Pero no hables de esto con nadie más. Lo que te he dicho es un secreto.

Ella lo escuchaba muy seria.

–Te agradezco mucho tu consejo –manifestó–. Esta noche se lo diré a mi marido. Puedes estar seguro de que no hablará de esto con nadie. Es hombre muy de fiar. No tengas cuidado. No dirá nada a nadie.

Había acabado ya con las castañas. Estrujó el cartucho vacío entre las manos y lo arrojó a la chimenea. Luego dijo:

–Vamos a acotarnos –y sin levantarse, comenzó a desabrocharle el chaleco a George.

De pronto se detuvo. Había sacado, entre los dedos, un largo cabello.

–¡Mira –dijo riéndose–, un pelo de Madeleine! Esto es lo que se llama un marido fiel.

Mas, en seguida, se puso seria. Extendió sobre su mano el imperceptible cabello que acababa de encontrar y murmuró:

–No es de Madeleine, es negro.

Du Roy se echó a reír.

–Probablemente, será de la doncella –afirmó.

Pero ya Clotilde examinaba el chaleco con atención policíaca, y cogió un segundo cabello arrollado a otro botón. Advirtió luego un tercer cabello y, ya un poco nerviosa, exclamó:

–¡Ah! Tú te has acostado con una mujer que te ha atado sus pelos a cada botón.

El, asombrado, balbucía:

–Te aseguro que no. ¡Estás loca!

De repente, recordó y comprendió. Un poco azorado al principio, se rehizo en seguida y volvió a reír burlonamente, satisfecho en el fondo, de que su amante se figurase que tenía partido con las mujeres.

Clotilde seguía su investigación y encontrando cabellos que desenrollaba y arrojaba luego sobre la alfombra.

Su instinto femenino le había hecho adivinar, y, enfurecida, rabiosa, a punto de llorar, febrilmente balbucía:

–Te quiere y ha tratado de hacerte llevar encima algo suyo. ¡Oh, cómo me engañas!

En esto, lanzó un grito, un grito estridente, de insensata alegría.

–¡Oh! –dijo– ¡Es una vieja! ¡Mira, mira una cana! ¡Ah! ¡Ahora te dedicas a las viejas!... ¿Es que te pagan, di..., es que te pagan?... ¡Ah! Te gustan las viejas, ¿eh? Entonces, yo no te hago falta. Guárdate a la otra.

Se levantó, cogió su blusa, que había dejado en una silla, y se la volvió a poner en un santiamén.

George, avergonzado y balbuciente, quería retenerla:

–¡Oh! La verdad es que eres estúpida..., yo no sé qué es esto... escucha... ven acá..., vamos a ver..., ven...

Clotilde repetía:

–Guárdate a la vieja... guárdatela... Dile que se haga una sortija con su pelito..., con su pelito blanco. Con eso te basta.

Con rápidos y nerviosos ademanes se había vestido, peinado y puesto el sombrero, y, como él intentase asirla, le dio, en pleno rostro, un soberano bofetón. Aprovechando el aturdimiento de George, abrió la puerta y se fue...

Cuando Du Roy se quedó solo, lo acometió un acceso de rabia frenética contra aquella mula vieja de la Walter. ¡Ah! Ahora sí que le iba a mandar a freír espárragos o a otra cosa peor.

Se frotó con agua la mejilla, que aún estaba roja, y a su vez salió, pensando en su venganza. Esta vez no la perdonaría. ¡Ah no!

Dio una vuelta por el bulevar y se detuvo ante el escaparate de una relojería para contemplar un cronómetro que, desde hacía tiempo, deseaba adquirir y que cotaba mil ochocientos francos.

De pronto pensó: «Si gano mis setenta mil francos, podré pagarme ese capricho», y sintió en el corazón un jubiloso latido al imaginar todas las cosas que podría hacer con aquellos setenta mil francos.

Por lo pronto, sería diputado, compraría su cronómetro, jugaría a la Bolsa y luego..., luego...

No quiso ir al periódico, prefería charlar un rato con Madeleine, antes de ver a Walter y escribir el artículo. Se encaminó, pues, a su casa.

Cuando llegó a la calle de Rouot, se paró en seco. Se le había olvidado preguntar por el conde de Vaudrec, que vivía en la Chaussée D'Antin. Volvió dando un paseo, pensando en mil cosas agradables y buenas, sumido en un feliz ensueño de próxima fortuna. Penaba también en el granuja de Laroche y en aquella vieja apolillada de directora. En cuanto al enfado de Clotilde, no le inquietaba mucho, pues bien sabía que el perdón no se haría esperar.

Cuando llegó a la casa en la que vivía el conde, preguntó al portero:

—¿Cómo sigue el señor de Vaudrec? Me han dicho que estaba enfermo.

—El señor conde está muy mal. Seguramente no saldrá de esta noche. La gota ataca ya al corazón.

Quedó Du Roy tan impresionado que no sabía qué hacer. ¡Vaudrec, moribundo! Por el cerebro del joven pasó un tropel de ideas confusas, perturbadores, que no se atrevía a confesarse a sí mismo.

—Gracias..., ya volveré —tartamudeó, sin darse apenas cuenta de lo que decía.

Tomó un coche, que lo llevó a su casa.

Su mujer había llegado. George entró muy sofocado en el gabinete. Al verla, dijo de sopetón:

—¿Sabes que Vaudrec se está muriendo?

Madeleine estaba leyendo una carta. Alzó los ojos y preguntó tres veces seguidas:

—¿Eh? ¿Qué dices?... ¿Qué dices?... ¿Qué dices?...

—Digo que Vaudrec se está muriendo de un ataque de gota que se extiende ya al corazón.

Y añadió:

—¿Qué piensas hacer?

Ella se había levantado de su asiento, lívida y con el rostro agitado por nerviosas sacudidas. Lo ocultó luego entre las manos y se echó a llorar amargamente. Estaba en pie, convulsa de sollozos, destrozada por el dolor.

Logró de pronto sobreponerse a él, y enjugándose los ojos:

—Me..., me voy allá —dijo—. No te preocupes por mí..., no sé a qué hora volveré..., no me esperes.

—Muy bien. Vete —contestó él.

Se dieron la mano, y Madeleine se fue tan de prisa que se olvidó de coger los guantes.

George cenó solo, y después se puso a escribir su artículo. Siguió estrictamente las indicaciones del ministro, de suerte que dejó adivinar a los lectores que la expedición a Tánger no se realizaría. Lo llevó luego al periódico, conferenció unos minutos con el director y se volvió a su casa, fumando un cigarrillo y con el corazón alegre, sin acertar a explicarse por qué.

Su mujer no había vuelto aún. Se acostó solo y se durmió.

Madeleine regresó hacia medianoche. George despertó bruscamente y se sentó en el lecho.

—¿Qué hay? —preguntó.

Nunca había visto tan pálida ni tan emocionada a su esposa.

Esta murmuró:

–Ha muerto.

George, la miraba fijamente.

–¡Ah! Y... ¿sin decirte nada?

–Nada. Cuando yo llegué había perdido el sentido.

George se quedó pensativo. A los labios le acudían preguntas que no se atrevía a formular.

–Acuéstate –dijo.

Ella se desnudó rápidamente, y se deslizó en el lecho, junto a su marido.

Este continuó:

–¿Había algún pariente a su cabecera?

–Un sobrino, nada más.

–¡Ah! ¿Lo visitaba a menudo el tal sobrino?

–Casi nunca. No se habían visto desde hacía diez años.

–¿Tenía más familia?

–No; creo que no.

–Entonces..., ¿lo heredará ese sobrino?

–No lo sé.

–¿Era muy rico Vaudrec?

–¡Oh! Muy rico.

–¿Sabes cuánto tenía, sobre poco más o menos?

–No lo sé exactamente. Quizá uno o dos millones de francos.

George no habló más. Madeleine apagó la luz, y ambos, tendidos el uno al lado del otro, permanecieron inmóviles, desvelados, sumidos en sus pensamientos.

Du Roy no tenía ganas de dormir. Ya le parecían pocos los setenta mil francos prometidos por la señora de Walter. De pronto, le pareció que Madeleine lloraba. Para asegurarse de ello, George preguntó:

–¿Duermes?

–No.

Tenía la voz trémula y empapada en llanto. El continuó:

–Se me había olvidado decirte que tu famoso ministro nos ha tirado por la borda.

–¿Cómo es eso?

George contó, muy por lo largo, con todo detalle, la maniobra urdida entre Laroche y Walter.

Cuando hubo terminado, le preguntó su esposa:

–¿Cómo sabes tú eso?

Du Roy respondió:

–¿Me permites que no te lo diga? Tú tienes tus medios de información, que yo no trato de averiguar. Yo tengo los míos, que deseo reservarme. En todo caso, respondo de la exactitud de mis noticias.

Entonces ella murmuró:

–Sí, es posible. No me sorprende que hicieran cualquier cosa sin contar con nosotros.

Mientras hablaban, Du Roy, que no tenía sueño, se había ido acercando poco a poco a su mujer y le daba lentos besos en una oreja.

Madeleine le dijo:

–Te ruego que me dejes. No estoy ahora para fiestas.

George, resignado, se volvió de cara a la pared, cerró los ojos y acabó por dormirse.

VI

La iglesia estaba adornada de negro. En el pórtico, un enorme escudo, rematado por una corona, anunciaba a los transeúntes que allí se enterraba a un gentilhomme.

Había terminado la ceremonia. Los concurrentes desfilaban con lentitud ante el féretro, y daban el pésame al sobrino del conde Vaudrec, que les estrechaba la mano y correspondía a los saludos.

Cuando George Du Roy y su mujer salieron del templo, se encaminaron juntos a su casa. Ambos callaban muy preocupados.

Al fin, George dijo, como si hablase consigo mismo:

–Es verdaderamente raro.

–¿Qué, amigo mío? –preguntó Madeleine.

–Que Vaudrec no nos haya dejado nada.

Ella enrojeció, como si de repente un rosado velo se hubiera extendido sobre su blanca piel, subiéndole de la garganta al rostro, y dijo:

–¿Por qué iba a dejarnoslo? No había razón para ello.

Al cabo de unos instantes de silencio, añadió:

–Además, quizás exista algún testamento y lo tenga un notario. Todavía no lo sabemos.

Reflexionó George, y luego dijo:

–Sí, es probable, porque, al fin y al cabo, era nuestro mejor amigo. Cenaba dos veces por semana en casa, estaba en ella como en la suya. Te quería como un padre, y no tenía familia, ni hijos, ni hermanos, nadie en suma, más que un sobrino, un sobrino a quien apenas veía. Sí, debe de haber algún testamento. No es que yo esperase gran cosa; pero sí un recuerdo que demuestre que ha pensado en nosotros, que nos quería, que se daba cuenta de nuestro afecto hacia él. Nos debía esa prueba de amistad.

Madeleine, pensativa e indiferente, replicó:

–Sí, es posible que haya algún testamento.

Cuando llegaron a su casa, el criado entregó a Madeleine una carta. Esta la abrió, y después se la alargó a su marido:

NOTARÍA
DEL SR. LAMANEUR

«Muy señora mía.

«Le ruego a usted que se digne honrar mi estudio con su visita, el martes, el miércoles o el jueves, de dos a cuatro, para un asunto que le interesa.

» Reciba usted, etc.

Lamaneur.»

George había enrojecido a su vez.

–Esto debe de ser, esto. Tiene gracia que se haya dirigido a tí y no a mi, que, legalmente, soy el cabeza de familia.

Madeleine no respondió de momento. Al cabo de breve reflexión preguntó:

–¿Quieres que vayamos ahora mismo?

–Sí, me parece muy bien.

Apenas hubieron almorzado se pusieron en marcha.

Cuando llegaron al estudio del notario Lamaneur, el primer pasante se levantó con visible premura y los hizo pasar al despacho de su jefe.

El notario era un hombre bajito y rechoncho, más bien, esférico, por dondequiera que se le mirase. Su cabeza parecía una bola colocada sobre otra bola, sostenida, a su vez, por dos piernecillas tan cortas que semejaban asimismo dos bolitas.

Saludó a sus visitantes, les indicó dos asientos y, volviéndose a Madeleine, dijo:

–Señora, la he llamado para darle cuenta del testamento del conde de Vaudrec, que le interesa.

George no pudo contenerse y masculló:

–Ya decía yo.

El notario continuó:

–Voy a leerles a ustedes el documento que, por cierto, es muy breve.

Sacó un papel de una carpeta de cartón que ante sí tenía y, en efecto, leyó:

«Yo, el abajo firmante, Paul Émile Germain, conde de Vaudrec, en pleno uso de mis facultades físicas y espirituales, expreso así mi última voluntad:

» Como quiera que la muerte puede arrebatarlos en cualquier instante, quiero, en previsión de su llegada, redactar mi testamento, que será depositado en el estudio de *maitre* Lamaneur.

»No teniendo herederos forzosos, lego toda mi fortuna, compuesta de seiscientos mil francos en valores bursátiles y de otros quinientos mil en bienes raíces, a doña Clair Madeleine Du Roy, sin carga ni condición alguna, y le ruego que acepte esta donación de un amigo muerto, como prueba de un afecto leal, profundo y respetuoso.»

–Esto es todo –dijo el notario–. La pieza está fechada el mes de agosto último, y substituyó a otra de la misma índole, redactada hace dos años en favor de doña Clair Madeleine Forestier. Tengo en mi poder este primer testamento, que podría demostrar, en caso de impugnación por parte de la familia, que la voluntad del señor conde de Vaudrec no ha cambiado en nada.

Madeleine, muy pálida, se miraba las puntas de los pies. George, nervioso, se retorció el bigote. Después de unos instantes de silencio, continuó el notario:

–No hay que decir, caballero, que la señora no puede aceptar esa herencia sin el consentimiento de usted.

George se levantó y dijo en toco seco:

–Necesito algún tiempo para reflexionar.

El notario, que sonreía, se inclinó y repuso amablemente:

–Me hago cargo, caballero, de sus vacilaciones y sus escrúpulos. Debo añadir que el sobrino del señor de Vaudrec, que desde esta mañana conoce las últimas disposiciones de su tío, está dispuesto a respetarlas si se le dan cien mil francos. A mi juicio, el testamento es inatacable. Pero un pleito levantaría una polvareda que quizás les convenga evitar. La gente siempre piensa lo peor. En todo caso, ¿podría usted comunicarme su respuesta antes del sábado?

–Sí, señor –respondió George, inclinándose.

Saludó ceremoniosamente, hizo seña a su mujer, que se había quedado silenciosa, de que se levantara y la cogió del brazo con gesto tan ceñudo que el notario dejó de sonreír.

Cuando llegaron a su alcoba, Du Roy dio un violento portazo y, arrojando el sombrero sobre la cama, preguntó:

–¿Tú has sido la querida del conde de Vaudrec?

Madeleine, que se estaba quitando el velo del sombrero, se volvió, muy agitada:

–¿Yo? ¡Oh!

–Sí, tú. No deja uno, así como así, toda su fortuna a una mujer.

Su mujer estaba tan temblona que no acertaba a quitarse las agujas que sujetaban la transparente tela.

Al cabo de un instante de silencio, balbució, nerviosamente:

–Vamos..., vamos... Tú estás loco... Eres..., eres... Pero ¿no esperabas tú mismo... hace un momento... que te dejase algo?

George estaba en pie, muy cerca de ella, siguiendo atentamente todas sus impresiones, como un magistrado que trata de sorprender la menor muestra de desfallecimiento en un detenido. Al fin, dijo, recalando cada palabra:

–¡Sí! Podría haberme dejado lo que fuese, a mí..., a mí, tu marido; a mí, su amigo..., ¿entiendes?...; pero no a ti, su amiga..., a ti, mi mujer. Esta distinción es capital desde el punto de vista de las conveniencias, de la opinión pública.

Madeleine le miraba, a su vez, fijamente a las niñas de los ojos con profunda y extraña mirada, como si quisiera leer allí algo, como si intentase descubrir ese fondo desconocido del ser, donde jamás se penetra, y que se puede entrever apenas durante unos rápidos segundos, en esos momentos de descuido, de abandono, de prevención, que son como puertas entornadas en el misterioso interior del espíritu.

Madeleine dijo lentamente:

–A pesar de todo, creo que también hubiese parecido, al menos, extraño... que te hubiese dejado a ti un legado de esa importancia.

–Y eso ¿por qué? –preguntó él, bruscamente.

–Porque...

Madeleine vació un momento y, al fin, siguió:

–Porque tú eres mi marido...; porque no lo conoces, en suma, sino desde hace muy poco...; porque yo era amiga suya de mucho tiempo atrás...; porque su primer testamento, hecho en vida de Forestier, lo estaba también a mi favor.

George recorría la habitación a grades pasos.

–Tú no puedes aceptar eso –declaró.

Madeleine respondió con indiferencia:

–Perfectamente. En ese caso, no merece la pena de que esperemos hasta el sábado. Hoy mismo podemos decírselo al señor Lamaneur.

George cesó en su paseo y se detuvo frente a su mujer. Ambos se miraron durante algunos minutos, los ojos del uno clavados en los del otro, esforzándose por descifrar el impenetrable secreto de sus corazones, por sondear hasta las capas más profundas y vivas del pensamiento. Los dos trataban, en ardiente y muda interrogación, de verse mutuamente la conciencia. Era la lucha íntima de dos seres que, viviendo el uno junto al otro, se ignoraban, se eran recíprocamente sospechosos, se seguían el rastro, se acechaban, pero no conocían el fangoso sedimento de sus almas.

De súbito, Du Roy se acercó a Madeleine hasta casi rozarle el rostro, y le dijo en voz baja:

–Vamos, confiesa que eras la querida de Vaudrec.

Ella se encogió de hombros y repuso:

–¡Qué estúpido eres! Vaudrec me tenía mucho afecto, mucho, pero nada más..., nada más...

–Mientes –contestó George, golpeando el suelo con el pie-- No es posible.

Su mujer replicó tranquilamente:

–Pues así es, a pesar de todo.

Reanudó George su paseata, hasta que se detuvo de nuevo, y dijo:

–Entonces explícame por qué te ha dejado toda su fortuna.

Madeleine contestó, como quien no quiere dar importancia a sus palabras:

–Es muy sencillo. Como tú mismo reconocía hace poco, no tenía más amigos que nosotros o, mejor dicho yo, pues me conocía desde niña. Mi madre era señora de compañía en casa de unos parientes del conde, y éste los visitaba con mucha frecuencia. Como no tenía herederos forzosos, se ha acordado de mí, sin duda. Tal vez me quisiera un poco, ¡quién sabe! Pero ¿qué mujer no ha sido amada así? ¿Por qué no hemos de suponer que esa ternura oculta, secreta, ha tomado mi nombre bajo su pluma, cuando Vaudrec escribía sus últimas disposiciones? Todos los lunes me traía un ramo de flores, y a ti no te asombraba absolutamente nada, ni te sorprendía tampoco que a ti no te trajese ninguna, ¿no es eso? Pues por la misma razón no te deja su fortuna. Esto sí que hubiera sido verdaderamente extraño. ¿Por qué había de dejártela? ¿Qué eras tú para él?

Hablaba en tono tan natural y tranquilo, que hizo vacilar a George.

Sonrió éste y dijo:

–De todos modos es igual. No podemos aceptar la herencia en esas condiciones. Sería deplorable. Todo el mundo creería la cosa; todo el mundo murmuraría y se reiría de mí. Mis compañeros están cada día más dispuestos a fomentar mis celos, a meterse conmigo. Yo soy el primero que debo velar por mi honor y cuidar de mi reputación. Me es imposible admitir para mi mujer un legado de esa naturaleza procedente de un hombre a quien el rumor público le ha señalado ya por amante. Acaso Forestier hubiera tolerado esto; yo, no.

Madeleine dijo dulcemente:

–Pues bien, amigo mío; no aceptaremos. Todo se reducirá a tener un millón menos en el bolsillo.

Du Roy, que seguía dando paseos por el cuarto, parecía pensar en voz alta, pues aun cuando hablaba para su mujer, no se dirigía a ella.

–Bueno, sí, un millón... ¡Qué le vamos a hacer! Vaudrec no se dio cuenta, al testar así, de la falta de tacto, del olvido de las conveniencias en que incurría. No vio la posición falsa y ridícula en que iba a colocarme. En la vida, todo es cuestión de matices. Debiera de haberme dejado la mitad. Esto lo hubiera arreglado todo.

Se sentó, cruzó las piernas y se retorció las gafas del bigote, como solía hacer en los momentos de mal humor, de inquietud o de reflexión sobre algún punto difícil.

Madeleine cogió una alfombra en la que, de cuando en cuando, trabajaba, y escogiendo las madejas de lana replicó:

–Tú eres quien ha de pensarlo. A mí sólo me toca callar.

George tardó un rato en responder. Al fin, dijo, vacilando:

–La gente no comprenderá nunca que Vaudrec te haya nombrado su única heredera y que yo, ¡yo!, admita esto. Aceptar una fortuna llegada por tal camino equivaldría a confesar..., a confesar por tu parte unas relaciones culpables, y por la mía, una infamante complacencia. ¿Comprendes cómo se interpretaría nuestra aquiescencia? Habría que encontrar un pretexto, un medio hábil de arreglar la cosa. Habría que dar a entender, por ejemplo, que ha dividido su fortuna entre los dos: la mitad para ti la mitad para mí.

–No veo de que manera pueda hacerse eso –respondió Madeleine–, puesto que el testamento es terminante.

–Pues es muy sencillo –respondió Du Roy–. Tú puedes dejarme la mitad de la herencia, por donación *inter vivos*. Como no tenemos hijos, ello es posible. Así taparíamos la boca a los comentaristas maliciosas.

Madeleine replicó con cierta impaciencia:

–Tampoco veo cómo esto iba a tapar la boca a los comentarios tan maliciosos, ya que existe un documento firmado por Vaudrec.

–¿Tenemos necesidad de enseñárselo a nadie ni de poner carteles? –contestó George, encolerizado. En fin, eres una estúpida. Diremos que le conde Vaudrec nos ha dejado su fortuna por partes iguales..., eso es. Ahora bien, tú no puedes aceptar esa herencia sin autorización mía. Yo te la doy con la condición de que hagamos un reparto que me evitará ser el hazmerreír de la gente.

Su mujer le dirigió de nuevo una mirada penetrante.

–Como tú quieras. Por mí no hay inconveniente.

Se levantó Du Roy y reanudó el paseo. Parecía dudar aún y esquivaba los perspicaces ojos de su mujer.

–No... no; decididamente, no –decía–; quizá lo mejor sea renunciar a todo...; es más digno..., más correcto..., más honroso. Y, si embargo, de este modo nadie podría sospechar nada.... La personas de más escrúpulos tendrían que rendirse a la evidencia.

Se detuvo ante Madeleine y le dijo:

–En fin, querida, si te parece volveré solo a casa de *maitre* Lamaneur, para consultarlo y explicarle el asunto. Le comunicaré mis reparos, y añadiré que hemos pensado en hacer una repartición por considerarlo más conforme con las conveniencias y para evitar las murmuraciones. Desde el momento que yo admito este legado es notorio que nadie tiene derecho a sonreír maliciosamente. Vale tanto como decir en voz alta: «Mi mujer acepta, porque yo acepto, yo, su marido, a quien corresponde juzgar lo que puede hacer sin comprometerse.» De otra suerte, daríamos un escándalo.

Madeleine se limitó a decir:

–Como quieras.

Du Roy comenzó a mostrarse locuaz.

–Sí, todo queda claro como la luz del día con este arreglo y la separación en dos mitades. Heredamos a un amigo nuestro, que no ha querido establecer diferencias, que no ha querido hacer distinciones que no ha querido que se pudiera creer que decía: «Prefiero al uno o al otro después de mi muerte, como lo he preferido durante mi vida.» Prefería a la mujer, desde luego; pero al dividir su fortuna entre ambos, por partes iguales, ha querido expresar claramente que se trataba de una preferencia puramente platónica. Puede estar seguro de que si Vaudrec lo hubiese pensado bien, esto sería lo que hubiese hecho. Pero no reflexionó, no previó las consecuencias de su determinación. Como decías muy bien hace un momento, a ti era a quien todas las semanas traía flores, no a mí, y a ti, asimismo, ha querido dejar su fortuna, su postrer recuerdo, sin darse cuenta de lo que me hacía.

Madeleine lo contuvo con un ademán de enojo:

–Comprendido. No necesitas darme tantas explicaciones. Vete sin pérdida de tiempo a ver al notario.

George cogió el sombrero y, al salir, dijo:

–Voy a ver si el sobrino se contenta con cincuenta mil francos.

Madeleine contestó con dignidad:

–No. Dale los cien mil que pide. Y descuéntamelos de la parte mía, si quieres.

Él repitió súbitamente avergonzado:

–¡Ah, eso no! Pagaremos a medias. Después de dar cincuenta mil francos cada uno, todavía nos quedará un millón junto.

Luego añadió:

–Hasta ahora mismo, Madita mía.

Y se fue a expresar al notario la combinación que se le había ocurrido y que dio como imaginada por su mujer.

El día siguiente, firmaron una donación *inter vivos*, por la que Madeleine Du Roy cedía a su marido quinientos mil francos.

Como hiciese buen tiempo, George propuso, al salir del despacho notarial, que fuesen a pie hasta los bulevares. Se mostraba muy amable, lleno de cuidados, de miramientos, de ternezas. Se reía sintiéndose completamente feliz, en tanto que ella iba pensativa y un poco seria.

Era un día de otoño, bastante frío. La multitud desfilaba presurosa y rápida. Du Roy se detuvo con su mujer ante la tienda donde tantas veces contemplara el deseado cronómetro.

—¿Quieres que te haga un regalo? —preguntó.

Ella repuso con indiferencia:

—Como gustes.

Entraron.

George volvió a preguntar:

—¿Qué prefieres? ¿Un collar, una pulsera, unos pendientes?

La vista de los *bibelots* y las piedras preciosas acabó con la deliberada frialdad de Madeleine, que recorría con ojos brillantes y ávidos los escaparates y vitrinas llenas de joyas.

Movida de un repentino deseo, dijo:

—Mira que pulsera más linda.

Era una graciosa cadena, cada uno de cuyos eslabones tenía una piedra diferente.

George preguntó:

—¿Cuánto vale esa pulsera?

—Tres mil francos, señor —respondió el joyero.

—Si me la dejara en dos mil quinientos, trato hecho.

Vaciló el comerciante, y al fin dijo:

—No, caballero; no me es posible.

Du Roy insistió:

—Vamos, ceda usted y añada ese cronómetro en mil quinientos francos. Total, cuatro mil, que pagaré al contado.

El joyero, perplejo, acabó por aceptar.

—Bien, sea —dijo.

El periodista, después de haber dado sus señas, añadió:

—En el cronómetro, haga usted grabar las iniciales G. R.C., enlazadas bajo una corona de barón.

Madeleine, sorprendida, sonrió, y cuando salían le cogió un brazo con cierta ternura. Aquello le parecía un rasgo de habilidad y de audacia. Puesto que ya tenía rentas, necesitaba un título. Nada más justo.

El comerciante los saludó:

—Descuide usted, señor barón; el jueves estará todo listo.

Pasaron frente al teatro del Vaudeville. Se representaba una obra nueva.

—Si quieres —dijo George—, esta noche vendremos al teatro. Voy a ver si hay algún palco.

Quedaba uno y lo tomaron. George continuó:

—¿Quieres que cenemos por ahí?

—¡Oh, sí, ya lo creo!

Du Roy se consideraba feliz como un soberano y todavía buscaba más motivos de diversión.

—¿Te parece que vayamos a buscar a la de Marelle para que pase la velada con nosotros? Me han dicho que su marido está aquí. Me gustaría darle un apretón de manos.

Fueron allá. A George, que temía un poco la primera entrevista con su querida, no le venía mal que su mujer lo acompañase, para evitar explicaciones.

Pero Clotilde no daba señales de acordarse de nada, e incluso obligó a su marido a aceptar el convite.

La cena fue muy animada. Pasaron una noche encantadora.

George y Madeleine volvieron tarde a su casa. Ya estaban apagadas las luces. Para alumbrar la escalera, Du Roy tuvo que encender algunas cerillas. Cuando llegaron al descansillo del primer piso, la llama que surgió al frotar el fósforo iluminó súbitamente el espejo, que reflejó ambas figuras sobre un fondo de tinieblas. Parecían dos fantasmas próximos a desvanecerse en la noche.

Du Roy levantó el brazo para que se pudiesen ver sus imágenes, y dijo, con una sonrisa de triunfo:

—¡He aquí a dos millonarios que pasan!

VII

Hacía ya dos meses que la conquista de Marruecos era un hecho consumado. Francia era dueña de la costa africana del Mediterráneo, hasta Trípoli, y había garantizado la deuda del territorio que acababa de anexionarse.

Decían que dos ministros habían ganado con esta operación una veintena de millones, y casi en voz alta se citaba el nombre de Laroche-Mathieu.

En cuanto a Walter, nadie ignoraba en París que había hecho una doble jugada. El empréstito le había valido de treinta a cuarenta millones, y se había embolsado otros ochos o diez con las minas de cobre y de hierro, así como con los inmensos terrenos comprados por casi nada antes de la conquista y revendido al día siguiente de la ocupación francesa a las compañías colonizadoras.

En unos cuantos días se había convertido en uno de los amos del mundo, en uno de esos financieros omnipotentes, más poderosos que los mismos reyes y que hacen inclinarse a su paso las cabezas, tartamudear las bocas y brotar toda la bajeza, toda la cobardía y toda la envidia que yace en el fondo del corazón humano.

Ya no era el judío Walter, dueño de un Banco turbio, director de un periódico equívoco, diputado de quien se sospechan sucios manejos. Era el señor Walter, el rico israelita.

Quiso dar una prueba de ello. Sabiendo que el príncipe de Carlsburgo, propietario de un hermoso hotel en la calle del Barrio Saint-Honoré y que tenía un jardín que daba a los Campos Eliseos, andaba muy apurado de dinero, le propuso la compra, en veinticuatro horas, del inmueble con cuanto en él había, sin cambiar de sitio ni una butaca. Ofreció tres millones. El príncipe, tentado por la suma, aceptó.

Al siguiente día, Walter se instaló en su nuevo domicilio.

Entonces se le ocurrió otra idea, una verdadera idea de conquistador, de hombre que quiere adueñarse de París, una idea a lo Bonaparte.

Toda la ciudad iba entonces a ver un cuadro del pintor húngaro Charles Marcowich, expuesto en la tienda de Jacques Lenoble y que representaba a Cristo caminando sobre las olas.

Los críticos de arte, entusiasmados, declaraban que este lienzo era la más genial obra maestra del siglo.

Walter lo compró en quinientos mil francos; lo robó, por decirlo así, a la curiosidad pública. Y obligó a París entero a hablar de él, ya para envidiarlo, ya para condenarlo o bien para aplaudirlo. Luego hizo saber, por medio de los periódicos, que invitaba todas las personas conocidas en la sociedad parisiense a que una noche determinada acudiesen a su casa para contemplar aquella magistral producción de un maestro extranjero, para que nadie pudiese decir que había secuestrado una obra de arte.

Su casa estaría abierta a todos e iría quien quisiera. Bastaría enseñar en la puerta la tarjeta de invitación, que estaba redactada en estos términos.

«Los señores de Walter le ruegan a usted que venga a ver en su casa el día treinta de diciembre, de nueve a doce de la noche, el lienzo de Charles Marcowich, Jesús caminando sobre las olas, que estará iluminado con luz eléctrica.»

Debajo, a manera de *post-scriptum* y en letra más pequeña, podía leerse: «A medianoche comenzará el baile.»

Con esto, los que quisieran quedarse se quedarían, y Walter reclutaría entre ellos sus futuras relaciones.

Los demás contemplarían el cuadro, visitarían el palacio y desfilarían ante sus dueños con una curiosidad malsana e insolente. Después se irían por donde habían venido. Bien sabía Walter que volverían a su casa, como habían vuelto a las de sus correligionarios israelitas, que, como él, se habían hecho ricos.

Ante todo, era preciso que fuesen allí las damas aristócratas a quienes mencionan los periódicos, e irían para ver la cara a un hombre que ha ganado cincuenta millones en seis semanas; irían asimismo, para ver y contar a los demás; irían, finalmente, porque había habilidad y buen gusto en que un hijo de Israel invitase a la gente a admirar un cuadro de asunto cristiano. Parecía decir: «Fíjense ustedes: he pagado quinientos mil francos por el cuadro religioso de Marcowich *Jesús, caminando sobre las olas*. Y esta obra maestra estará siempre ante mis ojos en mi casa, en casa del judío Walter.

En el gran mundo, en el mundo de las duquesas y del *jockey*, se habló mucho de esta invitación que, en resumidas cuentas, a nada comprometía. Se iba allí como se iba a ver las acuarelas de Petit. Los Walter poseían una obra maestra, y una noche abrían las puertas de su casa para que todo el mundo pudiese admirar aquella. Nada más loable.

Desde hacía quince días, *La Vie Française* dedicaba en todos los números un *eco* a aquel acontecimiento del treinta de diciembre y se esforzaba por excitar la curiosidad pública. A Du Roy este triunfo del director le ponía rabiosos. Se había creído rico con los quinientos mil francos que arrebatara a su mujer, y ahora se veía pobre, espantosamente pobre, al comparar su fortuna con la lluvia de millones que había visto caer a su alrededor sin que le llegase ni una gota.

Su envidiosa cólera aumentaba día a día. Aborrecía a todo el mundo: a Walter, que nunca había estado en su casa, a su mujer, que, engañada por Laroche, le había aconsejado que no comprase acciones marroquíes; aborrecía, sobre todo, al ministro, que había jugado con él, que se había valido de él y que comía a su mesa dos veces por semana. George le servía de secretario, de agente, de amanuense, y mientras iba escribiendo lo que Laroche le dictaba, sentía unos deseos locos de estrangular a aquel belitre victorioso. Como ministro, Laroche no pasaba de una modesta medianía, y para conservar su cartera no dejaba adivinar que estaba podrido de oro. Pero Du Roy olía este oro en la manera de hablar, cada vez más ensoberbecida, del abogado advenedizo; en su gesto, cada día más insolente; en sus afirmaciones, más atrevidas a cada momento; en la absoluta confianza en sí mismo, en fin.

Laroche reinaba ahora en casa de los Du Roy. Comía allí los mismos días de la semana que antaño el conde de Vaudrec, ocupaba su mismo lugar en la mesa y hablaba a los criados como si fuese otro amo.

George lo toleraba temblando de ira, como un perro que quiere morder y no se atreve. En cambio, se mostraba frecuentemente duro y brutal con Madeleine que se encogía de hombros y decía:

—La verdad es que no te entiendo. Siempre te estás quejando y ahora ocupas una posición soberbia.

El le volvía la espalda sin responder.

Al principio declaró que no asistiría a la fiesta del director y que no quería volver a poner los pies en casa de aquel cochino judío.

Desde hacía dos meses, la señora de Walter le escribía a diario para suplicarle que fuese, que la citase donde él quisiera, a fin de poder entregarle los setenta mil francos que había ganado para él.

Du Roy no contestaba a aquellas desesperadas misivas y las arrojaba al fuego. No era que renunciase a su parte en aquellos beneficios, pero quería enloquecer a su amante, tratarla despectivamente, a puntapiés. ¡Era demasiado rica! Había que mostrarse orgulloso.

El mismo día de la exposición del cuadro, como Madeleine le dijese que hacía mal en no ir, George contestó:

–Déjame en paz. Me quedo en casa.

Después de cenar dijo de pronto:

–En fin, más vale cargar con este mochuelo. Vístete en seguida.

Madeleine esperaba aquello.

–Dentro de un cuarto de hora estaré dispuesta –dijo.

El se visitó gruñendo, y ya en el simón que los conducía siguió expectorando bilis.

El patio de honor del palacio de Carlsburgo estaba iluminado por cuatro arcos voltaicos, que en las cuatro esquinas semejaban cuatro azuladas lunas. Una espesa alfombra cubría los peldaños de la alta escalinata, sobre cada uno de los cuales había un hombre inmóvil y rígido como una estatua.

Du Roy rezongó:

–Todo esto es para deslumbrar a los tontos.

Y se encogió de hombros, con el corazón crispado de envidia.

Su mujer le dijo:

–¡Cállate y haz tú otro tanto!

Entraron y dieron sus pesados abrigos de pieles a los lacayos que se les acercaron. Algunas señoras, acompañadas de sus maridos se despojaban también de sus prendas de abrigo. Por todas partes se oía:

–¡Qué bonito está esto, qué bonito!

El vestíbulo estaba, asimismo, cubierto de alfombras y tapices, que representaban la aventura de Marte con Venus. De derecha e izquierda arrancaban dos tramos de escaleras que se reunían en el primer piso. La barandilla era maravillosa, de hierro forjado, y sus dorados antiguos, de apagados tonos, arrancaban discretos reflejos a los escalones, de mármol rojo. A la entrada de los salones, dos muchachitas en trajes de Locura, rosa el de la una y azul el de la otra, entregaban ramos de flores a las señoras. Todo el mundo lo encontró encantador.

Todas las salas estaban llenas de invitados.

Las mujeres, en su mayor parte, llevaban vestidos de calle, como para indicar que iban allí como iban a todas las exposiciones particulares. Las que pensaban quedarse al baile iban escotadas con los brazos desnudos.

La señora de Walter estaba en la segunda de aquellas estancias. La rodeaba un grupo de amigas y correspondía a los saludos de los visitantes. Muchos ni siquiera la conocían y se paseaban por allí como por un museo, sin hacer caso de los dueños de aquella mansión.

Cuando vio a Du Roy se puso lívida e hizo un movimiento para acercarse a él. Luego se quedó inmóvil, esperándolo. El la saludó ceremoniosamente, en tanto que Madeleine la abrumaba con cumplidos y frases de afecto. George dejó a su mujer con la directora y se perdió entre la gente para escuchar los comentarios maliciosos que, sin duda, se estarían haciendo.

Cinco salones se sucedían en hilera. Estaban revestidos de telas preciosas, bordados italianos y alfombras orientales, de colores y estilos diferentes. Pero lo que sobre todo admiraba a la concurrencia y la hacía detenerse, era una reducida habitación a la moda de Luis XVI, un a manera de tocadorcito tapizado de seda azul pálido con dibujos rosa. Los muebles, de madera sobredorada y forrados con tela parecida a la que cubría las paredes, eran de admirable delicadeza.

George vio a gente muy conocida, la duquesa de Tarracine, los conde de Ravenel, el general príncipe de Andremont, la bellísima marquesa de Dunes y, en fin, a cuantas suelen asistir a los estrenos teatrales.

Alguien le cogió un brazo y una voz juvenil, una voz alegre le susurró al oído:

–¡Ah! ¡Al fin ha venido! ¡Qué malo es usted, *Bel Ami*! ¿Por qué no le vemos desde hace tanto tiempo?

Era Suzanne Walter, que lo miraba con sus ojos finamente esmaltados, bajo la rizosa nube de sus cabellos rubios.

George quedó encantado de verla, y le estrechó la mano con franca y decidida cordialidad. Luego se excusó:

–No me ha sido posible venir. He tenido tanto que hacer en estos dos últimos meses, que apenas he salido de casa.

La muchacha respondió muy seria:

–Eso está mal, muy mal, pero que muy mal. A mamá y a mi nos disgusta mucho no verlo, porque las dos lo adoramos. Cuando no viene, me muero de aburrimiento. Ya ve que se lo digo sin rodeos, porque no tiene usted derecho a eclipsarse de ese modo. Déme el brazo, y yo misma le enseñaré el *Jesús, caminando sobre las aguas*. Está allá, en el fondo, detrás del invernadero. Papá lo ha puesto allí para que los visitantes se vean obligados a pasar por todas las habitaciones. Y es que papá se da un tono con este palacio...

Avanzaban lentamente entre la concurrencia. Muchas personas se volvían para contemplar a aquel buen mozo y a aquella encantadora muñeca.

Un conocido pintor exclamó:

–¡Caramba, qué linda pareja! Como todo lo de aquí, por supuesto.

George pensaba. «Si yo hubiera sido verdaderamente listo, con ésta es con quien me hubiera casado. Quizá me hubiera sido fácil conseguirlo. ¿Cómo no se me ocurrió? ¿Cómo llegué a escoger a la otra? ¡Qué locura! Siempre se precipita uno demasiado y nunca reflexiona lo bastante».

Y la envidia, una envidia amarga, le caía sobre el alma, gota a gota, como una hiel que corrompiese todos sus goces y le hiciese odiosa la existencia.

Suzanne decía:

–¡Oh, sí! Venga a menudo, *Bel Ami*. Ahora que papá es tan rico haremos locuras, nos divertiremos como unos insensatos.

Du Roy respondió, siempre fijo en su idea:

–¡Oh! Ahora se casará usted. Se casará con algún príncipe guapo y medio arruinado, y ya apenas nos veremos.

Suzanne dijo con franqueza:

–¡Oh, no! Todavía no. Yo quiero casarme con uno que me guste, que me guste mucho, que me guste del todo. Soy lo bastante rica para los dos.

Sonrió él con sonrisa irónica y presuntuosa, y comenzó a enumerar los nombres de las personas que ante ellos pasaban: nobles que habían vendido sus rancios títulos a las hijas de negociantes, como ella, y que ahora vivían con sus mujeres o separados de ellas, pero en todo caso libres, impudentes, conocidos y respetados.

–De aquí a seis meses –concluyó– habrá usted mordido alguno de esos anzuelos, se lo aseguro. Será usted la señora marquesa, la señora duquesa, la señora princesa..., y me mirará desde muy alto, señorita.

La joven se indignó, y con el abanico le daba golpecitos en el brazo, jurándole que para casarse sólo escucharía a su corazón.

Du Roy reía burlonamente.

–Ya veremos, ya veremos. Es usted demasiado rica.

Ella le dijo:

–También usted ha tenido una herencia.

Lanzó George un «¡Oh!» de lástima.

–Apenas llega a veinte mil francos de renta –dijo–. No es mucho para los tiempos que corren.

–Pero su mujer ha heredado otro tanto.

–Sí, un millón para los dos. Cuarenta mil francos anuales. Con eso, no podemos echar coche.

Llegaban al quinto salón, donde, frente a ellos, se abría el invernadero, vasto jardín lleno de corpulentos árboles de los países tropicales, y a su abrigo, macizos de flores exóticas. Al entrar en aquel túnel de oscuro verdor, a cuyo través se filtraba la luz como una onda de plata, se sentía un tibio frescor de tierra mojada y una pesada atmósfera cargada de perfumes. Era una extraña sensación de malsana y deliciosa dulzura, de naturaleza ficticia, enervante y muelle. Se caminaba sobre alfombras de musgo entre dos espesas barreras de arbustos. De pronto, Du Roy vio a su izquierda, bojo una espaciosa bóveda de palmeras, un ancho pilón de mármol blanco, donde hubiera uno podido bañarse, y en cuyos bordes varios cisnes de porcelana de Delft arrojaban chorros de agua por sus entreabiertos picos.

El fondo del pilón estaba enarenado de un polvillo aireo y en el agua nadaban algunos enormes peces rojos, pintorescos monstruos chinescos, de ojos saltones y escamas recamadas de azul, una especie de mandarines de las ondas que, errantes y suspendidos sobre aquel fondo de oro, recordaban las extrañas labores de aquel remoto país.

Se detuvo allí el periodista con el corazón palpitante: «¡Esto, esto es lo que se llama lujo! –se decía–, ¡Estas son las casas donde hay que vivir! Otros lo han conseguido. ¿Por qué no he de lograrlo yo?» Y pensaba en los medios para ello, sin que de momento se le ocurriese ninguno, lo que le irritaba contra su impotencia.

Su compañera, un poco pensativa, había dejado de hablar. George la miraba de reojo. Y una vez más se repetía a si mismo: «¡La verdad es que casándome con esta muñequita de carne y hueso hubiese resuelto el problema!»

En esto, Suzanne pareció despertar:

–¡Ahora, atención! –dijo.

E hizo avanzar a George entre un grupo de gente que obstruía el camino. Luego lo hizo torcer bruscamente a la derecha.

En medio de un bosque de extrañas plantas, que ofrecían a la caricia del aire sus trémulas hojas abiertas como manos de finos dedos, se veía a un hombre inmóvil, en pie sobre el mar.

El efecto era sorprendente. Aquel cuadro, cuyo marco se escondía entre la oscilante verdura, parecía un oscuro rectángulo abierto en un fantástico e impresionante horizonte.

Había que fijarse bien para darse cuenta. Sólo se veía la mitad de la barca que ocupaban los apóstoles, apenas iluminados por los oblicuos rayos de una linterna, cuya potente luz proyectaba uno de los discípulos, sentado en la borda, sobre Jesús, que hacia ellos iba.

El Cristo avanzaba, a pie enjuto sobre una ola, a la que se veía humillarse, sumisa, mansa, y acariciadora, bajo los divinos pasos que la hollaban. Todo en torno del Hombre-Dios eran tinieblas. Únicamente algunas estrellas lucían en el cielo.

Al vago resplandor del farol llevado por el que mostraba al Señor los rostros de los apóstoles parecían paralizados por la sorpresa.

Era, desde luego, la obra vigorosa e inesperada de un maestro, una de esas obras que agitan nuestras ideas y nos hacen soñar años enteros.

Cuanto la contemplaban permanecían en silencio. Luego se alejaban del lienzo pensativos, y ya no volvían a hablar sino de su precio.

Du Roy, después de haberlo examinado un rato, manifestó:

–Sólo la gente *bien* puede pagarse estos caprichos.

Pero, empujado y oprimido por la multitud de visitantes que querían ver el cuadro, retrocedió, llevando siempre bajo el brazo la manita de Suzanne, que se lo oprimía levemente.

–Quiere usted –le preguntó la jovencita – beber una copa de champaña? Vamos al buffet. Allí veremos a papá.

Atravesaron de nuevo los salones, donde la muchedumbre cada vez mayor, de visitantes se agitaba como las olas en el mar e iba por todas partes, cual si estuviese en su casa o en una fiesta pública.

En esto, George creyó oír:

–Ahí van Laroche y la señora de Du Roy.

Y estas palabras resonaron en su oído como esos lejanos rumores que nos trae el viento. ¿Quién las había pronunciado?

Miró a todos lados, y vio, en efecto, a su mujer, que pasaba del brazo del ministro. Hablaban bajito, en tono íntimo, sonrientes, los ojos del uno clavados en los del otro.

Le pareció a George que la gente cuchicheaba, mirándolos, y experimentó un deseo brutal y estúpido de arrojarse sobre ellos y deshacerlos a puñetazos.

Decididamente, su mujer lo ponía en ridículo. Se acordó de Forestier. Quizá dirían ya por ahí: «Ese cornudo de Du Roy.» ¿Quién era, al fin y al cabo, Madeleine? Una advenediza, muy lista, eso sí, pero nada más. Y George discurría que, si su casa era frecuentada, era porque lo temían, porque conocían su influencia. Pero ¡qué cosas debían de decirse por ahí, de aquel matrimonio de periodistas! Con todo, nunca sería bastante cuando se trataba de una mujer que hacia de su casa un lugar sospechosos, que se ponía constantemente en evidencia y que, en todo, revelaba a la intrigante. Pero, ahora, iba a jugar con ella como con una pelota. ¡Ah, si él hubiese podido adivinar, si él hubiese sabido lo que hacía! Hubiera jugado con más acierto, con más ímpetu. ¡Qué magnífica partida habría podido ganar, con la linda Suzanne como premio! ¿Cómo había sido tan ciego que no lo comprendió así?

Mientras esto pensaba George, Suzanne y él llegaban al comedor, inmensa pieza con columnas de mármol y tapizadas de antiguos Gobelinos.

Walter divisó a su cronista y se fue hacia él con las manos tendidas. Estaba ebrio de júbilo.

–¿Lo ha visto usted todo? –dijo–. Tú, Suzanne, ¿lo has acompañado? ¡Cuánta gente!, ¿verdad, *Bel Ami*? ¿Ha visto usted al príncipe de Guerche? Ahora mismo ha estado aquí bebiendo un ponche.

Dicho esto, se precipitó hacia el senador Rissolin, que remolcaba a su mujer, aturdida y recargada como barraca de feria.

Un caballero saludó a Suzanne. Era joven, alto, delgado, un poco calvo, con patillas rubias y modales distinguidos, y a quien todo el mundo saludaba. Era el marqués de Dazolles. Sin saber por qué, George tuvo celos de él. ¿Desde cuando lo conocía Suzanne? ¿Desde que era rica, sin duda? Du Roy adivinaba un pretendiente en aquel hombre.

Sintió que alguien lo cogía por el brazo. Era Norbert de Varenne. El viejo poeta paseaba sus grasientos cabellos y su frac raído con aire indiferente y aburrido.

–Esto es lo que se llama divertirse –dijo–. Dentro de poco empezará el baile y, luego, todo el mundo a la cama. Las muchachas se divertían mucho. Beba usted champaña. Es excelente.

Se hizo servir una copa, y, saludando a Du Roy, que tenía otra en la mano, dijo:

–Brindo por la victoria del talento sobre los millones.,.

Y, en voz baja, añadió:

—No es porque me moleste que los demás los tengan, ni porque yo los odie. Protesto por principio.

George no lo oía. Buscaba a Suzanne, que había desaparecido con el marqués de Cazolles y, dejando súbitamente a Norbert de Varenne, se fue tras el rastro de la joven.

Una oleada de invitados que querían beber lo detuvo. Cuando, al fin, pudo vencerla, se encontró frente a frente con el matrimonio Marelle.

Veía con frecuencia a la mujer, pero hacia ya tiempo que no tenía ocasión de saludar al marido, quien ahora le estrechaba ambas manos.

—¡Como le agradezco a usted, mi querido amigo —dijo—, el consejo que me dio por medio de Clotilde! He ganado más de cien mil francos con el empréstito marroquí, y a usted es a quien se lo debo. Es usted un amigo que no tiene precio.

Los hombres se volvían para mirar a aquella morenita tan linda y elegante. Du Roy respondió:

—A cambio de ese favor, querido amigo, me llevo a su esposa o, mejor dicho, le ofrezco el brazo. De vez en cuando conviene separar a los matrimonios.

El señor de Marelle se inclinó:

—Nada más justo. Si nos perdemos de vista, dentro de una hora volveremos a encontrarnos aquí miso.

—Perfectamente.

Los dos amantes, seguidos por el marido, desaparecieron entre la muchedumbre de invitados. Clotilde decía:

—¡Qué suerte tienen estos Walter! O, si quiere, ¡qué vista para los negocios!

—¡Bah! —respondió George—. Los hombres audaces llegan siempre a donde quieren, sea por un medio, sea por otro.

Clotilde dijo:

—Ahi tienes dos chicas con veinte o treinta millones cada una. Y Suzanne, además, es muy bonita.

Du Roy no contestó. Le irritaba oír su propio pensamiento en otros labios.

Clotilde no había visto aún el *Jesús, caminando sobre las olas*. George se ofreció a acompañarla hasta el lugar donde estaba el cuadro. Por el camino iban, muy divertidos, hablando mal de la gente conocida y burlándose de la desconocida. *Saint-Potin* pasó a su lado; llevaba en la solapa del frac numerosas condecoraciones, lo que divirtió mucho a la pareja. Un ex embajador, que seguía al periodista, lucía un bordado menos ostentoso.

Du Roy dijo:

—¡Qué de gente! Esto es una ensalada rusa.

Boisrenard, que, al paso, le había estrechado la mano, lucía, también en la solapa, una cinta verde y amarilla: la misma que llevaba el día del duelo.

La vizcondesa de Percecoeur, voluminosa y ostentosa, conversaba con un duque en el pabelloncito Luis XVI.

—Están pelando la pava —dijo George.

Atravesaron en invernadero, y, al otro extremo, vio George a su mujer, sentada muy cerca de Laroche-Mathieu, y casi ocultos ambos tras un macizo de plantas. El ministro parecía decir: «Nos hemos citado aquí. Nos hemos citado en público. Porque la opinión ajena nos tiene sin cuidado.»

La señora de Marelle reconoció que el *Jesús* de Marcowich era asombroso. Luego, los dos volvieron en busca del marido, al que no encontraban.

—Y Laurine —preguntó George—, ¿sigue odiándome?

—Sí, cada día más. No quiere vete y se marcha en cuanto oye hablar de ti.

George no contestó. La repentina enemistad de aquella niña lo disgustaba y lo apesadumbraba.

Detrás de una puerta les salió al paso Suzanne.

—¡Al fin aparecen ustedes! —exclamó—. Bueno, *Bel Ami*, se va usted a quedar solo, porque me llevo a Clotilde para enseñarle mi alcoba.

Se alejaron las dos mujeres, a paso ligero, y se deslizaron a través de la concurrencia, con ese movimiento ondulante, con ese movimiento repentino que las de su sexo saben adoptar entre la multitud.

Casi al momento, una voz dijo:

—¡George!

Era la señora de Walter.

—¡Oh! —continuó muy bajito—. ¡Qué atrocamente cruel es usted conmigo! ¡Cuánto me hace sufrir inútilmente! He encargado a Suzanne que se llevase a esa a quien usted acompañaba, para poder decirle unas palabras. Escuche: es preciso..., es preciso que le hable a usted esta noche... o, si no..., si no..., no sabe lo que seré capaz de hacer. Vaya, pues, al invernadero. Allí verá usted una puerta a la izquierda. Salga por ella al jardín, siga por la alameda que está enfrente. Al final, hay un cenador. Espéreme allí dentro de diez minutos. Si no quiere hacer lo que le digo, le juro que aquí mismo armaré un escándalo.

George respondió lentamente:

—Sea; dentro de diez minutos estaré en el sitio que me indica.

Se separaron. Jacques Rival estuvo apunto de hacer que Du Roy llegase tarde a la cita. Lo había cogido de un brazo y le contaba muy animadamente una porción de cosas. Venía, sin duda, del *buffet*. Al fin, pudo Du Roy desprenderse de él y dejarlo en manos del señor de Marelle, que había reaparecido entre dos puertas. George se fue más que a escape. Todavía tuvo que evitar ser visto por su mujer y Laroche. Lo consiguió fácilmente, porque ambos parecían muy entretenidos, y se encontró en el jardín.

El aire frío le hizo tiritar, como un baño de agua helada: «¡Diablo! —pensó—. Voy a pescar un catarro.»

Se anudó al cuello el pañuelo de bolsillo, a guisa de bufanda, y siguió andando por la alameda. Iba muy despacio, pues al salir allí de los iluminados salones, apenas veía.

Divisaba, sí, a derecha e izquierda, dos hileras de arbustos sin hojas, y cuyas ramas, agitadas por el viento, recogían grises reflejos, procedentes de las ventanas del palacio. Hacia la mitad del camino vio también un bulto blanco que delante de él caminaba. Y la señora de Walter, con los brazos y el busto desnudos, le dijo con voz trémula:

—¡Ah! Al fin has venido... Pero ¿es que te has propuesto matarme?

El replicó muy tranquilo:

—Nada de dramas, te lo ruego, ¿lo oyes?, o me largo ahora mismo.

Virgine había enlazado los brazos al cuello de George y acercaba a los de él sus labios.

—Pero, ¿qué te he hecho yo? —le dijo—. Te portas conmigo como un miserable. Di, ¿qué te he hecho?

El pugnaba por rechazarla.

—La última vez que nos vimos, ataste cabellos tuyos a los botones de mi chaleco, y la broma por poco me cuesta una ruptura con mi mujer.

La directora se quedó sorprendida. Luego, diciendo «no» con la cabeza, repuso:

—¡Oh! A tu mujer le tiene eso sin cuidado. Será alguna de tus queridas las que te habrá hecho una escena.

—Yo no tengo queridas.

–¡Calla esa boca! ¿Por qué no vienes a verme? ¿Por qué te niegas a comer en casa, aunque sólo sea una vez por semana? ¿Qué atrocidad suplico el mío! Te amo tanto que no tengo un solo pensamiento que no sea para ti; que no puedo mirar nada sin verte ante mis ojos, que no me atrevo a pronunciar una palabra por miedo a que sea tu nombre. Tú no comprendes esto. A veces creo que estoy entre unas garras o atada dentro de un saco... ¡Qué sé yo! Tu recuerdo, presente en mí a todas horas, me oprime la garganta, me desgarran algo aquí dentro, en el pecho, en el seno, hace temblar mis piernas hasta el punto de no dejarme andar. Me paso los días sentada en una silla, sin ver ni oír nada ni a nadie, pensando en ti...

George la miraba, asombrado. No era, no, la chicuela grandullona y medio chiflada que él creyera al conocerla. Era una mujer loca de amor, desesperado de amor, capaz de todo por amor.

Entre tanto, un proyecto, todavía confuso, brotaba en el cerebro de Du Roy.

–Querida –respondió–, el amor no es eterno. Viene y se va. Pero cuando se prolonga, como ocurre entre nosotros, se convierte en un horrible grillete. Yo estoy ya cansado de ti, ésta es la verdad. Ahora bien, si quieres ser razonable y tratarme como a un amigo, volveré a verte, como antes. ¿Te crees capaz de esto?

Virgine le puso ambas manos en el frac y dijo:

–Con tal de verte, soy capaz de todo.

–Entonces, de acuerdo. Somos amigos, nada más.

–De acuerdo –dijo ella.

Y luego, ofreciéndole los labios:

–Ahora, un beso: el último.

George se negó suavemente.

–No. Hay que atenerse a lo convenido.

La de Walter volvió el rostro para enjugarse dos lágrimas. Después, sacó del pecho un paquete atado con una cinta rosa y se lo alargó a George, diciéndole:

–Toma: ésta es tu parte de beneficios en el asunto de Marruecos. ¡Estaba tan contenta de haber ganado esto para ti! Toma, pues.

–No. Nunca cogeré ese dinero.

Entonces, ella se rebeló:

–¡Ah! Tú no me harás eso, ahora. Es tuyo, nada más que tuyo. Si no lo quieres, lo tiraré por una alcantarilla. Tú no puedes hacerme eso a mí, George.

Tomó, al fin, el fajo y se lo guardó en el bolsillo.

–Vámonos ya –dijo– Vas a pillar una pulmonía.

–¡Mejor! –replicó Virgine– ¡Ojalá me muera!

Cogió una mano de George, la besó con pasión, con rabia, con desesperación y volvió al palacio.

Du Roy regresó, a su vez, muy despacio, sumido en sus meditaciones. Entró en el invernadero con la cabeza erguida y la sonrisa en los labios.

Su mujer y Laroche ya no estaban allí. Comenzaban a desfilar los concurrentes que no habían de quedarse al baile. Du Roy vio a Suzanne del brazo de su hermana. Ambas corrieron hacia él para pedirle que bailara el primer rigodón, haciendo *vis* al conde de Latour-Ivelin.

–Pero ¿quién diablos es éste? –preguntó, asombrado, el periodista.

Suzanne respondió, maliciosamente:

–Es un nuevo amigo de Rose.

Esta se puso muy encarnada y murmuró:

–¡Qué mala eres, Suzannita! ¡Ese señor no es más amigo mío que tuyo!

La otra sonrió.

–Yo me entiendo –dijo.

Rose, enfadada, le volvió la espalda y se alejó.

Du Roy cogió familiarmente del codo a Suzanne, y con su voz más cariñosa le preguntó:

–Escuche, Suzannita. ¿Me cree usted su amigo?

–Desde luego, *Bel Ami*.

–¿Tiene confianza en mí?

–Confianza absoluta.

–¿Se acuerda usted de lo que le dije hace poco?

–¿A propósito de qué?

–A propósito de su matrimonio, o, mejor dicho, del hombre que se case con usted.

–Sí.

–Pues bien, ¿quiere prometerme una cosa?

–Sí, pero ¿qué cosa?

–Consultarme siempre que se pida su mano, y no aceptar a nadie sin que antes le diga mi opinión.

–Sí, lo haré con mucho gusto.

–Es un secreto entre los dos, ¿eh? Ni una palabra de esto a su padre ni a su madre.

–Ni una palabra.

–¿Me lo jura?

–Se lo juro.

Rival se acercaba muy apresurado.

–Señorita –dijo–. de parte de su papá que haga usted el favor de ir para empezar el baile.

La muchacha dijo:

–Vamos, *Bel Ami*.

Pero éste se negó, decidido a marcharse en seguida, y deseoso de estar solo para reflexionar. Le bullía en el cerebro un tropel de ideas nuevas, y se puso a buscar a su mujer. Al cabo de algún tiempo, la vio tomando chocolate, en el *buffet*, con dos caballeros par él desconocidos. Madeleine se los presentó, pero sin decirle sus nombres.

Al cabo de unos instantes preguntó George:

–¿Nos vamos?

–Cuando quieras.

Madeleine lo cogió del brazo y el matrimonio atravesó de nuevo los salones, donde ya había poca gente.

–¿Dónde está la directora? Quisiera despedirme de ella –dijo Madeleine.

–Déjala –repuso él–. Trataría de llevarnos al baile, y estoy cansado. Ya es bastante.

–Tienes razón.

Durante el camino guardaron silencio. Pero ya en su alcoba, Madeleine dijo, de pronto, sonriendo y sin siquiera haberse quitado el velo de noche:

–Tengo que darte una sorpresa, ¿sabes?

–Tú dirás –gruñó él, malhumorado.

–Adivínalo.

–No quiero tomarme ese trabajo.

–Pues bien, pasado mañana es Año Nuevo.

–Sí, ¿y qué?

–Día de regalos.

–Sí.

–Bueno, pues aquí tienes el mío, que Laroche acaba de entregarme.

Y le alargó una cajita negra, que parecía un estuche de alhajas. La abrió con indiferencia: era la cruz de la Legión de Honor.

Se puso un poco pálido, sonrió y dijo:

–Hubiera preferido diez millones. Esto no le resulta caro.

Su mujer esperaba un transporte de júbilo, y aquella frialdad la irritó.

–Eres verdaderamente incomprensible –dijo–. Nunca estás contento.

El repuso tranquilamente.

–Ese hombre no hace más que pagarme una deuda. Y todavía me debe mucho.

Lo dijo de tal modo que sorprendió a Madeleine, quien respondió:

–De todos modos, eso está bien a tu edad.

–Todo es relativo. Más podría tener a estas alturas.

Dejó el estuche sobre la chimenea y contempló durante algunos segundos la brillante estrella que en su fondo yacía. Luego lo volvió a cerrar, se encogió de hombros y se metió en la cama.

El Boletín Oficial del Estado del primero de enero anunciaba, efectivamente, que don Prósper George Du Roy había sido promovido a caballero de la Legión de Honor, en pago a sus excepcionales servicios. El apellido estaba escrito en dos palabras, lo que satisfizo a George más que la misma condecoración.

Una hora después de haber leído esta noticia, que así se hacía pública, recibió Du Roy unas líneas de la directora, quién le suplicaba que aquella misma noche fuese a cenar a su casa, en compañía de Madeleine.

–Hoy cenamos con los Walter –dijo George a su mujer.

Esta repuso, asombrada:

–¡Ah! Yo creí que no querías volver a poner allí los pies.

El rezongó:

–He cambiado de opinión.

Cuando llegaron, la directora estaba sola en el pabelloncito Luís XVI, que reservaba para las visitas de confianza. Vestía de negro y se había empolvado los cabellos, lo que le daba un aspecto encantador. De lejos, parecía vieja; de cerca, joven, y, de todas suertes, cuando se la miraba bien, era un cebo tentador para los ojos.

–¿Va usted de luto? –le preguntó Madeleine.

Virgine respondió, con tristeza:

–Sí y no. No he perdido a ninguno de los míos; pero he llegado ya a la edad en que una lleva luto por su propia vida. Hoy me lo he puesto para empezar el año. En lo sucesivo lo llevaré en el corazón.

Du Roy pensó: «¿Qué se le habrá ocurrido a ésta?»

La cena fue algo triste. Únicamente Suzanne la animaba con su incesante charla. Rose parecía preocupada. Todos colmaron de felicitaciones al periodista.

Se pasó la noche conversando y recorriendo los salones. Du Roy iba detrás, con la directora. Esta lo retuvo, cogiéndolo del brazo:

–Escúcheme –le dijo–: ya no le molestaré más. Pero venga usted a verme, George. Ya ve que ni siquiera lo tuteo. Me es imposible vivir sin usted, imposible. No cabe imaginar esta tortura. Lo siento a usted dentro de mí, lo llevo en mis ojos, en mi corazón, en mi carne, día y noche. Es como si me hubiese dado a beber un veneno que me quemase las entrañas. No puedo más. No, no puedo más. Quisiera no ser para usted más que una vieja. Me he puesto los cabellos blancos para demostrárselo. Pero venga a verme, venga de cuando en cuando, como amigo.

Le había cogido la mano y se la apretaba, hasta clavarle las uñas.

George respondió cachazudamente:

–De acuerdo. No hay más que hablar. Ya ve que he venido en cuanto recibí su carta.

Walter, que iba delante con sus dos hijas y Madeleine, esperaba a Du Roy cerca de *Jesús, caminando sobre las olas*.

–Figúrese usted –le dijo– que ayer sorprendí a mi mujer arrodillada ante este cuadro y rezando, como si estuviese en una capilla. ¡Lo que pude reírme!

La señora de Walter replicó en voz firme en que vibraba una exaltación contenida:

–Ese Cristo es quien me salvará. El me da fuerza y valor cada vez que lo miro.

Y deteniéndose frente al Dios en pie sobre el mar, murmuró:

–¡Qué hermoso es! ¡Qué miedo tienen y cuánto lo aman esos hombres! Mirad su cabeza, sus ojos...¡Qué sencillo es y qué sobrenatural al mismo tiempo!

Suzanne exclamó:

–Se parece a usted, *Bel Ami*, se lo aseguro. Si llevase usted barba o si él fuese afeitado, serían ustedes igualitos. ¡Oh! Es asombroso.

La muchacha se empeñó en que George se pusiera al lado del lienzo, y todo el mundo convino en que, efectivamente, ambos rostros se parecían. Fue un asombro general. Walter encontró la cosa extraordinaria. Madeleine dijo sonriendo, que el Cristo tenía aspecto más varonil.

La señora de Walter, inmóvil, contemplaba fijamente el rostro de su amante y lo comparaba con el del Cristo. Estaba blanca como sus bancos cabellos.

VIII

Durante el resto del invierno, los Du Roy visitaron con frecuencia a los Walter. George comía con ellos cada lunes y cada martes, muchas veces sin Madeleine, que, prefiriendo quedarse en casa, alegaba cansancio o alguna indisposición.

El periodista había elegido los viernes como día fijo, y en él la directora no invitaba jamás a ninguna otra persona: el viernes pertenecía a *Bel Ami*, y sólo a él. Después de comer, jugaban a las cartas, daban de comer a los peces de colores, vivían, en fin, y se divertían en familia. A veces, detrás de una puerta, de un macizo de plantas del invernadero o en un oscuro rincón, la señora de Walter cogía al joven de un brazo, estrechaba a éste con todos sus fuerzas contra su pecho y decía al oído de George:

–¡Te quiero! ¡Te quiero! ¡Me muero de quererte!

Pero él la rechazaba siempre con frialdad y le respondía secamente.

–Si vuelve usted a las andadas, no vendré más.

Hacia fines de marzo, comenzó a hablarse del matrimonio de las dos hermanas. Según se decía, Rose iba a casarse con el conde de Latour-Ivelin, y Suzanne, con el marqués de Cazolles. Ambos eran ya íntimos en la casa, de esos íntimos a quienes se conceden favores especiales y notorias prerrogativas.

George y Suzanne vivían a su vez en una especie de familiaridad fraternal. Charlaban durante horas y horas, se burlaban de todo el mundo y parecían hallarse muy a gusto.

Nunca habían hablado del posible matrimonio de la muchacha ni de los pretendientes a su mano.

Un día en que el director había invitado a almorzar al matrimonio Du Roy, y ya de sobremesa, anunciaron a la señora de Walter la visita de un proveedor. Entonces George le dijo a Suzanne:

–Vamos a dar de comer a los peces.

Cogieron algunos pedazos de pan sobrantes y se encaminaron al invernadero.

Alrededor del pilón se habían dispuesto varios almohadones para que los visitantes pudieran arrodillarse cerca de los animalitos que allí nadaban. Cada uno de los dos jóvenes tomó uno de estos cojines, los pusieron muy juntos y, de rodillas, se inclinaron sobre el agua y empezaron a arrojar bolitas de pan, que amasaban entre los dedos. En cuanto los peces lo advirtieron, se precipitaron a aquel lugar, agitando la cola, batiendo las ondas con las aletas y revolviendo los saltones ojazos. Se sumergían, retorciendo el cuerpo, para atrapar la presa y volvían a la superficie para pedir más. Hacían graciosas muecas con la boca, tenían bruscos y rápidos impulsos y un extraño aspecto de diminutos monstruos. Su rojo ardiente resaltaba sobre la áurea arena del fondo, y atravesaba, como llamas, las transparentes aguas, donde, al detenerse, mostraban la línea azul que bordeaba sus escamas.

George y Suzanne veían reflejarse en el agua sus propias imágenes, invertidas, y esto les hacía reír.

De pronto, Du Roy dijo en voz baja:

–No está bien que me venga use don esos tapujos, Suzanne.

–¿Qué quiere usted decir, *Bel Ami*? –preguntó la muchacha.

–¿No se acuerda de lo que me prometió aquí mismo la noche de la fiesta?

–No caigo...

–Consultarme en cuanto alguien pidiera su mano.

–Bueno, ¿y qué?

–¿Qué? Que la han pedido.

–¿Quién?

–Bien lo sabe usted.

–No, se lo juro.

–Sí, lo sabe: ese gran fatuo de marqués de Caxolles.

–Todavía no hay nada decidido.

–Puede ser. Cazolles es un estúpido, arruinado por sus excesos. ¡Bonito partido para usted: tan linda, tan joven, tan inteligente!

Suzanne preguntó sonriendo:

–¿Qué tiene usted contra él?

–¿Yo? Nada.

–Sí, sí... No es lo que usted dice.

–Calle... Es un tonto y un intrigante.

La muchacha se volvió hacia su amigo, dejando de mirar al agua.

–Vamos a ver: ¿qué le pasa a usted?

El respondió como si le arrancasen un secreto del fondo del corazón:

–Me pasa..., me pasa..., me pasa que tengo celos de él.

Suzanne, entonces un poco, nada más que un poco asombrada, respondió:

–¿Usted?

–Sí, yo.

–¡Caramba! Y ¿cómo es eso?

–Porque estoy enamorado de usted y usted lo sabe, picarilla.

La joven contestó severamente:

–¡Está usted loco, *Bel Ami*!

George prosiguió:

–Ya sé que estoy loco. En otro caso, ¿podría yo, un hombre casado, hacerle esta confesión a usted, una muchacha soltera? Soy algo más que un loco: soy un culpable, casi un miserable. No puedo tener esperanza alguna, y al pensarlo pierdo la razón. Y cuando oigo que va a casarse, tengo ganas de matar a alguien. Hay que perdonármelo, Suzanne.

Calló. Los peces a quienes ya ninguno de los dos echaban, estaban inmóviles, formados casi en fila, como si fuesen soldados ingleses y contemplasen las inclinadas siluetas de aquellas dos personas que no les hacían caso.

La joven dijo, entre bromas y veras:

–¡Qué lástima que este usted casado! ¿Qué quiere usted? No hay nada que hacer. Se acabó.

George se volvió hacia ella rápidamente y le dijo muy cerca, casi rozándole el rostro:

–Si yo fuese libre, ¿se casaría usted conmigo?

Suzanne respondió con sinceridad:

–Sí, *Bel Ami*; me casaría con usted, porque me gusta mucho más que ninguno.

El periodista se levantó y dijo:

–Gracias..., gracias... Le suplico que no dé el *sí* a nadie. Espero un poco todavía. ¿Me lo promete?

Ella, un poco turbada y sin sabe bien lo que George quería, repuso:

–Sí, se lo prometo.

Du Roy se levantó, arrojó al agua el pedazo de pan que aún tenía en la mano y huyó, como quien ha perdido la cabeza, sin decir adiós.

Los peces se lanzaron sobre aquel hermoso trozo de miga que flotaba sin haber sido aún desmenuzado, y lo acometieron con sus voraces bocas. Lo arrastraron al otro lado del pilón, agitándose bajo el agua, y formando ahora un grupo móvil, una especie de fila animada y giratoria, una flor viva que hubiese caído al agua de cabeza.

Suzanne, sorprendida e inquieta, se levantó a su vez y regresó al palacio. El periodista se había marchado.

Llegó a su casa muy tranquilo, y como viera a Madeleine escribiendo una carta le preguntó:

–¿Vendrás el viernes a comer en casa de los Walter? Yo iré.

Vaciló ella y, al fin repuso:

–No. Estoy algo indispuesta. Prefiero quedarme aquí.

–Como gustes. Nadie te obliga.

Cogió el sombrero y se volvió a marchar.

Desde hacía ya tiempo espiaba a su mujer, la vigilaba, la seguía; estaba al tanto de sus idas y venidas. Al fin había llegado para George la hora esperada. No se había engañado con respecto a la intención con que Madeleine dijera: «Prefiero quedarme aquí».

Durante los tres días siguientes se mostró muy amable con ella. Incluso parecía contento, cosa que en él no era ya corriente. Su mujer le decía una y otra vez:

–¡Qué amable te has vuelto!

El viernes, George se vistió temprano. Tenía que hacer muchas cosas, según dijo, antes de ir a casa del director.

Salió a eso de las seis, no sin haber abrazado a su mujer, y tomó un coche en la plaza de Notre Dame de Lorette.

–Pare usted frente al número diecisiete de la calle de Fontaine –le dijo al cochero–, y esté allí hasta que yo le diga. Luego me lleva usted al restaurante del Gallo-Faisán, en la calle de La Fayette.

El coche se puso en marcha al trote corto del caballo, y George bajó las cortinillas.

Al cabo de diez minutos de espera vio salir a Madeleine, que se encaminó a los bulevares exteriores. Cuando estuvo ya algo lejos, Du Roy sacó la cabeza por la portezuela y ordenó al cochero:

–¡Vamos!

El coche reanudó su marcha y dejó al periodista en el Gallo-Faisán, restaurante mesocrático muy conocido en todo el barrio. George entró en el comedor general y cenó sosegadamente, consultando de cuando en cuando su reloj. A las siete y media, y después de haber tomado café, bebido dos copas de coñac y fumado un buen cigarro, subió a otro coche que pasaba vacío y se hizo llevar a la calle de La Rochefoucauld.

Sin preguntar nada a la portera, subió hasta el tercer piso de la casa que había indicado.

–El señor Gilbert de Lorme está en casa, ¿verdad? –preguntó a la criada que le abrió la puerta.

–Sí, señor.

Lo hizo entrar en un salón, donde Du Roy esperó unos instantes. Al fin, entro un hombre alto, con el pelo gris, aunque todavía fuese joven. Tenía tipo de militar y lucía una condecoración.

Du Roy lo saludó, y le dijo:

–Como ya presumía, señor comisario, mi mujer cena con su amante en el piso que tiene alquilado en la calle de los Mártires.

El magistrado se inclinó:

–Estoy a su disposición, caballero.

George repuso:

–Tiene usted tiempo hasta las nueve, ¿no es eso? Pasada esa hora, ya no puede usted entrar en un domicilio privado para comprobar un adulterio.

–Hasta las siete, en invierno; hasta las nueve, a partir del treinta y uno de marzo. Estamos a cinco de abril. Tenemos, pues, tiempo hasta las nueve en punto.

–Bien, señor comisario. Abajo tengo un coche. En él podemos recoger a los agentes que usted necesite. Luego esperaremos un poco a la puerta de la casa. Cuanto más tarde lleguemos, más probabilidad habrá de sorprender a los adúlteros en flagrante delito.

–Como a usted le plazca, caballero.

El comisario salió para volver a poco, envuelto en un gabán que ocultaba el fajín tricolor. Se apartó a un lado para que pasase Du Roy. Mas el periodista, que estaba muy preocupado, rehusó.

–Usted primero –dijo–, usted primero.

El magistrado insistió:

–Pase usted, señor. Estoy en mi casa.

El otro franqueó la puerta sin replicar y haciendo un saludo.

Fueron, ante todo, a la Comisaría, en busca de tres agentes, vestidos de paisano, porque George había avisado durante el día que la sorpresa se efectuaría aquella misma noche. Uno de aquellos hombres subió al pescante, al lado del cochero. Los otros dos entraron en el coche, que pronto llegó a la calle de los Mártires.

Du Roy decía:

–Tengo el plano del piso, que es el segundo. A. entrar encontraremos un vestíbulo pequeñito y luego la alcoba. Estas piezas se comunican. No hay salida por donde puedan huir. Cerca de allí hay un cerrajero, que, a requerimiento de ustedes, se prestará a venir.

Cuando llegaron a la casa, no eran aún más que las ocho y cuarto. Esperaron en silencio durante más de veinte minutos. Cuando sonaron las nueve menos cuarto, dijo George:

–Vamos.

Y subieron, sin ocuparse del portero, que, por otra parte, ni siquiera los vio. Uno de los agentes se quedó en la calle para vigilar la salida.

Los cuatro hombres se detuvieron en el segundo piso. George aplicó el oído a la puerta y luego un ojo al de la cerradura. No vio ni oyó nada. Llamó.

El comisario dijo a los agentes:

–Ustedes quédense aquí, dispuestos a acudir al primer llamamiento.

Esperaron. Al cabo de dos o tres minutos George volvió a tocar el timbre varias veces seguidas. Advirtieron un ruido en el fondo del piso, luego el rumor de unos pasos ligeros que se acercaban.

Alguien acechaba. El periodista golpeó violentamente con los nudillos los cuarterones de la puerta.

Una voz, una voz de mujer que trataba de desfigurarla, preguntó:

–¿Quién es?

El comisario contestó:

–Abra, en nombre de la ley.

La voz volvió a preguntar:

–¿Quién es usted?

–Soy el Comisario de Policía. Abra o hago echar abajo la puerta.

Du Roy dijo, a su vez:

–Soy yo. Es inútil que intenten ustedes escapar.

Los pasos ligeros, pasos de pies desnudos, se alejaron para volver a acercarse a los pocos segundos.

George dijo:

–Si no quiere usted abrir, derribaremos la puerta.

Había cogido el llamador, y con un hombro empujaba lentamente. Como nadie respondiese, dio, de pronto, una sacudida tan violenta y vigorosa, que la vieja cerradura del piso cedió. Los tornillos arrancados saltaron de la madera, y el joven quiso lanzarse sobre Madeleine, que estaba ante él, en el recibimiento, en camisa y enaguas, con el pelo suelto, las piernas desnudas y una vela en la mano.

El marido exclamó:

–Es ella; ya la hemos pillado.

Y se precipitó en el piso. El comisario se quitó el sombrero y le siguió. Madeleine, aterrada, iba detrás de ellos, alumbrándolos con la bujía.

Atravesaron un comedor, sobre cuya mesa se veían aún resto de comida: unas botellas de champaña vacía, una terrina de *foie gras* abierta, unos huesos de pollo y algunos pedazos de pan a medio comer. En dos platos que había sobre el parador se veían sendos montones de conchas de ostras.

En la habitación parecía haberse desarrollado una lucha. Sobre una silla había un vestido de mujer unos pantalones de hombre cabalgaban en uno de los brazos de la butaca. Cuatro botas, dos grandes y dos pequeñas, estaban caídas de lado, a los pies de la cama.

Era una habitación con muebles vulgares, y en las que flotaba un olor antipático y pesado, que emanaba de las cortinas, de los colchones, de las paredes, de las sillas, olor a todas las personas que se habían acostado o vivido, un día o seis meses, en aquel alojamiento público, y dejado algo de su olor, de ese olor a humanidad que, unido al de quienes les habían precedido, formaba a lo largo, un hedor confuso e intolerable y que es el mismo en todos los sitios.

Una bandeja de pasteles, una botella de *chartreuse* y dos copas medio vacías se amontonaban sobre la chimenea, en la que se veía también un reloj con una figura de bronce, que servía de percha a un sombrero de hombre.

El comisario se volvió vivamente, y mirando a Madeleine a los ojos, le preguntó:

–¿Es usted doña Claire Madeleine Du Roy, esposa legítima de don Prósper George Du Roy, aquí presente?

Ella articuló, con voz ahogada:

–Sí, señor.

–¿Qué hace usted aquí?

Madeleine no respondió.

–¿Qué hace usted aquí? –repitió el magistrado–. La encuentro a usted fuera de su domicilio, casi desnuda, en un piso amueblado. ¿Qué ha venido a hacer aquí?

Esperó algunos instantes. Después, y como ella continuase guardando silencio, dijo:

–Desde el momento en que no quiere usted confesar, señora, me veo obligado a hacer una averiguación por mi mismo.

En la cama se veía un cuerpo oculto bajo las ropas.

El comisario se acercó al lecho y llamó:

–Caballero...

El hombre acostado no hizo el menor movimiento. Parecía estar vuelto de espaldas y con la cabeza escondida debajo de la almohada.

El policía tocó lo que creía un hombre.

–Caballero–insistió–, no me obligue usted a actos de violencia, se lo ruego.

Pero el cuerpo tapado por las sábanas seguía tan inmóvil como si estuviese muerto.

Du Roy, que había avanzado rápidamente, tiró de las ropas de la cama, arrancó la almohada y apareció el lívido rostro de Laroche-Mathieu. George se inclinó hacia él y, convulso de ira y con deseo de cogerlo del cuello y estrangularlo, le dijo:

–Tenga usted, al meno, el valor de confesar su felonía.

El magistrado preguntó:

–¿Quién es usted?

Y como el amante de Madeleine, consternado, no respondiese, continuó:

–Soy el comisario de Policía y lo conmino a usted a que me diga su nombre.

George, a quien una cólera brutal hacía temblar, dijo:

–Pero responda usted, cobarde, o seré yo quien diga cómo se llama.

Entonces, el que estaba acostado, balbució:

–Señor comisario, no debe usted consentir que ese individuo me insulte. ¿No es usted con quien tengo que entenderme? ¿A quien he de responder: a usted o a él?

Tenía la boca seca. El comisario comentó:

–A mí, caballero, a mí. Vamos, dígame su nombre.

Callo el otro. Apretaba la ropa de la cama contra el cuello, y revolvía los espantados ojos. Las retorcidas guías de su bigotillo parecían más negras sobre la palidez del rostro.

El comisario prosiguió:

–¿No quiere responder? Pues bien, me veré obligado a detenerlo. Ahora, levántese. Reanudaré el interrogatorio cuando esté vestido.

El cuerpo se agitó en el lecho y de la boca salieron estas palabras:

–Delante de usted no puedo levantarme.

–¿Por qué? – preguntó el magistrado.

–Es que..., es que estoy completamente desnudo.

Du Roy se echó a reír sarcásticamente. Cogió del suelo una camisa que a él había caído, y arrojándosela sobre la cama, dijo:

–Vamos, levántese. Puesto que se ha desnudado delante de mi mujer, bien puede vestirse delante de mí.

Le volvió la espalda y se acercó a la chimenea.

Madeleine había recobrado la sangre fría y, sabiéndolo todo perdido, estaba también a todo decidida. Con un papel retorcido encendió, como para una recepción, las diez velas que, en dos toscos candelabros, había sobre la chimenea; se apoyó, de espaldas en ésta, alargó hacia el fuego uno de sus pies desnudos, levantó, por detrás, las enaguas, apenas sujetas a las caderas, sacó su cigarrillo de una cajetilla rosa, lo aplicó a la llama de una de las bujías y se puso a fumar.

Mientras su cómplice se vestía, el comisario se acercó a ella, que le preguntó con descaro:

–¿Hace usted muy a menudo este papelito?

El funcionario contestó gravemente:

–Lo menos posible, señora.

–Le felicito, porque no es muy airoso que digamos –replicó Madeleine, riéndole en las barbas.

Afectaba no mirar ni haber visto siquiera a su marido.

A todo esto, el de la cama terminaba de vestirse. Tenía ya puestos los pantalones, se había calzado y se acercaba, abrochándose el chaleco.

El policía se volvió hacia él:

–Ahora, caballero, ¿quiere decirme quién es usted?

El otro no respondió.

–Me voy a ver obligado a detenerle –repitió el comisario.

El desconocido exclamó:

–¡No me toque usted! Soy inviolable.

Du Roy se arrojó sobre él, como si quisiera derribarlo en tierra, y le gritó en pleno rostro:

–¡Hay flagrante delito! ¡Hay flagrante delito! Voy a ordenar que le detengan. ¡Puedo hacerlo, puedo hacerlo! –y añadió, con voz vibrante: ¡Este hombre se llama Laroche-Mathieu, ministro de Negocios Extranjeros!

El comisario de Policía retrocedió, estupefacto, balbuciendo:

–Pero, caballero, por favor, ¿quiere usted decirme, de una vez, quién es?

El interrogado se decidió, al fin, y, alzando la voz, dijo:

–Por una sola vez, ese miserable no ha mentado. Soy, en efecto, el ministro Laroche-Mathieu.

Luego, extendiendo un brazo hacia el pecho de George, donde brillaba un puntito rojo, exclamó:

–¡Y pensar que la cruz de la Legión de Honor que ese granuja lleva en la solapa se la he dado yo!

Du Roy se había puesto lívido. Con rápido movimiento se arrancó del ojal la breve llama que fingía la cinta, y, arrojándola a la chimenea, dijo:

–Mire usted en lo que estimo una condecoración que viene de un cochino de su especie.

Estaban los dos frente a frente, fuera de sí, con los dientes apretados y cerrados los puños. El uno, delgado y con el bigote al viento; el otro, grueso y con el bigote en sortijilla.

El comisario se interpuso vivamente entre ellos y los separó con las manos diciendo:

–Señores, ¿se olvidan ustedes de quiénes son y de lo que exige su dignidad?

Callaron ambos y se volvieron la espalda. Madeleine, inmóvil y sonriente, seguía fumando.

El policía prosiguió:

–Señor ministro: le he sorprendido a usted a solas con la señora Du Roy. Usted estaba acostado, ella casi desnuda, y las ropas de ambos esparcidas, de cualquier modo, por las habitaciones del piso. Esto constituye un flagrante delito de adulterio. No puede usted negar la evidencia. ¿Qué tiene que responder a esto?

Laroche-Mathieu respondió:

–Nada tengo que decir. Cumpla usted con su deber.

El comisario se dirigió a Madeleine:

–Veamos, ¿confiesa usted, señora, que este caballero es su amante?

–No tengo por qué negarlo –dijo ella sin arredrarse–. Sí, es mi amante.

–Basta con esto.

El magistrado tomó algunas notas relativas al estado y disposición del piso. Cuando hubo acabado de escribir, el ministro, que lo esperaba con el gabán al brazo y el sombrero en la mano, le preguntó:

–¿Quiere usted algo de mí, caballero? ¿Qué tengo que hacer? ¿Puedo retirarme?

Du Roy se volvió hacia él, sonriendo con insolencia.

–¿Para qué? –dijo–. Por nuestra parte, hemos terminado. Pueden ustedes volver a acostarse. Les dejamos solos.

Y dando un golpecito en el brazo del policía, le dijo:

–Vámonos, señor comisario. Aquí ya nada tenemos que hacer.

El magistrado, un tanto sorprendido, lo siguió. Ya en el umbral de la alcoba, George se detuvo para dejarle pasar. El otro se negó, por cortesía. Du Roy insistió:

–Pase usted, caballero.
–Usted primero –insistió el comisario.
Saludó el periodista, y con irónica urbanidad respondió:
–Ahora le toca a usted, señor comisario. Estoy casi en mi casa.
Y cerró la puerta, sin hacer ruido, como quien quiere ser discreto.

Una hora después, George Du Roy llegaba a la Redacción de *La Vie Française*. Walter estaba allí.

Continuaba dirigiendo y vigilando su periódico, que había ido adquiriendo enorme circulación y que favorecía grandemente la marcha, cada vez más próspera, de su casa de Banca.

El director levantó la cabeza y dijo:

–¡Caramba! ¿Usted por aquí? Debe usted de estar muy ocupado. ¿Por qué no ha venido hoy a cenar a casa? ¿Puede decir de dónde sale ahora?

El joven, que estaba seguro del efecto que iba a producir, replicó, midiendo el valor de cada palabra:

–Acabo de echar abajo al ministro de Negocios Extranjeros.

El otro creyó que aquello era una burla.

–De echar abajo... Pero ¿qué está usted diciendo?

–Estoy diciendo que voy a provocar una crisis ministerial. Eso es todo. Hay que librarse cuanto antes de esa carroña que nos gobierna.

El viejo negociante, estupefacto, creyó que el cronista estaba borracho.

–Vamos, vamos –rezongó–, usted no sabe lo que dice.

–¡Vaya si lo sé! Ahora mismo voy a hacer un *eco* con ese asunto.

–Pero, bueno, ¿qué es lo que se propone?

–Acabar de una vez con ese miserable, con ese bribón, con ese malhechor público.

George dejó el sombrero en una butaca, y añadió:

–¡Ay de los que se interpongan en mi camino! Yo jamás perdono.

El director no acababa de comprender todo aquello.

–Pero... –farfulló–. ¿su señora?...

–Se la devuelvo al difunto Forestier. Mañana por la mañana presentaré mi demanda de divorcio.

–¡Ah! ¿Quiere usted divorciarse?

–¡Hombre! Yo ya sabía que estaba en ridículo. Pero me hacía el tonto para sorprenderlos. Y lo he conseguido. Soy dueño de la situación.

Walter no insistió. Contemplaba a Du Roy con asombrados ojos, y pensaba: «¡Diantre! ¡Cuántas quisieran tener un marido como este buen mozo!»

George prosiguió:

–En fin, ya estoy libre. Poseo una modesta fortuna. Me presentaré a las elecciones parciales de octubre, por mi distrito, donde soy muy conocido. No podía hacerme aceptar ni respetar teniendo una mujer sospechosa a todos y que me tomó por un necio, me engatusó y me pescó. Pero en cuanto le conocí las mañas, la vigilé y, al fin, la sorprendí, a la muy golfa.

Se echó a reír, y añadió:

–La culpa fue de ese pobre Forestier, que era cornudo... cornudo sin saberlo, confiado y tranquilo. En fin, ya he soltado la tela de araña que él me había tejido; tengo las manos libres. Ahora llegaré lejos.

Se puso a horcajadas en una silla y repitió, como en sueños:

–Iré lejos.

Walter, con las gafas todavía en la frente, lo seguía mirando y se decía:
«Efectivamente, este pillastre llegará muy lejos.»

George se levantó, y dijo:

–Voy a escribir el *eco*. Hay que hacerlo con discreción; pero, de todos modos, será terrible para el ministro. Es hombre al agua. Ya no hay quien lo saque a flote. Y menos que nadie *La Vie Française*.

El viejo Walter vaciló unos instantes, y, al fin, se decidió:

–Haga usted lo que quiera. Y que cada palo aguante su vela.

IX

Pasaron tres meses. La demanda de divorcio presentada por Du Roy había sido fallada en favor.

Los Walter pensaban salir para Trouville el 15 de julio. Pero antes quisieron pasar un día de campo.

Eligieron un jueves, y a eso de las nueve de la mañana se pusieron en camino. Iban en un coche de viaje, que parecía una diligencia, tirado por seis caballos.

Se proponían almorzar en el pabellón Enrique IV, de Saint-Germain. *Bel Ami* había solicitado ser el único hombre de la partida, pues no podía soportar la presencia del marqués de Cazolles. Pero a última hora se acordó llevar también al conde Latour-Ivelin, sacándolo de la cama. Claro está que le habían avisado la víspera.

El carruaje subió, a trote largo, la avenida de los Campos Eliseos, para atravesar el Bosque de Bolonia.

Era un admirable día de verano, en que el calor no molestaba. En el azul del cielo las golondrinas trazaban amplias curvas, que se veían aún cuando ya las aves se habían alejado.

Las tres mujeres iban en el fondo del landó, la madre entre las dos hijas, y en la bigotera los tres hombres. Walter, en medio de sus dos invitados.

Cruzaron el Sena, bordearon el Mont-Valérien y pasaron por Bougival para seguir el curso del río, hasta Pecq.

El conde de Latour-Ivelin, hombre ya maduro, de largas y sedosas patillas, cuyas puntas se agitaban al menor soplo de viento –lo que, según Du Roy, le valía muchos éxitos con las mujeres–, lanzaba tiernas miradas a Rose. Hacía un mes que eran novios.

George, muy pálido, contemplaba a Suzanne, pálida asimismo. Los ojos de ambos jóvenes, al encontrarse momentáneamente, parecían ponerse de acuerdo, comprenderse, comunicarse secretos pensamientos. Luego se separaban.

La señora de Walter parecía tranquila y feliz.

El almuerzo fue largo. Antes de volver a París, George propuso que diesen una vuelta pro la terraza.

Se detuvieron para contemplar el paisaje. Estaban todos en fila, apoyados en el pretil, y se extasiaban ante lo vasto del horizonte que desde allí se divisaba. Al pie de una vasta colina, el Sena se deslizaba hacia Maisons-Laffitte, como una inmensa serpiente recostada en la verdura. A la derecha, en lo alto de la cuesta, el acueducto de Marly proyectaba su enorme perfil de oruga con grandes patas y Marly desaparecía, debajo, en un tupido bosque de sombras.

La inmensa planicie que enfrente se veía estaba salpicada de pueblecitos. A trechos, también, el azul de Vésinet ponía su nota límpida y transparente en el verdor del bosque. A la izquierda se perfilaba, en la lejanía, el puntiagudo campanario de Sartrouville.

Walter exclamó:

–En ninguna parte del mundo se disfruta de un panorama semejante. Ni siquiera en Suiza.

Luego echaron a andar despacito para dar un paseo que les permitiese gozar de aquel espectáculo.

George y Suzanne iban los últimos. En cuanto estuvieron a unos cuantos pasos de los demás, el periodista dijo en voz baja y reprimido acento:

–Suzanne, la adoro; la adoro con locura.

–Y yo a usted, *Bel Ami* –murmuró la muchacha.

–Si no consigo que sea usted mi mujer –añadió él–, me marcharé de París y de Francia.

Suzanne respondió:

–Pídame a papá. Acaso consienta.

George hizo un leve gesto de impaciencia.

–No –dijo–. Le repito por décima vez que sería inútil. Me cerrarían las puertas de su casa, me echarán del periódico. Ni siquiera podríamos vernos. Tal sería el resultado de una petición en regla. La han prometido a usted al marqués de Cazolles. Confían en que acabe usted por dar el «sí», y esperan.

Suzanne preguntó:

–¿Qué podemos, pues, hacer?

Du Roy vacilaba, mirándola de reojo.

–¿Me quiere usted lo bastante para cometer una locura?

La joven respondió resueltamente:

–Sí.

–¿Una gran locura?

–Sí.

–¿La mayor de las locuras?

–Sí.

–¿Tendría usted valor para rebelarse contra sus padres?

–Sí.

–¿De verdad?

–Sí.

–Pues bien, hay un medio, uno solo. La cosa tiene que salir de usted, no de mí. Es usted una niña mimada, a quien todo se le consiente. Un capricho más, en usted, no puede extrañar a nadie. Escúcheme: esta noche, al volver a casa, vaya a ver a su mamá cuando esté sola y dígame que quiere usted casarse conmigo. Esta confesión la impresionará y la encolerizará mucho.

Suzanne le interrumpió:

–¡Oh! Mamá consentirá muy gustosa.

George repitió vivamente:

–No. Usted no la conoce. Quizá se enoje y se enfurezca más que su padre. Ya verá cómo se niega. Pero no dé su brazo a torcer. Repítale que quiere casarse conmigo, sólo conmigo, con nadie más que conmigo. ¿Lo hará usted?

La muchacha asintió:

–Lo haré.

–Bien. En cuanto salga usted de la habitación de su madre, vaya a la de su padre, con el mismo cuento, pero aún más seria y decidida.

–Sí, sí. ¿Y luego?

–Luego viene lo grave. Si usted está resulta, bien, bien, bien resuelta a ser mi mujer, mi Suzanne querida..., la ... raptaré.

Suzanne se estremeció de júbilo y quiso batir palmas:

–¡Oh, qué bien! ¡Qué alegría! ¡Me va usted a raptar! Y ¿cuándo me raptará?

Toda la vieja poesía de los raptos nocturnos con sus sillas de postas y sus posadas, todas las encantadoras aventuras que se cuentan en los libros, desfilaron a un tiempo por la mente de la muchacha como un delicioso sueño próximo a realizarse.

–¿Cuándo me raptará usted? –repitió.

El contestó, muy bajito:

–Pues... esta noche..., esta madrugada.

La joven, trémula, preguntó aún:

–Y ¿adónde iremos?

–Ese es mi secreto. Reflexione bien sobre lo que va a hacer, Suzanne. Piense que después de esta fuga ya no podrá ser mujer de nadie más que mía. Es el único medio para conseguirlo; pero es... muy peligroso..., muy peligroso... para usted.

Suzanne afirmó:

–Estoy decidida... ¿Dónde nos veremos?

–¿Podrá usted salir, completamente sola, del hotel?

–Sí. Sé abrir la cancela.

–Pues bien, cuando el portero esté acostado, y a eso de la medianoche, vaya a buscarme a la plaza de la Concordia. Estaré en un coche de alquiler, frente al Ministerio de Marina.

–Allí estaré.

–¿De verdad?

–De verdad.

George cogió una mano de Suzanne y la apretó.

–¡Oh! ¡Cuánto la quiero a usted! –dijo– ¡Que buena es y qué valiente! ¿De modo que no quiere usted casarse con el marqués de Cazolles?

–¡Oh! No.

–Su padre de usted se enfadaría mucho cuando se lo dijo.

–¡Ya lo creo! Quería meterme en un convento.

–Ya ve usted que tiene que ser enérgica.

–Lo seré.

La joven contemplaba el vasto horizonte, obsesionada por la idea del rapto. Iría más lejos de cuanto desde allí se veía, y ¡con él! ¡Sería raptada! Esto la enorgullecía. Apenas pensaba en su reputación, en la infamia que recaía sobre ella. ¿Lo sabía acaso? ¿Lo sospechaba siquiera?

En esto, la señora de Walter se volvió para llamarla:

–Pero ven acá, pequeña. ¿Qué haces ahí con *Bel Ami*?

Se reunieron, al fin, todos. La conversación recayó sobre los baños de mar que pronto habían de tomar los Walter. Luego volvieron por Chatou para no recorrer el mismo camino que a la ida.

George no hablaba una palabra. Iba muy pensativo. ¡Si aquella chiquilla tenía un poco de audacia, el triunfo era seguro, al fin! Desde hacía tres meses la venía envolviendo en las irresistibles redes de su cariño. La deducía, la cautivaba, la conquistaba. Se había hecho amar por ella como sabía hacerse amar. Se había apoderado sin esfuerzo de aquella frívola alma de muñeca. Primeramente logró que rechazara al marqués de Cazolles; luego había conseguido que le prometiese huir con él, con el propio George. Era el único medio que había para realizar su propósito.

La señora de Walter, bien lo sabía él, no consentiría nunca en entregarle su hija. Lo amaba todavía, lo amaría siempre, con irreducible violencia. Du Roy la contenía con su calculada frialdad, pero la sabía consumida por una pasión impotente y voraz. Jamás podría doblegarla; jamás consentiría ella en que él se llevase a Suzanne. Pero una vez que la muchacha y él estuviesen lejos, trataría con la madre de potencia a potencia.

Pensando en todo esto, respondía con monosílabos a cuanto se le decía y que apenas escuchaba. Al entrar en París, pareció volver en sí.

También Suzanne iba ensimismada, y el tintineo de cascabeles de los seis caballos al resonar en su cabeza la hacía ver anchas carreteras sin fin, bajo eternos claros de luna, espesos bosques que había que atravesar, posadas al borde del camino, y la prisa de los postillones para cambiar el tiro, porque nadie ignoraba que se los perseguía.

Cuando el landó llegó al patio del hotel, los Walter invitaron a George a cenar. El rehusó y se fue a su casa.

Luego de una ligera cena, se dedicó a poner en orden sus papeles, como si fuese a emprender un largo viaje. Quemó algunas cartas comprometedoras, guardó cuidadosamente otras, y escribió a algunos amigos.

De cuando en cuando consultaba el reloj y se decía: «Debe de hacer calor por allá.» Y cierta inquietud le mordía el corazón. ¡Si fuera a fracasar! Mas, ¿qué podía temer? Ya sabría salir del paso. De todas suertes, era una partida decisiva la que aquella noche se jugaba.

Salió hacia las once, dio una vuelta para hacer tiempo, tomó un coche y se hizo llevar a la plaza de la Concordia, ante los soportales del Ministerio de Marina.

De vez en cuando encendía una cerilla para ver la hora en su reloj. Conforme se acercaba la medianoche, su impaciencia se iba haciendo más febril. A cada momento sacaba la cabeza por la ventanilla para mirar afuera.

En un reloj lejano sonaron doce campanadas; luego, en otro más próximo; después, en dos más, a un tiempo; finalmente, en uno muy distante. Cuando la última vibración de éste se extinguió, censo George: «Esto se acabó. No hay nada que hacer. No viene.»

Con todo, estaba resuelto a seguir allí hasta que fuese de día. En estos casos hay que tener paciencia.

Todavía oyó sonar el cuarto, la media, los tres cuartos... hasta que todos los relojes repitieron la una, como habían anunciado las doce. Ya no esperaba George que Suzanne acudiese a la cita. Mas permaneció allí, estrujándose el pensamiento para adivinar que podía haberle ocurrido. De pronto una cabeza de mujer asomó por la ventanilla, y preguntó:

—¿Es usted, *Bel Ami*?

Este, sobresaltado y con voz ahogada, preguntó a su vez.

—¿Es usted, Suzanne?

—Sí, yo soy.

Du Roy no conseguía abrir la portezuela tan de prisa como deseaba, y decía:

—¡Ah! Es usted..., es usted... Entre.

Entró, en efecto, y se dejó caer junto a George. Este ordenó al cochero:

—¡Vamos!

El carruaje se puso nuevamente en marcha en el silencio de la noche.

Suzanne apenas podía respirar y no hablaba una palabra.

George le preguntó:

—Bueno. ¿Cómo ha salido usted del apuro?

Ella, casi desfallecida, murmuró:

—¡Oh! Ha sido una cosa terrible, con mamá, sobre todo.

George, inquieto y tembloroso, le preguntó:

—¿Con su mamá? ¿Qué le ha dicho?

—¡Ay! Ha sido algo espantoso. Entré en su gabinete, y le recité la lección, que llevaba bien aprendida. Se puso muy pálida, y, luego, gritó «¡Jamás, jamás!» Yo lloré, supliqué, me enfadé... y concluí por jurarle que no me casaría más que con usted. Creí que iba a pegarme. Se puso como loca. Dijo que, al día siguiente me metería en un convento. ¡Nunca la había visto así, nunca! En esto, llegó papá y le oyó todas aquellas tonterías. No se enfadó tanto como ella, pero dijo que usted no es bastante partido para mí. Como entre uno y otro consiguieron irritarme, grité más que los dos juntos. Papá quiso arrojarme de la habitación, con un gesto dramático que no le siente nada bien. Esto es lo que me ha decidido a escaparme con usted. ¿Adónde vamos?

George le había enlazado, dulcemente, la cintura y era todo oídos. El corazón le latía apresuradamente, y en su pecho se alzaba un enconado rencor contra los Walter. Pero les había robado la hija. Ellos verían.

–Es ya muy tarde para tomar un tren –dijo–. Este mismo coche va a llevarnos a Sevres, donde pasaremos la noche. Y mañana saldremos para la Roche-Guyon, un pueblo muy bonito que está a orillas del Sena, entre Mantes y Bonnières.

Suzanne dijo:

–El caso es que yo no llevo equipaje ni nada.

Du Roy sonrió:

–Ya nos arreglaremos –dijo.

El coche rodaba por las calles. George cogió una mano de la joven y empezó a besarla, lentamente. No sabía que decirle, pues apenas estaba hecho a los idilios platónicos. De pronto, creyó advertir que Suzanne lloraba.

–¿Qué le pasa a usted, nenita mía? –preguntó aterrado.

Ella repuso, con voz mojada en lágrimas:

–Es que me acuerdo de la pobre mamá, que a estas horas no podrá dormir, si se ha dado cuenta de mi fuga.

Su madre, en efecto, no podía dormir.

Cuando Suzanne salió del gabinete de la señora de Walter, ésta se quedó a solas con su marido, y, media loca, aterrada, preguntó:

–¿Qué significa esto, Dios mío?

Walter, furioso, gritó:

–¡Esto significa que ese intrigante la ha engatusado! El es quien tiene la culpa de que haya rechazado a Cazolles. La dote le parece buena, ¡demonio!

Y enfurecido, se puso a dar paseos por la habitación, diciendo:

–Tú querías siempre tenerlo en casa, tú, sí. Lo halagabas, lo mimabas, lo traías en palmitas. *Bel Ami* por aquí, *Bel Ami* por allá... ¡Ahí tienes el pago!

Virgine, lívida, dijo:

–¡Yo! ¿Que yo quería tenerlo siempre aquí?

Su marido vociferó, metiéndole las narices en la cara:

–¡Sí, tú, tú! Todas estáis locas por él: la Marelle, Suzanne... todas. ¿Crees tú que yo no advertí que no podías pasarte dos horas sin verle por aquí?

Virgine se irguió, trágica.

–¡No le permito que me hable así! Olvida usted, sin duda, que no me han educado, como a usted, en un tenducho.

Walter se quedó, al pronto, inmóvil y estupefacto. Luego lanzó un «¡Vive Dios!», furibundo, y salió, dando un portazo.

Apenas Virgine se quedó sola, fue a mirarse al espejo, para ver si seguía siendo la misma: tan imposible, tan monstruoso le parecía lo que acababa de acontecer. ¡Suzanne enamorada de *Bel Ami*! ¡*Bel Ami* pretendiente a marido de Suzanne! ¡No! Se engañaba. Aquello no era cierto. La chiquilla había estado un poquito chiflada, cosa muy natural tratándose de aquel buen mozo. Había incluso, soñado que fuese su marido, había estado obsesionada por esta idea. Pero ¿él? El no podía ser cómplice de aquello.

La cabeza le daba vueltas, como suele ocurrir en las grandes conmociones morales. No. *Bel Ami* no debía saber nada de aquella locura de Suzanne.

Durante un buen rato estuvo pensando en la posible inocencia o perfidia de aquel hombre. ¡Qué miserable si había preparado el golpe! ¿Qué ocurriría? ¡Ay! ¡Cuántos peligros y torturas preveía!

Pero si era ajeno a todos aquello, todo podía aún arreglarse. Todo sería cuestión de hacer con Suzanne un viaje de seis meses. Pero, entonces, ¿cómo vería ella misma a

George? Porque seguía amándolo siempre, siempre... Aquella pasión había penetrado en ella como una de esas flechas que no puede uno arrancarse. Vivir sin él le era imposible. Antes morir.

Sus ideas se extraviaban en estas angustias e incertidumbres. Empezaba a dolerle la cabeza. El desorden, la perturbación de su pensamiento, le hacía daño. Nerviosa, excitadísima, quería saber. Miró el reloj: era más de la una. «No quiero seguir así –se dijo–; acabaría por volverme loca. Es preciso que me entere de todo. Voy a despertar a Suzanne para interrogarla.»

Se levantó, en efecto y, descalza, para no hacer ruido, se encaminó, con una vela en la mano a la alcoba de su hija. Abrió la puerta despacio, entró: miró a la cama... Estaba sin deshacer. Al pronto, no compendió lo ocurrido. Creyó que la muchacha seguiría discutiendo con su padre. Pero, en seguida, le asaltó una sospecha horrible. Llegó sin aliento, pálida, jadeante. Walter, ya acostado, estaba leyendo.

–¿Qué hay? –preguntó, alarmado–. ¿Qué te ocurre?

Ella tartamudeó:

–¿Has visto a Suzanne?

–¿Yo? No. ¿Por qué?

–Se ha..., se ha... marchado. No está en su alcoba.

Walter saltó de la cama, se calzó las zapatillas, y, sin ponerse siquiera los calzoncillos, en camisa, se precipitó, a su vez, en la habitación de su hija.

No cabía duda: la joven se había escapado.

El financiero se desplomó en una butaca, no sin dejar antes en el suelo la lámpara que a prevención llevaba.

Su mujer lo había seguido.

–¿Qué? –preguntó, sin poder hablar apenas.

Walter, sin aliento para contestar, sin cólera ya, gimió:

–No hay nada que hacer. Ya es suya. Estamos perdidos.

Virgine, sin comprender, repuso:

–¿Cómo! ¿Perdidos?

–¡Sí, con mil diablos! Ahora sí que hay que casarla con él.

Virgine dio un paso atrás, y aulló, como una bestia herida:

–¡Con él! ¡Jamás! ¿Es que te has vuelto loco?

Su marido repuso, con tristeza:

–Con gritar no resolverás nada. Nos la ha robado, la ha deshonrado. Lo mejor que podemos hacer es dársela. Y si tenemos sentido común, nadie se enterará de esta aventura.

Virgine, presa de terrible emoción, repitió:

–¡Jamás! ¡jamás! No tendrá a Suzanne. ¡Jamás lo consentiré!

Walter, apabullado, gruñó:

–El caso es que la tiene, y no la saltará mientras nosotros no cedamos. Y esto es lo que tenemos que hacer, sin pérdida de tiempo, para evitar el escándalo.

Pero su mujer, degarrda por uninconfesable dolor, insistió:

–¡No ¡No! ¡Nunca consentiré!

El financiero contestó, con impaciencia.

–No hay discusiónpobilbe. hayq eu hacer lo que idgo. ¡Ah! ¡Cómo nos la ha jugado, el muy granuja! Y es lito, el condenado. Podríamos haber enconterado un hombre de mejor posición para la chica. Pero no más inteligente ni dem ejor porvenir. En eso consiste, precisamente, su mérito: en ser un hombre de porvenir. Será diputado y llegará a ministro.

La señora de Walter repitió con salvaje energía:

—Jamás onsentiré que se case con Suzanne! ¿Lo oyes? ¡Jamás!

Su marido acabó por enfadarse y por tomar, a fuer de hombre práctico, la defensa de Bel Ami.

—Cállate de una vez —dijo—. Te repito que no hay más remedio. No lo hay, en absoluto. Y, ¿quién sabe? Tal vez no tengamos por qué arrepentirnos. Con hombres de ese temple, nunca se sabe hasta dónde se uede llear. Ya has visto cómo, con tres artículos, ha acbado eno ese ilmbecil de Laroche-Mathieu, y con qué dignidad lo ha hecho, cosa batante difícil, dada su situación como marido. En fin, ya veremos. Ello es que nos ha cogido en la tarmpa y no podemos soltrnos.

Virgine, sentía deseos de gritar, de arrojarse al suelo, de arrancarse los cabellos. Enloquedida, añadió:

—¡No la tendrá! ¡No quiero!

Walter recogió la lámpara y prosiguió:

—¡cuidado que eres estúpida! Por supuesto, como todas las mujeres. Obraáis siempre dejándoos llevar de lapasión y nunc asabés amoldaros a las circunstancias. Sois, sí, unas estupidas. Te digo que se casará con ella. No hay otro remedio.

Sonrió, y arrastrando los pies, en camisón y zapatillos, atravesó, como un grotesco fantasma, el largo pasillo, en el silencio del vasto hotel dormido, y, sin hacer ruido, entró de nuevo en su alcoba. La señora de Walter permaneció inmóvil, en pie, destrozada por un dolor insoportable, y de cuya causa no se daba cabal cuenta. Sufría, sencillamente. Pensó luego que nopodía seguri así hasta el día sigiente. Sintióun violento deseo de escaparsem, de correr, de irse lejos, de buscar ayuda, de que alguien la socorriese.

¿A quién podría llamar? ¿A algún amigo? No encontraba ningunao ¿A un sacerdotae? ¡Sí, a un sacerdote! Se arrojaría a sus pies, le diría todo, le confesará su falta y sus despeperación, y él com prendderría que aquel miserble no podía casrse con Suzanne.

Tenía inmediata necesidad de un sacertode. Pero ¿en dónde encontrarlo? ¿Adónde ir, a aquellashoras? Y, sin emberago, aí no podía seguir.

Entonces pasó ante sus ojos, como una visión, la srena imagen de Jesús, caminando sobre las olas. Lo veía como si tuviese el cuadro delante. Y él la llamaba y le decía: «Ven a Mi, ven a arrodillarte a mis pies. Yo te cnsolaré y te drié lo que has de hacer.»

Cogió una vela, salió y bajó las esclaras para encaminarse al invernadero. El Je'sus staban enun saloncito que de cerraba con una puerta de cristales, a fin de que la humedad de la tierra no deteriorara el ienzo.

Parecía una ermita en una selva de árboles exóticos.

Cuando la señora de Walter entró en el invernadero, que nunca había visto más que a plena luz, la impresionó aquella oscura profundizada. Las plantas tropicales espacían en la densa atmósfera su poderoso aliento. Y como las puertas estuviesen cerradas, el aire, en aquel extraño bosque, preso bajo una bóveda de cristal, etrnaba con dificultad en lospulmomnes, causaba una sensación mixta de placer y malestrar, una confusa eindedcible sensaicón de voupdtuosiasd y muerte.

La infeliz mujer avanzaba despacio entre aquellas tineblas donde el resplandor errante de su bujía dejaba ver extravagantes platnas con aspecto de mosntruos y apariencia de seres con grotescas deformidades. De pronto, vo al Cristo. Abrió la puerta que lo separaba de ella, y cayó de rodillas.

Rezó, al principio con vehemencia, balcuciendo palabras de amor, apasinas y desesperadas invocaciones. Luego, el adrds de sus suplicias se fue calamdno. Alzó losojos hacia Jesús y quedó paralizada de sorpresa: a la oscilante claridad de la única luz, que apenas la ilumnaba, la imagen se parecía tan extraordinariamente a Bel Ami,

que no era Dios quien miraba a Virginia: era su amante. Eran sus ojos, su frente, la expresión de su rostro, su aspecto frío y altivo. Y mientras llorante murmuraba: «¡Jesús, Jesús, Jesús!», el nombre de George le caía a los labios. De súbito, pensó que, acaso a aquella misma hora, su hija fuera poseída por George. Escribiría a Dios donde, en una alcoba. ¡El, él con Suzanne!

De nuevo repetía «¡Jesús, Jesús!» Pero sólo pensaba en ellos: en su hija y en su amante. Estaban solos, en una alcoba..., era de noche. Los veía. Los veía con tal claridad como si estuviesen delante de ella, en lugar del cuadro. Sonreían. Se abrazaban. La alcoba estaba oscura; el lecho entreabierto. Virginia se levantó para dirigirse hacia ellos, para agarrar a su hija de los cabellos y arrancarla de aquellos brazos. Iba a coger por la garganta, para estrangularla, a aquella hija que la traicionaba, a aquella hija a quien odiaba, a aquella hija que se entregaba a aquel hombre.... Ya la tocaba, ya sus manos rozaban su ropa... Lo que rozaban eran los pies de Cristo. Lanzó un grito terrible y se despolomó de espaldas. La vela, al caer al suelo, se apago.

¿Qué pasó luego? Virginia estuvo mucho tiempo añorando cosas extrañas y espantosas. Georges y Suzanne estaban siempre ante sus ojos, y con ellos, Jesucrito, que bendecía su horrible amor.

Tenía la vaga sensación de que no estaba en su cuarto. Quería levantarse, huir. No podía. Invasión una torpeza que paralizaba sus miembros y no le dejaba en actividad más que el pensamiento, confuso y atormentado por imágenes espantosas, irreales, fatnásticas. Se iba desvaneciendo, en un sueño malsano, en el suelo extraño y a veces mortal en que sumen al cerebro humano los plantas adormecedoras de los países cálidos, plantas de formas caprichosas y de enervantes aromas.

Ya de día, la servidumbre de la casa halló a la señora de Walter tendida en el suelo, sin sentido, casi asfixiada, delante del Jesus, caminando sobre las olas,. Estuvo tan mal, que se temió por su vida. Hasta el día siguiente no recobró, por completo, el uso de sus facultades. Entonces, se echó a llorar.

A los criados se les dijo que Suzanne estaba en un convento. Y Walter contestó a una larga carta de Du Roy con otro en que le concedía la mano de su hija.

Bel Amio había echado aquella carta al correo antes de salir de París, pues la tenía preparada desde la noche de su partida. En términos reptuosos afirmaba que, desde hacía ya tiempo, amaba a la joven, que una hasta entonces había pensado aquello, pero que, al ver a Suzanne ir hacia él, y decirle «seré tu mujer», se había creído autorizado para retenerla y aun ocultarla, si fuera preciso, hasta obtener una respuesta favorable de los padres, cuya voluntad legal valía por él menos que la voluntad de la novia.

Pedía a Walter que le escribiese a la lista de correos, y que sus amigos se encargarían de hacerle llegar la carta.

Cuando hubo logrado lo que quería, condujo a Suzanne de nuevo a París, y se la devolvió a sus padres, absteniéndose, por supuesto, durante algún tiempo, de presentarse ante ellos.

Habían pasado seis días a orillas del Sena, en la roche-Guyon.

Como se había divertido tanto la muchacha. Había jugado a ser pastora. Como se habían hecho pasar por hermanos, los jóvenes vivían en libre y casta intimidad, en una especie de amorosa camaradería. George creyó que lo más hábil era repetir a su novia. El día siguiente de su llegada, Suzanne se compró ropas de campesina y se dedicó a pescar con caña. Llevaba un sombrero de paja, adornado con flores silvestres. Aquel lugar le parecía delicioso. Había allí un viejo torreón y un antiguo castillo donde se enseñaba a los visitantes una colección de admirables tapices.

George vestía un chaquetón que había comprado hecho a un comerciante del país, y paseaba con Suzanne, ya a pie, por los ribazos, bien en barca. Se besaban y se abrazaban

a cada momento, estremeciéndose: ella, inocente todavía; él, pronto a sucumbir. Pero conseguía dominarse. De súbito, le dijo a Suzanne:

–Mañana volveremos a París. Su papá me concede su mano.

al oírlo, la joven repuso ingenuamente:

–Me alegro mucho de ser su esposa.

X

X

El pisito de la calle de Constantinopla estaba casi a oscuras. George Du Roy y Clotilde de Marelle se encontraron en la uerta y entraron juntos. Ella le preguntó a quemarropa, antes de abrir las persianas:

—¿De modo que te casas con Suzanne Walter?

George lo confesó, sin alterarse, y añadió:

—¿No lo sabías?

Clotilde, en pie ante él, furiosa e indignada, continuó:

—¡Te casas con Suzanne Walter! ¡La cosa es demasiado fuerte! Ya hace tres meses que me vienes engatusando para que no me entere. Todo el mundo lo sabe, todo el mundo, menos yo. ¡Mi marido es quien me lo ha dicho!

Aunque un poco confuso, Du Roy se echó a reír sarcásticamente, mientras dejaba el sombrero en la chimenea. Luego, se sentó en una butaca.

Su amante lo miraba frente a frente, y en voz baja e irritada le dijo:

—Desde que te separaste de tu mujer venías preparando el golpe. Entre tanto, y para pasar mientras el rato, me conservabas como querida. ¡Qué canalla eres!

El preguntó:

—¿Por qué? Mi mujer me engañaba. La sorprendí, obtuve el divorcio y ahora me caso con otra. Eso es todo. ¿Qué tiene de particular?

Clotilde, temblando de rabia, dijo:

—¡Oh! No cabe negar que seas listo. Listo y peligroso.

Du Roy volvió a reírse.

—¡Qué demonio! —contestó— Los imbéciles y los tontos son siempre víctimas.

La de Marelle seguía fija en su idea.

—Debí adivinarlo desde el principio. Pero no, yo no podía creer que fueses tan granuja.

El, a su vez, adoptó un continente digno.

—Te ruego que midas tus palabras.

Clotilde se sublevó:

—¿Qué? ¿Quieres que te hable con guante blanco? Desde que nos conocemos siempre te has portado conmigo como un golfo. ¡Y ahora pretendes que no te lo diga! Engañas a todo el mundo, explotas a todo el mundo, tomáis el placer y el dinero donde lo encuentras. Y ¿quieres que te considere un hombre honrado?

El periodista se levantó. Le temblaban los labios.

—¡Cállate —gritó— o te echó de aquí!

Ella tartamudeó:

—¿Qué me... echas... de aquí? ¿Que... me echas... de aquí? ¿Tú... tú?

Apenas podía hablar. La cólera la ahogaba. De pronto, como si los diques de su furor se hubiesen roto, añadió:

—¿Echarme de aquí? Te olvidas, sin duda, de que desde el primer día he sido yo, yo, quien ha pagado este piso. ¡Ah, sí! Es cierto que, de vez en cuando, tú te hacías cargo de él. Pero ¿quién lo ha alquilado? ¡Yo! ¿Quién lo ha conservado? ¡Yo! ¡Y quieres ahora echarme! ¡Quita de ahí, sinvergüenza! ¿Crees tú que yo no sé que has robado a Madeleine la mitad de la herencia de Vaudrec? ¿Crees tú que no sé que te has acostado con Suzanne para obligarla a casarse contigo?

Du Roy la sujetó por los hombros y, sacudiéndola, dijo:

—¡Ni una palabra más! ¡A callar!

Clotilde gritó:

—¡Te has acostado con ella! ¡Lo sé!

George hubiese pasado por todo, pero esta mentira lo exasperó. Las verdades que su querida le dijera momentos antes, en su cara, le habían hecho estremecerse de rabia; pero esta falsedad, que afectaba a la joven que iba a ser su esposa, le hostigaba la palma de la mano con un furioso deseo de pegar.

—¡A callar! —replicó—. Ten mucho cuidado. ¡A callar! —y seguía sacudiéndola, como quien sacude una rama para que caiga el fruto.

Con el pelo suelto, la boca abierta y los ojos desorbitados, la mujer gritó:

—¡Te has acostado con ella!

George, soltándola, le dio tal bofetada en pleno rostro, que Clotilde fue a caer, de rodillas, contra la pared. Pero apoyándose en los puños se volvió hacia él, y una vez más vociferó:

—¡Te has acostado con ella!

Se arrojó George sobre su querida y, teniéndola debajo, comenzó a golpearla como hubiera podido hacer con un hombre. Calló ella y ya sólo se la oía gemir bajo los puños de él. Escondía el rostro en el ángulo que formaba la pared y el suelo, y lanzaba lastimeros ayes.

Cesó George de pegarla y se levantó. Dio algunos pasos por la habitación, para recobrar su sangre fría, y luego, movido de una idea súbita, entró en la alcoba, llenó la palangana de agua fría y metió en ella la cabeza. Se lavó después las manos y, secándose cuidadosamente, volvió hacia donde su amante estaba.

Esta no se había movido. Seguía en el suelo, llorando bajito.

—¿Acabarás de lloriquear? —preguntó George.

Clotilde no respondió. Entonces él se quedó un momento quieto, en medio de la habitación, un poco molesto, un poco avergonzado ante el cuerpo que yacía a sus pies.

De pronto, tomó una resolución. Cogió de la chimenea el sombrero y dijo:

—Buenas tardes. Cuando salgas, dale la llave al portero. No voy a estar esperando hasta que te dé la gana.

Salió, cerró la puerta, entró en la portería y dijo:

—La señora se ha quedado en el piso. Saldrá en seguida. Dígale usted al casero que desde el primero de octubre puede disponer del cuarto. Hoy es diez de agosto. Estoy, pues, dentro de las condiciones del contrato.

Y se marchó muy de prisa, porque tenía muchas cosas que hacer y realizar algunas compras para su próximo matrimonio.

Este había sido fijado para el 20 de octubre, después de la reapertura de las Cámaras. Se celebraría en la iglesia de la Madeleine. En torno a este enlace, cuyas causas secretas no se conocían bien, se hacían muchos comentarios. Se decía que había habido un rapto; pero, concretamente, nadie sabía nada.

Según los criados, la noche misma en que se concertó la boda, la señora de Walter tuvo tan tremendo disgusto, que después de enviar a su hija a un convento, intentó envenenarse. La recogieron moribunda. Seguramente, ya nunca se repondría del todo. Parecía una vieja. Tenía el pelo gris. Se había hecho devota y comulgaba todos los domingos.

A primeros de septiembre, *La Vie Française* anunció que el barón Du Roy de Cantel había sido nombrado redactor jefe del periódico, cuya dirección conservaba el señor Walter.

Un verdadero batallón de afamados cronistas, de críticos artísticos y teatrales les fue arrebatados, a fuerza de dinero, a los periódicos más prestigiosos y de mayor circulación.

Los periodistas viejos, los periodistas avezados al oficio, no se encogían ya de hombros cuando se hablaba de *La Vie Française*. Su rápido y fácil triunfo había vencido del desvío que los escritores de mayor valía habían mostrado por esta hoja en sus primeros tiempos.

El matrimonio de su redactor-jefe fue lo que se llama un acontecimiento parisiense. Du Roy y los Walter inspiraban, desde hacía algún tiempo, vivamente la curiosidad pública. Cuantas personas solían verse citadas en los *Ecos* se prometieron asistir a la ceremonia.

Esta se celebró en un claro y hermoso día de otoño.

A las ocho de la mañana el personal subalterno de la iglesia de la Madeleine comenzó a extender sobre la amplia escalinata que da frente a la calle Real una ancha alfombra roja, que hacía detenerse a los transeúntes y anunciaba al pueblo de París que allí iba a celebrarse una solemne ceremonia.

Los empleados que iban a sus oficinas, los obrerillos, los dependientes de comercio se detenían un momento a contemplar el espectáculo y pensaban vagamente en los ricos que gastaban tanto dinero para casarse.

A eso de las diez, los curiosos empezaron a estacionarse ante el templo. Permanecían allí unos minutos, en la seguridad de que aquello empezaría en seguida, y, al fin, se marchaban.

A las once, llegó una sección de guardias municipales, que desde el primer momento se dedicó a hacer circular a la multitud, para evitar los grupos que empezaban a formarse.

Comenzaron a llegar invitados. Eran los que querían lograr buen sitio para verlo todo. Y, en efecto, se sentaron en las primeras filas de bancos de la nave central

Poco a poco, iban llegando otros: mujeres que levantaban revuelo de faldas, rumor de sedas. Hombres de severo continente, calvos casi todos, y cuya mundana corrección se acentuaba en aquel lugar. La iglesia se iba llenando lentamente. Por la inmensa puerta principal entraba una oleada de sol, que iluminaba la primera fila de invitados. Con esta luz se contrastaba la amarillenta de los cirios que ardían en el altar mayor.

Los invitados se reconocían, se saludaban por señas, se reunían en grupos. Menos respetuosos que los hombres de mundo, los de letras hablaban a media voz. Unos y otros miraban a las mujeres.

Norbet de Varenne, que buscaba algún amigo, vio a Jacques Rival entre dos filas de bancos, y se reunió con él.

–Está visto –dijo– que el porvenir pertenece a los pillos.

El otro, que no era envidioso, replicó:

–Mejor para él. Ya tiene resuelta la vida.

Y ambos empezaron a pasar lista a las caras conocidas.

Rival preguntó:

–¿Sabe usted qué ha sido de su mujer?

El poeta sonrió:

–Sí y no –dijo–. Según me han dicho, vive muy retirada, allá por Montmartre. Pero (siempre hay un pero) hace algún tiempo leí en *La Plume* un par de artículos que se parecían asombrosamente a los de Forestier y a los de Du Roy. Son de un tal Jean Le Dol, joven, buen mozo, inteligente..., de la misma estirpe, en fin, que nuestro amigo George Du Roy, y que ha tenido ocasión de conocer a la que fue de éste. De todo lo cual deduzco que a ella le han gustado siempre los principiantes, y le seguirán gustando. Fuera de esto, es rica. Vaudrec y Laroche-Mathieu no han pasado en balde (ni de balde) por su casa.

–No está mal del todo la tal Madeleine –dijo Rival–. Es lista, muy lista. Y en la intimidad debe de ser encantadora. Pero, dígame: ¿cómo es que Du Roy se casa por la Iglesia después de haberse divorciado?

Norbert de Varenne respondió:

–Se casan por la Iglesia porque para la Iglesia no cuenta su primer matrimonio.

–¿Cómo es eso?

Bien por indiferencia, ya por ahorrarse unos cuartos, nuestro *Bel Ami* juzgó que el matrimonio civil bastaba y sobraba para Madeleine Forestier. Prescindió, pues, de la bendición eclesiástica, lo que para nuestra Santa Madre la Iglesia constituye un simple concubinato. En consecuencia, comparece ante la Iglesia como un perfecto soltero y ella lo acoge con toda esta pompa, que le va a salir bastante cara a papá Walter.

El rumor de la multitud resonaba con intensidad creciente bajo las bóvedas. Se hablaba casi en voz alta. Los concurrentes se mostraban unos a otros a los hombres célebres, que, satisfechos de ser vistos, adoptaban las actitudes con que solían comparecer en público en todos los actos de que se consideraban ornamento indispensable y figuras decorativas.

Rival prosiguió:

–Dígame, querido amigo, usted que iba a menudo a casa del director: ¿es verdad que la señora de Walter y Du Roy no se intercambian palabra?

Jamás. Ella no quería darle a su niña por esposa. Pero él tenía cogido al padre, según parece, por ciertos cadáveres encontrados en Marruecos. Amenazó al viejo con hacer espantosas revelaciones. Walter se acordó de Laroche-Mathieu y se decidió en seguida. Pero la madre, testaruda como todas las mujeres, juró que nunca dirigiría la palabra a su yerno. Es cosa divertida ver al uno frente al otro. Ella parece la estatua de la venganza, y él está a disgusto, aunque lo disimule, porque sabe dominarse. ¡Menudo es!

Otros compañeros se acercaron a darles la mano. Se oían trozos sueltos de diálogos políticos. Y, vago como el rumor del mar lejano, el zumbido del pueblo, congregado ante la iglesia; entraba por el pórtico con el sol y ascendía hasta las bóvedas, sobreexponiéndose al rumor, más discreto, de la selecta concurrencia que llenaba el templo-

En esto, el suizo golpeó tres veces con su alabarda el pavimento de madera. Se produjo ente los asistentes un vasto rumor, hecho de roce de sedas y arrastrar de sillas, y a la viva luz del pórtico apareció la novia, del brazo de su padre.

Suzanne seguía pareciendo un juguete delicioso, una deliciosa muñeca blanca, coronada de flores de azahar.

Permaneció unos instantes inmóvil en el umbral, y cuando dio el primer paso en la nave, la poderosa voz del órgano anunció su entrada en el templo.

Avanzaba con la cabeza levemente inclinada, con emoción, pero sin timidez, gentil, encantadora, como una miniatura de desposada. Las mujeres sonreían y comentaban, provocando un vasto murmullo al verla pasar. Los hombres comentaban: «Deliciosa, adorable.» Walter avanzaba con exagerada tiesura, un poco pálido y con los lentes bien afianzados en la nariz.

Detrás de ambos, cuatro damitas de honor, muy lindas las cuatro y vestidas de rosa, formaban la corte de aquella encantadora reinécita. Seguían cuatro niños, rubios como ella, y a un paso que parecía dirigido por un maestro de baile.

Después iba la señora de Walter, dando el brazo al padre de su otro yerno, el marqués de Latour-Ivelin, anciano de setenta y dos años. Más que andar, Virgine se arrastraba. Se dijera que a cada paso iba a caer desvanecida al suelo. Sus pies iban pegados a las losas, sus piernas se negaban a sostenerla y el corazón le saltaba en el pecho como una fiera que quiere escaparse de la jaula.

Había adelgazado mucho, y la blancura de los cabellos hacía que su rostro pareciese aún más pálido y más demacrado.

Iba mirando adelante, para no ver a nadie, acaso para poder pensar mejor en el que tanto la atormentaba.

George Du Roy entró del brazo de una anciana desconocida. El novio llevaba la cabeza erguida y fijos los ojos, cuya expresión endurecía un leve fruncimiento de las cejas. El bigote, de puro enhiesto, parecía encolerizarse sobre el labio. Todos lo encontraron muy guapo. Arrogante y esbelto, llevaba bien el frac, en el que la roja cinta de la Legión de Honor parecía una gota de sangre.

Rose, que se había casado hacía seis semanas, seguía con el senador Rissolin. El conde de Latour-Ivelin daba el brazo a la vizcondesa de Percecoeuer.

Cerraba la marcha, en fin, un pintoresco cortejo de amigos y compinches de Du Roy, que éste había presentado a su nueva familia. Gentes equívocas, conocidas en ciertos medios parisienses y que resultaban íntimos y a veces primos lejanos de ricachos de aluvión, de gentileshombres descalificados, arruinados o casados, que es peor. Eran el señor de Belvigne, el marqués de Bajolin, los condes de Ravenel, el duque de Ramorano, el príncipe de Kravalow, el caballero Valreali y, finalmente, una serie de invitados de Walter: el príncipe de Guerche, los duques de Ferracine. Algunos parientes de la señora de Walter ponían una nota provinciana en este desfile.

El órgano seguía cantando y extendiendo por el inmenso recinto los rítmicos y roncros acentos de sus gargantas, que elevan al cielo el júbilo y el dolor de los hombres. Se cerraron las grandes hojas de la puerta de entrada, y de pronto todo quedó en sombras, como si hubiesen puesto al sol en la calle.

George se había arrodillado al lado de su novia, frente al iluminado altar. El nuevo obispo de Tángers, con báculo y mitra, salió de la sacristía para unirlos.

Les hizo las preguntas rituales, les puso los anillos, pronunció unas palabras que atan como cadenas y terminó dirigiendo a los nuevos esposos una plática llena de cristiana unción. Habló largamente, y en pomposos términos, de la fidelidad. Era un hombre alto y grueso, uno de esos prelados guapos a quienes el abultado abdomen da cierta majestad.

Un rumor de sollozos hizo que todas las cabezas se volviesen: la señora de Walter lloraba, con el rostro escondido entre las manos.

Se había visto obligada a ceder. ¿Qué otra cosa le quedaba? Pero desde el día en que, al regreso de su hija, la arrojó de su habitación, negándose a besarla; desde el día en que le había dicho a Du Roy que, al reaparecer ante ella, la saludaba ceremoniosamente: «Es usted el ser más vil que conozco. No me vuelva a dirigir la palabra, porque no le contestaré», sufría un intolerable e inextinguible tormento. Odiaba a Suzanne con un odio agudísimo, en que entraban por igual la pasión exasperada y los desgarradores celos, extraños celos de la madre y la amante; incomparables, feroces, abrasadores, como una llaga viva.

¡Y ahora, un obispo casaba a su amante y a su hija en una iglesia, ante dos mil personas y ante ella misma! Y ella no podía decir nada, no podía impedir aquello, gritar: «¡Ese hombre es mío, es mi amante! ¡Esa unión que bendecís es infame!»

Varias mujeres, enternecidas, murmuraban: «¡Qué emocionada está la pobre madre!»

El obispo peroraba: «Vos, señor, os contáis entre los más dichosos de la tierra, entre los más ricos, entre los más respetados. Vos, cuyo talento está por encima del vulgo; vos, que escribís, que aleccionáis, que aconsejáis; vos, que dirigís al pueblo, tenéis una hermosa misión que cumplir y un hermoso ejemplo que dar.»

Du Roy lo escuchaba con orgullo. ¡Un prelado de la Iglesia Romana le hablaba así a él! ¡Y a su espalda una multitud había venido a congregarse por él! Le parecía que una fuerza inmensa lo empujaba, lo levantaba. Era ya uno de los poderosos de la tierra, ¡él, el hijo de dos pobres aldeanos de Canteleu!

De pronto, los vio en su humilde taberna, en lo alto de la cuesta, sobre el vasto valle de Ruán; vio a sus padres sirviendo de beber a los campesinos del país. Cuando heredó al conde de Vaudrec les había enviado cinco mil francos. Ahora les enviaría cincuenta mil y podrían comprarse alguna pequeña propiedad. Estarían contentos, serían felices.

El obispo había terminado su plática. Un sacerdote con casulla dorada subió al altar. Y el órgano rompió a cantar, de nuevo, la gloria de los nuevos esposos. Lanzaba prolongados, intensos y robustos clamores, poderosas olas de armonía, que parecían subir a las bóvedas y atravesarlas para escalar el cielo. Su vibrante sonoridad llenaba la iglesia entera, estremecía la carne y el alma. De súbito estas voces callaban y fluían notas tenues, suaves, que flotaban en el aire y acariciaban el oído como una ligera brisa. Eran leves y graciosos cánticos, que saltaban y revoloteaban como pájaros. Hasta que, de repente, esta linda música iba recobrando su anterior aliento y se elevaba, tremenda de fuerza y amplitud, como un grano de arena que se convierte en un mundo.

Luego se elevó un clamor de voces humanas y voló sobre las cabezas inclinadas. Vauri y Landck, de la Opera, cantaban. El incienso esparcía su fino olor de benjuí, y en el altar se consumaba el Santo Sacrificio: el Hombre-Dios, enviado por su Padre, descendido a la Tierra para consagrar el triunfo del barón George Du Roy.

Bel Ami había inclinado la cabeza. En aquel momento se sentía casi creyente, casi religioso, lleno de gratitud a la divinidad, que así lo favorecía y así lo mimaba. Y sin darse exacta cuenta de a quien se dirigía, daba las gracias por su buena fortuna.

Cuando la misa hubo terminado, se levantó, y dando el brazo a su mujer, pasó a la sacristía. Entonces comenzó el desfile de los asistentes. George, loco de alegría, se creía un rey a quien su pueblo acababa de proclamar. Estrechaba las manos que se le tendían, balbucía palabras sin sentido, saludaba, repartía por doquier sonrisas y cumplidos:

—Es usted muy amable... es usted muy amable...

De pronto vio a la señora de Marelle. Y el recuerdo de los besos que le había dado y que ella le había devuelto, el recuerdo de sus caricias, de sus donosuras, del timbre de su voz, del sabor de sus labios, le encendió la sangre con el súbito deseo de recobrarla. Estaba guapa, elegante, con su aire de chiquilla y sus vivos ojos. George pensaba: «¡Qué deliciosa querida, a pesar de todo!»

Clotilde se le acercó, un poco tímida, un poco azorada, y le dio la mano. George la retuvo unos instantes en las suyas. Entonces sintió el llamamiento de aquellos dedos de mujer, la dulce presión que perdona y responde. y estrechó de nuevo aquella manita, como quien dice: «Te quiero siempre, soy tuyo.

Cruzaron una mirada risueña, luminosa, llena de amor. Clotilde susurró con su linda vocecita:

—Hasta pronto, caballero.

El respondió alegremente:

—Hasta pronto, señora.

Y Clotilde se alejó.

Otras personas se acercaban empujándose. La muchedumbre discurría ante él como un río. Al fin aquella masa se fue achicando. Se despidieron los últimos invitados, y George volvió a ofrecer el brazo a Suzanne para atravesar la iglesia.

Esta se hallaba llena de gente, porque cada uno había vuelto a su sitio para ver pasar a los novios. El avanzaba lentamente, con paso firme, la cabeza alta, los ojos fijos

en el vano de la puerta llena de sol. Por su piel corría ese frío estremecimiento que dan las grandes dichas. No veía a nadie. No pensaba más que en sí mismo.

Cuando llegó al umbral, vio ante sí la masa negra y rumorosa de la multitud que había acudido allí por él, George Du Roy. El pueblo de Paris lo contemplaba y lo envidaba.

Luego, alzando los ojos, vio a distancia, al otro lado de la plaza de la Concordia, la Cámara de los diputados, Y le pareció que iba a saltar desde el pórtico de la Madeleine hasta el pórtico del Palacio Borbón.

Lentamente bajó los peldaños de la alta escalinata, entre dos filas de espectadores. Pero él no los veía. Su pensamiento volvía atrás, y ante sus ojos, deslumbrado por el resplandor del sol, flotaba la imagen de la señora de Marelle, arreglándose ante el espejo los ricillos de las sienes, que siempre tenía alborotados al salir de la cama.

FIN